VALENTIN KATAIEV

UNA VELA BLANCA EN EL HORIZONTE

EDICIONES PUEBLOS UNIDOS

MONTEVIDEO — URUGUAY

Valentín Kataiev, uno de los más destacados valores de la moderna literatura rusa, nos brinda sobre un tema original, —los trascendentales acontecimientos del año 1905 reflejados a través de las aventuras de dos niños— esta novela que recuerda por su estilo, lleno de colorido y frescura, las mejores páginas de Mark Twain.

En un lenguaje sencillo el autor nos comunica su aliento para la lucha y su fé en la fuerza del hombre para lograr la victoria en la construcción de un mundo mejor.

Los episodios más salientes de la época, la revuelta de Potemkin, la huelga general, los pogroms, son descritos de mano maestra por Kataiev, que ha obtenido con **"Una vela blanca en el horizonte"**, un éxito extraordinario, habiendo sido ya traducida a varios idiomas y llevado su argumento al teatro y al cine.

☆

EDICIONES PUEBLOS UNIDOS Ltda.
COLONIA 1567 — CASILLA CORREO
MONTEVIDEO

SOCIEDADE AMIGAS DO LIVRO
DOAÇÃO

UNA VELA BLANCA EN EL HORIZONTE

Traducido de la versión francesa por
Rosita Dubinsky de Arismendi.

Copyright by
Ediciones Pueblos Unidos Ltda.
Colonia 1567 - C. Correo 589
MONTEVIDEO – URUGUAY

PRINTED IN URUGUAY

VALENTIN KATAIEV

UNA VELA BLANCA EN EL HORIZONTE

EDICIONES PUEBLOS UNIDOS

MONTEVIDEO — URUGUAY

I

LOS ADIOSES

Serían las cinco de la mañana, cuando resonó la trompeta en el patio de la granja. El eco, estridente, disociado en una multitud de fibras musicales, se extendió a través del vergel de los albaricoqueros, escapó hacia el mar por la desierta estepa, rodó larga y tristemente por los barrancos, extinguiéndose poco a poco.

Era la primera señal para la partida de la diligencia.

Todo había terminado. Sonaba la hora amarga de los adioses.

En verdad, ya no había a quien decir adiós. Los escasos veraneantes, atemorizados por los acontecimientos, se volvían a la ciudad a mitad del verano.

Ya sólo una familia quedaba en la granja: los Batchey. El padre, profesor en Odesa, y dos muchachos, uno de tres años y medio, y el otro de ocho y medio. El mayor se llamaba Petia, y el menor, Pavlik. También ellos, dejaban la granja ese día.

Por ellos, sonaba la trompeta. Por ellos, hacían salir de las cuadras a los grandes caballos moros...

Petia despertó mucho antes de oírse la señal. Tuvo un sueño agitado. El gorjeo de los pájaros le puso en pie. Se vistió y abandonó la casa.

Jardín, estepa, patio, todo estaba envuelto en una fría sombra. Desde el mar, se elevaba el sol, pero la abrupta ribera lo escondía aún.

Petia vestía el traje de ciudad de los días de fiesta: blusa marinera de lana azul, con cintas blancas cosidas al cuello; pantalón corto, medias largas de hilo escocés, zapatos abotonados y sombrero redondo de paja, de anchas alas. Todo ya muy corto, pues el pilluelo creció mucho durante el verano.

Petia, un tanto encogido, dió una vuelta lentamente por la granja, para decir adiós a todos los rincones en que pasara tan buenos momentos.

Petia se paseó todo el verano casi desnudo. Estaba bronceado como un indio; aprendió a caminar descalzo sobre las espinas y se bañaba tres veces al día. En la playa, se frotaba de pie a cabeza con roja arcilla marina y esculpía sobre su pecho, dibujos que le asemejaban realmente a un piel roja, sobre todo cuando mechaba sus desgreñados cabellos con las plumas azules de hermosos pájaros, pájaros de cuentos de hadas, que anidaban en los flancos de las escarpadas colinas. Y después de esta vida sin trabas, de una libertad tan hermosa, meterse en la estrecha blusa marinera, en medias que pican las pantorrillas, en incómodos zapatos... ¡Y ese sombrerón de paja, con su elástico que te lastima las orejas y estruja la garganta...!

Petia se quitó el sombrero y lo echó al hombro. Se balanceaba sobre su espalda, igual que un cesto.

Dos grandes pájaros pasaron charlando animadamente, echaron una mirada despectiva sobre el muchachito endomingado, como si fuera un extraño, y se sumergieron, uno a uno, tras de una cerca.

¿Fingían, o no habían en realidad reconocido a Petia? Se sintió de pronto, apenado y triste hasta llorar. Se vió en lo profundo y maravilloso donde experimentara el misterioso día naciente. Hasta el foso, en el rincón de la huerta, el foso tan hondo y maravilloso donde experimentara el misterioso encanto de cocer patatas sobre una hoguera, le pareció singularmente ajeno, desconocido.

El sol se elevaba cada vez más.

El patio y el jardín permanecían aún en sombras, pero ya los primeros rayos doraban las rosadas, amarillas y azules calabazas, expuestas sobre el techo de juncos de la choza en que habitaban los guardianes y la cocinera.

La cocinera, con falda a cuadros y gruesa blusa bordada de crucecitas negras y rojas, con una peineta entre sus mal cortados cabellos y aspecto dormido, vaciaba el *samovar* de los carbones de la víspera.

Petia permaneció unos instantes frente a ella, mirando saltar el collar de abalorios sobre el viejo cuello arrugado.

—¿Se van? —preguntó, indiferente.

—Nos vamos —respondió el niño, con un ligero temblor en la voz

—Feliz viaje.

Fué hasta el barril de agua, se envolvió la mano en el ruedo de su vestido a cuadros y dejó caer el tapón.

Un grueso chorro, describiendo una curva, golpeó la tierra; redondas y brillantes gotas corrieron por el suelo, envueltas en polvo gris.

La cocinera colocó el *samovar* bajo el chorro; al llenarse de pesada y fresca agua, lanzó un gemido.

No. Decididamente, en ningún lado encontraba Petia un dejo de simpatía.

En el campo de croquet, en el prado, bajo la glorieta, en todas partes, imperaba el mismo silencio hostil, idéntica sensación de desierto.

Y sin embargo, hace bien poco ¡qué divertido era esto! ¡Qué ambiente festivo! ¡Cuántas jovencitas hermosas y graciosos muchachos se veían! ¡Qué de travesuras, de gritos, de juegos, batallas, disputas y reconciliaciones, besos y amistades!

¡Qué hermosa fiesta dió a sus pensionistas el propietario de la heredad, Rodolfo Karlovich, el día del cumpleaños de su esposa, Luisa Frantsevna!

Petia jamás olvidará esa fiesta.

Por la mañana, fué servida bajo los albaricoqueros una enorme mesa, adornada con flores silvestres. Una torta grande como una bicicleta, ocupaba el centro de la mesa.

Treinta y cinco velas encendidas, en el riquísimo pastel, abundantemente espolvoreado con azúcar, correspondían a la edad de la dueña de casa.

Los huéspedes fueron invitados a tomar el té de la mañana bajo los árboles.

Esta jornada, iniciada en forma tan solemne, prosiguió de igual manera, terminando con un baile infantil de máscaras, con música y fuegos artificiales.

Los niños se habían disfrazado. Las chicas de ondinas o de cíngaras. Los muchachos de indios, de bandidos, de man-

darines o de marineros. Vestían hermosos trajes, abigarrados y chillones, de cretona o papel.

Se oía el fru-fru del papel fino de las faldas y las capas. Las rosas artificiales se balanceaban en sus tallos de alambre y chorreaban las cintas de seda de los tamboriles.

Pero el mejor traje —¡desde luego, desde luego!— era el de Petia. A su padre le costó dos días de trabajo, y tanto se aplicó en la tarea, que sus quevedos se le caían a cada rato. Con su torpeza de miope, volcaba el tarro de engrudo, gruñía para sus adentros terribles maldiciones contra los organizadores de "todo este lío" y mostraba un soberano desdén por tan "estúpida calaverada".

Por otra parte, no era más que astucia: temía no acertar con el traje y parecer ridículo. ¡Qué celo puso en su trabajo! Puede decirse, que el traje resultó espléndido.

Era una armadura de caballero, fabricada hábilmente con papel dorado y plateado, armada sobre un esqueleto de alambre. El casco, adornado con un magnífico penacho, era idéntico al de los caballeros de Walter Scott. Hasta se podía levantar y bajar la visera.

El traje era tan hermoso, que durante el desfile, colocaron a Petia en la segunda pareja con Zoia, la niña más bonita de la casa, vestida con un traje rosado, de hada buena.

Hicieron, del brazo, un paseo por el jardín, iluminado con farolillos. Los matorrales y los árboles deslumbrantes, envueltos en los nubarrones verdes y rojos de los fuegos de bengala, se encorvaban de aquí a allá, entre las misteriosas tinieblas del jardín.

Bajo la glorieta, a la luz de las bujías protegidas por campanas de vidrio, cenaban los mayores. Mariposas nocturnas se precipitaban sobre la luz, y caían, quemadas, sobre el mantel.

De entre la humareda de las bengalas, brotaron silbando cuatro cohetes y se elevaron penosamente.

Pero además había luna. Petia y Zoia, recién se dieron cuenta de ello, bien al fondo del jardín. A través del follaje, penetraba un claro de luna tan brillante, tan mágico, que en el blanco de los ojos de la niña, espejeaban llamas azules y la misma llama azul centelleaba en la cubeta, en el agua oscura, donde bajo el viejo albaricoquero, flotaba un vaporcito.

Entonces, sin pensarlo, se besaron. Después de ese beso, se sintieron tan confundidos, que escaparon, derechitos, exagerando los gritos, y no se detuvieron hasta llegar al patio interior, donde se divertían los criados, que vinieran a festejar a su patrona.

Sobre la mesa de pino de la cocina, sacada al aire libre, se veía: un barril de cerveza, dos botellas de aguardiente, un plato de pescado frito y un gran pan de trigo candeal.

La cocinera borracha, con su blusa nueva de percal con falbalá, servía con cara de enojo, porciones de pescado y jarros de cerveza. Un acordeonista, con la chaqueta desabrochada, las rodillas separadas, se balanceaba en su silla, desgranando las teclas de bajo de su asmático acordeón.

Dos mozos, muy tiesos, con rostro indiferente, permanecían abrazados, martillando con el talón un paso de polka. Varias criadas estaban del brazo. Llevaban cofias nuevas aún sin colar, calzaban ajustados zapatos y por coquetería o para suavizar la piel se habían frotado las mejillas con jugo de tomates en salmuera.

Rodolfo Karlovich y Luisa Frantsevna, retrocedían ante un criado que avanzaba sobre ellos.

Estaba borracho. Varios hombres le sujetaban los brazos. Buscaba escapárseles. Corría la sangre por su camisa de fiesta, partida en dos, y lanzaba terribles juramentos.

Llorando y ahogándose en sus sollozos rencorosos y casi frenéticos, gritaba rechinando los dientes como si divagara:

—Tres rublos con cincuenta por dos meses de cinchar como un galeote... ¡Ah! ¡Sucio hocico de ladrón! ¡Déjenme llegar hasta ese porcachón! ¡Vamos, buena gente, déjenme hacer!; le voy a arrancar el alma. Dénme fósforos para ir al pajar: le prepararé un lindo cumpleaños... ¡Oh! ¡Si te agarrara Grichka Kotovski, víbora!

En sus ojos desorbitados brillaba la luna.

—Despacio... despacio... —murmuraba el patrón, retrocediendo—. ¡Cuidado, Gavrila, no charles demasiado! Esas son palabras que llevan a la horca.

—¿Ah, sí? ¡Pues ahórcame! —gritaba el criado, casi en un hálito—. ¿Qué esperas? Toma, chúpame la sangre, chúpame...

Aquello era tan horroroso, tan incomprensible, y sobre todo, contrastaba tanto con la deliciosa fiesta, que los dos niños huyeron gritando que Gavrila quería degollar a Rodolfo Karlovich e incendiar la granja.

¡Fué un barullo tremendo!

Los padres llevaron a los niños a sus habitaciones, cerrando las ventanas y las puertas como ante una tormenta. Chuviakov, el jefe de policía del distrito, que estaba veraneando unos días con su familia, atravesó el campo de croquet, haciendo caer los arcos y rechazando con el pie los mazos y las bolas.

En sus manos levantadas, llevaba una escopeta de dos caños.

En vano trató Rodolfo Karlovich de calmar a sus pensionistas. En vano les afirmó que ya no había peligro: Gavrila había sido agarrotado y encerrado en el sótano; el gendarme vendría a buscarle al día siguiente.

Una noche, brilló a lo lejos, en la estepa, una luz roja. A la mañana siguiente corrió el rumor de que los criados habían incendiado una heredad vecina.

La gente que llegaba de Odesa, traía noticias de los disturbios que agitaban la ciudad. Se decía que estaba ardiendo el dique del puerto. El gendarme vino de madrugada después de la fiesta y se llevó a Gavrila en una troika, cuya campanilla oyó Petia en medio de su sueño matinal.

Los veraneantes se iban.

La granja no tardó en quedar completamente vacía.

Petia permaneció un rato ante el tonel evocador, bajo el viejo albaricoquero. Removió el agua con una varilla. No. Ya ni el tonel, ni el agua, ni el viejo albaricoquero, eran los mismos.

Todo lo que le rodeaba se había vuelto extraño, había perdido su encanto. Le parecía a Petia que todos los objetos habían retrocedido a un lejano pasado.

¿También el mar le haría igual recibimiento, frío e indiferente?

Petia corrió hacia las escarpadas colinas que bordeaban la playa.

II

EL MAR

El sol, en ascenso, deslumbraba los ojos. Bajo sus rayos, el mar ardía, como magnesio, en toda su extensión. La estepa se interrumpía de golpe.

Los plateados matorrales de olivos silvestres, envueltos en el aire hirviente, temblaban sobre el abismo.

Un empinado sendero descendía en zig-zag. Petia se había acostumbrado a bajarlo descalzo. Los botines le incomodaban, con sus suelas resbaladizas. Las piernas corrían solas. Imposible detenerlas.

Hasta la primera vuelta, el muchacho, mal que bien, resistió la gravitación. Posaba los talones de costado y se asía a los secos filamentos de las raíces, suspendidas sobre el sendero. Pero las raíces, podridas, se rompían. La arcilla seca de desmoronaba bajo los talones. Petia se vió envuelto en una nube de polvo, fino y oscuro como el cacao.

El polvo le llenaba la nariz, le hacía cosquillas en la garganta y le causaba dentera.

¡Vamos, pase lo que pase!

Empezó a desgañitarse gritando, abrió ampliamente los brazos y se precipitó a ciegas.

Su sombrero, hinchado por el viento, le tamborileaba sobre la espalda, su cuello marino flotaba, los cardos se prendían a sus medias... El muchacho, dando enormes saltos sobre las anchas gradas de una escalera natural, se encontró de pronto arrojado sobre la arena seca y fría de la playa, no calentada aún por el sol. La arena era de un blancor y una finura asombrosas. Profunda y acribillada de agujeros, —rastros de huellas de los paseantes de la víspera—, parecía sémola de primera calidad.

Descendía, insensiblemente, hacia el agua. Su última faja, recubierta a cada instante por anchas lenguas de nevosa espu-

ma, estaba húmeda, violeta, pulida y dura, y era lindísimo caminar sobre ella.

Esa maravillosa playa, que se extendía a cien verstas, desde el pie de la escarpada ribera de Karolino-Bugaz, hasta las bocas del Danubio, por donde entonces pasaba la frontera rumana, parecía a esa hora matinal, salvaje y desierta.

El sentimiento de su soledad, se apoderó de Petia con una nueva fuerza. Pero ahora, era el sentimiento altivo y valeroso de Robinson en su isla desierta. Ante todo, Petia inspeccionó las huellas. Tenía el ojo experto y penetrante del buscador de aventuras.

Estaba rodeado de rastros. Los leía, igual que en una novela de Mayne Reid.

Una mancha negra y los grisáceos restos de carbón en un costado de la abrupta costa, le revelaban que durante la noche, habían desembarcado indígenas y cocido sus alimentos en una hoguera. Las radiadas huellas de las gaviotas, indicaban un tiempo apacible y abundancia de pececillos en las proximidades de la playa.

Un largo tapón de marca francesa y una tajada de limón blanqueada por el agua, arrojados por las olas sobre la arena, demostraban que un paquebote extranjero había pasado unos días antes.

Mientras, el sol se había elevado algo más sobre el horizonte. El mar centelleaba sólo en dos sitios: en una ancha faja que doblaba el horizonte, y en el espejo de la ola que se hundía suavecita en la arena, haciendo brillar sucesivamente diez astros deslumbrantes.

En el resto de su inmenso mantel, el mar se alumbraba con la luz azul, melancólica y suave, de las apacibles mañanas de agosto, y los versos del poeta venían solos a la memoria:

Una vela blanca y solitaria
En el horizonte vaporoso y azul...

Y sin embargo, no había vela ni bruma en el horizonte.

Petia se retardó admirando el mar.

¡Qué hermoso es observarlo! Uno nunca se harta. Siempre parece distinto, nuevo, desconocido.

Cambia visiblemente a cada instante.

Ora está en calma, de un purísimo azur, cubierto de pequeñísimos senderos, casi blancos, donde la onda ni se mueve. Ora, es de un azul ardiente, flamígero, centelleante. Ora se riza, ora bajo el látigo de la fresca brisa, adquiere un matiz índigo oscuro, se vuelve lanudo, como si se lo acariciara a contrapelo.

O viene una tormenta y se transfigura, amenazante. Un viento tempestuoso arroja una inmensa ola. Las gaviotas se agitan, gritando, en un cielo apizarrado. Las olas, enloquecidas, arrastran y arrojan a lo largo de la playa, el cuerpo brillante de un delfín reventado. El horizonte, de un verde violento, se levanta como un muro almenado sobre los oscuros nubarrones de la tempestad. Los marmóreos maderos de la resaca, con los cuales trazan los zig-zag de la espuma amplios dibujos, se rompen contra la playa con un estampido. Un eco de bronce resuena en el aire enardecido. El fino vapor de la estrepitosa oleada, flota como un velo de gasa sobre la extraordinaria altura del flanco de las escarpaduras conmovidas.

Pero el encanto del mar, lo constituye sobre todo, el misterio siempre escondido de su inmensidad.

¿No es acaso un misterio su fosforescente claridad cuando en una noche de julio sin luna, se sumerge la mano en el agua negra y tibia, y brilla de pronto, acribillada de centellas azules? ¿O las llamas móviles de navíos invisibles, y las pálidas y lentas explosiones del desconocido faro? ¿O el número de granos de arena escapando al conocimiento humano?

Además, ¿no es también un misterio, que una vez, muy a lo lejos, apareciera en el mar la visión del acorazado en revuelta?

Su aparición había sido precedida por un incendio en el puerto de Odesa. Se veía el resplandor a cuarenta verstas. La voz corrió al instante que ardió el dique.

En seguida, fué pronunciada otra palabra: *Potemkin*.

Solitario y misterioso, el acorazado en revuelta, había aparecido muchas veces en el horizonte, a la vista de la costa de Besarabia.

Los peones abandonaban el trabajo y afluían a la orilla para distinguir la lejana humareda. A veces, les parecía verla. Se despojaban entonces de sus gorras y sus camisas, y las agitaban furiosamente saludando a los insurrectos.

Por más que Petia entornaba los ojos y miraba atentamente, no veía nada en el mar desierto.

Sólo una vez, con un catalejo que le había prestado un muchacho por un instante, distinguió la silueta verde manzana de un acorazado con tres chimeneas y un pequeño pabellón rojo en el mástil.

El barco de guerra avanzaba rápidamente al oeste, en dirección a Rumania.

Al día siguiente, el horizonte fué invadido por una espesa y oscura humareda. Toda la escuadra del Mar Negro, seguía el rastro del *Potemkin*.

Pescadores llegados de las bocas del Danubio en sus barcazas negras, trajeron la nueva de que el *Potemkin*, al arribar al puerto de Constanza, había tenido que entregarse al gobierno rumano. La tripulación había desembarcado, dispersándose.

Transcurrieron varios días de alarma.

Al alba, el horizonte se cubrió de humo una vez más.

Era la escuadra del Mar Negro que volvía de Constanza a Sebastopol, arrastrando a remolque, igual que al extremo de un lazo, al rebelde capturado.

Vacío, sin tripulación, las máquinas inundadas, bajado el pabellón de la revuelta, sumergido pesadamente en la brutal oleada, el *Potemkin* avanzaba lentamente, en el cerco de humo de sus convoyantes. Por mucho tiempo, costeó la ribera de Besarabia, desde donde lo miraban en silencio, los obreros de las heredades, los guarda-fronteras, los pescadores, las criadas de las granjas... Tuvieron sus ojos fijos en la comitiva hasta el instante en que toda la escuadra hubo desaparecido.

Y de nuevo el mar se volvió acariciante y suave, como si lo hubieran regado con aceite azul.

Poco después, aparecieron por los caminos de la estepa, destacamentos de gendarmes a caballo, enviados a la frontera rumana en busca de los marinos en fuga del *Potemkin*.

...Petia resolvió darse un baño corto por última vez.

Pero apenas se arrojó irreflexivamente al mar, apenas comenzó a nadar sobre la costa, cortando el agua fresca con su pequeño hombro oscuro y satinado, se olvidó del mundo.

Atravesando la zona profunda, Petia alcanzó el primer banco de arena.

Se subió y comenzó a pasearse. El agua le llegaba justo a la rodilla y a través de la onda transparente, examinaba las escamas claramente dibujadas, del arenoso fondo.

A primera vista, el fondo parecía deshabitado. Pero a poco que se observaba, se revelaba la vida entre las arrugas de la arena. Los minúsculos embudos de Bernardo el ermitaño se mostraban y desaparecían alternativamente. Petia agarró uno de esos embudos y retiró con mucha habilidad —cierto que tenía pinzas menudísimas— el pequeño cuerpo crustáceo del molusco.

A las chicas les gustaba reunir estas caparazones en un hilo grueso. Se obtenía así un hermoso collar. Pero no era ésa ocupación para un hombre.

El muchacho observó en seguida una medusa y corrió en su persecución. La medusa colgaba como una diáfana pantalla con un racimo de tentáculos igualmente transparentes. Parecía inmóvil. Pero era una falsa apariencia. Los finos bordes de su espesa cúpula respiraban y agitaban su azul cordoncillo gelatinoso, semejante a la orla de un paracaídas. Los tentáculos se movían. La medusa se fué oblicuamente hasta el fondo, presintiendo un peligro próximo.

Pero Petia la esperaba. Prudentemente, para no rozar el cordoncillo venenoso que quema igual que la ortiga, el niño agarró la medusa por su cúpula con las dos manos y retiró del agua su cuerpo pesado pero frágil. La arrojó con violencia sobre la playa.

Dejando caer sus tentáculos que se separaban, la medusa cayó sobre la húmeda arena. Al instante, el sol iluminó una plateada estrella, sobre su superficie mojada.

Petia lanzó un grito alborozado y arrojándose del banco de arena al agua profunda, se absorbió en lo que más le gustaba: zambullirse con los ojos abiertos.

¡Qué embriaguez!

Ante los ojos deslumbrados del niño, se abrió el mundo maravilloso del reino submarino. A través de la capa de agua, aumentadas como con lupa, se destacaban nítidamente las piedrecillas matizadas del casquijo. Cubrían el fondo del mar, al igual que el pedregullo reviste la calle.

Los tallos de las plantas submarinas formaban una selva encantada, atravesada desde lo alto por los rayos glaucos del sol, de una palidez lunar.

Entre las raíces, un cangrejo grande y viejo se deslizaba ágilmente, de costado, con sus terribles pinzas separadas como cuernos. Sobre sus patas de araña, cargaba la caja hinchada de su dorso acribillado por las verrugas blancas que le ocasionaban los moluscos.

Petia no se asustó. Sabía cómo atacar a los cangrejos. Había que agarrarlos audazmente por el dorso, con dos dedos. De ese modo, el cangrejo jamás podría cogerle.

Pero esta vez al niño no le interesó el cangrejo. ¡Un cangrejo! ¡No era nada del otro mundo! Toda la playa estaba cubierta de pinzas secas y caparazones carmesíes de cangrejos.

Los hipocampos parecían mucho más interesantes.

Una pequeña banda de esos animalejos acababa de aparecer entre las algas. Con sus hocicos y sus pechos cincelados ¿no se dirían caballos de ajedrez? Pero tenían la cola replegada hacia adelante, y nadaban parados, en dirección hacia Petia. Sus palmeadas aletas de minúsculos dragones submarinos, estaban desplegadas.

No sospechaban siquiera que a esa hora matinal, los estaba esperando un cazador.

El corazón del niño batió de júbilo. En su colección no tenía más que un hipocampo, una muestra toda arrugada y podrida. Y esos eran, sin excepción, grandes y hermosos.

Sería una locura dejar escapar una ocasión tan estupenda.

Petia emergió a la superficie para aprovisionarse de aire y ponerse a la pesca. Pero de pronto vió a su padre en la cumbre de la escarpadura.

El padre, gritando, agitó su sombrero de paja.

Pero la ribera era tan alta, y la voz rodaba en el barranco con un eco tan prolongado, que Petia no captaba más que la última sílaba retumbante:

—...bon! ¡bon! ¡bon!...

No obstante Petia comprendió perfectamente el significado de ese ¡bon-bon-bon! Quería decir:

—¿Dónde has estado, mal hijo? ¡Te estoy buscando por todos lados! ¡La diligencia espera! ¿Quieres que perdamos el barco por tu culpa? Sal del agua inmediatamente, ¡bribón!

La voz paterna, devolvió a Petia el amargo sentimiento de la separación, que le embargara al levantarse. Y el muchacho gritó, con voz ensordecedora, que le retumbó en los oídos:

—¡Voy en seguida! ¡En seguida!

Y rodó el eco:

—...ida, ida, ida!

Petia se ensartó las ropas sobre su cuerpo mojado, (lo que, por otra parte, era muy agradable) y se puso a escalar la pendiente.

III

EN LA ESTEPA

La diligencia esperaba ya en la carretera, frente a la puerta cochera. El cochero, subido sobre una rueda, ataba al carruaje los catres de los pensionistas y cestos redondos, cargados de berenjenas azules que, aprovechando la ocasión, enviaban a Ackermann.

El pequeño Pavlik, vestido para el viaje con su delantal azul nuevo y un sombrerito de piqué muy almidonado, semejante a una budinera, se mantenía prudentemente a distancia de los caballos, estudiando con aire profundo, los detalles del enjaezamiento.

Lo que le asombraba, era que este verdadero enjaezamiento de verdaderos caballos vivos, era muy diferente al de su hermoso caballo de papel mâché, Filasón, que no habían traído a veranear y que esperaba a su dueño en Odesa.

¡Sin duda, el dependiente que le había vendido a Filasón, se había equivocado!

Tan pronto llegara a la ciudad, no había que olvidarse de pedirle a papá que recortara unos cuadrados negros y cosiera a los ojos de Filasón, esos lindos cuadrados cuyo nombre ignoraba.

Recordando a Filasón, Pavlik se sintió inquieto. ¿Cómo viviría sin él, allá abajo, en la sopanda? ¿Le llevaría la tía su ración de avena y heno? ¿Los ratones no le habrían comido la cola? En verdad, de la cola no restaba gran cosa: dos o tres pelos y un clavito de tapicero, pero con todo...

Agitado por una gran impaciencia, Pavlik dejó la lengua afuera, sobre un lado de la boca, y corrió a la casa a decirles a papá y a Petia que se apresuraran.

A pesar de sus inquietudes por la suerte de Filasón, Pavlik no olvidó ni un minuto su nueva bolsa de viaje, que llevaba en banderola. La tenía bien fuerte con sus dos pequeñas manos.

Allí llevaba su principal tesoro, además de una tableta de chocolate y varios bizcochos salados marca "Capitán": una alcancía constituída por una lata de "Cacao Einem". En ella, guardaba Pavlik el dinero que ahorraba para comprarse una bicicleta.

La alcancía contenía una suma bastante regordeta: unos treinta y ocho o treinta y nueve kopecks.

Papá y Petia, que se habían desayunado con leche fresca y pan negro de trigo candeal, ya se dirigían hacia la diligencia.

Petia llevaba sus tesoros bajo el brazo, con grandes precauciones: un tarro con agujas marinas nadando en alcohol y sus colecciones de mariposas, abejorros, conchas y cangrejos.

Los tres se despidieron cordialmente de los propietarios que les acompañaron hasta la verja; luego, subieron a la diligencia y partieron.

La carretera bordeaba la granja.

La diligencia, haciendo tintinear el cubo atado a uno de sus ejes, costeó el huerto, pasó la glorieta, los establos y el corral. Por último, llegó al nivel de la era.

Luego del declive, obstruído por matorrales blancos de polvo y cubierto de bayas de un rojo amarillento, empezaba el reinado de la paja, de la era. Los almiares de vieja y nueva paja, grandes y altos como casas, formaban toda una ciudad. Había verdaderas calles, callejuelas y callejones sin salida. Acá y allá, bajo los muros estratificados y casi negros de una paja muy vieja, brotando de una tierra que parecía de bronce, resplandecían las mechas de esmeralda de los retoños del trigo candeal, de una pureza y un brillo incomparables.

Una espesa humareda salía de la chimenea del motor a vapor. Se oía el trepidar de la invisible trilladora. Mujeres que parecían pequeñitas circulaban armadas de horquillas, por la cima de una nueva parva. Se hundían en el trigo hasta las rodillas.

Las sombras del trigo levantado con la punta de las horquillas, revoloteaban sobre la nube de polvo que el sol horadaba con barras luminosas.

Los viajeros vieron pasar rápidamente las talegas, la balanza, las pesas.

En seguida flotó lentamente la alta colina de granos que salían de la trilla y que habían recubierto con un toldo.

La diligencia desembarcó en la estepa rasa.

En una palabra, al comienzo todo transcurrió como en los años precedentes. Se veían desiertos campos segados, desnudos a lo largo de varias decenas de verstas. Túmulos solitarios. Centelleo de mica de las siemprevivas. El ratón de campo acurrucado ante su hoyo. Extremo de cuerda semejante a una víbora aplastada...

De pronto, el camino se cubrió de polvo; una pequeña patrulla de la policía montada, al trote largo, se adelantó a la diligencia.

—¡Alto!

La diligencia se detuvo.

Uno de los jinetes se aproximó al coche.

El corto cañón de la carabina danzaba sobre la verde charretera que ostentaba un número. El polvoriento kepis, inclinado sobre la oreja, se sacudía de igual manera. La silla crujía, desprendiendo un fuerte hedor a cuero.

El caballo arrimó la testera al nivel de la portezuela abierta y resopló. Sus grandes dientes tascaban el freno. Espuma de un verde herboso chorreaba del negro belfo. Un soplo caliente y vaporoso deflagraba en los rosados morros tendidos directamente sobre los viajeros.

El negro hocico buscaba engullirse el sombrero de paja de Petia.

—¿A quién llevas?, —clamó con voz de soldado.

—A unos veraneantes que quieren embarcar, respondió el cochero con voz súbitamente delicada, solícita, obsequiosa. —Van a Ackermann a tomar el vapor para Odessa. Pasaron el verano aquí en la granja, desde los primeros días de junio... Ahora regresan a sus casas...

—¡A ver!

De inmediato asomó por la portezuela, un rostro carmesí de soldado, con bigotes y cejas amarillas, y un vergonzoso arañón en la barba; enganchada sobre el borde del kepis verde, se destacaba la escarapela oval.

—¿Quiénes son ustedes?

—Veraneantes —respondió el padre, sonriendo.

La sonrisa, tanto como ese "veraneantes" demasiado displicente, que sonaba a burla, molestaron al gendarme.

—¡Ya veo que son veraneantes! —rezongó rudamente—. Veraneantes... ¡Veraneantes...! ¡Eso no basta! ¿Quiénes son los tales veraneantes?

La mandíbula inferior del padre se estremeció, su perilla tembló. Pálido de indignación, abrochó con dedos temblorosos su abrigo veraniego, se ajustó los quevedos y gritó con voz de falsete:

—¿Cómo se atreve a hablarme en ese tono? Soy profesor en la enseñanza secundaria... ¡El consejero Batchey! ¡Y estos son mis hijos Piotr y Pavel! Vamos a Odesa.

Sobre la frente del padre se dibujaron manchas rosadas.

—Dispénseme, Su Señoría, —dijo vivamente el soldado, con los ojos desencajados, casi blancos, llevando la mano con la fusta empuñada, al kepis. —¡Me he equivocado!

Ese desconocido pero terrible título civil: "Consejero de enseñanza", visiblemente le había causado un gran temor.

¿Sabe uno acaso? Uno arriesga tener molestias o recibir un golpe en la trompa.

Espoleó su caballo y se alejó al galope.

—¡Qué imbécil! —dijo Petia, cuando los gendarmes se alejaron.

El padre se encolerizó.

—¡Cállate! ¡Cuántas veces te prohibí pronunciar esa palabra! Quién dice a menudo "imbécil", es por lo general poco inteligente. ¡No lo olvides!

En otras circunstancias, Petia evidentemente hubiera entablado un debate, pero esta vez guardó silencio.

Bien comprendía el estado de ánimo de su padre.

Su padre, que siempre hablaba con desprecio e irritación de los grados y las condecoraciones, que nunca llevaba su uniforme ni su cruz de Santa Ana de tercera clase, que no reconocía los privilegios de casta y afirmaba que todos los habitantes de Rusia eran "ciudadanos", había dicho en su cólera toda clase de cosas imposibles. ¿Y a quién? Al primer soldado que se le apareció...

"Profesor en la enseñanza secundaria"... "Consejero"... "Cómo se atreve a hablarme en ese tono"...

"¡Ah, qué absurdo!", expresaba el rostro confundido de papá. ¡Vaya! ¡Qué vergüenza!"

Mientras tanto, como ocurre siempre durante los viajes largos en coche, el cochero, había perdido en medio de la general confusión, la correa de su látigo; cubierto de polvo, tanteaba con el mango los pequeños arbustos de absintio, a lo largo del camino.

Al fin encontró la correa y ató el nudo con los dientes.

—¡Ah! ¡Había que mandarlos al diablo! —dijo aproximándose a la diligencia—. ¡Ahí están esos gendarmes que se pasean por los caminos y asustan a la gente!

—¿Y por qué patrullan? —preguntó al padre.

—¿Qué sabe uno? Quieren meter a alguien en gayola, eso es todo. Anteayer, a unos treinta kilómetros de aquí, incendiaron el castillo de los Balabanov. Según dicen, fué un marinero del *Potemkin* que dió el golpe. Y ahora, hurgan por todos lados para atrapar al marinero que huyó. Parece que está escondido por aquí, en la estepa. ¡Así es la cosa!... Bueno... ¿Seguimos?

Con estas palabras, el cochero saltó sobre su elevado, asiento, tomó las riendas y la diligencia se puso en marcha nuevamente.

La mañana seguía siendo hermosa, pero el buen humor había abandonado a los viajeros.

En este mundo maravilloso, con su cielo azul oscuro cruzado por tropeles salvajes de nubes de blanca crín, en este mundo de sombras violetas que corrían ondulando de *kurgan* en *kurgan* sobre las hierbas de la estepa, entre las que se asomaba, aquí y allá un cráneo de caballo o cuernos de toro; en este mundo que parecía hecho únicamente para la alegría y la felicidad de los hombres, era evidente que las cosas no andaban muy bien.

El padre, el cochero, Petia, todos los que iban en la diligencia, pensaban en ello.

Sólo Pavlik rumiaba otros pensamientos, pensamientos lejanos.

Arrugando con fuerza su combada frentecilla color crema, donde caía un mechón de cabellos cuidadosamente recortados, el niño miraba con mucha atención por la portezuela.

—Papá, dijo súbitamente, sin separar los ojos de la portezuela, —papá, ¿quién es el zar?

—¿Cómo quién es el zar?

—Pues sí, ¿quién?

—Hum... Es un hombre.

—Pero no, ya sé que es un hombre. No bromees, papá. No te pregunto si es un hombre, sino ¿quién es? ¿Comprendes?

—¡No sé que quieres!

—Te pregunto: ¿quién?

—Verdaderamente... Te obstinas en repetir... Pues bien, si tú te empeñas... ¡Es un ungido!

—¿Ungido con qué?

—¿Eh?

El padre miró severamente a su hijo.

—¡Pero sí! Si es un ungido, ¿con qué? ¿Comprendes? ¿Con qué?

—¡No digas tonterías!

Y el padre se dió vuelta, con cara de fastidio.

IV

EL ABREVADERO

Hacia las diez de la mañana, se detuvieron en un gran burgo moldavo-ukraniano para dar de beber a los caballos.

El padre tomó a Pavlik de la mano, y se fueron a comprar melones. Petia se quedó cerca de los caballos, para mirar cómo bebían.

El cochero llevó hasta el pilón a los caballos, que arrastraban el pesado furgón de la diligencia. Allí había un pozo y una polea.

El cochero introdujo el *knut* en la caña de su bota, y asió una larguísima varilla que colgaba verticalmente, y a cuyo extremo había un pesado cubo de madera, atado por una cadena. Deslizando las manos por la varilla, la hacía descender al pozo. La polea chirrió. Un extremo de la enorme palanca se inclinó como para echar un vistazo en el pozo, mientras que el otro, provisto de una gruesa piedra porosa como contrapeso, subía fácilmente.

Petia se arrimó al borde del pozo, y miró el fondo como por un catalejo.

La galería redonda, guarnecida de gruesas piedras, cubiertas por el moho de un compacto y sombrío terciopelo, se alejaba al fondo.

Y allí, en la fría oscuridad, brillaba un pequeño círculo de agua, que reproducía con fotográfica fidelidad, la imagen del sombrero de Petia.

El chico lanzó un grito y el pozo, se llenó de ecos igual que una tinaja.

El cubo tardó en descender; se había vuelto muy pequeño, sin alcanzar el agua. Al fin, se oyó un lejano chapaleo. El cubo se sumergió en el agua, glugluteó y comenzó a subir.

Pesadas gotas iban cayendo al agua. Hacían pif-paf, como los émbolos.

La varilla demoró mucho en subir, gastada por el contacto mil veces repetido de las manos, pero finalmente emergió la húmeda cadena. La polea chirrió por última vez. El cochero, con sus vigorosas manos, tomó el pesado cubo, que pesaba por lo menos dieciséis kilos y lo volcó en el pilón de piedra.

Pero antes de vaciarlo, bebió él. Petia, después del cochero, apagó a su vez su sed. ¡Este era el mayor encanto del abrevadero!

El muchacho hundió la nariz y la perilla en el agua transparente y fría como hielo. La barba verde del moho, había tapizado el cubo. Había en ese cubo y en ese verde, cierta cosa de espanto, un dejo de brujería. El tinte de algo muy antiguo, forestal, que evocaba en la imaginación del niño, la imagen del molino de agua, del molinero encantado, el lago misterioso y la "princesa-rana".

El agua helada le produjo un lacinante dolor en la frente. Pero el día era cálido, y Petia sabía que pasaría pronto.

También sabía Petia que se necesitaban ocho o diez cubos, por lo menos, para abrevar a los caballos. Eso no demandaría menos de media hora. Tenía tiempo de dar un paseíto.

El muchacho se metió hábilmente entre el barro del abrevadero, negro como betún y acribillado de huellas por las pequeñas pezuñas de los cerdos. Se fué a lo largo de una reguera, por el prado sembrado de plumones de ganso.

La reguera le condujo a un pequeño pantano, invadido por una selva de cañas, de cárices y malas hierbas.

Aún a la hora más calurosa del día, reinaba aquí una frescura crepuscular. Petia sintió que le asaltaban la nariz, mil olores embriagadores.

El olor particular, agudo, de la cárice, se mezclaba con la hediondez insípida de una planta que daba jaqueca.

Los matorrales de hojas puntiagudas de la datura, cubiertos de cajitas negras y verdes con espinas carnosas y de largas flores, delicadas y blancas, crecían junto a la dulcamara, al beleño y a la misteriosa "planta del sueño".

En el sendero, apareció una gran rana con los ojos cerrados, como hechizada y Petia trataba de no mirarla: ¿y si fuera la princesa-rana? ¿No vería sobre su cabeza una coronita de oro?

Era realmente un sitio mágico, como las selvas de los cuentos de hadas.

¿No sería por ahí que andaba errando la magra y desconsolada Alionuchka, la de los grandes ojos, en busca de su hermanito Ivanuchka, convertido en cordero?

Si de pronto, desde la espesura, hubiera aparecido un corderillo blanco, balando con delicada voz infantil, Petia se hubiera desvanecido de miedo.

El muchachito resolvió no pensar más en el corderillo. Pero cuanto más trataba de no pensar en ello, más pensaba. Y cuanto más lo pensaba, más aterrorizado se sentía, completamente solo en medio de las negras hierbas de ese lugar maldito.

Entornó los párpados violentamente para no gritar, y escapó de la espesura. No se detuvo hasta encontrarse detrás de una pequeña granja.

Petia percibió una hermosa era, de la que estaba separado por un seto donde colgaban cantidad de cántaros de barro. En medio de su arenilla tapizada con trigo muy fresco, recién traído del campo, se veía a una niña de unos once años, que llevaba en la cabeza un pañuelo de mujer y vestía una larga falda plegada, y una blusita de percal con mangas afolladas.

Protegiéndose del sol, y apoyándose alternativamente sobre uno de sus pies desnudos, hacía correr al extremo de una larga cuerda, dos caballitos enganchados por una lanza. Dispersaban suavemente la paja, rechazándola con sus cascos y sobre la espesa capa de brillante trigo candeal, hacían rodar un cilindro de piedra acanalada. El rodillo rebotaba duramente, pero sin ruido.

Detrás del cilindro, se arrastraba una tabla bastante ancha, encorvada por delante como un ski.

Petia sabía que esa tabla, tenía por debajo gran cantidad de piedras agudas y ambarinas, especialmente aptas para hacer caer los granos de las espigas.

Sobre esa tabla que se deslizaba con rapidez, se mantenía alegre como sobre un trineo, guardando penosamente el equilibrio, un muchachito de la edad de Petia, que llevaba una desteñida camisa desabrochada y una gorra con la visera echada sobre la oreja.

Una minúscula niña de blondos cabellos, convulsivamente agarrada con sus dos manos al pantalón del hermano, permanecía a sus pies, acurrucada como un ratoncito.

Dentro del círculo de la era, corría un viejo, removiendo el trigo con una horquilla de madera y arrojando la paja bajo las patas de los caballos. Una vieja, con una larga pala al extremo de una vara, enderezaba el círculo que se deshacía y perdía su forma regular.

Un poco más allá, junto al almiar, otra mujer, de brazos tostados por el sol y músculos hombrunos, hacía girar penosamente el organillo de un aventador. Las rojas palas pasaban volando por el orificio redondo del tambor.

El viento arrancaba una brillante nube de harijas. Estas descendían, livianas como una cortina de gasa, sobre la tierra, sobre los matorrales, llegaban hasta la huerta y allí se detenían encima de la verdura seca de los tomates, completamente maduros, amarillos y rojos, y de un espantajo cubierto con la gorra colorada de los hidalgos.

Aquí, en esta pequeña era, trabajaba toda la familia, menos el dueño de casa. El jefe de la familia estaba sin duda en el frente, en Manchuria, en alguna trinchera acribillada de obuses japoneses.

Esta trilla pobre y minuciosa, no se parecía en nada a la espléndida trilla de trigos, con un montón de gente alrededor, que Petia había visto siempre en la granja de Rodolfo Karlovich. Pero Petia encontraba el mismo encanto en esa modesta era. Por ejemplo, hubiera querido dar una vuelta en la tabla de silex o por lo menos, hacer girar la manivela del aventador. En otro momento, en verdad, Petia le hubiera pedido al muchachito que le permitiera subir a la tabla, pero desgraciadamente, no tenía tiempo.

Petia emprendió el camino de regreso.

Había retenido para siempre los simples y emocionantes detalles del trabajo campesino: el brillo claro de la paja nueva, la pared posterior de la choza recién blanqueada; al pie de la pared, las muñecas de trapo y los calabacines secos llamados "tarakutski", únicos juguetes de los hijos de los campesinos, y sobre el caballete del techo de juncos, una cigüeña parada sobre una pata, al lado de su gran nido construído al tuntún.

La imagen de esa cigüeña, sobre todo, se había arraigado en su memoria: su saquito ajustado, su chaleco de piqué, el tronco rojo de una pata (la otra permanecía invisible), su largo pico rojo que crujía con un ruido de madera, igual que la carraca del sereno nocturno.

Junto a una casa que tenía un letrero azul "Administración Cantonal", había atados tres caballos militares ensillados.

Un soldado, con el sable entre las rodillas, calzado con botas polvorientas, estaba sentado a la sombra, en los peldaños de la escalinata y fumaba *majorka* envuelta en un pedazo de papel de diario.

—Señor, ¿qué hace aquí? —preguntó Petia.

El soldado examinó perezosamente al pequeño ciudadano, lanzó entre dientes, de costado, un largo salibazo amarillo, y respondió con voz indiferente:

—Vamos a prender a un marinero.

"¿Quién será ese terrible y misterioso marinero que se esconde en algún sitio muy cercano de la estepa, que prende fuego a los castillos y a quien quieren prender los soldados?, se preguntaba Petia descendiendo de la calle tórrida y desierta, a un pequeño barranco, en dirección al pozo. Ese bandido ¿no atacará las diligencias?"

Desde luego, Petia se guardó de hacer participar de sus temores a papá y a su hermano. ¿Para qué ocasionar inquietudes inútiles a la gente? Pero aun así, permaneció atento, y prudentemente, introdujo sus colecciones bajo la banqueta, más cerca del tabique.

Apenas arrancó la diligencia, embistiendo una cuesta, el muchachito se arrimó a la portezuela y se puso a inspeccionar los alrededores, esperando, a la vuelta del camino, ver aparecer al bandido.

Estaba resuelto firmemente a no abandonar su puesto hasta llegar a la ciudad.

En tanto, su padre y Pavlik, que parecían no recelar del peligro, estaban atareados con un melón.

Tenían una decena de melones, comprados a un kopeck cada uno y amontonados en una funda de tela gruesa, con cuatro ramos bordados en las esquinas y desteñidos por las numerosas lejías. El padre sacó un melón duro, de un gris verdoso, cubierto por una fina red de grietas, y dijo: "¡Vamos, probemos estos célebres melones!". Lo cortó cuidadosamente a lo largo y lo abrió como un huevo de Pascua.

Un delicioso olor llenó la diligencia.

El padre separó con su cortaplumas las "entrañas" del melón y las arrojó por la portezuela, con un ágil y vigoroso

movimiento. Luego, lo dividió en finas y apetitosas tajadas, y colocándolas sobre un pañuelo limpio, observó:

—Me parece, que realmente, ¡no está mal este meloncito!

Pavlik, que se retorcía de impaciencia en su sitio, se apoderó de la tajada más gruesa y se hundió en ella hasta las orejas. Respiró de contento, mientras caían de su barbilla, turbias gotitas de jugo.

En cuanto al padre, puso en su boca una tajadita, la masticó, y dijo, entornando los párpados con fruición:

—En efecto, es excelente.

—Exce-elente —confirmó Pavlik.

Petia, que oía a su espalda estas cosas que le hacían agua la boca, no aguantó más. Olvidando el peligro, se precipitó sobre el melón.

V

EL FUGITIVO

A unas diez verstas de Ackermann, comenzaban los viñedos. Hacía rato que habían comido el melón y arrojado los pedazos de cáscara por la portezuela. Empezaban a aburrirse. Era cerca de mediodía.

La suave brisa matinal, cuya frescura recordaba asimismo que el otoño no tardaría, había cesado por completo. El sol quemaba como en pleno mes de julio y aún parecía más caluroso, más seco, más amplio.

Los caballos arrastraban penosamente la molesta diligencia, por una arena de lo menos veinte centímetros de profundidad. Las ruedas delanteras —las pequeñas— se hundían hasta el cubo. Las traseras —las grandes— oscilaban lentamente, haciendo crujir y aplastando los azules guijarros que se encontraban en la arena.

Fina harina de polvo envolvía a los viajeros, como una nube asfixiante. Las cejas y las pestañas se habían blanqueado. El polvo rechinaba bajo los dientes. Pavlik desencajó sus ojos chocolate claro, brillantes como un espejo, y estornudó con porfía.

El cochero se convirtió en molinero.

Por todas partes, hasta perderse en el infinito, se alineaban los viñedos.

Los troncos nudosos de las viejas cepas alineadas en tablero, que parecían retorcidos por el reumatismo, cubrían el suelo seco, grisado por el polvo. Podrían parecer feos y hasta repugnantes, si la naturaleza no hubiera tenido el cuidado de adornarlos con admirables hojas de noble dibujo antiguo.

Estas hojas, recortadas en punta, recubiertas por los salientes arabescos de sus sinuosas venas, y por las manchas azul turquesa de la caparrosa, tamizaban una luz verde y amarilla bajo los rayos del sol de mediodía.

Los tiernos retoños de la viña, abrazaban estrechamente los altos rodrigones.

Las viejas cepas se plegaban bajo el peso de los racimos.

Pero se necesitaba una vista penetrante, para observar esos racimos enterrados bajo los pámpanos. El profano peligraría recorrer una hectárea sin ver uno solo, en tanto que cada pie enguirnaldado de la viña gritaría: "¡Pero si estamos acá, gran tonto! ¡Somos más de cien kilos! ¡Tómanos, cómenos! ¡Miren qué palurdo!" Y entonces, de pronto, el palurdo vería directamente ante sí, un racimo, y otro, y un tercero... Y tanto que al fin todo el viñedo se pondría a centellear, los racimos se mostrarían por todas partes, como en un cuento de hadas.

Pero Petia era un conocedor. Los racimos de uva se le descubrían de inmediato. No sólo los veía, sino que desde la diligencia distinguía su variedad.

Había una cantidad infinita de clases de uva.

El gran "chaus" verde claro de pepitas confusas, que se entrevén a través de una espesa piel, cuelga de largos racimos piramidales de dos o tres libras cada uno. El ojo de un conocedor no podría confundirlas, por ejemplo, con "los dedos de damas", también de un verde claro, pero más alargadas y lucientes.

La tierna "chachla" medicinal difiere bien poco de la "moscatel rosada", y sin embargo, ¡qué diferencia! Las bayas redondas de la "chachla" comprimidas tan fuertemente en un racimito elegante, que perdían su forma y se volvían casi cúbicas, reflejaban vivamente el sol en sus pequeños globos rosados y ambarinos, mientras que los frutos de la "moscatel rosada", cubiertos por un polen amatista, no reverberaban bajo el sol.

Y todas estas uvas, ya sea la "isabela", azul a fuerza de ser negra, la "chaus", la "chachla" o la "moscatel", eran tan seductoras en su belleza madura y transparente, que las más difíciles mariposas se posaban encima como sobre flores, confundiendo sus antenas con los pequeños zarcillos verdes de la viña.

A veces, metida en medio de las viñas, se veía una choza. Al costado había siempre un tonel lleno de caparrosa, manchado por la sombra azulada de un manzano o un albaricoquero.

Petia echó una mirada de envidia sobre las hermosas chozas de paja.

Sabía muy bien lo agradable que era retirarse a un refugio así, a la sombra tórrida de la tarde y extenderse sobre la paja seca y cálida.

El aire espeso e inmóvil estaba completamente saturado de olores embriagadores de tomillo y comino. Las vainas de los guisantes se secaban al sol y crujían suavemente. ¡Qué bien se estaba!

Las viñas vibraban y chorreaban bajo la colada de vidrio de un calor tórrido.

Y encima de todo, aparecía, azul pálido, un cielo de estepa, un cielo polvoriento, descolorido por la hoguera del cálido día.

¡Era maravilloso!

Pero de pronto se produjo un acontecimiento tan rápido, tan extraordinario, que fué difícil comprender qué sucedió primero, y qué sobrevino después.

Un hecho no daba lugar a dudas: en primer término se oyó un disparo. No era el fogonazo resonante, familiar y nada atemorizante de un fusil de caza, que se oía tan a menudo en los viñedos. No, era el estrépito siniestro, terrorífico, de un fusil de guerra.

Y al mismo tiempo, apareció en la carretera un gendarme montado, carabina en mano. Apuntó una vez más, dirigió su fusil al fondo del viñedo, pero renunció a tirar. Acostó la carabina a lo ancho de la silla, espoleó su caballo, se inclinó, y saltó el alto seto, directamente hacia el viñedo. Acomodándose el kepis sobre la cabeza, galopó en línea recta aplastando las viñas y desapareció rápidamente.

La diligencia continuó rodando.

Durante un tiempo, la carretera permaneció desierta.

Pero de golpe, por detrás, sobre un seto, comenzó a oscilar una pértiga. Alguien saltó a la cuneta y luego salió a la carretera.

Un hombre perdido en una espesa nube de polvo, corrió en persecución de la diligencia.

Probablemente, el cochero, desde lo alto de su pescante, le había visto antes que nadie. Pero en lugar de frenar, se paró y agitó frenéticamente el látigo. Los caballos se lanzaron al galope.

Pero el desconocido ya había logrado saltar sobre el estribo y abriendo la portezuela, miró adentro de la diligencia.

Respiraba penosamente, sofocado.

Era un hombre rechoncho de rostro joven, pálido de miedo, de ojos azules, no se sabía bien si alegres o mortalmente asustados.

Sobre su gran cabeza redonda de cabellos cortados en cepillo, llevaba una flamante gorrita con un botón, como las que usan los obreros en días de fiesta. Pero por otra parte, se veía debajo de su saco demasiado estrecho, una camisa bordada de peón, de tal modo que también podría tomársele por un asalariado agrícola.

Pero su pantalón de grueso género militar, tapizado por un polvo aterciopelado, contrastaba con el aspecto que podía tener un obrero de ciudad o un peón de granja.

El pantalón se había levantado sobre una de sus piernas, descubriendo la caña rojiza de una grosera bota de marino, de doble costura.

"¡El marinero!", este terrible pensamiento pasó como un relámpago por la cabeza de Petia y se redobló su temor cuando vió claramente un ancla azul tatuada sobre la mano del desconocido, que apretaba la manija de la portezuela.

El propio desconocido, visiblemente, no estaba menos turbado que los viajeros, por su repentina irrupción en la diligencia. Al ver a un señor de quevedos, mudo de estupor y a dos niños asustados, movió los labios como para saludar, o quizá, para disculparse.

Pero no pudo producir más que una sonrisa oblicua y tímida. Terminó por hacer un gesto de impaciencia y se preparaba a saltar a la carretera, cuando frente a la diligencia apareció una patrulla. El desconocido miró prudentemente por detrás de la caja del coche, percibió a los soldados envueltos en polvo y saltó al interior de la diligencia haciendo golpear la portezuela.

Echó una mirada suplicante a los viajeros, y sin pronunciar palabra, se acostó boca abajo; para terror de Petia, se metió debajo de la banqueta donde estaban guardadas sus colecciones.

El muchachito, desesperado, miró a su padre, pero lo vió completamente inmóvil, el rostro impasible, un poco pálido, la barbilla apuntada resueltamente hacia adelante. Con las manos cruzadas sobre el vientre, hacía girar los pulgares.

Todo su aspecto decía: ¡aquí no ha pasado nada! Nada de preguntas. Permanezcamos en nuestros sitios como si tal cosa, y continuemos el viaje.

No sólo Petia, sino que el propio Pavlik, comprendió de inmediato al padre.

No observar nada. Ante esa situación, era lo más simple y lo más sabio.

En cuanto al cochero, no había que preocuparse. Fustigaba sus caballos sin darse vuelta.

En resumen, era una conspiración de silencio muy singular y unánime.

La patrulla cruzó la diligencia.

Varios rostros de soldados miraron por la portezuela. Pero el marinero estaba bajo la banqueta. No se le veía.

La patrulla no observó nada sospechoso en esa pacífica diligencia con sus niños y sus berenjenas.

Los soldados siguieron, sin detenerse.

El silencio duró lo menos media hora. El marinero permanecía inmóvil en su sitio. Alrededor todo estaba en calma.

Al fin, aparecieron, rodeados por la magra verdura de las acacias, los techos de las primeras casas de la ciudad.

Sólo entonces, el padre fué el primero en romper el silencio. Mirando con indiferencia por la portezuela, dijo como si hablara consigo mismo, pero ostensiblemente en voz alta:

—¡Oh! ¡Oh! Creo que hemos llegado; Ackermann está a la vista. ¡Qué calor terrible! ¡No se ve ni un alma en el camino!

Petia comprendió en seguida la estratagema de su padre.

—¡Llegamos! ¡Llegamos!, —gritó.

Asió a Pavlik por los hombros y lo empujó a la ventana, gritando con voz que simulaba excitación:

—Observa, Pavlik, mira ese lindo pajarito volando.

—¿Dónde está el pajarito? preguntó Pavlik, sacando curiosamente la lengua.

—¡Ah! ¡Mi Dios! ¡Qué tonto eres! ¡Ahí está!

—No veo nada.

—¡Estás ciego!...

En ese instante se produjo un ruidito y la portezuela chirrió. Petia se dió vuelta rápidamente. Pero nada había cambiado. Sólo, que ya no se veía sobresalir la bota por debajo de la banqueta.

Inquieto, Petia echó una mirada para ver si no habían desaparecido sus colecciones. Allí estaban las cajas. Todo estaba en orden.

Pavlik continuó moviéndose ante la ventana, buscando el pajarito.

—¿Dónde está el pajarito?, lloriqueaba, torciendo los labios. ¡Muéstrenme el pajarito! ¡Pe-tia! ¿Dónde está el pajarito-to?

—¡Déjate de gimotear! —dijo Petia, sentencioso—. No hay pájaro. Voló. ¡Qué polilla!

Pavlik, comprendiendo que se le había engañado indignamente, suspiró con tristeza y se puso a mirar, muy asombrado, debajo de la banqueta.

—Pero papá —dijo al fin con voz temblorosa— ¿dónde está el señor? ¿Dónde está?

—¡Nada de charlas!, —le dijo el padre, severamente.

Y Pavlik se calló, con dolor, devanándose los sesos por comprender la misteriosa desaparición del señor de las botas.

Las ruedas crepitaron sobre el empedrado. La diligencia entró en una calle sombría, plantada de acacias.

Los postes torcidos y grises del teléfono, desfilaron lentamente, rodeados de techos de palastro azul y de tejas rojas. A lo lejos, se entrevcía el agua inerte del *liman*.

Un heladero de blusa frambuesa, marchaba por la sombra, con su barrilito sobre la nuca.

A juzgar por el sol, serían la una pasadas. Luego, el vapor *Turguenev* zarparía a las dos.

El padre le dijo al cochero que fuera directamente al puerto, de donde precisamente acababa de partir un pito larguísimo y grave.

VI

EL "TURGUENEV"

Los acontecimientos narrados en este libro, han transcurrido hace más de treinta años, pero ya en esa época el *Turguenev* era considerado un barco viejo.

Bastante largo pero angosto, con dos ruedas cuyas palas rojas aparecían por los orificios del tambor, con sus dos chimeneas, era más bien un "barco-tranvía" que un verdadero steamer.

Pero a Petia siempre le había parecido una maravilla de construcción naval y el viaje de Odesa a Ackermann era, a sus ojos, algo así como una travesía transatlántica.

El pasaje de segunda clase costaba bastante caro: un rublo con diez kopeks. Sacaron dos pasajes, pues Pavlik viajaba gratis.

Pero aun así, el viaje en vapor era infinitamente menos costoso y sobre todo, más agradable que la lenta marcha de treinta verstas en diligencia, en medio de nubarrones de polvo. La diligencia era un antiguo coche judío, conducido por un auriga vestido con una chamarreta desgarrada, ceñida ligeramente con la faja roja de los cocheros de las grandes rutas. Después de embolsar cinco rublos, previamente controlados de una dentellada, este cochero bermejo, de ojos siempre rojos y enfermos, ponía a prueba la paciencia de sus clientes, ofreciendo avena cada dos verstas, a sus rocines medio muertos de decrepitud.

Apenas se habían instalado y dispuesto el equipaje en el camarote común de 2ª clase, cuando Pavlik, debilitado por el calor y el largo viaje, se puso a dormitar. Fué necesario acostarlo de inmediato sobre la banqueta cubierta con un hule negro, completamente recalentado por el sol que atravesaba las ventanas cuadradas.

Dichas ventanas estaban encuadradas en cobre bien bruñido, pero con todo, perjudicaban el aspecto general del barco.

Se sabe que un barco que se precie, debe tener tragaluces que se cierran herméticamente en caso de tormenta.

El camarote de 3ª clase, dispuesto a proa del navío, estaba más favorecido: allí había verdaderos tragaluces, pero no había divanes. Los reemplazaban bancos de madera, como en los ómnibus.

Viajar en 3ª clase era considerado "poco conveniente" y la 1ª clase era demasiado cara.

Por su posición social, la familia del profesor Batchey, pertenecía a la categoría media de pasajeros, a la de 2ª clase. Esto podía ser agradable y cómodo en determinado caso, desagradable y humillante en otro. Pues se trataba de saber en qué clase se encontraban los conocidos de la familia.

El señor Batchey siempre evitó abandonar su veraneo en compañía de vecinos ricos, pues no quería sentirse humillado.

Estaban en plena estación de los tomates y las uvas y el cargamento se prolongaba fastidiosamente.

Petia subió varias veces al puente, para saber si zarparían pronto. Pero las cosas no avanzaban. Los changadores desfilaban interminablemente sobre la planchada, llevando sobre los hombros cajas y cestos, y sin embargo, los fardos amontonados en el embarcadero no disminuían.

El muchachito se acercó al segundo, que vigilaba el cargamento, giró a su alrededor, se colocó a su lado, miró al fondo de la bodega, adonde bajaban con miles de precauciones los toneles de vino, atados con cadenas en racimos de tres o cuatro piezas.

De vez en cuando, como al descuido, rozaba al segundo, con el codo. Era para hacerse notar.

—Chico, no te metas entre las piernas, —dijo el segundo molestado e indiferente.

Pero Petia no se ofendió. Lo importante era entablar conversación.

—Señor, ¿me hace el favor de decirme si zarpamos pronto?

—Pronto...

—¿Y qué quiere decir pronto?

—Cuando terminemos de cargar.

Petia se esforzaba por reír, para congraciarse con el segundo.

—No, dígame en serio, señor, ¿cuándo?

—¡Déjate de estorbar a la gente!

Petia se retiró, con gesto animado e independiente, como si nada hubiera pasado: habían conversado y se habían separado, eso era todo.

Con la barbilla apoyada en la borda, se puso a inspeccionar el muelle, que le aburría mortalmente.

Además del *Turguenev,* un gran número de chalanas también estaban cargando.

Todo el muelle estaba repleto de camiones cargados con trigo.

Los granos se deslizaban con zumbido seco y sedoso por los orificios cuadrados de las bodegas, siguiendo canales de madera.

Un sol blanco y furioso dominaba fastidiosamente el polvoriento muelle, desprovisto de poesía y de belleza.

Todo, todo aquí era de una fealdad deprimente.

Los hermosos tomates apetitosos, que tan cálidamente brillaban a la sombra de las hojas marchitas de las huertas, se presentaban embalados en miles de cajas ralas, todas idénticas.

Las más delicadas clases de uva, de las que cada racimo suspendido en los pámpanos parecía una obra de arte, habían sido hundidas por manos ansiosas, en groseros cestos de mimbre, revestidos con arpillera, que llevaba etiquetas manchadas de engrudo.

El trigo, cultivado y preparado con tanto cuidado —ese trigo candeal color ámbar, penetrado por todos los perfumes del campo ardiente— yacía bajo sucios toldos, hollado por las botas.

Entre los sacos, las cajas y los toneles, se veía circular al agente de policía de Ackermann, con su túnica blanca con el gran cordón anaranjado del revólver, colgado de su cuello negro y arrastrando el sable.

El calor inmóvil que pesaba sobre el río, el polvo, el ruido blando pero continuo del interminable cargamento, inclinaban a Petia al sueño.

A todo trance, abordó al segundo una vez más, para saber por fin si partirían pronto; recibió nuevamente la misma respuesta de que zarparían cuando terminara el cargamento, y que cuando el cargamento terminara, zarparían.

Petia bostezó, y se dijo a través de su somnolencia que evidentemente en el mundo todo era mercancía: mercancía las

patatas, mercancía las chalanas, mercancía las casitas de la costa, mercancía los almiares amarillo-limón al costado de las casitas y mercancía, muy probablemente, los propios changadores. Terminó por entrar en el camarote y hacerse sitio junto a Pavlik. Se durmió insensiblemente, y al despertar, el vapor ya estaba en marcha.

En el camarote se notaba un cambio. Ahora estaba mucho más claro. El reflejo reverberante de las olas se extendía sobre el cielorraso.

La máquina trabajaba. Se oía el ruido precipitado de las ruedas.

Petia había dejado pasar el momento tan interesante de la salida, el tercer pito, las órdenes del capitán, el retiro de la planchada, el arrojar de los cabos...

Era tanto más desolador, cuanto que ni papá ni Pavlik se encontraban en el camarote. ¡De modo que habían visto todo!

—¿Por qué no me despetaron?, —gritó Petia, sintiéndose estafado.

Al precipitarse sobre el puente, se lastimó el pie chocando con el umbral de cobre. Pero no prestó atención a esa bagatela.

—¡Los odio! ¡Los odio!

Pero Petia hacía mal en desconsolarse así. Sí; el vapor se había separado del muelle, pero todavía estaba maniobrando. De modo que lo más interesante no había terminado.

Todavía era necesario el "¡Adelante, despacio!", y "¡Adelante, bien despacio!", y "¡Alto!", y "¡Hacia atrás!", y "¡Hacia atrás, bien despacio!" y muchas más cosas cautivantes, que Petia conocía a la perfección.

El muelle se alejaba, se hacía pequeño, giraba. Los pasajeros, repentinamente muy numerosos, se amontonaron de un lado. Continuaban agitando pañuelos y sombreros, con expresión de apasionada desesperación, como si partieran al fin del mundo, cuando se trataba simplemente de recorrer treinta verstas en línea recta.

Pero así eran la tradición de los viajes por mar, y el ardiente temperamento de los meridionales.

La mayoría eran pasajeros de tercera y "pasajeros de cubierta", instalados en el puente inferior a proa, al lado de la bodega. No tenían derecho a subir a los puentes superiores

reservados para el público "copetudo" de la 1ª y 2ª clase. Petia vió en el puente superior a papá y a Pavlik. Agitaban febrilmente sus sombreros.

Allí se encontraban también el capitán y la tripulación: el primer oficial y dos marineros descalzos. De toda la tripulación, sólo el capitán y un marinero hacían verdadero trabajo de marinos.

El primer oficial y el otro marinero, vendían los pasajes. Provistos de rollos de papel y de una cajita de alambre como las que se ven en las panaderías, recorrían a los pasajeros que no habían tenido tiempo de sacar sus pasajes en el embarcadero.

El capitán daba órdenes, e iba y venía por el puente sobre dos planchadas instaladas en los flancos del barco. En tanto, ante los ojos maravillados de los pasajeros, el marinero miraba en el caldero de cobre de una gran brújula y hacía girar el timón, ayudándose por momentos con su pie descalzo. La rueda emitía terribles chirridos, las cadenas del timón se arrastraban estrepitosamente por la orilla, yendo y viniendo, prestas a cada instante a arrancar la cola de sus vestidos a las señoras imprudentes.

El barco daba marcha atrás, volviéndose lentamente.

—¡Babor! —gritó el capitán al timonel, con su voz ronca de glotón y de personaje grosero, sin prestar la menor atención a los pasajeros, que respetuosamente, rodeaban la brújula.

—¡Babor, más a babor! ¡Un poco más! ¡Un poquito aún! ¡Bien! ¡Así!

Se paró sobre la planchada de la derecha, abrió la cobertera de un tubo acústico que conducía hacia abajo, y apretó un pedal. El sonido áspero de una campana resonó en las entrañas del barco. Los pasajeros impresionados, enarcaron las cejas, e intercambiaron una mirada en silencio. Comprendían que el capitán acababa de poner en marcha la maquinaria.

¿Qué hacer? ¿Correr a la planchada para ver cómo el capitán hablaba por el tubo acústico, o permanecer junto al marinero y a la brújula? Petia ya no sabía adonde volver la cabeza.

El tubo acústico lo arrastró.

El chico asió a Pavlik de la mano y le empujó hacia la planchada gritando, excitado, no sin la secreta intención de

hacer admirar su competencia de lobo de mar por dos desconocidas pero muy hermosas niñas:

—Presta mucha atención, Pavlik. El capitán va a decir por el tubo acústico: "¡Adelante!"

—¡Atrás, despacio! —dijo el capitán.

Y al punto, sonó abajo la campanilla. Lo que indicaba que la orden había sido oída.

VII

LA FOTO

Ackermann desapareció de la vista. Ya no se veían las ruinas de la antigua fortaleza turca. El vapor continuaba su marcha por el *liman* infinitamente ancho del Dniestr, y el agua desagradable, color café, bañada con estaño fundido por el sol, parecía que no terminaría jamás.

El agua estaba tan turbia, que la sombra del barco caía sobre ella como sobre arcilla.

Parecía que aún no hubiera empezado la travesía. Fatigados de ver siempre el *liman*, los pasajeros aguardaban desembocar en el mar.

Por último, al cabo de cerca de una hora y media, el vapor comenzó a desprenderse del estuario.

Petia se había arrimado a la borda, para no perderse el menor detalle de este solemne minuto. El agua aclaró sensiblemente, aunque era todavía bastante sucia.

Las olas se hacían más grandes y más altas. Las varillas rojas de las boyas que jalonaban el canal, se alzaban balanceando ampliamente las setas puntiagudas que las rodeaban.

A veces, pasaban tan cerca de la orilla, que Petia distinguía claramente en medio de la pequeña seta enrejada, la latita donde por la noche se colocaba un farol.

El *Turguenev* sobrepasó a varios barcos negros, de pescadores y a dos veleros con sus sombrías velas ampliamente extendidas.

Los barcos oscilaron, columpiados por las oleadas que lanzaba la estela del vapor.

Pasando el cabo calcinado y arenoso de Carolino-Bugaz con su cuartel y su mástil-fronterizo, se abría en la inmensidad, la gran ruta de agua marcada por dos hileras de boyas.

A cada instante, el capitán consultaba la brújula e indicaba la dirección al timonel.

Era, sin duda, un asunto de importancia.

El agua se tornó aún más clara. Evidentemente, allí se mezclaba la onda azul y pura del mar.

—¡Velocidad media!, —ordenó el capitán por el tubo acústico.

Hacia adelante, resaltando vivamente sobre el agua amarilla del *liman,* se extendía la zona negra y azul de un mar encrespado.

—¡Despacio!

Una fresca brisa golpeaba los rostros.

—¡A máquina lenta!

La máquina respiraba muy lentamente. Apenas, apenas, las palas batían el agua. La plateada orilla se extendía tan cerca, que parecía muy fácil vadearla.

He aquí el pequeño faro de los guarda-fronteras, resplandeciente de blancura, su alto mástil coquetamente adornado por pabellones marítimos de todo color, volcados hacia un solo lado por la fuerte brisa; la cañonera acurrucada en medio de un cañaveral; las siluetas de los guarda-fronteras, haciendo su lejía en el agua cristalina y poco profunda, y todo esto, iluminado en sus menores detalles por el sol, se deslizaba casi sin ruido ante el barco, espectáculo claro y alegre igual que una calcomanía.

La vecindad inmediata del mar, había restituído a la gente su frescura y su limpieza, como si de pronto, por su soplo, todo el polvo del barco y de los pasajeros hubiera sido barrido.

Hasta las cajas y los canastos que hasta entonces, habían sido simples fardos, se transformaron poco a poco en un verdadero cargamento; a medida que se acercaban al mar, rechinaban suavemente tal como correspondía.

—¡Velocidad media!

El poste-fronterizo, ya sobrepasado, viró y desapareció a lo lejos. Una onda profunda, pura y glauca, envolvió el barco. Apenas penetrada, el balanceo se apoderó de ella, arrojando sobre el puente la polvareda de agua, traída por un viento vigoroso.

—¡A toda máquina!

Oscuros copos de hollín subieron abundantemente por las silbantes chimeneas. Una sombra oblicua vino a posarse sobre el toldo de popa.

Esa máquina, como una vieja y buena mujer, tenía dificultad, visiblemente, para entablar combate con las fuertes olas de la inmensidad. Su respiración se hizo asmática.

El vetusto revestimiento del barco crujió cadenciosamente. El ancla atada al bauprés, saludaba a las olas.

El viento arrancó el sombrero de paja de un pasajero y el sombrero se fué detrás de popa, balanceado por la ancha cinta de espuma.

Cuatro judíos ciegos, de anteojos azules, subieron en fila la escalera, con una mano sobre sus sombreros hongos.

Instalándose sobre una banqueta del puente superior, rasgaron de pronto, las cuerdas de sus violines.

Las notas horrorosamente falsas de la marcha. "Por las colinas de Manchuria", se mezclaron con los suspiros asmáticos de la antigua máquina.

Uno de los dos mozos del restaurante de a bordo, trepó corriendo la misma escalera, haciendo flotar los faldones de su frac: llevaba guantes de hilo relativamente blancos. Con la destreza de un titiritero, blandía una minúscula bandeja con una botella humeante de gaseosa.

Así comenzó el mar...

Petia ya había tenido tiempo de meter la nariz por todos los rincones del barco. Comprobó que a bordo no había niños de su categoría; ninguna amistad por trabar...

Al principio cifró alguna esperanza en las dos niñas, a las que con tanta mala suerte quiso hacer apreciar su competencia de marino.

¡Esperanza pronto desvanecida!

Las niñas viajaban, desde luego, en primera clase. De inmediato, entablando una conversación en francés con su institutriz, dejaron entender que el chico de la segunda clase, no era de su medio.

Y luego, cuando estuvieron en alta mar, una de ellas se mareó y se fué a acostar —Petia la vió por la puerta entornada— sobre el diván de terciopelo del inaccesible camarote de primera clase. Chupaba una repugnante tajada de limón.

La chica que permaneció en cubierta, era linda y elegante. Llevaba un corto abrigo adornado con anclas y una boina marinera con un pompón rojo, a la francesa, Pero, ¡qué caprichosa y lloricona! Disputaba interminablemente con su papá,

un señor muy flemático de gran estatura, que llevaba patillas y esclavina. Se parecía, rasgo por rasgo, al Lord Glenarvan de *"Los hijos del Capitán Grant"*.

El siguiente diálogo se desarrolló interminablemente entre padre e hija:

—Papá, tengo sed.

—Tienes deseos de beber, el deseo pasará con un poco de paciencia —replicó flemáticamente Lord Glenarvan, sin apartar los ojos de sus gemelos marinos.

La niña pataleó y repitió elevando la voz:

—¡Tengo sed!

—El deseo pasará con un poco de paciencia —dijo más imperturbable aún, el padre.

La niña se encarnizó, furiosa y obstinada:

—Papá, ¡tengo sed, papá, tengo sed, papá tengo sed!

La saliva hervía en sus labios coléricos. Con una voz que exasperaría al hombre más tranquilo del mundo, repetía furiosamente:

—Papá, ¡tengo sed, tengo sed!

A lo que respondía Lord Glenarvan, de más en más indiferente, sin apresurarse y sin alzar la voz:

—Tienes deseo, el deseo pasará a fuerza de paciencia.

Era un duelo entre dos seres testarudos, un duelo que quizá había comenzado en Ackermann.

Desde luego que ni había que pensar en trabar relación con esa personita caprichosa.

Petia encontró al fin una ocupación interesante: pisarle los talones a un pasajero. A todas partes adonde iba el pasajero, Petia le seguía.

Era tanto más interesante, cuanto que ese personaje hacía rato que atrajera su atención, por su singular conducta y por sus ropas.

Quizá los otros pasajeros no hubieran notado nada. Pero a Petia le sorprendió una cosa:

El pasajero no tenía pasaje, y el segundo lo sabía perfectamente. Sin embargo, no le decía nada al singular desconocido. Más aún: tácitamente le permitía circular por todo el barco y hasta penetrar en el camarote de primera clase.

Petia asistió al siguiente episodio:

—Su pasaje —le dijo el segundo, abordando al hombre con su caja de alambre.

El pasajero le deslizó una palabra al oído. El segundo consintió:

—¡Está bien!

Y nadie más molestó a ese hombre. Empezó a pasearse mirando por todas partes: en los camarotes, en la sala de máquinas, en el comedor, en los tocadores, en la bodega.

¿Quién era entonces?

¿Un terrateniente? No. Los terratenientes se vestían y conducían de otro modo.

Un terrateniente de Besarabia lleva un guardapolvo de gruesa tela y una gorra blanca con la visera sucia de los dedos. Un terrateniente tiene unos bigotes, como barbas de choclo, y se os aparece siempre con un cesto de mimbre cerrado con candado. En esos cestos, hay siempre pescado, tomates, queso de cabra, y dos o tres botellas de vino blanco nuevo.

Avaros de su dinero, los terratenientes viajan en segunda clase; se reunen siempre en grupitos separados, no salen de sus camarotes y pasan el tiempo merendando o jugando a las cartas.

Petia no había visto al extraño pasajero en su compañía.

Es verdad que el desconocido llevaba gorra blanca, pero no tenía ni guardapolvo ni cesto de mimbre. No, no era un terrateniente.

Pero entonces, ¿quizá un empleado de correos, o un maestro?

Era poco probable.

Llevaba bajo el saco una camisa de seda con cuello pespuntado, y a modo de corbata, un cordón con pompones, pero su bigote negro como betún, fuertemente arremangado y su barbilla raspada cuidadosamente, cuadraban mal con una cabeza de maestro o de funcionario.

Y lo que sobre todo le colocaba fuera de todas las categorías de pasajeros, eran los oscuros quevedos, de un tamaño inaudito, cabalgando sobre una nariz carnosa, vulgar, de ventanas cargadas de pelos.

Y además, ese pantalón a rayas gruesas, y esas sandalias marca Skorojod, los calcetines blancos, gruesos, que proclamaban su origen de cuartel...

No, evidentemente, allí había algo irregular.

Petia se paseaba con las manos en los bolsillos —actitud que le estaba rigurosamente prohibida— y aire desenvuelto, detrás del desconocido.

El otro, comenzó por estacionarse en el estrecho corredor de la sala de máquinas, al lado de la cocina.

De la cocina, salían las amargas emanaciones de la bazofia, en tanto que un viento cálido, soplaba por las válvulas abiertas de la sala de máquinas, penetrando en el vapor recalentado y en el agua hirviente, y lubricándolo.

El marco con vidrios de la escotilla, estaba levantado: desde arriba, podía mirarse a la sala de máquinas, lo que Petia no dejó de hacer con deleite.

Conocía esa maquinaria como la palma de su mano, pero le encantaba cada vez más. El muchacho estaba dispuesto a quedarse horas enteras siguiendo su trabajo.

Todo el mundo sabía que esa máquina ya estaba fuera de combate; ¡un trasto!, pero, tal cual, maravillaba por su fuerza increíble, aplastante.

Las bielas de acero, inundadas de espeso aceite verde, iban y venían, con rapidez admirable en relación a su peso de tonelada y media.

Los émbolos frotaban vigorosamente. Los manubrios revoloteaban. Los discos de cobre de las excéntricas se friccionaban uno con otro, rápida y nerviosamente, ejerciendo una misteriosa influencia sobre la actividad casi imperceptible pero paciente de las muy modestas aunque importantísimas gavetas de distribución.

Y dominaba ese vertiginoso caos, un formidable volante. Su movimiento, a primera vista, podía parecer lento, empero giraba con una velocidad fantástica, levantando una sostenida y ardiente ventolera.

¡Qué horroroso era ver circular al mecánico entre todas esas articulaciones agitadas por un implacable movimiento, e inclinado, llevar allí la punta de la larga trompa de su alcuza!

Pero lo más asombroso de toda esa maquinaria, era la única lámpara eléctrica del barco.

Colgaba debajo de un disco de hojalata, rodeada por una especie de grosero bozal de alambre. Se parecía poco a las bombillas eléctricas de nuestros días, que lanzan una luz deslumbrante.

En su envoltorio de vidrio ennegrecido, el espiral de alambre calentado al rojo, y agitado por un débil temblor debido al balanceo del barco, no arrojaba más que una pálida luz.

Pero, sin embargo, ¡qué prodigio! Ella evocaba el nombre mágico de Edison, que desde largo tiempo, ya no era un simple apellido en la cabeza del muchachito. Para él, era un fenómeno misterioso de la naturaleza, algo así como las palabras magnetismo y electricidad.

En tanto, el extraño personaje recorría pausadamente los entrepuentes.

Sin dejarlo traslucir, el desconocido examinaba muy atentamente, a los pasajeros instalados sobre sus paquetes y baúles, alrededor del mástil, a lo largo de la cubierta o en medio de los fardos.

Petia estaba dispuesto a apostar —por otra parte, le estaba igualmente prohibido— que ese hombre buscaba a alguien, en secreto.

El desconocido pasaba sin ceremonias, por encima de los cuerpos de los moldavos dormidos. Atropellaba a los grupos de judíos que preparaban su almuerzo de aceitunas. Levantaba furtivamente el borde de los toldos extendidos sobre los cajones de tomates.

Sobre las tablas del puente, dormía un hombre, con la mejilla cubierta por su gorra; apoyaba el rostro contra uno de esos gruesos nudos de cuerdas que se arrojan de a bordo para suavizar el choque entre el barco y el embarcadero. Yacía con los brazos abiertos y las piernas en gatillo, como duermen los niños.

Por azar, el muchachito le miró las piernas cubiertas por un pantalón arremangado, y se detuvo estupefacto: el hombre estaba calzado con esas botas de marinero con cañas rojizas, que Petia bien conocía.

Sin lugar a dudas: eran las botas que Petia había visto esa mañana bajo la banqueta de la diligencia.

¿Simple coincidencia? Quizá, pero no lo era por cierto el otro hecho. En la mano del durmiente, en el triángulo carnoso

que cubre el espacio entre el pulgar y el índice, Petia distinguió una pequeña ancla azul.

El chico sintió necesidad de lanzar un grito de sorpresa.

Pero se contuvo: también el bigotudo había visto al durmiente. Empezó a pasearse delante del hombre, tratando de avistar la cara protegida por la gorra. Pero no lo logró. Entonces, como al descuido, pisó la mano del dormido.

—¡Disculpe!

El hombre se sobresaltó. Se sentó, mirando a su alrededor con ojos adormecidos, el aspecto atontado.

—¿Eh?, ¿qué hay? ¿Qué pasa?, —tartajeó, frotándose la mejilla, donde el cable había dejado una marca coralina.

Era él, sí, era el mismo marinero.

Petia se escondió detrás de una saliente de la bodega y, el hálito en suspenso, se puso a observar.

Pero no ocurrió nada particular. Excusándose una vez más, el bigotudo continuó su paseo. El marinero se dió vuelta del otro lado, pero no volvió a dormirse, sino que miraba ansiosamente a su alrededor, y según le pareció a Petia, con impaciente irritación.

¿Qué hacer? ¿Correr en busca de papá? ¿Revelar el incidente al segundo?

¡No, no!

Petia no había olvidado la actitud de su padre en la diligencia. Era evidente, que en ese suceso había algo que no podía decir; Petia no debía preguntar a nadie, había que callarse, simulando no haber visto nada.

El muchachito, resolvió buscar de nuevo al bigotudo y echar un vistazo para saber qué hacía.

Le vió sobre el casi desierto puente de primera clase. Estaba apoyado contra el bote de salvataje, cubierto por una tirante lona atada con cuerdecillas.

Bajo el kiosco, zumbaba la invisible rueda, batiendo el agua casi negra, cubierta por la gruesa orla de espuma. Hacía tanto ruido como un molino. La sombra del barco, demasiado larga ya, resbalaba rápidamente sobre las olas brillantes, de más en más azules a medida que se separaban del vapor.

El pabellón de la marina mercante, blanco-azul-rojo, flotaba a popa, cribado por el sol.

Detrás del barco, se prolongaba, ensanchándose y deshaciéndose poco a poco, un gran camino aceitoso, semejante a una ruta abierta ampliamente por los trineos en la nieve.

Por la izquierda, ya aparecía la alta ribera arcillosa de la Rusia Nueva.

El bigotudo tenía un objeto en la mano, que examinaba furtivamente.

Petia se aproximó despacito, por detrás, se paró en puntas de pie y vió que era una pequeña foto, la de un marinero muy elegante, con una boina alegremente inclinada sobre la oreja, con esta inscripción en la cinta:

Príncipe Potemkin Tavricheski

El marinero, no era otro que el hombre con un ancla tatuada en la mano.

Y entonces, por una misteriosa intuición, comprendió Petia qué tenía de singular el aspecto del bigotudo: también él, como el del tatuaje, estaba disfrazado.

VIII

HOMBRE AL AGUA

Soplaba, a popa, un fresco viento. El capitán hizo desplegar una vela, para ayudar a la máquina a recuperar el tiempo perdido a causa del retraso de la carga.

Ninguna fiesta, ningún regalo, hubiera podido proporcionar a Petia, el alborozo que le inspiró este pequeño acontecimiento.

¿Pequeño acontecimiento? ¡Ah!, ¡pero no!

¡A bordo de un mismo barco, simultáneamente, máquina y vela! ¡Paquebote y fragata!

Creo que también ustedes, amigos lectores, se sentirían infinitamente felices si tuvieran de pronto la dicha de hacer un paseo por mar, a bordo de un vapor verdadero, y a vela al mismo tiempo.

Ya en esa época, se utilizaba la vela sólo en los barcos más viejos, y aún así, muy rara vez. Actualmente no se usa nunca.

¡Se imaginarán la emoción de Petia!

Olvidó de pronto al bigotudo y al fugitivo. Hipnotizado, permanecía a proa sin apartar sus ojos del marinero descalzo, que con bastante negligencia, se agachaba al lado de una escotilla, dé donde tiraba la vela cuidadosamente plegada.

Petia sabía muy bien que era un foque. Pero, asimismo, se acercó al segundo, que —ante la insuficiente cantidad de marineros— ayudaba a ponerse a la vela.

—Disculpe, señor, dígame por favor, ¿es en realidad un foque?

—Sí, es un foque —respondió el segundo, no muy ameno.

Pero Petia no se sintió ofendido. Comprendía perfectamente, que un verdadero lobo de mar debe ser siempre un poco rudo. De otro modo, ¿qué clase de marino sería?

Con aliento contenido, que expresaba su sentimiento de superioridad, miró Petia a los pasajeros, y una vez más, con cierto descuido, hablando de igual a igual, se dirigió al segundo:

—Por favor, señor, dígame, ¿qué otras velas existen todavía? ¿El trinquete y la vela mayor?

—Chico, ¡quítate de ahí! —profirió el segundo, crispado como por un dolor de muelas—, ¡vete a tu camarote, con tu mamá!

—Mamá murió, —respondió Petia—, con porte altivo y triste. ¡Viajo con mi papá!

Pero el segundo dejó esta declaración sin réplica, y ahí quedó la conversación.

Finalmente, quedó tendido el foque.

El pequeño barco aceleró su marcha. Ya penetraban en los accesos de Odesa; la blanca laguna de *liman* seco, se dibujaba a lo lejos.

Sus aguas bajas eran tan espesas y azules, que arrojaban destellos rojos.

Aparecieron los techos de tejas de la ciudad alemana Lustdorf, y su alta iglesia, groseramente recortada, con una veleta en la punta.

En seguida comenzó el desfile de casas de veraneo, de jardines, de huertas, de establecimientos de baños de mar, de torres, de faros...

Y desde luego, la famosa torre de Kovalevski, objeto de una célebre leyenda.

Cierto ricachón, el señor Kovalevski, había decidido construir por su cuenta y riesgo, un sistema de distribución de agua para la ciudad. Este le hubiera significado incalculables beneficios. ¡Imaginaos! Por cada trago de agua, tendrían que pagarle al señor Kovalevski cuanto pidiera. El hecho es que en la heredad del señor Kovalevski había un manantial de agua dulce, único en los alrededores de Odesa. Pero el agua se encontraba a gran profundidad. Para extraerla era necesario construir una bomba de extraordinario poder. Era una empresa difícil para un solo hombre. Pero el Sr. Kovalevski no quería compartir con nadie sus ganancias. Solo, comenzó a construir la torre del arca de agua. Los trabajos de construcción no tardaron en sobrepasar ampliamente los presupuestos. Los familiares del propietario del terreno le suplicaron que renunciara a esa loca empresa, pero había invertido grandes capitales y era demasiado tarde para retroceder. Continuó construyendo. La torre estaba edificada en sus tres

cuartas partes, cuando a Kovalevski le faltaron los recursos. Hipotecó todas sus casas y todas sus tierras y logró al fin terminar la construcción. Era una enorme obra, que recordaba una torre de ajedrez, monstruosamente agrandada. Los habitantes de Odesa, iban los domingos con sus familias, a contemplar la curiosidad. Pero, desde luego, no era suficiente haber construído una torre. Se trataba de hacer venir máquinas del extranjero, cavar pozos, colocar conductos. Desesperado, Kovalevski se resolvió a buscar a los comerciantes y banqueros de Odesa. Les propuso ganancias inauditas. Les suplicó, se humilló y lloró. Pero los ricos no podían perdonarle que en otro tiempo, los hubiera rechazado. Permanecieron inflexibles. Nadie le dió ni un cobre. Estaba completamente arruinado, aplastado, aniquilado. La empresa distribuidora de agua se había convertido en su idea fija. Todo el día, como un desequilibrado, daba vueltas en torno de la obra que había devorado toda su fortuna y se rompía la cabeza para encontrar el medio de obtener dinero. Lentamente, perdió la razón. Un día, trepó a lo alto de la maldita torre, y se precipitó en el espacio. Esto ocurrió hace no menos de cincuenta años, pero la torre ennegrecida por el tiempo, continuaba allí, dominando el mar, en las puertas de la rica ciudad comercial, como una sombría advertencia, terrible monumento a la insaciable avaricia humana.

En seguida, apareció el nuevo faro blanco y detrás suyo, el viejo, fuera de uso.

Puestos ambos en relieve por la rosada claridad del sol que declinaba en la polvareda dorada de las acacias, se destacaban tan nítidamente, parecían tan cercanos, se elevaban tan familiarmente, en la abrupta ribera, que Petia se sintió dispuesto a soplar en el foque con todas sus fuerzas, para llegar cuanto antes.

De esta altura, conocía hasta en sus menores detalles cada parcela del litoral.

Fuente-Grande, Fuente-Mediana, Fuente-Pequeña, altas escarpaduras invadidas por arbustos, lilas y oxiacantas; y en el agua, al pie de la ribera, acantilados musgosos donde se veía a pescadores provistos de cañas de pescar y a unos bañistas.

En fin, el Arcadia, restaurante sobre pilotes, con su estrado en forma de concha —de lejos parecía pequeñísima, a lo sumo una garita de apuntador— y sus sombrillas multicolores, sus manteles barridos por la fresca brisa.

Todos estos detalles, brotaban sucesivamente ante los ojos de Petia, unos más interesantes que otros. No los había olvidado. ¡No! ¡No, no podía olvidarlos, como no se puede olvidar el nombre de uno! Pero por un tiempo, habían desaparecido de la memoria. Ahora, de golpe, acudían a la morada, como si se sintieran en falta luego de una ausencia prohibida.

Acudían unos tras otros, cada vez más numerosos, y aventajándose mutuamente.

Parecían gritarle al muchachito:

—¡Salud, viejo Petia! ¡Al fin aquí! ¡Nos aburrimos sin ti! ¿No nos reconoces? ¡Mírame bien: si soy yo, tu villa Marazli, tu preferida! ¡Cómo te gustaba pascarte por mis soberbios céspedes de esmeralda, bien recortados, desafiando todas las prohibiciones! ¡Cómo te gustaba examinar las estatuas de mármol, recorridas lentamente por grandes caracoles de cuatro cuernos, que dejan a su paso una estela de mica! ¡Mira cómo he crecido durante el verano! ¡Mira la espesa hojarasca de mis castaños! ¡Qué extraordinarias dalias y peonias florecen en mis cuadros! ¡Qué maravillosas mariposas de agosto vienen a posarse a la negra sombra de mis alamedas!

—¡Yo también estoy aquí! ¡Soy la playa Otrada! ¡No puedes haber olvidado los baños de mar, mi tiro, mi juego de bolos! Mira bien: en tu ausencia aquí se ha levantado un admirable parque de diversiones con barquitos y tío-vivo. Aquí, cerquita, vive tu amigo y compañero Gavrik, que espera impacientemente tu regreso. ¡Más rápido, pues, más rápido!

—¡Soy yo! ¡Buenas tardes, viejo Petia! ¿No reconoces la playa Lanyerón? ¡Mira todas esas barcas de fondo plano, a lo largo de la playa, todas esas redes de pescador secándose sobre los remos amontonados en haz! Y fué en mi playa que el año pasado hallaste dos kopecks y bebiste luego —sin tener mucha sed— cuatro cubiletes de *kvas* agrio, que te mordiscaba la lengua y te hacía cosquillas en la nariz... ¿No reconoces el kiosco del vendedor de *kvas*? Helo allí, instalado tranquilamente al pie de la escarpada ribera, entre las malvalocas, multiplicadas durante el verano! ¡Se lo ve sin larga vista!

—¡Y aquí estoy yo! ¡Y yo aún! ¡Salud, Petia! ¡Oh! ¡si supieras todo lo que ha ocurrido en Odesa durante tu ausencia! ¡Salud! ¡Salud!

A medida que se aproximaban a la ciudad, el viento se hacía más suave y cálido.

El sol había desaparecido, sólo brillaba la punta del mástil, con el minúsculo gorrito rojo de su veleta, en el cielo rosado y puro.

Se amainó el foque.

La trepidación de la máquina despertaba un eco en los acantilados y declives de la costa; una llama amarillo limón, reflejo de la fogonería, corría a lo largo del mástil.

Todos los pensamientos de Petia estaban allí, en la ribera, en Odesa.

¿Quién hubiera pensado entonces, que algunas horas antes, esa misma mañana, había llorado al despedirse de la granja?

¿La granja? ¿Qué granja? Ya la había olvidado. Para él ya no existía... hasta el próximo verano.

¡Más rápido, más rápido, descender al camarote, avisar a papá, reunir el equipaje!

Petia se volvió para emprender la carrera, pero, de pronto, sintió que la sangre se le helaba en las venas. El marinero del ancla tatuada en la mano, estaba sentado en un peldaño de la escalera de proa, mientras que el bigotudo marchaba directamente hacia él, sin los quevedos, con las manos en los bolsillos, haciendo crujir sus zapatos Skorojod.

Se plantó muy cerca del marinero, y preguntó a media voz:

—¿Yukov?

—¿Qué hay con Yukov? —profirió despacio el marinero, con esfuerzo. Palideciendo visiblemente, se paró.

—¡Siéntate! ¡Tranquilo! ¡Siéntate, te digo!

El marinero continuaba de pie. En sus labios súbitamente cerosos, temblaba una débil sonrisa.

El bigotudo frunció el entrecejo.

—¿Del *Potemkin*? Buenas tardes, querido. Hubieras hecho bien en cambiarte, por lo menos, las botas... Y nosotros,

que aguardábamos, aguardábamos, aguardábamos... Bueno, ¿qué dices, Rodión Yukov? ¿Es el fin del viaje?

Con estas palabras, el bigotudo asió con fuerza, por la manga, al marinero.

El rostro del marinero se crispó.

—¡No me toques! —gritó con voz terrible; tomó impulso y rechazó al bigotudo, descargándole el puño sobre el pecho. ¡No toques a un hombre enfermo, hocico de puerco!

La manga crujió.

—¡Alto!

Pero era demasiado tarde.

El marinero se había arrancado del abrazo, y corría por el puente, dando rodeos entre los baúles, las cajas y la gente. El bigotudo corrió en su persecución.

Mirándolos, se diría que eran adultos jugando a la mancha. Se sumergieron uno tras otro en el corredor de la sala de máquinas, reaparecieron en el extremo opuesto, subieron la escalera, martillándola con sus suelas y resbalando en los peldaños de cobre.

—¡Alto! ¡Deténganlo! —gritó el bigotudo, sofocado.

Mientras corría, el marinero había arrancado una tabla y la tenía en sus manos.

—¡Deténganlo! ¡Deténganlo!

Con temor y curiosidad, los pasajeros se habían amontonado en el puente. Alguien comenzó a dar estridentes sonidos con un silbato de policía.

A toda marcha, el marinero saltó el alto marco de una escotilla, y escapando al bigotudo que le había rodeado, permaneció en acecho un instante, salvó luego a horcajadas la escotilla en sentido inverso y saltó sobre un banco. Del banco pasó a la cubierta, se colgó del asta del pabellón de popa, asestó al bigotudo, con todas sus fuerzas, un tablazo en la cara, y se arrojó al mar.

Un haz de salpicaduras levantóse a popa.

—¡Ah!

Todos los pasajeros retrocedieron, como si súbitamente el viento los hubiera acometido de frente.

El bigotudo corría por la cubierta con las manos en la cara y gritando en estertores:

—¡Deténganlo, que se escapa! ¡Deténganlo, que se escapa!

El segundo trepó de cuatro en cuatro la escalera, corriendo hacia los salvavidas.

—¡Hombre al agua!

Los pasajeros se inclinaron sobre la cubierta, como si esta vez el viento les acometiera por la espalda.

Petia se abrió paso hasta la borda. Muy lejos del vapor, en la blanca espuma, el oleaje balanceaba la cabeza del hombre, como un flotador.

Pero lejos de querer alcanzar el barco, se alejaba nadando vigorosamente con brazos y piernas. Cada tres o cuatro brazadas, volvía su rostro furioso y crispado.

El segundo observó que el hombre caído al agua, visiblemente no tenía ningún deseo de ser "salvado". Muy por el contrario, trataba de alejarse lo más posible de sus salvadores. Por otra parte, nadaba muy bien y la orilla estaba relativamente cerca.

Por consecuencia, se quitó un peso de encima.

No había ninguna razón para hacerse mala sangre.

En vano el bigotudo asía al segundo de la manga, lo fulminaba con la mirada, exigía que se detuviera el barco y se echara un bote al mar.

—¡Es un criminal político! ¡Usted deberá responder de su conducta!

El segundo se encogió de hombros, flemáticamente:

—No tengo nada que ver. No he recibido ninguna orden. Diríjase al capitán...

En cuanto al capitán, respondió con un gesto. Estaban en retraso. ¡Considere usted, mi querido! ¡Qué necesidad! Dentro de una media horita estaremos en el muelle y entonces póngase a perseguir a su criminal político. Nosotros somos una compañía de navegación comercial privada. No se ocupa de política y sobre eso no tenemos instrucciones de arriba.

Con la cara desencajada, profiriendo juramentos entre sus apretados dientes, el bigotudo se abrió paso entre la muchedumbre de pasajeros de tercera clase.

Atropelló brutalmente a la gente intimidada, pisoteándola; rechazó los cestos y al fin se colocó muy cerca de la borda, de modo de poder saltar, en primer término, apenas hubieran atracado al desembarcadero.

La cabeza del marinero era apenas visible sobre las olas, entre las banderitas que se balanceaban sobre las redes y los sedales estancados de los pescadores.

IX

LA NOCHE, EN ODESA

El litoral oscurecía con rapidez, sucesivamente azul claro, azul oscuro, violeta. En tierra, ya había comenzado la noche. En el mar, aun estaba claro. Las fulgurantes olas reflejaban un purísimo cielo. Mas, también allí se sentía llegar la noche.

Los vidrios convexos de los faroles que habían encendido en los costados del barco —esos vidrios tan oscuros y gruesos cuyo color era imposible averiguar durante el día— comenzaron a arrojar una luminosidad verde y roja. Aún no alumbraban, pero ya se podía discernir claramente su luz.

La ciudad azul, con la cúpula del teatro municipal y la columnata del Palacio Vorontsov, apareció de pronto y cubrió una buena mitad del horizonte.

Las estrellas difusas de los reverberos del puerto, arrojaban un pálido reflejo sobre el claro lago de la rada. Hacia allí se dirigía el *Turguenev,* contorneando muy de cerca la ancha torre del faro, no muy grande por lo demás, con su campana y su escalera.

Por última vez, se oyó sonar en la sala de máquinas la campanilla del capitán.

—¡Despacio!

—¡Muy despacio!

El estrecho vaporcito se deslizó rápidamente y casi sin ruido ante las proas de tres pisos de los paquebotes transoceánicos de la *Flota Voluntaria,* alineados por el costado interior del rompeolas.

Para poder admirar sus gigantescas anclas, Petia tuvo que echar la cabeza hacia atrás.

¡Ah! ¡Estos sí eran paquebotes!

—¡Alto!

En medio de un absoluto silencio, por la fuerza de la inercia, sin amainar su marcha, el *Turguenev* se abalanzó sobre la rada: por poco más, hubiera chocado contra el muelle.

Dos largas ondas se separaron de su esbelta proa, sembrando de surcos el agua que semejaba el lomo de una caballa. La oleada murmuraba suavemente a lo largo de la orilla.

De la cercana ciudad, llegaba un soplo de calor, igual que de un gran horno

Y de pronto, Petia vió una chimenea y dos mástiles que emergían del espejo del agua y que pasaron muy cerca del *Turguenev*, negros, terribles, muertos...

Los pasajeros amontonados en la cubierta prorrumpieron en un grito de asombro.

—A este barco lo hundieron —dijo alguien, en voz baja.

"¿Quién lo hundió?", quiso preguntar Petia, horrorizado. Pero en el mismo instante vió un espectáculo más espantoso: el esqueleto de hierro de un vapor incendiado, junto al carbonizado muelle.

—¡Lo han incendiado! —dijo más despacio la misma voz.

Pero el muelle estaba muy cerca.

—¡Marcha atrás!

Las ruedas, muertas durante unos instantes, volvieron a golpear con gran ruido, girando en sentido inverso. Unos embudos comenzaron a extenderse por la superficie del agua.

El muelle comenzó a alejarse, a pasar al otro lado del barco, para aproximarse, parecería, luego, muy lentamente, por el otro lado.

Un cabo enrollado en anillo, pasó a toda velocidad sobre la cabeza de los pasajeros, desenvolviéndose.

Petia sintió un ligero choque, mitigado por el cojín amortiguador.

Desde el muelle acercaron una planchada. El bigotudo fué el primero en descender y desapareció en seguida perdiéndose entre la muchedumbre.

Poco después, nuestros viajeros, a su vez, desembocaron en el empedrado del muelle.

El chico se asombró de ver a un agente de policía y a varios civiles, delante de la planchada. Examinaban muy cuidadosamente a todos los pasajeros. Inspeccionaron también a papá. El Sr. Batchey se puso a abotonarse maquinalmente la chaqueta, apuntando hacia adelante su amenazadora perilla. Apretó con fuerza la mano de Pavlik y su rostro tomó la

misma expresión desagradable que esa mañana, en la diligencia, al hablar con el soldado.

Tomaron un coche de punto. Pavlik fué instalado en la bigotera, mientras que Petia, como una persona mayor, se sentó junto a su padre sobre los cojines rellenos. Partieron. A la salida del desembarcadero vieron a un centinela, armado con un fusil y que llevaba cartucheras. Antes, ¡jamás los había!

—Papá, ¿por qué está ese centinela? —preguntó Petia a media voz.

—¡Ah! ¡Dios de Dios! —dijo el padre, irritado, con un tic en el cuello—. ¿Por qué esto, por qué aquello? ¡Qué sé yo! Está allí y se acabó. ¡Quédate quieto un momento!

Petia comprendió que no debía hacer preguntas y también que no había motivo para ofenderse por el malhumor de papá.

Mas, cuando al atravesar el paso a nivel del ferrocarril, el chico advirtió de pronto el dique completamente incendiado, montones de travesaños carbonizados, grapas de los rieles torcidas al aire, ruedas de vagones invertidos, todo un caos incomprensible, gritó, tragándose las palabras:

—¡Oh! ¿Pero qué es esto? ¡Pero miren! Oiga, cochero, ¿qué es esto?

—Quemaron todo, —dijo misteriosamente el cochero—. Y meneó la cabeza, cubierta con un severo sombrero de castor, sin que se pudiera comprender si censuraba o aprobaba lo sucedido.

Pasaron junto a las famosas escaleras de Odesa. En la cumbre de su triángulo, entre las siluetas de los dos palacios simétricos dispuestos en hemiciclo, se destacaba sobre el fondo claro del cielo nocturno, la pequeña figura del duque de Richelieu, con su brazo solemnemente tendido hacia el mar.

Los reverberos de tres brazos, brillaban en el bulevar. Se oía la música de un restaurante al aire libre, sobre la explanada. El lucero vespertino centelleaba vagamente sobre los castaños y el casquijo del bulevar.

Petia sabía que ahí arriba, más allá del bulevar Nikolai, resplandecía y zumbaba ese barrio seductor e inaccesible, que en casa de la familia Batchey llamaban el "centro", con una mezcla de respeto y de desdén.

En el centro vivían "los ricos", es decir, personas de una categoría especial, que viajaban en primera, podían ir al teatro todos los días, cenaban a las siete de la tarde, tenían un cocinero y no una cocinera, y una institutriz en vez de una niñera, y hasta un coche propio, lo que sobrepasaba los límites de lo imaginable.

Desde luego, los Batchey vivían en un barrio que no pertenecía al "centro".

Haciendo un ruido de matraca sobre el empedrado, el coche de punto recorrió un barrio humilde, la calle Cuarentena, y doblando por la derecha, comenzó a subir la cuesta.

Durante el verano, Petia se había desacostumbrado de la ciudad.

Se sintió ensordecido por el choque de las herraduras que hacían saltar chispas del empedrado; por el crepitar de las ruedas; por el estruendo de los ómnibus; los crujidos de los zapatos y el ruidito duro de los bastones, sobre las aceras embaldosadas con cuadrados azules de lava.

En la granja, en los campos pelados, en la estepa inmensamente abierta, hacía mucho que el otoño había invadido todo con su oro, su frescura y su melancolía. Aquí, en la ciudad, aún imperaba el pesado y espléndido verano.

Un lánguido calor nocturno flotaba en el aire cuajado de las calles bordeadas de acacias.

A través de las puertas abiertas de los almacenes, se veían las lengüetas amarillo pálido de las lámparas a petróleo, que alumbraban tarros llenos de caramelos de todos colores.

Directamente sobre las aceras, al pie de las acacias, yacían las montañas de sandías negras y verdes con calvicies cerosas, y sandías largas llamadas "monásticas", claras, surcadas de rayas a lo largo.

De vez en cuando, en las esquinas, aparecía la radiante visión de una frutería. Persas, iluminados por la cruda luz de las lámparas incandescentes, que acababan de aparecer, agitaban penachos de fino papel sobre hermosas frutas de Crimea: grandes ciruelas violetas, espolvoreadas con un polen blancuzco y peras "Behr Alexander", tiernas, oscuras, carísimas.

A través de las verjas cubiertas de viñas silvestres, aparecían pequeños jardines con sus cuadros de flores, iluminados por las ventanas de los hoteles particulares. Coposas mariposas nocturnas temblaban sobre las dalias, begonias y campanillas en plena florescencia.

Desde la estación, llegaban los silbatos de las locomotoras.

Pasaron ante una farmacia que Petia conocía.

Detrás del gran cristal del escaparate, donde se destacaba una inscripción en letras doradas de vidrio, brillaban dos grandes tarros, llenos de un centelleante líquido violeta y verde. Evidentemente, era veneno. Petia estaba convencido de ello. De esa farmacia habían llevado horrorosos balones de oxígeno, para su madre moribunda. ¡Ah! ¡Cómo silbaban cerca de los labios de mamá, negros de medicamentos!

Pavlik se caía de sueño. Papá lo tomó en sus brazos. La cabeza del niño se balanceaba y saltaba. Sus desnudas piernecitas entorpecidas, resbalaban de las rodillas del padre, pero sus deditos apretaban con fuerza la bolsa donde guardaba su querida alcancía.

Fué entregado en manos de Dunia, la cocinera, que esperaba a sus patrones en la calle, cuando finalmente el cochero se detuvo frente a la puerta cochera, coronada por un pequeño farol triangular, donde apenas se notaba un número tallado en el vidrio despulido.

—¡Les doy la bienvenida! ¡Bienvenidos!

Sintiendo aún bajo los pies la oscilación del mar, Petia penetró corriendo en el portal.

¡Qué enorme y desierta escalera! ¡Luz brillante y ecos resonantes! ¡Cuántas lámparas! En las paredes, en cada descansillo, una lámpara a petróleo sobre un soporte de hierro fundido. Y sobre cada lámpara, un pequeño disco que se balancea perezosamente en un círculo de luz.

Sobre las puertas, bien bruñidas placas de cobre. Alfombrillas. Cochecito de niño.

Todos estos objetos olvidados por completo, renacieron de pronto ante los ojos de Petia, en toda su novedad.

Había que acostumbrarse.

He aquí que allá arriba gira una llave, rechinando sonoramente de tal modo que resuena en la escalera; una puerta golpea sordamente, se oyen voces rápidas. Cada exclamación parte como un disparo.

Y he aquí las notas suaves y rápidas del piano, ensorde-

cidas a través de la pared. Por sus obstinados acordes, esa música reclama su puesto en los recuerdos de Petia.

Y por último... ¿Se puede? ...¿Quién es?

Se precipita por la puerta una mujer olvidada, pero de rostro muy familiar, con un traje azul de seda, con cuello y vuelos de encaje. Tiene los ojos enrojecidos de llorar y brillantes de excitación y de alegría, y labios distendidos de risa. Su barbilla tiembla y no se sabe si ríe o llora.

—¡Pavlik!

Arranca a Pavlik de brazos de la criada.

—¡Oh! ¡Mi Dios! ¡Qué pesado se ha puesto!

Pavlik abre sus ojos, negros de sueño y dice con indiferente extrañeza:

—¡Oh! ¡Tía!

Y vuelve a dormirse.

Sí, evidentemente, es ella, la tía. La querida tía, amada pero olvidada un poco. ¿Cómo no reconocerla?

—¡Petia, mi niño! ¡Qué gigante!

—¡Tía, si supiera todo lo que nos pasó...!, se puso a decir Petia. ¡Tía, usted no sabe nada de nada! Pero, ¡vamos tía! Escuche un momento todo lo que nos ha sucedido. Pero tía, ¡usted no me escucha! ¡Tía, escúcheme!

—Está bien, está bien, no hay que contar todo de golpe. ¡Entren de una vez! Y Vasili Petrovich, ¿dónde está?

—Aquí estoy, aquí estoy...

El padre trepaba la escalera.

—Sí, claro que somos nosotros. ¡Buenas noches, Tatiana Ivanovna!

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! ¡Pase! ¿No se marearon?

—¡Absolutamente! ¡Un viaje excelente! ¿No tendrá cambio? El cochero no puede cambiarme la moneda de tres rublos.

—¡En seguida, un minutito! ¡Tranquilícese, todo se va a arreglar! Vamos, Petia, no te enredes entre mis pies... Me contarás eso más tarde. Mi buena Dunia, corra a llevarle el dinero al cochero... Agarre el dinero de mi tocador...

Petia penetró en la antesala, que le pareció espaciosa, oscura, extraña, igual que el muchachón moreno con sombrero de paja, que se mostró en el marco de nogal de un olvidado pero familiar espejo, iluminado por una lámpara olvidada pero también conocida.

Y sin embargo, Petia debió reconocer sin gran trabajo a ese muchacho, porque era él mismo...

X

EN CASA

Allá en el campo, vivían en una pequeña habitación de paredes muy claras, blanqueadas, con tres catres, envueltas en ligeras mantas de verano, de las llamadas de Marsella.

Lavabo de hierro. Mesita de pino. Sillas. Bujía coronada por una pequeña campana de vidrio. Celosías verdes. Piso pintado, descolorido por la frecuente limpieza.

¡Qué hermoso y qué refrescante era dormirse después de haberse regalado con leche cuajada y pan negro de trigo candeal, bajo el acompañamiento fresco del mar, en esa pequeña pieza vacía y triste!

En la ciudad, era muy distinto.

Residían en un gran piso tapizado con viejos empapelados pintados y embarazado de muebles cubiertos con fundas.

El empapelado y los muebles diferían de una habitación a otra.

Los ramilletes y los rombos de los papeles pintados, hacían parecer más pequeñas las habitaciones. Aquí los objetos interiores se llamaban "menaje" y sofocaban el ruido de pasos y voces.

Las lámparas se transportaban de cuarto en cuarto.

En la sala crecían ficus de hojas duras y como untadas de cera. Los tiernos retoños se vestían de agudas vainas, que parecían insertadas en estuches de tafilete.

La luz de las lámparas que se trasladaban, resbalaba de un espejo a otro. Un pequeño florero se estremecía sobre el piano, cada vez que un coche pasaba por la calle. El crepitar de las ruedas unía la calle a la casa.

Petia bien hubiera querido, tan pronto tomó su taza de té, hacer una pequeña visita al patio, ponerse al corriente de las novedades, hablar dos palabras con los amigos.

Pero era muy tarde: las nueve pasadas. Sin duda, todos los niños dormían.

Quiso contar en seguida a su tía, o al menos a Dunia, la historia del marinero evadido. Desgraciadamente, todo el mundo estaba ocupado: preparaban las camas, sacudían las almohadas, retiraban las sábanas pesadas y resbaladizas de la cómoda, trasladaban las lámparas.

Petia le andaba pisando los talones a su tía y repitiendo la misma cantilena:

—Tía, ¿no me quieres escuchar? ¡Escúchame!

—Bien ves que estoy ocupada.

—Pero tía, ¿y qué hay?

—Me lo dirás mañana.

—¡Oh! ¡Cómo es! ¡No me deja hablar! ¡Vamos, tía!

—No hormiguees bajo mis pies. ¡Anda a contárselo a Dunia!

Petia se fué tristemente a la cocina, donde había un cajón lleno de cebollas colocado sobre el alféizar de la ventana.

Dunia planchaba precipitadamente una funda sobre una tabla envuelta en un grueso paño de uniforme. Un apetitoso vapor salía de abajo de la plancha.

—Dunia, escuche un momento lo que nos ha pasado, comenzó Petia lastimeramente, los ojos fijos en el nudoso codo de Dunia, de piel lisa y tendida.

—Señorito Petia, haría mejor en quitarse de allí, para no quemarse con la plancha.

—¡Pero escúcheme!

—¡Vaya a decírselo a la señorita!

—Mi tía no quiere. Prefiero decírselo a usted. ¡Vamos, Dunia!

—¡Vaya a contárselo al señor!

—¡Oh! ¡Mi Dios! ¡Qué tonta es! ¡Si papá lo sabe!

—¡Mañana, señorito Petia, mañana!

—Pero yo quiero hoy...

—No se me quede bajo los codos. ¿No tiene bastantes habitaciones, acaso? ¡Mírenlo metido aquí en la cocina, a estas horas!

—Se lo juro, Dunia, le doy mi palabra de honor, segura y verdadera: se lo digo y después me voy en seguida.

—Este muchacho es un verdadero castigo de Dios. Ha vuelto para desgracia mía...

Rabiosamente, Dunia colocó la plancha sobre el hornillo, tomó la funda planchada y se fué tan rápido que Petia sintió pasar una especie de temporal.

Y entonces Petia se frota los ojos tristemente y bosteza. Tiene la fuerza exacta para arrastrarse hasta la cama. Sus ojos están pegados. Se despojó de su blusa con ademanes de ciego.

Apenas tocó la almohada con su inflamado rostro, se durmió con los puños apretados. Ni siquiera sintió la barba de su padre que según su costumbre, vino a besarle en la frente.

En cuanto a Pavlik, fué necesario ocuparse de él largo rato. Se había dormido tan profundamente en el coche de punto, que el padre y la tía pasaron las de Caín, para desvestirle.

Una vez acostado, el niño abrió sus límpidos ojos y preguntó mirando a su alrededor con asombro:

—¿Estamos todavía en viaje?

Su tía le besó con ternura en la pequeña mejilla sonrosada y cálida.

—No, estás en casa. ¡Ro, ro, mi pequeño!

Pero Pavlik ya no tenía sueño, quería charlar.

—¿Es usted, tía?

—Sí, soy yo, pichoncito mío. ¡Haz ro ro!

Pavlik permaneció un rato acostado, sus ojos negros como aceitunas, muy abiertos, atento a los nuevos ruidos de la habitación de ciudad.

—¿Tía, qué ruido es ese? —preguntó al fin, en un murmullo temeroso...

—¿Qué ruido?

—Allá abajo. Ese ronquido.

—Pero, mi pequeño, es el agua que corre por la canilla.

—¿Se está sonando?

—Sí, se está sonando. ¡Haz ro ro!

—¿Y qué es lo que silba?

—La locomotora.

—¿Y dónde está?

—¿Lo has olvidado? En la estación. La estación está frente a nuestra casa. ¡Ro ro!

—¿Y por qué esa música?

—Están tocando el piano allá arriba. ¿Te has olvidado cómo se toca el piano?

Pavlik permaneció un rato silencioso.

Podía creérsele dormido. Pero sus ojos brillaban a la luz verdosa de la lamparilla, colocada sobre la cómoda. Seguía

con terror los largos rayos de luz que iban y venían por el techo.

—Tía, ¿qué es?

—Son los coches de punto con sus faroles. Cierra los ojos, mi precioso.

—¿Y qué es eso?

En un rincón, sobre el techo, zumbaba siniestramente una enorme mariposa "calavera".

—Es una mariposa. ¡Ro ro!

—¿Muerde?

—¡No, no muerde! ¡Ro ro!

—No tengo sueño. Tengo miedo.

—¿Y de qué tienes miedo? ¿Qué estás inventando? ¡Un muchacho tan grande! ¡Qué vergüenza!

Pavlik aspiró profundamente, con delicia, con un ligero estremecimiento. Asió con sus dos manecitas calientes la mano de su tía y resopló:

—¿Vió al gitano?

—No, no lo ví.

—¿Y al lobo?

—No lo vi. ¡Ro ro!

—¿Y al deshollinador?

—No vi ningún deshollinador. Puedes dormir tranquilo.

El chico suspiró una vez más, se volvió del otro lado, metió debajo de la almohada sus manos replegadas y murmuró, cerrando los ojos:

—Tía, alcánceme el "chupete"

—¡Otra cosa más! ¡Y yo que creía que habías perdido hace tiempo esa costumbre!

El "chupete" era el nombre dado a un pañuelo limpio, especial, que Pavlik chupaba en la cama, para dormirse.

—El chupete... —reclamaba el niño, con caprichosos ruidos de garganta.

Pero la tía no le dió el chupete. Ya era muy grande. Era hora de desacostumbrarse.

Entonces, Pavlik, murmurando, cogió con los labios una punta de la funda, la mojó con saliva, y sonrió sin animación con los ojos, cuyos párpados se empastaban. De pronto, pensó con terror en su alcancía: ¿no se la habrían llevado los ladrones? Pero ya no tuvo fuerzas para moverse.

Se quedó dormido.

XI

GAVRIK

Ese mismo día, Gavrik —ese amigo de Petia que hemos mencionado al describir el litoral de los suburbios de Odesa— se despertó muy temprano, transido de frío.

Durmió en la ribera, al lado de la barca, con la cabeza apoyada sobre una piedra lisa y cubierto con la vieja chaqueta del abuelo. La chaqueta era demasiado corta para alcanzar hasta los pies.

La noche había sido cálida, pero por la mañana hizo fresco. El frío aguijoneaba sus pies desnudos. Completamente dormido, Gavrik rechazó la chaqueta hacia los pies. Pero entonces, sintió frío en la cabeza.

Gavrik temblaba, pero no quería ceder. Se encarnizó en vencer al frío. Pero le fué imposible conciliar el sueño.

Pues bien, tanto peor, ¡a mal tiempo, buena cara! ¡A levantarse!

Pesado, Gavrik entreabrió los ojos. Veía lucir el mar amarillo limón y el alba crepuscular de un rojo cereza sobre el puro cielo matizado de gris. Prometía ser un día muy caluroso. Pero mientras no se levantara el sol, ni había que pensar en calor. Gavrik, evidentemente podía dormir a su gusto en la cabaña con su abuelo. Allí se estaba al abrigo y blandamente acostado. Pero, ¿qué muchacho renunciaría al placer de pasar una noche a orillas del mar, a cielo descubierto?

A raros intervalos y casi sin ruido, las olas golpeaban suavemente la playa. Una vez producido el golpe, se retiraban perezosamente arrastrando con ellas el casquijo.

Una pausa, una más, y he aquí la ola que vuelve a traer el casquijo a su lugar y da un nuevo manotón a la playa.

El cielo, color negro plateado, está acribillado de estrellas de agosto. La manga bifurcada de la Vía Láctea cuelga sobre la cabeza, inmensa visión de un río celeste.

El cielo se refleja en el mar tan completa, tan espléndidamente, que, acostado sobre los cálidos guijarros, con la cabeza echada hacia atrás, se pierde la noción de cielo y tierra. Se cree estar flotando en medio de un abismo estrellado.

Las estrellas fugaces se encienden, corren en todas direcciones.

Los cri-cri crujen en la espesura. En alguna parte, muy lejos, sobre la escarpadura, ladran los perros.

A primera vista, se tiene la impresión de que las estrellas no se deslizan. Pero no. Si se observa más de cerca, se ve que toda la bóveda celeste vira lentamente. Algunas estrellas descienden detrás de las villas. Otras, nuevas, salen del mar.

La brisa tibia refresca.

El cielo se vuelve más blanco, más transparente. El mar oscurece. La estrella del alba se refleja como una pequeña luna en la onda sombría.

Cantan los gallos por tercera vez. Viene el día.

¿Cómo dormir en una noche así bajo techo?

Gavrik se levantó, se desperezó con fruición, se remangó el pantalón y bostezando, entró al agua hasta los tobillos.

¿Estaba loco? Sus pies estaban azules de frío y él quería sumergirse en el mar, cuando sólo de mirarlo se ponía la carne de gallina...

Pero el chico sabía lo que estaba haciendo. El agua sólo estaba fría en apariencia. En realidad, estaba muy templada, mucho más caliente que el aire. Gavrik se recalentó los pies en el agua.

Se lavó y se sonó tan fuerte que las mojarra que dormía apaciblemente cerca de las playa, saltó por todos los costados, desapareciendo en el fondo del agua.

Bostezando y entornando los ojos bajo los rayos del sol naciente, Gavrik se frotó fuertemente con la camisa su carita agrietada, de nariz rosa lila, pelada como una patata nueva.

—¡Oh, oh, oh!, —hizo talmente como una persona mayor—. Sin prisa, hizo la señal de la cruz en la boca, donde faltaban aún dos incisivos, recogió la chaqueta y trepó por la costa con el andar balanceado y tenaz de un pescador de Odesa.

Se abrió paso por la espesa vegetación que espolvoreaba sus pies desnudos y su pantalón con un polen amarillo.

La cabaña estaba a unos treinta pasos del mar, sobre una pequeña elevación de arcilla roja, donde centelleaban pequeños cristales de esquisto.

Con más exactitud, era una pequeña casilla groseramente construída con restos de madera vieja: despojos de tablas pintadas de barcas, de cajas, pedazos de chapas, de mástiles.

Su techo plano, estaba cubierto de tierra apisonada; allí tenían acceso las hierbas silvestres y los tomates.

Cuando vivía la abuela, dos veces al año, en Pascua y en el día de la Transfiguración, blanqueaba la cabaña para hacerla un poco menos miserable a los ojos de la gente. Pero la abuela había muerto y hacía unos tres años que nadie blanqueaba la humilde morada. Sus paredes estaban ennegrecidas, decrépitas. Pero sin embargo, quedaban trazos de tiza en la vieja madera. Ellos recordaban siempre a Gavrik, a la abuela y su vida más frágil que la propia tiza.

Gavrik era huérfano. No se acordaba de su padre. En cuanto a su madre, no guardaba más que un recuerdo muy vago: una cuba de lejía, medias rojas, una sortija de Kiev en un dedo liso e hinchado, y una multitud de irisadas pompas de jabón, revoloteando alrededor de sus peinetas.

El abuelo ya estaba levantado. Circulaba por su minúsculo huerto invadido de pasto, embarazado de inmundicias y donde brillaban cálidamente, varias flores anaranjadas de calabazas, flores retardadas, que guardaban un jugo azucarado en el fondo de sus transparentes corolas.

El abuelo metía los tomates en el ruedo de su camisa lavada y desteñida, que había perdido todo color, pero que parecía rosa pálida, a la luz del sol naciente.

Entre la camisa levantada y el pantalón hinchado, aparecía un vientre flaco, moreno, con el agujerito negro del ombligo.

En el huerto quedaban unos pocos tomates. Los habían comido casi todos. El abuelo logró reunir ocho, pequeños, amarillentos. Eran los únicos que había.

El viejo caminaba con la encanecida cabeza agachada. Apretándose la barbilla, cuidadosamente rapada al estilo militar, removía con el pie descalzo, las matas de hierba para ver si podía encontrar algo más. Pero sus búsquedas fueron en vano.

Un gran polluelo, con un pedazo de trapo atado a una pata, corría detrás del abuelo, picoteando la tierra, lo que hacía temblar las sombrillas del hinojo.

Abuelo y nieto no se dieron los buenos días, lo que no quería decir que estuvieran disgustados. Al contrario. Eran un par de amigos.

La mañana que comenzaba no les prometía más que trabajo penoso e inquietudes. No había ninguna razón para engañarse con vanos deseos.

—Hemos comido todo, ya no queda nada, musitó el abuelo como si continuara una conversación comenzada la víspera. ¿Qué me dices? ¿Qué son ocho tomates? ¡Para un agujero de la muela!

—Y... ¿vamos?, preguntó Gavrik después de echar una mirada al sol, por encima de su mano puesta en visera.

—Hay que irse, —dijo el abuelo, saliendo del huerto.

Entraron a la cabaña y bebieron pausadamente de un cubo recubierto con cuidado por una tablita limpia.

El viejo carraspeó, y Gavrik le imitó. El abuelo se apretó de un tirón el cinturón y el nieto hizo otro tanto.

Luego el abuelo tomó de la tabla el pedazo que quedaba del pan negro comprado la víspera y lo envolvió con los tomates en un pañuelo de percal orlado de negro.

Agarró bajo el brazo un barrilito chato lleno de agua dulce, salió de la cabaña y colgó un candado a la puerta.

Inútil precaución. Primero, no había nada para robar y segundo, ¿quién iba a tener tan pocos escrúpulos para despojar a esos indigentes?

Gavrik quitó los remos del techo y los colocó al hombro, pequeño, pero fuerte.

Abuelo y nieto tenían una gran tarea a realizar ese día. La antevíspera se había desencadenado la tormenta. Las olas habían hundido los sedales tendidos. El pescado no venía. La pesca era nula. No tenían un desgraciado kopeck.

Durante la víspera, el mar se había apaciguado, y de noche tendieron los sedales.

Se trataba ahora de retirarlos, llegar a hora conveniente al mercado, llenar los anzuelos de cebos, y por la tarde, volver a colocarlos para no perder la ocasión favorable del buen tiempo.

Con los músculos en tensión, arrastraron la barca sobre los guijarros hasta el agua y la empujaron con gran precaución a través de las olas.

Gavrik, con el agua hasta las rodillas, colocó el canastillo en la popa, —pequeña lancha cerrada, horadada— empujó vigorosamente la barca, y tomando impulso, se echó sobre la borda, agitando en el agua sus piernas chorreantes de gotitas irisadas.

Cuando la barca se alejó de unos doce a dieciséis metros, Gavrik penetró en ella por completo y agarró el remo sentándose junto al abuelo.

Cada uno manejaba un remo. Era a quien remaba mejor, ¡ejercicio fácil y alegre!

Sin embargo, ambos fruncían el entrecejo con aspecto indiferente y se limitaban a dejar oír un carraspeo.

Gavrik sentía una agradable quemazón en las palmas de las manos. El remo sumergido en la onda verde y transparente, parecía quebrado. Su angosta espátula resbalaba flexible bajo el agua, arrojando hacia atrás pequeños remolinos.

La barca avanzaba por fuertes sacudidas inclinándose alternativamente a derecha e izquierda. Ora daba un golpe el abuelo, ora el nieto.

—¡Oh-hi!, gritó el abuelo echándose vigorosamente hacia atrás.

Y la barca, a saltos, apuntó a la izquierda.

—¡Oh-hi!, se hacía oír Gavrik más fuerte aún.

Y la barca, a saltos, retomaba su curso regular y apuntaba a la derecha.

El abuelo rechazó el banco delantero con su pie descalzo, de pulgar ganchudo, y tiró del remo en un breve esfuerzo. Pero el nieto no se dejó sobrepasar. Empujó con sus dos piececitos y se mordió el labio.

—¡No me ganará, abuelo! —dijo Gavrik entre sus diente apretados, completamente bañado en sudor.

—¡Ya verás! —murmuró el abuelo, respirando penosamente.

—¡Oh! ¡nones! ¡se lo juro!

—Ya lo veremos.

—¡Lo veremos!

Pero el abuelo tenía buen trabajo, no llegaría. ¡Es que ya no era joven! Y luego ¿no era acaso su nieto el que es-

taba allí?... ¡Tan mozalbete aún, y miren a ese testarudo! ¡No tenía miedo de desafiar a su abuelo!

El abuelo se enfurruñó, arrojando debajo de sus encanecidas pestañas, miradas oblícuas al chico que resoplaba a su lado, por la nariz. Y un alegre asombro brillaba en los ojos pálidos del viejo.

Es así, que sin lograr uno ni otro el triunfo, se alejaron una buena versta de la orilla. Allí flotaban, colocadas en tapones de corcho, las banderitas desteñidas de los sedales tendidos.

Todo el mar ya estaba cubierto por barcas de pescadores.

La *Nadia y Vera*, hermosa barca nueva, completamente azul, pasó a toda vela, botando muy alto y cayendo bruscamente sobre las olas, por su fondo plano acanalado, que se entreveía.

Alargado perezosamente a popa, se encontraba Fedia, un pescador de Fuente-Pequeña, muy conocido por Gavrik, con un grano de girasol pegado a los labios.

Por debajo de la visera de tela encerada de su gorra azul, de botones con anclas, miraban al descuido, los hermosos ojos oscuros a través de un mechón de cabellos.

Apretando con su espalda de piedra el timón, Fedia no se dignó mirar la miserable barca del abuelo.

Pero Vasia, el hermano menor de Fedia, un chico con una tricota de mangas cortas, al percibir a Gavrik, dejó de desenrollar el hilo de su carrete. Se llevó la mano a la visera, de cara al sol, de modo que podía verse un mechón de pelos negros bajo su axila y gritó:

—¡Eh, tú! !No te preocupes, viejo! ¡Tente en el agua, no resbalarás!

Y la *Nadia y Vera* pasó a toda velocidad rociando a abuelo y nieto con una lluvia de salpicaduras.

Evidentemente, no había en ello nada en particular que resultara ofensivo. ¡Una broma! Pero el abuelo igual fingió no haber oído nada. En el fondo, se sentía vejado.

También él, el abuelo, había tenido en otro tiempo una hermosa barca a vela, nueva y sólida. Subido sobre esa barca, el abuelo iba a pescar caballas con carrete. ¡Había que ver cómo pescaba! Algunos días, la abuela llevaba al mercado doscientos o trescientos pescados.

Pero la vida había pasado... No le quedaba al abuelo más que una miserable casucha al borde del mar y una vieja barca sin vela.

Habían vendido la vela para comprar medicamentos cuando la abuela se enfermó. Bien inútilmente, por otra parte: la abuela murió lo mismo. Nunca jamás podría comprar una vela como esa.

Y, sin vela, ¿era posible la pesca? ¡Una verdadera farsa! A lo sumo, se podían pescar gobios, con sedales tendidos. ¡Era triste!

Gavrik bien sabía en qué estaba pensando el abuelo, pero no dejó traslucir nada. Al contrario, para alejar al viejo de sus amargos pensamientos, se atareó con los sedales y empezó a retirar la primera banderita.

El abuelo se apresuró a dar una zancada por los bancos, se colocó al lado del nieto, y ambos, a cuatro manos, alzaron el extremo mojado del sedal.

Pronto empezaron los ganchos. Pero no había más que unos pocos gobios y además era pescado menudo.

Gavrik asió con fuerza al inquieto pez de gran cabeza, lo tomó por las branquias lisas, arrancó hábilmente el gancho entre sus ávidas quijadas y arrojó el pescado al canastillo sumergido.

Pero, sobre diez ganchos, apenas había tres con un verdadero botín: en los otros se agitaban delgados pececillos o cangrejos.

—Estos no pican con camarones —refunfuñó el abuelo, desolado—. ¿Qué me dices de esto? Nada más que restos de pescado. Habrá que cebar con carne. La carne la morderán, sin duda. Pero, ¿dónde conseguir carne, si cuesta once kopecks la libra en el mercado! ¡Es para pararse los pelos de punta!

Pero de pronto surgió una enorme masa envuelta en humo oscuro. Dos sombras oblicuas volaron sobre el agua que hacía un ruido ensordecedor... El vapor pasó muy cerca de la barca haciendo brillar las palas rojas de sus ruedas.

La barca fué proyectada hacia arriba, para volver a caer y rebotar una vez más.

Las banderitas del sedal brincaron muy cerca de las ruedas. Un poco más, y se hubieran roto.

—¡Eh!, ¡los del *Turguenev!*, —gritó desgañitándose el abuelo y abrió las manos como para detener a un caballo encabritado—. ¿Están ciegos, acaso? ¿No ven nuestros sedales? ¡Cerdos!

Pero el vapor ya había pasado sin causar daño.

Se alejaba con gran ruido, con su pabellón tricolor a popa, sus salvavidas y sus botes salvavidas, sus bocanadas de humo oscuro tiznado. Detrás suyo, ostentaba un rastro de encaje sobre el agua pura y glauca.

Eso quería decir que ya eran las siete de la mañana.

El *Turguenev,* era igual que un reloj para los pescadores. A las ocho de la tarde volvía a pasar, regresando de Ackermann a Odesa.

Había que apresurarse para no llegar tarde al mercado con el pescado.

A toda prisa, abuelo y nieto desayunaron con tomates y pan, y regaron su desayuno con el agua recalentada en el barril, que había tomado un gusto a madera de encina. Luego, embistieron contra los sedales, que levantaron lo más rápido posible.

XII

"¡Y ESTO SE LLAMA CABALLO!"

A eso de las nueve, Gavrik ya iba camino a la ciudad. Llevaba a la espalda el canastillo con los gobios. Es claro que hubiera podido apilarlos en un cesto, pero el canastillo tenía un aspecto más imponente. Era como la etiqueta del pescado fresco, llegado directamente del mar.

El abuelo había quedado en la casa, para reparar los sedales.

Gavrik tenía apenas nueve años, pero el abuelo le confiaba gustosamente un asunto tan importante como la venta de pescado. Recurría a su nieto, que comprendía las cosas. Ya no era pequeño.

Además, ¿con quién, si no con el nieto, podía contar el viejo?

Con plena conciencia de la importancia de su misión, Gavrik caminaba con aspecto de persona ocupada, un poco sombrío, por el cálido sendero, entre las hierbas de fuertes olores, dejando en el polvo la impresión nítida de los cinco dedos de sus pies menudos.

Su aspecto concentrado y serio parecía decir: "¡Ustedes, harán lo que quieran, tomar baños de mar, lucirse en la playa, pasear en bicicleta, tomar agua de Seltz en el kiosco, pero yo, yo soy un pescador, me ocupo en pescar gobios con sedal y venderlos en el mercado; lo demás no me interesa!"

Al pasar ante el balneario, donde se veía encima de la ventanilla de la caja un cuadro negro mugriento con el número "18" escrito con tiza, Gavrik tuvo una fisga de menosprecio: le repugnó ver a un grueso monigote de piel blanca, con un pañuelo aplicado sobre la calvicie. El gordo, tapándose la nariz y los oídos, se había sumergido en el agua arcillosa cerca de la playa, sin separarse del cable de salvataje, tapizado por la barba verde de la espuma.

Había dos modos de escalar la escarpada ribera: seguir una cuesta en suave pendiente dividida en tres descansillos,

o enmarañarse sobre una empinada escalera casi vertical de carcomidos peldaños.

Desde luego, Gavrik eligió la escalera.

Con los labios apretados, imprimiendo un rápido movimiento a sus pies, trepó la cuesta sin tomarse el tiempo de respirar.

Una polvorienta pero sombreada callejuela lo condujo cerca de la escuela de aspirantes a oficiales, pasando delante del establecimiento de baños calientes de mar.

Ya estaba casi en el centro de la ciudad.

Un ómnibus descubierto se arrastraba por el bulevar Francés, a la sombra de los plátanos manchados, hacia *Arcadia*. Del lado del sol, el ómnibus estaba protegido por un pedazo de gruesa lana. Se veía sobre la plataforma posterior un haz de cañas de bambú con sedales y boyas mitad rojas mitad azules. Tres jamelgos atentos, hacían sonar sus cascos herrados, sobre el menudo casquijo. Al volverse, el freno producía un sonido estridente y llorón.

En particular, atrajo la atención del chico el kiosco del vendedor de *kvas*. Era un edificio pequeño protegido por un techo a dos vertientes, sostenido por dos pequeños pilares. En el exterior, estaba pintado de verde y en el interior de blanco, un blanco condensado y deslumbrante.

El propio vendedor de *kvas* era de una hermosura incomparable y evocaba ideas de fiesta. Cada vez que Gavrik le veía, no podía dejar de detenerse en la encrucijada, arrastrado por un movimiento de alborozo y de deseo.

Gavrik no tenía necesidad de reflexionar mucho sobre la elección de su carrera futura. ¿Con qué objeto? Pero, en fin, si se trataba de elegir, desde luego que sería el oficio de vendedor de *kvas*.

En Odesa, todos los vendedores de *kvas* eran elegantes y bellos como estampas de libro. Pero éste lo era en especial. Era, sin lugar a dudas, Vanka —el-Hermoso— Bodeguero, de la canción.

Y en efecto, tenía un alto gorro de género azul, como llevan los comerciantes, cabellos azules rizados, botas a lo Suvorov. ¡Y la camisa! ¡Pero una camisa como esa, verdaderamente, uno no debería ponérsela más que el primer día de Pascua: brillante, de un rojo ardiente, las mangas afolladas, largas hasta las rodillas, con una multitud de botoncitos azules de vidrio!

Y encima de la camisa, un chaleco de paño negro con una cadenilla plateada de reloj, unida al ojal por una barrita de plata. Sólo el aspecto de esa camisa relumbrante, os daba ganas de beber *kvas* frío.

¡Y había que verlo trabajar! Diestro, rápido, limpio...

He aquí un cliente que llega.

—Dame uno, amigo.

—¿Y qué *kvas* desea el señor: ácido o dulce? El dulce es a un kopeck el cubilete y el ácido, dos un kopeck.

—Dame del ácido.

—¡En seguida, señor!

E inmediatamente, en un abrir y cerrar de ojos, una mano arranca diestramente la corbetera redonda de la nevera por la argolla, y se sumerge en la sombra helada para agarrar allí una botella, mientras que la otra pasa un paño sobre el mostrador blanco, limpio desde luego, enjuaga en el cubo el enorme cubilete con un grueso fondo fraudulento, vuelve hacia atrás elegantemente el cubilete y lo posa con un ruido seco delante del cliente.

El pequeño sacacorchos agujerea el tapón. La botella apretada entre las botas hace "¡pam!". La espuma roja se lanza del gollete en largos rizos.

El pillastre del vendedor invierte la botella en el cubilete, que llena una cuarta parte de *kvas* amarillo y las tres cuartas, de espuma.

El cliente resopla ávidamente sobre la espuma y bebe, bebe, bebe... en tanto el vendedor, en un decir Jesús, seca el mostrador. Con el reverso de la mano hace caer el kopeck mojado, con el águila del zar, en una latita de la fábrica de bombones "Krajmalnikov Hnos".

¡Este sí es un hombre! ¡Esto sí que es vida!

Gavrik bien hubiera querido tomar *kvas,* pero su bolsillo estaba vacío. Quizá pudiera permitírselo a la vuelta, pero no tenía mucha esperanza. Sin duda, tenía sus buenos dos centenares de gobios en el canastillo, pero el abuelo debía mucho a la vendedora que les compraba el pescado fresco. La semana pasada le habían pedido prestados tres rublos para comprar corchos y anzuelos y no le habían devuelto más que un rublo cuarenta y cinco. La deuda restante, más de un rublo con cincuenta, era una suma enorme.

Sería una suerte si la vendedora aceptara no retener la suma entera: pero ¿si exigía el total? No quedaría con qué comprar carne para el cebo y ¡ni había que pensar ya en pan ni en *kvas!*

Gavrik escupió exactamente como hacían los pescadores cuando estaban preocupados por alguna inquietud.

Cambió el canastillo de hombro, y continuó su camino, llevando en su imaginación la imagen endomingada de Vanka-el-Hermoso-Bodeguero y la frescura perfumada del brebaje que no había podido gustar.

Ya se encontraba en la ciudad propiamente dicha, con sus altas casas, sus tiendas, sus depósitos y sus puertas cocheras.

Todas las calles estaban inundadas por la sombra transparente de las acacias, viéndose centellear sus verdes hojas, como racimos de uvas.

Crepitaba un furgón sobre el empedrado. Caía una sombra abigarrada sobre los caballos con sus altos arreos alemanes, sobre el cochero, sobre las paredes blancas, donde se destacaba el letrero "Fábrica de hielo artificial".

Las cocineras caminaban con sus esportillas. La sombra también caía sobre ellas.

Los perros, con la lengua afuera, acudían a las latas atadas a los troncos de los árboles. La cola en tirabuzón, lamían el agua tibia, muy satisfechos de la solicitud de los ediles de Odesa, que no querían que la sed les diera hidrofobia.

Todo esto era muy conocido y poco interesante.

Pero he aquí una cosa verdaderamente asombrosa: una pequeña carreta tirada por un poney. Gavrik jamás había visto un caballo tan pequeño. ¡No más grande que un ternero y sin embargo, idéntico a un verdadero caballo!

El pelo beige, el vientre rechoncho, con una crin color chocolate y una cola corta y bien nutrida, cubierto con un sombrero de paja con orificios para las orejas, el caballo permanecía inmóvil. Había levantado sus pestañas tupidas y estaba tranquilo y modesto como una niña bien educada, a la sombra de las acacias, ante la puerta de una casa.

Una banda de chiquillos rodeó al caballito.

Gavrik también se aproximó y permaneció un rato silencioso, sin saber qué actitud adoptar frente a ese fenómeno.

Sí, evidentemente, el caballito le gustaba. Pero también le irritaba.

Dió una vuelta alrededor del animal. Sí, un caballo, un verdadero caballo: cascos, crín, dientes. ¡Pero qué pequeño! ¡Hasta era desagradable!

—¡Y esto se llama caballo! —dijo, desdeñosamente, arrugando la nariz.

—No es un caballo, —se metió a decir rápidamente una niña con dos trenzas. Estaba maravillada y aplaudía—. ¡No es un caballo, es un poney!

—¡Igual es un caballo! —dijo sombríamente Gavrik, y al instante puso una cara enfurruñada, porque tenía vergüenza de haberse rebajado a conversar con esa muñeca llena de cintas.

—¡Y yo digo que es un poney, un poney!

—Es un caballo de circo —profirió Gavrik con voz de bajo enronquecido y como si no hablara con nadie—. ¡De circo, como todos los caballos de circo!

—¡No, no viene del circo, no viene del circo! ¡Un poney! Sirve para remitir el petróleo Nobel. Bien ves las latas...

Y en efecto, las latas de petróleo bien limpias estaban acumuladas sobre el carrito.

Para Gavrik fué una sorpresa. Todo el mundo sabía que el petróleo se compraba en el almacén, a un kopeck la cuarta, cuando se tenía recipiente.

Pero remitirlo a domicilio en una carreta enganchada a un poney emperifollado como una señorita, ¡eso ya era el colmo!

—Un simple caballo —gritó Gavrik con voz áspera y se fué.

—¡Lo mismo es un poney! ¡Lo mismo es un poney! ¡Lo mismo es un poney! —gritó detrás de él la niña, como un papagayo, y aplaudía, bajándose y levantándose en cadencia.

—¡Tú misma eres un poney! —pensó Gavrik, que no tenía tiempo de entablar una querella seria.

Contorneando la plaza pública de la estación, que lanzaba por detrás de su enrejado un olor cálido y seco de mirtos y piñas de ciprés, Gavrik se detuvo, echó la cabeza hacia atrás y examinó largamente el reloj.

Hacía muy poco tiempo que había aprendido a leer la hora en el reloj. Ahora, no podía pasar nunca ante un reloj sin detenerse y contar.

Aún tenía que contar con los dedos esos singulares palotes pequeños de los números romanos, que tan poco se parecían a los números corrientes. Sólo sabía una cosa: que el más alto de los números era el doce y que había que contar a partir de allí.

Gavrik se colocó el canastillo entre los pies y movió los labios encorvando fuertemente los dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro... —murmuró, arrugando la frente.

La aguja pequeña estaba en el nueve y la grande en el seis.

—Nueve y media —profirió el joven pescador con un suspiro de satisfacción y secándose la nariz emperlada de sudor.

Parecía que estaba bien. Pero, así mismo, era mejor verificarlo.

—Señor, ¿qué hora es?

Un señor con saco de tusor y casco blanco llamado vulgarmente *buen día y adiós,* plantó sus quevedos de oro sobre su nariz romana, levantó con viveza su barbilla canosa y respondió rápido después de echar un vistazo sobre la esfera:

—Las nueve y treinta.

Gavrik le miró, petrificado.

—Señor, ¿pero cómo es eso, si allí son las nueve y media?

—Pues sí, lo que quiere decir nueve y treinta —dijo severamente el señor sin dignarse mirar al chico. Subió a un coche de punto y partió, metiéndose entre las rodillas su bastón con pomo de oro.

Gavrik permaneció un rato inmóvil, entreabriendo su boca desdentada y tratando de comprender si el *barin* no se había burlado de él.

Al fin, volvió a colocarse el canastillo al hombro, se subió el pantalón y se puso en marcha, meneando la cabeza y sonriendo con aire incrédulo.

¡Nueve y media, y nueve y treinta, era lo mismo! Extraño, muy extraño. Era del caso consultar a alguien muy instruído.

XIII

LA SEÑORA STOROYENKO

—¡Cangrejos! ¡Cangrejos! ¡Cangrejos!
—¡Lenguados! ¡Lenguados! ¡Lenguados!
—¡Caballas frescas, caballas frescas!
—¡Dorados! ¡Dorados!
—¡Gobios! ¡Gobios! ¡Gobios!

De todas las vendedoras del mercado, las del pescado eran célebres por sus voces estridentes y gritoñas.

Era necesaria toda la intrepidez de las dueñas de casa y de las cocineras de Odesa, para recorrer sin prisa ese pasillo bordeado de mesas, de canastos y de cajas, donde se escalonaban montones de pescados, de almejas y de cangrejos.

Bajo las enormes sombrillas de tela y los aleros de tablas, se exponían inquietas y brillantes, las riquezas vivas del Mar Negro.

¡Qué multiplicidad de formas, de colores, de dimensiones!

La naturaleza se había esmerado en proteger sus admirables creaciones. Había procurado volverlas invisibles a la vista del hombre. Les había dado todos los colores del mar.

He aquí, por ejemplo, la caballa, pescado caro, de cuerpo grueso, recto y liso como un huso; estaba coloreado con los más suaves tonos tornasolados, desde el azul claro al azul oscuro.

Gavrik bien sabía que era ese color —azul, orlado de celeste, como la ola— que tomaba el mar, lejos de la costa, allí mismo donde situaban los bancos de caballas.

¡Qué pez astuto!

Gavrik veía peces todos los días, estaba habituado, sabía discernir a medio kilómetro de distancia, en el mar, un banco lleno de caballas, pero a pesar de todo, admiraba cada vez su belleza y su astucia.

O más, los gobios. Les gustaba anidarse cerca de la orilla, alrededor de los acantilados y en la arena, en los sitios pro-

fundos, y han tomado el color oscuro de los acantilados y el tinte amarillento de la arena.

¡Observad!

Los grandes lenguados chatos, que tienen la costumbre de permanecer en el fondo limoso de los pequeños golfos tranquilos, sorprenden por el color verde negro de su piel espesa, sembrada de espinas chatas, óseas, semejantes a conchas. Los dos ojos están del mismo costado, de modo que el lenguado, hace pensar en un dibujo infantil: cabeza de perfil con dos ojos.

El vientre del lenguado es color cera, color porcelana, pero no lo muestra jamás; permanece acostado en el fondo, pegado a la arena.

Y el chico se admiraba de la astucia del lenguado.

O aún el dorado, pequeño pez abollado, rojo y negro, con gruesas escamas como empapadas en sangre. En el agua bien clara de las bahías, se pueden ver centellear grandes conchas rosadas, todas idénticas.

Bandas de plateadas tulkas se agitan en la superficie del mar, cerca de la costa, confundiéndose exactamente con la efervescencia plateada del sol matinal.

Sí, la naturaleza es maligna. Pero Gavrik sabía que el hombre lo es más aún. Pues él tenderá sus redes, sus buitrones, sus invisibles sedales, sumergirá en el agua el brillante anzuelo y todo ese pescado confundido con el mar, brillará con sus hermosos colores en las canastas y en los escaparates de los mercados.

Sólo se trata de tener dinero para comprar buenas redes de pescar.

Gavrik caminaba en busca de su compradora, pasando ante las canastas en que se agitaban cangrejos de un verde transparente.

Con un ligero zumbido, tendían convulsivamente sus pinzas, abiertas a manera de tijeras.

Las tulkas brillaban como montones de monedas de plata.

Los elásticos camarones crujían bajo la húmeda red, proyectando sal por todos los costados.

Escamas de mica se pegaban a los pies desnudos y los talones resbalaban sobre las entrañas de pescado.

Hambrientos gatos de pupilas enloquecidas y fijas, las orejas apretadas y los omóplatos rapazmente salientes, se arrastraban por el suelo en busca de una presa.

Las amas de casa, con sus esportillas de cuerda de las que emergían zanahorias, sopesaban grandes trozos de lenguados despedazados.

El sol calentaba fuertemente y el pescado se amodorraba.

La pescadora que buscaba Gavrik estaba sentada sobre un banquito de niño, al abrigo de una sombrilla de género. La rodeaban canastas llenas de pescado.

Enorme, vestida con una chaqueta de mangas afolladas, a pesar del calor de 20º, con un chal amarillo y una pesada bolsa en bandolera, estaba justamente en tren de regatear con una cliente.

Respetuosamente, Gavrik permaneció apartado, esperando que terminara.

Se daba cuenta muy bien, que él y su abuelo estaban a merced de esa mujer. Era necesario entonces, mostrarse muy modesto y cortés. Por cierto que si hubiera tenido sombrero, se hubiera descubierto. Pero no lo tenía.

Se limitó a colocar suavemente su canastillo en el suelo, a bajar las manos, y a fijar los ojos sobre sus pies desnudos, cubiertos hasta el tobillo con un polvo, gris como gamuza.

Sólo se trataba de dos docenas de gobios, pero el regateo se eternizaba.

Diez veces se fué la clienta y diez veces volvió. Diez veces la vendedora llevó la mano a los platillos de cobre de la balanza, tapizados de escamas de pescado. Y diez veces los volvía a arrojar en la canasta de lenguados.

Gesticulaba rápidamente con sus manos carnosas, con mitones negros, sin olvidar de separar elegantemente los meñiques.

Se secaba con la manga su cara lisa y barrosa, adornada por un bigotito negro y pelos rizados y blancos, bajo la barbilla.

Se clavaba convulsivamente unas grandes horquillas en sus grasientos cabellos de un negro azulado. Y gritaba con voz enronquecida:

—Señora, ¿qué cuestión puede haber? Gobios como éstos, no verá nunca. ¿Estos son gobios? ¡Esto es oro en polvo!

—¡Morralla! ¡morralla! —decía la cliente apartándose desdeñosamente—. ¡No hay lo qué freir!

—¡Pero venga, señora! ¡Si por pescado como éste, dice que no hay qué freír, verdaderamente no sé dónde encontrará mejor! En casa de los judíos, tal vez. Pues bien, vaya a ver a los judíos. Sin embargo, usted me conoce bien. Yo jamás me permitiría encajarle morralla a una cliente conocida.

—¿Gobios como esos a diez kopecks los diez? Nunca en la vida. Lo más que se puede dar por eso es ocho.

—Lleve dos decenas por diecinueve.

—A ese precio, prefiero comprarle dorados a cualquiera.

—Señora, mi último precio. Dieciocho. Si Vd. no quiere, tanto peor. ¿Adónde va a ir, señora?

Al fin, se hizo la transacción y entregado el pescado, la vendedora echó el dinero en su bolsa.

Gavrik esperaba pacientemente que lo advirtiera. Ya hacía un buen rato que la pescadora lo había observado, pero fingía no verlo.

Tal es la costumbre del mercado. Si necesita dinero, tiene que esperar. No le pasará nada. ¡No va a reventar!

—¿Quién quiere pescado fresco? ¡Gobios vivos! ¡Lenguados! ¡Lenguados! ¡Lenguados!, —gritó la vendedora después de una pausa y luego, sin volver los ojos, ordenó a Gavrik:

—¡Vamos a ver!

El chico entreabrió el canastillo y lo empujó hacia la vendedora.

—Gobios —dijo respetuosamente.

Metió los cinco dedos en el canastillo y retirando varios pescados, los miró rápidamente, para fijar en Gavrik sus ojos redondos, negros y azules como la uva "isabela".

—¡Bueno! ¿Dónde están los gobios?

Gavrik callaba.

—Te estoy preguntando: ¿dónde están tus gobios?

El chico se sentía en el suplicio, cambió de pie y sonrió tímidamente, tratando de cambiar en chanza una conversación desagradable.

—Pero ahí están los gobios, señora. Entre sus manos. ¿No los ve?

—¿Dónde están los gobios? —clamó la vendedora, completamente roja de cólera—. ¿Dónde están los gobios? Muéstramelos, ¿dónde están?. No los veo. ¿Será esto que tengo entre mis manos? Pero éstos no son gobios, son piojos. ¿Esto se puede freír? No, no hay nada para freír. ¿Por qué tienen que traerme siempre pescaditos de nada? Vayan a llevárselos a los judíos.

Gavrik callaba.

Seguramente, no eran gobios grandes, pero al fin, tampoco eran tan miserables como la comerciante quería hacer ver. Pero no había que replicar.

Cuando terminó de gritar, la comerciante se puso a sacar tranquilamente los pescados del canastillo y a amontonarlos en su cesto, contando con gran agilidad las docenas.

Sus manos marchaban tan rápido, que Gavrik no tenía tiempo de controlarla. Le pareció que quería estafarle. Pero, ¿cómo verificarlo? Había ya otros gobios en el cesto.

¡Vaya ahora a reconocerlos!

Gavrik se sintió aterrorizado. De la emoción, nadaba en sudor.

—En números redondos, dos centenares y medio —dijo la vendedora arrojando una estera de cáñamo sobre el cesto—. Toma tu canastillo. Adiós. Le dirás a tu abuelo que me debe aún ochenta kopecks. Que no se olvide. Y que no me mande más pescaditos. ¡No los aceptaré!

El chico se calló, petrificado. Quiso hablar, pero su garganta se había contraído.

En cuanto a la vendedora, empezó a gritar nuevamente sin prestarle la menor atención:

—¡Lenguados, lenguados, lenguados! ¡Gobios, gobios, gobios!

—Señora Storoyenko, —pronunció el chico al fin, penosamente—, señora Storoyenko...

Ella se volvió, impaciente:

—¿Todavía estás aquí? ¿Qué hay?

—Señora Storoyenko, pero entonces ¿a cuánto paga el ciento?

—Treinta kopecks el ciento, son setenta y cinco kopecks y me deben un rublo con cincuenta y cinco, lo que da que me quedan debiendo ochenta. Díselo a tu abuelo. ¡Adiós!

—¡Treinta kopecks el ciento!

Gavrik hubiera querido gritar, tan vejado y furioso se sentía. ¡Si pudiera echarle un buen puñetazo en el hocico para que sangre bastante por la nariz! ¡Sí, hacerla sangrar! O mismo morderla...

Pero en lugar de eso tuvo una sonrisa obsequiosa y dijo conteniendo las lágrimas:

—Pero señora Storoyenko, siempre nos ha dado cuarenta y cinco. ..

—Puedes darme las gracias por pagarte treinta kopecks por esa mugre. ¡Vete, pues!

—Pero señora Storoyenko, Ud. los vende a ochenta...

—¡Vete, vete, me estás dando la lata! La mercadería es mía. La vendo como quiero. No necesito tus consejos. ¡Lenguados, lenguados, lenguados!

Gavrik miró a la señora Storoyenko. Estaba sentada en su banquito de niño: enorme, inabordable, como una estatua de piedra.

Hubiera podido decirle que él y su abuelo no tenían una miserable moneda, que les era absolutamente necesario comprar pan y carne para los cebos, que eso en total no significaría más que quince o veinte kopecks. Pero, ¿valía la pena humillarse?

El orgullo del pescador se sublevó en él.

Se secó con la manga las lágrimas que le picaban la nariz pelada, se sonó con dos dedos en el polvo, puso al hombro su canastillo vacío y se fué con su andar de pescador del Mar Negro.

Mientras caminaba, se iba preguntando dónde podría conseguir carne y pan.

XIV

"SUBALTERNOS"

Lo hemos visto. La vida de Gavrik era llena de trabajos e inquietudes como la de un adulto, pero con todo, no era más que un chico de nueve años.

Tenía amigos y compañeros, con los que le gustaba jugar, hacer carreras, pelearse, atrapar gorriones, tirar con hondas, en resumen, entretenerse con todos los juegos de los muchachitos poco afortunados de Odesa.

Pertenecía a la categoría de los "muchachos de la calle", y por eso tenía muchísimos conocidos.

Tenía entrada libre en todos los patios, podía jugar en cualquier calle.

Era un pájaro libre. Toda la ciudad le pertenecía.

No obstante, el pájaro que quiere ser libre, tiene sus rincones preferidos. Gavrik había elegido particularmente la esquina de las calles Otrada y Fuente-Pequeña, próximas al mar. Y allí, gobernaba a los muchachos de su edad, que observaban con mirada asustada y maravillada, su vida independiente.

Gavrik contaba con muchos compañeros, pero verdadero amigo no tenía más que uno: Petia.

Lo más simple hubiera sido ir a buscar a Petia y pedirle consejo sobre el pan y la carne.

Petia, evidentemente, no tenía dinero y sobre todo no podía disponer de una suma tan fuerte como quince kopecks. ¡Ni pensarlo! Pero Petia bien podía robar de la cocina un pedacito de carne y sacar un poco de pan del aparador.

En la Navidad del año pasado, Gavrik había visitado a Petia. Sabía que los Batchey tenían un aparador con mucho pan, al que nadie prestaba atención. No significaba absolutamente nada tomar medio pan. Ni lo notarían.

Pero se trataba de saber si Petia había regresado del veraneo o no. La estación estaba demasiado avanzada, ya de-

bería estar allí. Durante el verano, Gavrik había ido muchas veces a informarse. ¡Nada de Petia!

La última vez, Dunia, la cocinera, le había dicho que volverían muy pronto. De eso hacía cinco días. ¿No habrían vuelto?

Del mercado, Gavrik volvió a la casa de Petia. No era lejos: justo enfrente a la estación, en la plaza Kulikovo, en la esquina de la calle Cables, al lado del Estado Mayor, un gran inmueble de tres pisos y dos entradas. Era una casa excelente, muy bien adaptada a la vida feliz.

En primer lugar, era admirable para las batallas callejeras, con sus dos puertas cocheras. Una daba al campo de Kulikovo y la otra, a un espléndido terreno vacío con matorrales, nichos de tarántulas, y una fosa de basuras, no muy grande, pero muy rica.

A condición de disponer de tiempo, siempre podían coleccionarse allí un montón de objetos útiles, desde frasquitos de farmacia a ratones muertos.

Verdaderamente, Petia tenía suerte. ¡No todos los niños tienen al lado de su casa una fosa con basuras como aquella!

En segundo lugar, justo enfrente de la casa, estaba el ferrocarril, recorrido por pequeños trenes de los suburbios, enganchados a una vieja tartana de locomotora. No había necesidad de ir muy lejos para meter bajo las ruedas del convoy un petardo o un guijarro.

Y en fin, la vecindad del Estado Mayor.

Allá, detrás de la alta muralla de ladrillos que daba sobre un prado, vivía un mundo misterioso, guardado día y noche por centinelas. Se oían zumbar las máquinas de la imprenta del Estado Mayor. El viento hacía volar por encima de la muralla pedazos de cartón, cintillas de papel, maculatura.

También sobre el prado daban las ventanas de las viviendas de los secretarios. Trepado sobre una piedra, se podía echar un vistazo a través de la verja y ver cómo vivían los secretarios, esos jóvenes muy hermosos, de aspecto importante y desenvuelto, que llevaban pantalones largos de oficial y charreteras de soldado.

Bien se sabía que esos secretarios eran "subalternos", es decir soldados. Pero, ¡qué diferencia!

A excepción, quizá, de los vendedores de *kvas,* los secretarios eran las personas más hermosas y más elegantes de la ciudad.

A su vista, las criadas de las casas vecinas, temblaban y desfallecían. Se quemaban despiadadamente las sienes y los cabellos con las tenacillas de rizar, se empolvaban la nariz con creta y se acicalaban las mejillas frotándolas con los papelitos de los bombones. Pero los secretarios no les prestaban atención.

A los ojos de todo soldado de Odesa, la doncella era un ser superior, inaccesible, pero para un secretario del Estado Mayor, no era ni más ni menos que una "lugareña" indigna de una mirada.

Estos escribientes permanecían sentados, melancólicos y solitarios, sobre sus camillas de hierro, detrás de su ventana enrejada y, despojándose del uniforme, hacían sonar suavemente la guitarra.

Llevaban pantalones largos y camisas limpias con corbata negra, corbata de oficial.

Si un secretario se mostraba por la calle un domingo de tarde, no era de otro modo que del brazo de dos modistas, de peinado alto con rizos.

Los secretarios eran increíblemente ricos. Una vez Gavrik había visto, lo había visto con sus propios ojos, ¡a un secretario que iba en coche de punto!

Y sin embargo, por extraño que parezca, estos hombres no eran más que "subalternos". Y Gavrik presenció una vez, en la esquina de la calle Pirogovskaia y de la plaza Kulikovo, la escena de un general con charreteras de plata, abofeteando con todas sus fuerzas a un secretario:

—¿Qué actitud es esta, canalla? ¿Qué actitud es esta? —aullaba.

En cuanto al secretario, cuadrado, agitando la cabeza, desencajando sus ojos claros de simple soldado, de aldeano, balbuceó:

—¡Perdóneme, Su Excelencia! ¡No lo haré más!

Esta situación de dualidad, hacía de los secretarios seres singulares, bellos y sin embargo, lastimosos como ángeles desconsolados.

Muy interesante, igualmente, era la vida de los simples soldados que vivían junto a los secretarios.

También los soldados tenían dos existencias.

En primer lugar, cuando permanecían de dos en dos, con uniforme completo de servicio de guardia, con cartucheras, frente a la entrada de alabastro del Estado Mayor. A cada instante, con desenvoltura, se cuadraban, presentando armas, igual que los caporales, cada vez que entraba o salía un oficial.

La otra existencia era simple, rústica, como si estuvieran en su casa: cosían los botones, embetunaban sus botas, o jugaban a las damas.

Siempre hacían secar sus escudillas o sus cucharas de madera en las ventanas, y también se veía gran cantidad de restos de pan de munición, que abandonaban gustosamente a los pobres.

Muy gustosos también, conversaban con los chiquillos, pero les hacían tales preguntas y pronunciaban tales palabras, que los niños se apresuraban a largarse, colorados hasta las orejas.

Los dos patios asfaltados de la casa de Petia se prestaban espléndidamente para el juego de la rayuela, pues se podían trazar allí cómodamente con tiza o carbón, los compartimientos con números. Los guijarros de mar, bien pulidos, se deslizaban admirablemente.

Cuando el portero, exasperado, echaba a escobazos a los jugadores demasiado barullentos, quedaba el recurso de pasar de inmediato al otro patio.

Y luego, esa casa poseía un maravilloso sótano lleno de misterio, donde guardaban la leña.

Esconderse en esos sótanos, entre los leños y toda clase de cachivaches, en la polvorienta y seca oscuridad, era el colmo de la felicidad.

En una palabra, la casa de Petia era excelente bajo todos los aspectos.

Gavrik entró al patio y se detuvo bajo las ventanas del aposento de Petia, que habitaba en el segundo piso.

El patio, cortado en diagonal por la cruda sombra del mediodía, estaba completamente vacío. ¡Ni un muchacho! Todo el mundo estaba en el campo o en el mar.

La mayoría de las ventanas estaban escondidas tras los

postigos. Silencio tórrido de mediodía. Silencio indolente. Ningún ruido.

A lo sumo se oía a lo lejos (¿quizá en la calle Botánica?) el chirrido y las detonaciones agudas de una sartén calentada al rojo. A juzgar por el olor, en algún lado freían pescado al aceite.

—¡Petia! —gritó Gavrik, la cabeza levantada y las manos llevadas en embudo a la boca.

Silencio.

—¡Petia!

Postigos cerrados.

—¡Pe-e-etia!!

Se abrió el postigo de la cocina. Aparición de la cabeza de la cocinera, Dunia, cubierta con un pañuelo blanco.

—Aún no regresaron —arrojó su frase habitual.

—¿Y cuándo van a venir?

—Los esperamos para esta noche.

El chico lanzó un esputo, lo aplastó con el pie y permaneció un instante silencioso.

—Oiga, señorita, apenas llegue, no deje de decirle que vino a verle Gavrik.

—¡A sus órdenes, Su Señoría!

—Dígale que pasaré mañana de mañana, bien temprano.

—Verdaderamente no vale la pena. Nuestro Petia comienza a ir al liceo y entonces, ¡se terminarán todas las tonterías de ustedes!

—Está bien, —gruñó Gavrik, áspero— pero sobre todo, no se olvide de decirle. ¿Le va a decir?

—Se lo diré, no llore.

—Adiós, señorita.

—Adiós, encanto.

Dunia estaba harta, sin duda, pues se aburría de no hacer nada, y condescendía en bromear con el pequeño vagabundo.

Gavrik volvió a subirse el pantalón y se fué de mala gana.

¡Mal negocio! ¿Qué podría intentar?

Aún tenía el recurso de ir a buscar a su hermano mayor, Terenti, al arrabal Molinos-Cercanos. Pero en primer lugar, Molinos-Cercanos quedaba en la loma del diablo, y se necesitaban unas buenas cuatro horas para ir y volver. Y además, después de los disturbios que se habían producido en la ciu-

dad, ¿uno qué sabe si Terenti está allí? Era muy probable que estuviese escondido en algún lado, o que estuviera muriéndose de hambre...

¡A qué diablo romperse los pies inútilmente, cuando los pies son de uno y no del Estado!

El chico desembocó en el prado y al pasar bajo la ventana, echó una mirada a las habitaciones de los soldados.

Terminaban de almorzar y enjuagaban sus cucharas en el alféizar de la ventana. Amontonaban pedazos de pan bajo el sol, que los acribillaba.

Las moscas iban y venían sobre las rebanadas negras y esponjosas, de corteza marrón, que se adivinaba un poco ácida.

Gavrik se detuvo bajo la ventana, maravillado por el espectáculo de esa abundancia.

Permaneció un rato silencioso, después de lo cual exclamó, con una rudeza que a él mismo asombró:

—Oigan, ustedes, ¡quiero pan!

Pero al instante se recobró, recogió su canastillo y prosiguió su marcha, arrojando una sonrisa confusa a los soldados.

—¡No, lo dije por gusto! ¡No vale la pena!

Pero los soldados se habían apretado contra la ventana, gritando y silbando, para llamar al muchacho:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Pst! ¿Dónde corres? ¡Ven aquí!

Y le tendían pedazos de pan a través de la reja.

—¡Toma! ¡No tengas miedo!

Se detuvo, titubeando.

—¡Tu camisa!

En sus gritos, en su coro discordante, había tanta alegre bonhomía, que Gavrik comprendió que no había nada de humillante en aceptar el pan. Se aproximó y tendió el borde de su camisa.

Volaron los pedazos de pan.

—¡Ahí va, come de nuestro pan de soldado, pan del Estado! ¡Tienes que acostumbrarte!

Además del pan, del que reunió unas buenas cinco libras, los soldados le dieron una buena porción de la papilla que les sobró la víspera.

El chico metió alegremente su botín en el canastillo, saludado por chistes verdes acerca del efecto que produce en el estómago el alimento de soldado; luego, regresó a su casa para ayudar al abuelo a preparar los sedales.

Al anochecer, volvieron al mar.

XV

UNA BARCA EN EL MAR

Viendo que el vapor no se detenía, ni echaba un bote al agua, continuando su itinerario, el marinero se recobró.

Se apresuró a deshacerse de sus ropas, que le incomodaban.

Quitarse la chaqueta era lo más fácil. Girando varias veces sobre sí mismo y escupiendo el agua salada y amarga de las olas, el marinero se la quitó en tres tiempos. El agua la había vuelto pesada como hierro.

Con las mangas separadas, la chaqueta flotó durante un tiempo, detrás del marinero, como un ser viviente: se hubiera dicho que no quería separarse de su dueño y que buscaba asirlo por los pies.

El marinero la rechazó, la chaqueta quedó atrás, se sumergió lentamente, balanceándose, pasando de una capa a otra de agua. Finalmente, desapareció en el remolino, donde filtraba en turbios haces, la claridad de la tarde.

Las botas eran el mayor obstáculo para el nadador. Se pegaban a las piernas como si estuviesen llenas de engrudo.

El marinero se frotaba furiosamente los pies uno contra otro, para arrancarse esas groseras botas de marino, cuyas cañas rojizas lo denunciaban.

Remando con las manos, bailaba en el agua, sumergiéndose o emergiendo hasta los hombros, alternativamente.

Las botas resistían. Entonces, llenando los pulmones de aire, asió una bota con las dos manos. Sumergido, la tiró del talón resbaladizo, soltando mentalmente los peores juramentos.

Por último, logró quitarse la endiablada bota. La otra, se dejó sacar más fácilmente.

Se había desembarazado de las dos botas y de su pantalón, pero sintió al mismo tiempo que un alivio una terrible fatiga. Su garganta ardía, pues a pesar de todas sus precau-

ciones, había tragado mucha agua de mar. Además, al saltar del barco, había caído de plano y se había hecho daño.

Hacía cuarenta y ocho horas que casi no dormía. Había hecho cuarenta o cincuenta verstas a pie y había experimentado terribles emociones. Su vista se oscurecía, a causa, quizá, de la noche que caía rápidamente.

El agua había perdido su color diurno; aún lucía y mostraba un tinte brillante de heliotropo en la superficie, pero se volvía espantosa, casi negra, en la profundidad.

Encontrándose al nivel del mar, no se podía ver la costa. El horizonte se había estrechado infinitamente. Sólo los transparentes reflejos del desaparecido sol, alumbraban aún en uno de sus extremos el puro cielo, donde ascendía una pálida estrellita, apenas visible.

La orilla estaba entonces de ese lado; hacia allí pues, había que dirigirse.

El marinero no había guardado más que la camisa y los calzoncillos. No le incomodaban casi. Pero su cabeza daba vueltas, las manos y las piernas le dolían en las articulaciones, tenía cada vez más dificultad para nadar.

Por momentos, le parecía qué perdía el conocimiento: luego, de repente, sintió náuseas. Y después, súbitamente, lo embargó un breve acceso de terror. Le daban miedo la soledad y la profundidad.

Jamás había experimentado eso. Se parecía a una enfermedad.

Sus cabellos cortos y mojados, le parecían secos, calientes y tan duros que le pinchaban la cabeza.

Y alrededor, ni un alma. En lo alto, en el aire vacío, oscurecido por la noche, pasó un martín-pescador, transportado por sus gruesas alas, grueso él mismo como un gato. En su largo y ganchudo pico, llevaba un pescadillo.

Un nuevo acceso de terror se apoderó del marinero. Su corazón iba a estallar, el nadador se iba a pique. Quería gritar, pero sus dientes no se separaban.

Oyó de pronto un suave zumbido de remos y percibió la silueta casi negra de una barca.

Reunió todas sus fuerzas y se lanzó en su persecución, dando desesperados puntapiés en el agua. Alcanzó la barca y logró asirse a su alta popa.

Cambiando de mano, se deslizó lo mejor que pudo hasta la borda, hizo un último esfuerzo y miró adentro de la barca.

—¡Vamos, no embrome! —gritó Gavrik, con sombría voz de bajo, a la vista de la cabeza mojada que emergía por la borda vacilante.

El chico no estaba muy asombrado. Los nadadores de Odesa eran célebres.

Había quienes se iban a tres o cuatro kilómetros en alta mar y no regresaban hasta la caída de la noche. Sin duda, este era uno de esos nadadores.

Pero cuando se es un héroe de ese temple, no hay necesidad de agarrarse de la barca de los demás para descansar. ¡Hay que nadar completamente solo! Los pescadores son gente fatigada por su trabajo.

—¡Vamos, largo de ahí! ¡No te hagas el imbécil, suelta! Si no, te voy a encajar un buen golpe con el remo...

Y para apoyar la amenaza, el chico simuló desenganchar el remo, exactamente como hubiera hecho el abuelo.

—Estoy... enfermo... profirió la cabeza con voz entrecortada.

Un brazo trémulo, con una manga de camisa bordada, se tendió sobre la borda.

Gavrik comprendió entonces que este no era un deportista. Los deportistas no nadan con camisa bordada.

—Bueno, y qué, ¿te ahogabas?

El marinero no respondía. Sus brazos y su cabeza pendían inertes en la barca, mientras que sus piernas cubiertas con los calzoncillos, se arrastraban en el agua. Había perdido el conocimiento.

Gavrik y su abuelo abandonaron los remos y tiraron penosamente dentro de la barca el cuerpo flojo y pesado.

—¡Oh! ¡Qué caliente está! —dijo el abuelo, resoplando.

Y en efecto, el marinero, mojado y tembloroso como estaba, quemaba con una fiebre seca.

—Señor, señor, ¿quiere beber? —preguntó Gavrik.

El marinero no respondió. Sus ojos parecían recubiertos por un turbio velo y rodaban con insensata expresión. Movió sus labios inflamados.

El chico le tendió el barrilito. El marinero lo rechazó con su débil mano, tragó saliva como con náuseas e inmediatamente después, empezó a vomitar.

Su cabeza volvió a caer chocando contra el banco.

Luego, el marinero extendió la mano hacia el barrilillo, lo buscó a tientas en la oscuridad como si se hubiera vuelto ciego, y chocando los dientes contra el tapón de encina, bien que mal, bebió abundantemente.

El abuelo meneó la cabeza.

—¡Qué historia!

—Señor, ¿de dónde es usted?, —preguntó el muchachito.

El marinero tragó aún saliva; quería decir algo, pero no hizo más que extender el brazo a lo lejos, dejándolo caer de nuevo en seguida, impotente.

—De los quintos infiernos, de los quintos infiernos —murmuró tan rápido que era difícil asir las palabras. —No me muestren ante la gente... Soy un marinero... Escóndanme en algún lado... Si no, me ahorcan... Les juro que es cierto... Por Dios...

Quería hacer la señal de la cruz, pero no pudo levantar la mano. Quiso sonreirse de su debilidad, pero un velo se extendió sobre sus ojos.

Y perdió nuevamente el conocimiento.

Abuelo y nieto cambiaron una mirada sin pronunciar palabra.

En los tiempos que corrían, lo mejor era callarse.

Acostaron suavemente al marinero sobre el enrejado de madera en el fondo de la barca, donde chapaleaba el agua. Insertaron el barrilillo bajo la cabeza del hombre y se pusieron a remar.

Remaron muy despacio, sin prisa, con la intención de no atracar hasta la caída de la noche. Luego estaría oscuro, y sería mejor. Y todavía, antes de abordar, hicieron algunos zig zags en medio de los familiares acantilados. Felizmente, en la playa no había nadie.

La noche era cálida y profunda, plena de grillos y de estrellas.

Abuelo y nieto empujaron la barca sobre la playa. Los guijarros zumbaban misteriosamente.

Mientras Gavrik inspeccionaba los alrededores, el viejo permaneció cuidando al enfermo.

No tardó en regresar, caminando sin ruido. Por su manera de caminar, el abuelo comprendió que todo iba bien. Con gran trabajo, sacaron al marinero suavemente de la barca y lo pararon, sosteniéndolo de los costados.

El marinero rodeó con su brazo el cuello de Gavrik y lo apretó contra su cuerpo, ya seco y ardiente. Cayó pesadamente sobre el chico, sin parecer darse cuenta de lo que hacía.

Gavrik separó sólidamente las piernas y murmuró:

—¿Puede caminar?

El marinero no respondió, pero dió algunos pasos, vacilando, como un sonámbulo.

—Despacito, despacito, —decía el abuelo, sosteniendo al marinero, de atrás.

—No es lejos, señor, es a dos pasos...

Terminaron por trepar a la choza. Nadie los había visto. Y por otra parte, si los hubieran visto, no habrían prestado ninguna atención a esa blanca y vacilante silueta conducida por un viejo y un muchachito.

Era común. Un pescador ebrio que sus familiares conducían a su casa. Y si el pescador no jura ni clama canciones, es que sin duda las libaciones de aguardiente han sido demasiado numerosas.

Tan pronto fué introducido en la oscuridad olorosa y cálida de la cabaña, el marinero se desplomó sobre las tablas de la cama.

El abuelo tapó con un pedazo de tabla la pequeña ventana y cerró cuidadosamente la puerta. Sólo entonces encendió la lamparilla a petróleo, sin vidrio, bajando la mecha lo más posible.

La lámpara estaba en un rincón, sobre un estante cubierto por un diario viejo.

También allí estaban el pan de munición envuelto en un paño húmedo para impedir que se seque, un cubilete hecho con una lata de conserva, una escudilla de hojalata con la papilla de los soldados, dos cucharas de madera, un poco de sal gruesa, grisácea, en una gran concha azul, en resumen, todo un menaje indigente pero muy bien presentado.

El ícono de San Nicolás Taumaturgo, protector de los pescadores, viejo, negro de hollín, colocado en el rincón, debajo del estante, mostraba la mancha oval color café de un rostro antiguo con ojos angustiados, como los hacen los pintores de imágenes sagradas de Kiev.

Un ligero hollín y la claridad de la pequeña lámpara chorreaban sobre esa cara cerosa, de arriba abajo. La figura parecía vivir, respirar...

Hacía ya mucho tiempo que el viejo no creía ni en Dios ni en el diablo. En toda su vida, eso no le produjo ni frío ni calor. Pero daba su confianza a San Nicolás Taumaturgo.

¿Y cómo no creer en un santo que ayuda al hombre en su duro y peligroso oficio? Pues no había en la vida del abuelo, nada más importante que su oficio de pescador.

En verdad, de un tiempo a esta parte, el Taumaturgo no estaba a la altura de su misión.

Cuando el abuelo era más joven y tenía buenas redes, vela, fuerza, el buen santo no se comportaba del todo mal. La familia le sacaba algún provecho.

Pero a medida que el abuelo envejecía, el santo se mostraba cada vez menos activo.

Sí, evidentemente, cuando no hay vela en la barca del pescador, y las fuerzas del viejo disminuyen día a día, y ya no hay bastante dinero para cebar con carne, es lindo ser taumaturgo; la pesca no valdrá nada... ¿Qué se puede exigir en esas condiciones? Está bien ser taumaturgo, pero la vejez, la miseria, son difíciles de vencer.

Sin embargo, por momentos, el viejo experimentaba un sentimiento de amargura y de irritación al mirar al santo, severo pero inútil. Es cierto que no pedía de comer, ni de beber, que colgaba tranquilo en su rincón; estaba allí simplemente: quizá hasta terminaría por darle un manotón. Con el tiempo, el viejo se había habituado a mirar al santo con ojo condescendiente o hasta un poco irónico.

Al entrar en la casa después de la pesca —mala la mayoría de las veces— el abuelo refunfuñaba, mirando de hito en hito, oblicuamente, al taumaturgo avergonzado.

—Bueno, viejo miserable, estamos fritos otra vez. Traemos pura morralla que será una vergüenza llevar al mercado. No son gobios, son piojos.

Y agregaba benignamente para no humillar del todo al santo:

—¡Sí, evidentemente! Un verdadero, un gran gobio, ¿se va a dejar tentar por un camarón? Un verdadero gobio bien nutrido, se burla de los camarones. El verdadero gobio bien nutrido, quiere carne. Y nosotros dos, ¿de dónde vamos a sacar carne? No se la puede comprar con milagros. ¡Eso es lo que pasa!

Pero esta vez el viejo no tenía tiempo de pensar en el buen santo. Quien le inquietaba era el marinero: menos la fiebre y el estado de delirio del enfermo, que el presentimiento de un peligro mortal y misterioso.

El abuelo, evidentemente, tenía sus ideas; ciertas cosas las adivinada. Pero aun así, para ayudar a ese hombre, había que estar mejor informado.

Por desgracia, el marinero yacía sin recobrar el conocimiento, agitado por la fiebre, brazos y piernas ampliamente extendidos sobre la abigarrada manta y mirando directamente hacia adelante con ojos desencajados que no veían nada.

Uno de sus brazos pendía fuera de la cama, el otro reposaba sobre el pecho. El abuelo distinguió en él una pequeña ancla azul.

Por momentos, el marinero tentaba pararse de un salto, bramando, bañado en sudor caliente; fuera de sí, se roía la mano como para arrancar el ancla, como si sin esa ancla, de inmediato se fuera a sentir mejor.

El abuelo volvía a acostarlo a la fuerza, le secaba la frente y decía:

—Acuéstate... acuéstate te digo... y duerme. No temas nada... duerme.

En la huerta, Gavrik hacía hervir agua en un tarrito, para darle té al enfermo, no verdadero té, desde luego, sino una infusión de hierbas perfumadas que el abuelo iba en mayo a recoger a las colinas, y haciéndolas secar, sustituía con ellas el té.

XVI

"¡PIEZA DE LA TORRECILLA, FUEGO!"

La noche transcurrió muy agitada.

El marinero se desgarraba la camisa. Se ahogaba.

El abuelo apagó el pábilo y abrió la puerta para que entrara aire fresco.

El marinero vió el cielo estrellado y no comprendió qué era. El suave viento de la noche penetró en la choza y refrescó la cabeza del enfermo.

Gavrik se acostó en el pasto al lado de la puerta, en actitud de acecho.

Recién de mañana cerró los ojos. Su codo se había dormido. El abuelo se acostó sobre la tierra apisonada, dentro de la cabaña; tampoco él dormía, escuchaba a los grillos, a las olas, y los gemidos del enfermo que por momentos se sentaba, gritando con voz vacilante de alucinado:

—¡Pieza de la torrecilla, fuego! ¡Kochuba! ¡Anda allí, a la pieza de la torrecilla!

Y toda clase de palabras sin sentido común.

Entonces el abuelo lo tomaba con fuerza por los hombros, lo sacudía con precaución y resoplaba en su boca ardiente:

—¡Quédate acostado, no grites! ¡En nombre de nuestro Señor Jesucristo, no armes esa batahola! Acuéstate y no hables. ¡Qué desgracia!

Y el marinero se tranquilizaba poco a poco, rechinando ligeramente los dientes.

¿Quién era, entonces, ese extraño enfermo?

Entre los setecientos marineros que habían desembarcado del acorazado *Potemkin* en la costa rumana, se encontraba Rodión Yukov.

Desde el primer instante de la revuelta, desde el instante, en que, horrorizado y desesperado, el comandante del buque se echó de rodillas ante la tripulación; desde que comenzaron las primeras salvas y los cadáveres de los ofi-

ciales volaron por la borda; desde que el marinero Matiuchenko hubo arrancado con gran estrépito la puerta del camarote del almirante, de ese camarote que hacía temblar sólo con pasar por delante; desde aquel momento, Rodión Yukov, como la mayoría de los marineros, había vivido, pensado y obrado como envuelto en un ligero vaho, en el éxtasis, en la fiebre; y eso duró hasta el día en que hubo que rendirse a los rumanos y desembarcar en Constanza.

Rodión jamás había pisado tierra extranjera. Pero la tierra extranjera es como una libertad de la que no se goza: vasta y amarga.

El *Potemkin* estaba allí, muy cerca del muelle.

Entre falúas y barcos de carga, con sus tres chimeneas pintadas de gris, rodeado de botes, de yates y de canoas, y colocado junto a un angosto crucero rumano, parecía absurdamente grande.

En lo alto, encima de sus torrecillas blindadas, de sus botes, de sus vergas, ondeaba aún el pabellón blanco llamado San Andrés, atravesado con una cruz azul, como un sobre tachado por un lápiz azul.

Pero el pabellón se estremeció, se estrechó y comenzó a descender en breves sacudidas.

Entonces Rodión había levantado su boina con las dos manos, y saludado tan bajo, que los extremos de su cinta amarilla y negra se extendieron suavemente en el polvo, como flores de la estepa.

—Es una vergüenza... una verdadera vergüenza. Cañones de doce pulgadas. Obuses en cantidad y apuntadores de primer orden. ¡Ah! ¡si hubieran escuchado a Kochuba! Dorofei Kochuba tenía razón al decir: "A esa carroña, los contramaestres, hay que arrojarlos por la borda. ¡Hundamos al *San Jorge* que nos amenaza. ¡Hagamos un desembarco en Odesa!" Hubieran sublevado a toda la guarnición de Odesa, a todos los obreros, todo el Mar Negro, ¡Ah! ¡Kochuba, Kochuba, si te hubieran escuchado!... Y ahora, ¡miren qué porquería!

Rodión había saludado por última vez a su querido navío.

—¡Está bien! —dijo, con los dientes apretados— ¡Está bien! ¡Ya verán! ¡De cualquier manera, sublevaremos a toda Rusia!

Unos días después, habiendo comprado ropas de civil con todo el dinero que le quedaba, volvió a Rusia atravesando las bocas del Danubio, cerca de Vilkovo.

Quería ir a Ackermann a través de la estepa y de allí, en chalana o en vapor, a Odesa. Se hallaría entonces a dos pasos de Nerubaskoie, su villa natal. Y luego, ya vería...

Rodión lo sabía con entera certidumbre: todos los caminos de regreso le estaban cerrados. Su vieja vida de marinero esclavo, a bordo de un acorazado del zar y la penosa vida de campesino en su casa natal, en la chozuela azul claro con ventanas índigo, entre las amarillas y rosadas malvas, había terminado para siempre.

Una de dos: le esperaba la horca, o bien lograría esconderse, provocar una insurrección, incendiar castillos, volver a encontrar en la ciudad al comité revolucionario.

Por el camino, se sintió enfermo. Pero ya no podía detenerse. Marchaba por enfermo que estuviera.

¿Y ahora?, ¿Qué le había pasado? ¿Dónde estaba? ¿Por qué esas estrellas que se balanceaban en el marco de la puerta? ¿Eran, en realidad, estrellas?

La noche rodeaba a Rodión, como el Mar Negro. Las estrellas se habían condensado, encendido y acostado bajo los ojos, como las llamas bajas de la barrera de una cuarentena. La ciudad había empezado a arder, se incendió el dique del puerto, la gente corría, perdida entre los fuegos en rebelión. Las salvas de hierro de los tiros de fusil caían como largos rieles, a lo largo de la calle.

La noche vacilaba cual un puente de navío. El círculo reverberante del proyector resbalaba sobre la orilla ondulada, calentaba al blanco las esquinas de las casas, fulguraba sobre los vidrios, sacaba de la oscuridad a los soldados que corrían, los pedazos de la bandera roja, las cajas de municiones, las cureñas, los ómnibus dados vuelta en medio de la calle.

Y he aquí que Rodión se ve en una torrecilla del acorazado. El apuntador pegó el ojo al telémetro. La torrecilla giraba sola, apuntando sobre la ciudad el cañón vacío, con los pasos de rosca que centelleaban en su alma. ¡Alto! Justo frente a la cúpula azul del teatro donde un general de bello garbo, realiza un consejo de guerra contra los amotinados.

Un débil repiqueteo del teléfono se encarniza en la torrecilla.

Pero, ¿no será la carraca de los grillos de la estepa?

No, es el teléfono. El montacargas eléctrico retira con largo ruido de hierro viejo, el obús de la bodega; el obús se balancea llevado por sus cadenas y viene directamente a manos de Rodión.

Pero ¡quizá no sea un obús, quizá sea un refrescante melón! ¡Oh! ¡beber! Pero no, no, ¡es un obús!

—¡Pieza de la torrecilla, fuego!

En el mismo instante sus oídos zumbaron, como si un golpe llegado de afuera hubiera alcanzado la coraza de la torrecilla, con un ruido de gong. Fulgura una llama, esparciendo un olor a peine quemado.

Toda la rada se estremece de un extremo a otro. Los botes oscilan en la bahía. Una barra de hierro cae entre el acorazado y la ciudad.

—¡Demasiado largo!

Rodión siente arder sus manos. Mas he aquí los grillos, que se deslizan como un chorro de cristal entre las amontonadas estrellas y las malezas de la costa.

¿Será el teléfono, que arrulla?

El segundo obús sale solo del montacargas para caer en manos del marinero. ¡Espera, general, ya te pescaremos!

—¡Pieza de la torrecilla, fuego! ¡Pieza de la torrecilla, fuego!

—Acuéstate, no grites... ¿habrá que darte de beber? Quédate tranquilo...

...Una segunda barra atravesó la rada. ¡Demasiado largo, otra vez! Tanto peor, quizá la tercera vez el golpe será bien dado... No serán obuses los que falten. La santabárbara está llena.

Más ligero que una pluma, y sin embargo más pesado que una casa, cae el tercer obús entre las manos debilitadas.

Tirarlo cuanto antes. ¡Con tal que se vea rápido el humo sobre la cúpula azul! Y entonces, ¡qué bien, qué bien!...

Pero el teléfono ya no arrulla, los grillos cesaron de cantar. ¿Habrán muerto todos, allá arriba?

¿Será la mañana que llega, tan apacible y rosada?

La torrecilla pareció girar por sí sola en sentido inverso. "¡La retirada!" Y el obús, deslizándose de las manos que vuelven a caer, desciende a la bodega haciendo sonar las cadenas del montacargas. No, no, es el cubilete que los dedos

han soltado y es el agua que murmura suavemente resbalando al suelo, desde la cama.

Ahora, silencio, silencio...

"Pero y ahora, ¿qué pasa? ¡Ah! ¡Han vendido, han vendido la libertad, cerdos! ¡Aflojaron! ¡Ah!, cuando uno se bate, debe batirse hasta el fin! ¡No dejar piedra sobre piedra! ¡Fuego, pieza de la torrecilla, fuego!"

—¡Oh! ¡Buen Dios de los dioses, San Nicolás Taumaturgo! ¡Quédate acostado de una vez, toma más agua. ¡Qué desgracia!

El frágil y rosado silencio de la mañana vino suavemente, a apaciguar la frente afiebrada de Rodión. A lo lejos, sobre la dorada escarpadura, cantaron los gallos.

XVII

EL DUEÑO DEL TIRO

Con toda deliberación, abuelo y nieto decidieron no mostrar el enfermo a nadie. Y sobre todo, no había que enviarlo al hospital municipal, donde por cierto, le reclamarían el pasaporte.

En opinión del abuelo, el marinero tenía una fiebre común y ni siquiera muy violenta, que no tardaría en pasar. Entonces, a él le correspondería decidir.

Llegado el día, había que irse al mar.

El enfermo no dormía.

Debilitado por la transpiración, permanecía inmóvil, de espaldas, fijando una mirada consciente sobre la imagen del Taumaturgo y el ramillete de acianos frescos, metido detrás de la tabla encorvada, ennegrecida por el tiempo.

—¿Me oyes? —preguntó el abuelo, acercándose al enfermo.

El otro movió ligeramente los labios como si quisiera decir: "oigo".

—¿Estás mejor?

Para responder afirmativamente, el enfermo cerró un poco los párpados.

—¿No tendrás hambre?

El abuelo echó una mirada de reojo al estante donde estaban el pan y la papilla.

El marinero hizo un débil movimiento de cabeza:

"No".

—Bueno, como quieras. Escucha entonces, mi hijo... tenemos que irnos a la mar, a pescar, ¿me oyes? Te dejaremos aquí solo y cerraremos la puerta con candado. Puedes confiar en nosotros. Somos gente como tú, gente del Mar Negro. ¿Me entiendes? Y tú, quédate acostado tranquilamente y descansa. Si alguien viene a golpear a la puerta, te callas y ya está. Gavrik y yo, iremos a nuestro asunto y volveremos rápido. Te dejaré agua en el cubilete. Si tienes sed, puedes

beber, no te hará mal. Y sabes, no debes preocuparte, no tienes más que esperar. ¿Me entiendes?

El viejo conversaba con el enfermo como con un niño y a cada momento le preguntaba: "¿Me entiendes?"

El marinero miraba con ojos que se esforzaban por sonreír y los cerraba de cuando en cuando como diciendo: "Puedes estar tranquilo, comprendo, gracias".

Después de haber encerrado al enfermo, los pescadores se internaron en el mar y volvieron al cabo de cuatro horas. Encontraron todo en orden. El enfermo dormía.

Esta vez habían tenido suerte.

Retiraron de la red cerca de trescientos cincuenta soberbios gobios y el abuelo, mirando con benevolencia al Taumaturgo, movió sus labios arrugados y observó:

—Está bien, hoy está bien. Hemos cebado con camarones, pero el pescado es grande. ¡Qué Dios te dé buena salud!

El Taumaturgo, consciente de su poder, miraba al abuelo con aire severo y hasta altivo como si siquiera decir: "¡Y tú que dudabas, que me tratabas de viejo miserable! ¡Viejo miserables eres tú!"

El abuelo decidió ir en persona a llevar los gobios al mercado. Era preciso ajustar de una vez, seriamente, las cuentas con la señora Storoyenko. Porque al fin y al cabo, qué significa esto: ¡le llevan pescado fresco, siempre queda una deuda y no ven dinero contante y sonante! ¡Pescar en esas condiciones no vale la pena!

Hoy la ocasión era favorable. No tendría vergüenza de presentar la mercadería. Los gobios eran de lo mejor.

Gavrik hubiera querido ir al mercado para visitar a Petia y beber al fin, allá, en la esquina, un vaso de *kvas*.

Pero era peligroso dejar solo al marinero, pues era domingo: una muchedumbre vendría a la playa.

El abuelo se echó al hombro el canastillo todavía húmedo y se fué al mercado. En cuanto a Gavrik, renovó el agua del cubilete, cubrió los pies del marinero para protegerlos de las moscas y echando el candado a la puerta, salió a hacer un paseíto. A poca distancia de su casucha, en la playa, había diversos establecimientos de recreo: un pequeño restaurante con jardín y juego de bolos, un tiro, un tío-vivo, kioscos de agua mineral y de dulces orientales, automáticos para medir la fuerza, en resumen, una pequeña feria. Era

una verdadera alegría para el chico, pasearse en medio de todo eso.

La misa aún no había terminado. Arriba, más allá de la escarpadura, flotaba el repique de campanas.

El viento, imperceptible abajo, empujaba por momentos, suavemente, una inmaculada nube, tan redonda y brillante como esas campanas.

El verdadero jolgorio aún no había empezado, pero ya algunos ciudadanos endomingados vagabundeaban alrededor de los tío-vivos, esperando que al fin se levantaran las fundas de gruesa tela.

Del lado del juego de bolos llegaba el murmullo lento de la pesada bola, soltada sobre la angosta tabla. La bola corría un rato largo, el ruido se atenuaba y luego, al fin, después de un breve silencio, se oía detrás del cercado ribeteado de acacias amarillas, el chasquido ligero y musical de los bolos, que se estrellaban.

En el tiro, alguien disparaba a raros intervalos, con carabina. A veces, luego de un golpe breve y sin fuerza, se oía el tintineo de una botella rota, o el ruido del mecanismo del blanco movible.

El tiro era como un imán todopoderoso.

Gavrik se acercó a la barraca y se detuvo en la puerta, aspirando ávidamente el admirable olor de la pólvora, que tenía gusto a plomo. Sintió mismo en la lengua el sabor agrio y sofocante de la pólvora.

¡Oh! ¡Esas carabinas dispuestas sobre soportes especiales! ¡Y las pequeñas culatas amoldadas, se diría recortadas en madera pesada como hierro, rayadas en los sitios donde se posa la mano! ¡El cañón, grueso, pero largo y abiselado, de acero azul oxidado, con un agujero pequeño como un guisante, en el extremo! ¡El punto de mira negro brillante! ¡Y la culata tan simple, tan fácil de manejar!

Ni los muchachos más ricos podían soñar con una carabina así, llamada "Montecristo", cuyo sólo nombre hacía trastornar el corazón. Evocaba la idea de una riqueza fabulosa, de felicidad, gloria, valor. Un montecristo, era más lindo aún que tener una bicicleta.

Los muchachos que tenían un montecristo eran célebres en su barrio y mucho más lejos. Y se decía de ellos: "Volodka, ese de la calle Richelieu, el que tiène un montecristo".

Desde luego, Gavrik no osaba tener tan bello sueño. Ni siquiera osaba soñar con un tiro, pues eso costaba endiabladamente caro: cinco kopecks. Ser tirador, estaba al alcance de un hombre muy afortunado.

Gavrik no iba más allá del sueño de apuntar al blanco. El dueño del tiro se lo permitía a veces.

Pero esta vez en el tiro había un cliente; era mejor esperar. Quizá cuando se fuera el tirador, podría Gavrik...

Pero el cliente no tenía apuro en irse. Permanecía parado separando sus gruesos pies calzados con sandalias marca Skorojod y tiraba menos, de lo que conversaba con el patrón.

Gavrik aprovechó un minuto en que el propietario se dió vuelta, para saludarlo cortésmente:

—Buenos días, señor, le deseo felices fiestas.

El propietario respondió con aire muy digno, con un lento cabeceo, como correspondía al dueño de un establecimiento de recreo tan extraordinario. Era buen síntoma. El patrón estaba de buen humor y tal vez le daría a Gavrik la carabina en la mano.

El chico se permitió acercarse y hasta colocarse en el umbral del tiro.

Examinó ávidamente las pistolas suspendidas sobre el mostrador, el sostén hendido para el tiro apoyado, los juguetes mecánicos de los blancos, uno de los cuales gustaba en particular al chicuelo.

Era un acorazado japonés navegando con sus cañones y su pabellón entre las olas verde violento de un mar de hojalata. Sobresalía del mar, una pequeña rueda, pegada al extremo de una varilla. Era suficiente tocarlo y en seguida el acorazado se partía en dos y se iba a pique, mientras que en su lugar se extendía el abanico metálico de una explosión.

Ciertamente, en medio de liebres tocando el tambor, de bailarinas, de pescadores con un zapato en el extremo de sus sedales y de botellas que desfilaban una tras otra sobre una banda sin fin, el acorazado japonés ocupaba el primer puesto. Estaba en verdad bien imaginado y ejecutado artísticamente.

Todo el mundo sabía que poco antes, los japoneses habían hundido toda la flota rusa en Tsushima y entre los tiradores se encontraba siempre aficionados, deseosos de vengarse de esos sucios nipones.

En el tiro había, además, una verdadera fuente con un surtidor. La hacían marchar por encargo especial. El patrón colocaba sobre el chorro una bolita de celuloide. El agua la lanzaba al aire, la hacía girar. Ora la bajaba, ora la subía. Era un verdadero prodigio, un enigma de la naturaleza.

Era infinitamente difícil alcanzarla. Los aficionados encarnizados gastaban diez, quince tiros de carabina y casi siempre se iban con el rabo entre las piernas.

Y el que llegaba a hacer caer el globito blanco, tenía derecho a un tiro gratis de carabina.

—¿Así que ayer de tarde no pasó por aquí nada extraño? —preguntó el visitante, manejando una elegante carabina belga que entre sus enormes manazas parecía muy pequeña.

—Nada, si no me equivoco.

—¿Así que nada?

El tirador pareció buscar con los ojos un blanco apropiado. Levantó sus quevedos azules dejando sobre su carnosa nariz dos huecos de coral y apuntó a la liebre del tambor. Pero cambió de opinión y bajó el fusil.

—Y los pescadores, ¿no han contado nada excepcional?

—No han dicho nada.

—Hum...

Una vez más, el cliente levantó la carabina y volvió a dejarla caer.

—Y yo oí decir que ayer de tarde cayó aquí, frente a la playa, un hombre del *Turguenev*. Usted..., ¿no oyó decir nada?

—No.

Gavrik sintió que le faltaba la respiración, como si le hubieran echado un cubo de agua helada sobre la cabeza. Su corazón se apretó tan fuerte, que ya no lo sintió. Se le aflojaron las piernas. El chico tenía miedo de moverse.

—Y oí decir que un hombre perseguido por la policía, había saltado al agua, aquí mismo, enfrente. ¿Usted no sabe nada?

—Es el primero que me lo dice.

Era visible que el dueño estaba harto de escuchar a ese bigotudo charlatán.

Con un aire de cortés dignidad, hacía girar entre sus manos una cajita verde que tenía cartuchos belgas, y se contenía de bostezar. Sin duda, estimaba que cuando un hombre

viene a tirar, debe tirar. Y si le vienen deseos de conversar, converse entonces en el intervalo entre dos tiros. Luego, es preciso hablar de cosas interesantes: de carreras de ciclistas en la pista, o de la guerra ruso-japonesa...

Una expresión de triste aburrimiento plegaba el rostro del patrón, asolado por secretas pasiones.

Gavrik lo campadecía sinceramente. Como los demás niños, quería a ese hombre de patillas cortadas oblicuamente, piernas torcidas de zarcero, pecho velludo, donde se entreveía a través del tejido de la tricota, un compacto tatuaje.

Gavrik sabía que aunque no ganaba poco dinero, el dueño del tiro jamás tenía un mísero kopeck. Siempre debía dinero a alguien, siempre se le veía preocupado. Corría el rumor de que en otro tiempo había sido un célebre jinete de circo, pero que una vez, insultado, le dió unos latigazos al propietario del circo y fué echado. Privado de su ganapán, puesto en el index por los dueños de circo, jugó a las carreras y el juego lo perdió. Y ahora se dedicaba a todos los juegos de azar, sin desdeñar las partidas con los chicuelos, a cara o cruz, por un kopeck.

Esta terrible pasión lo devoraba.

Se sabía que a veces, perdía todo lo que llevaba encima. Por ejemplo, los botines que calzaba, no le pertenecían. Los había perdido al principio del verano jugando al "veintiuno" y ahora, al cerrar su establecimiento por la noche, se los quitaba y regresaba descalzo, llevando bajo el brazo la caja de carabinas y pistolas. Por miedo de perderlas a las cartas, las confiaba hasta la mañana a un conserje de la calle Pequeña Arnautskaia.

Una vez, delante de Gavrik, el dueño del tiro había apostado cincuenta kopecks con un *barin* que se paseaba por la playa: afirmó que abatiría un gorrión volando, con un disparo de montecristo. Desde luego, le falló el tiro.

Gavrik sintió por él una dolorosa piedad, en tanto que el viejo, simulando un avergonzado asombro, examinaba la carabina, encogiéndose de hombros. Finalmente, retiró del forro de su saco remendado, una moneda de cincuenta kopecks y pálido, se la tendió al *barin*. Este rehusó, diciendo que había apostado por reírse. Pero el dueño del tiro lo miró con ojos enloquecidos y lastimeros, que se inyectaron de sangre, volviéndose terribles y el apostador no se obstinó en

rehusar la moneda. La metió, turbado, en el bolsillo de su chaqueta de seda cruda.

Aquel día, el tiro permaneció abierto a la hora de comer...

—Le aconsejo, señor, apuntar a la bailarina. ¡Verá qué hermosa pirueta va a hacer! —dijo el patrón, con su acento polonés. Visiblemente, quería poner fin a una conversación fastidiosa y hacer volver al visitante al tema del tiro.

—De todos modos, es muy singular que nadie sepa nada, —insistió el cliente.

De pronto, observó a Gavrik.

Lo examinó rápidamente de pie a cabeza.

—¿Eres de aquí, chico?

—Somos de aquí, pronunció el niño con voz de pronto endeble.

—¿Pescador?

—Pescador

—No debes tener reparos. Acércate, no tengas miedo.

Gavrik miró el duro bigote fuertemente levantado, negro como betún, la larga cinta de tira emplástica pegada de lado a lado de la mejilla del hombre, y embargado de terror, avanzó a pequeños pasos.

XVIII

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

—¿Tienes padre y madre?
—No.
—Y entonces, ¿con quién vives?
—Con mi abuelo.
—¿Y quién es tu abuelo?
—Un viejo.
—Comprendo que es un viejo y no un joven. ¿Pero qué hace?
—Pesca pescado.
—Entonces, ¿es pescador?
—Pero claro, ¡pescador!
—¿Y tú?
—Yo soy un muchacho.
—Es evidente que eres un muchacho y no una muchacha. Te pregunto qué haces.
—Pero yo no hago nada. Ayudo a mi abuelo.
—Entonces, ¿pescan los dos juntos?
—Sí.
—Muy bien. Comprendo. ¿Y cómo pescan?
—Pues así. Cuando cae la noche, colocamos los sedales y por la mañana los recogemos.
—Y entonces, ¿salen a la mar en barca?
—Sí.
—¿Todos los días?
—¿Cómo? ¿Qué me pregunta, señor? ¡No comprendo!
—¡Qué tonto! Se te pregunta: ¿todos los días echan la barca al mar?
—¡Es claro!
—¿De mañana y de tarde?
—No.
—¿No qué?

—Sólo de mañana.

—¿Y de tarde?

—De tarde también.

—Pero entonces ¿por qué dices que sólo de mañana si es de tarde también?

—No. De tarde se colocan los sedales. Y los recogemos de mañana temprano.

—Comprendo. Y entonces, ¿de tarde también salen al mar?

—No. De tarde se colocan los sedales.

—¡Maldición de Dios! Pero, para colocar los sedales ¿es necesario que primero vayan al mar?

—Así es.

—Entonces, ¿de tarde también van al mar?

—No. De tarde no se recogen. Recogemos sólo de mañana.

—Y de tarde, ¿van a colocarlos en el mar?

—¡Pero claro!

—Por consecuencia, ¿de tarde salen también?

—Sí.

—¡Ah! ¡Qué tonto eres! Antes de hablarte, es necesario haber almorzado. ¿Por qué eres tan tonto?

—Soy chiquito.

El señor bigotudo consideró a Gavrik de arriba abajo, con una ironía que no intentó ocultar. Le dió en la cabeza, un capirotazo leve, pero sin embargo, bastante sensible.

—¡Vaya un pescador!

Pero el pilluelo no era tan tonto como pudiera parecer.

De buenas a primeras había sentido en ese hombre bigotudo, un enemigo astuto y peligroso. Un tipo que recorre el litoral y que busca tirarle de la lengua acerca del marinero. Que finge que viene a ejercitarse en el tiro. ¿Sabe uno qué tiene en la cabeza? Seguramente que es un perro. ¿No irá a olfatear que en su casa, en su cabaña, se esconde el evadido? Hasta puede ser que esté sobre la pista, ¡horror de los horrores!

Gavrik resolvió al instante adoptar el aspecto de un pequeño idiota. No se saca gran cosa de un bobo.

Se compuso el rostro estúpido, que según él, debía tener un pequeño imbécil. Desencajó absurdamente los ojos y se puso a patalear con aspecto espantado frotándose el labio con el dedo.

Viendo que tenía el aspecto de un muchacho que no entiende de malicias, el bigotudo resolvió ganarse primero su amistad para hacerlo confesar luego.

No sin razón, suponía que los niños son personas curiosas y buenos observadores y que ven todo lo que pasa mejor que los adultos.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Gavrik.

—Muy bien. ¿Gavrinja?

—Sí. Gavrinja.

—Bueno, vamos, Gavrinja, ¿quieres tirar?

El chico enrojeció hasta la raíz de los cabellos, pero en seguida se sobrepuso y continuando la representación de personaje bobo, dijo con voz endeble:

—Pero, señor, yo no tengo los cinco kopecks.

—Sí, comprendo que te hace falta capital. Pero no importa. Puedes tirar una vez. Yo pagaré.

—Señor, ¿no se está burlando de mí?

—¿No me tienes confianza?... Bueno, ¡ahí va!...

Con estas palabras, el bigotudo colocó sobre el mostrador una gruesa moneda nueva, de cinco kopecks.

—¡Anda!

Gavrik se ahogaba de felicidad; echó al dueño del tiro una mirada vacilante. Pero el otro tenía en el rostro una expresión estrictamente oficial, que excluía todo intercambio de miradas amistosas.

Miró al chico como si tuviera delante suyo a un desconocido y preguntó cortésmente, inclinado sobre el mostrador:

—¿Qué prefiere joven: pistola o carabina?

Fué entonces que Gavrik se sintió realmente tonto: se sentía desfallecer ante esa felicidad que le caía del cielo.

Se sonrió atontado y murmuró tartamudeando:

—Montecristo.

El patrón cargó el fusil con ademán elegante y se lo tendió al chico.

Sorbiendo por la nariz, se pegó al mostrador y apuntó a una botella. Evidentemente, el acorazado japonés era todavía más tentador, pero tenía miedo de errar, mientras que la botella era grande.

El chico trató de prolongar lo más posible la voluptuosidad de la mira.

Después de haber apuntado un rato a la botella, dirigió la carabina sobre la liebre, sobre el acorazado y al fin, de nuevo sobre la botella. Hacía pasar la mira de un blanco al otro, tragando saliva y diciéndose con terror que iba a tirar y que ese sentimiento de felicidad iba a tener fin.

Gavrik dió un profundo suspiro, dejó la carabina y dijo al bigotudo, después de arrojar una mirada confusa sobre el propietario:

—Sabe, señor, prefiero no tirar. De todos modos ya he apuntado. Quiero mejor un vaso de gaseosa almibarada. Y eso le costará menos.

El bigotudo no hizo objeción y evitando la mirada impasible, desdeñosa e irónica del patrón, ambos se fueron al kiosco.

Aquí, el bigotudo manifestó una generosidad que arrancó a Gavrik un ¡ah! de asombro. En lugar de gaseosa almibarada, que costaba dos kopecks, pidió una gran botella de "agua de violeta".

Gavrik no podía creer a sus ojos. El dueño del kiosco, había sacado una botella blanca con etiqueta violeta y desenrolló el alambre fino del tapón.

La botella hizo una pequeña detonación, no un ¡pam! brutal como hacía el *kvas,* sino un sonido endeble, elástico, delicado. El agua transparente bullió, y salió del gollete un leve vapor esparciendo un delicado aroma de violeta.

Gavrik asió con las dos manos, como un tesoro, el vaso frío y efervescente y con la frente plegada por el sol, se puso a beber sintiendo que el oloroso gas le subía por la nariz.

Gavrik tragaba esa mágica bebida de los ricos y le parecía que el mundo entero admiraba su triunfo: el sol, las nubes, el mar, los hombres, los perros, los ciclistas, los tío vivos, la cajera de los baños de mar... todos parecían decir: "¡Miren, miren a ese chico, está bebiendo agua de violeta!"

El pequeño lagarto azul que había salido de los matorrales y que calentaba al sol su lomo agrietado, suspendiéndose de una piedra, parecía decir: "¡Miren a ese suertudo que bebe agua de violeta!"

Gavrik bebía, pero al mismo tiempo reflexionaba sobre las mentiras que habría que inventar cuando el bigotudo se

encarnizara de nuevo en hacer preguntas. En su cabeza maduraba todo un plan.

—Bueno, Gavrinja, ¿está rica esa agua de violetas?

—Le agradezco mucho, señor, nunca bebí nada tan rico.

—Ya lo creo. Pero dime ahora: ¿fueron ayer de tarde al mar?

—Sí.

—¿Y vieron al *Turguenev?*

—¡Cómo no! ¡Por poco rompe con sus ruedas nuestros sedales estancados!

—¿Y no saltó nadie del barco?

El bigotudo miraba al chico de frente, con sus ojos negros y peludos. Gavrik se esforzó en sonreir y se puso a hablar con fingida excitación:

—¡Ah! ¡Claro que sí, le juro que saltó! ¡Qué me arranquen los ojos si no es cierto! De repente, lo veo que salta, tanto es así que produjo salpicaduras por todos lados. Y luego, se pone a nadar, sacando los brazos del agua.

—Espera. ¿No me mientes? ¿Para qué lado se fué?

—Le juro que no le miento, se lo juro por la Santa Cruz.

Era un pecado, pero Gavrik se persignó cuatro veces seguidas.

—Nadaba así, así...

Y el chico se puso a hacer grandes ademanes, para mostrar cómo nadaba el marinero.

—Pero, ¿de qué lado?

—Para allá.

El chico hizo un ademán en dirección al mar.

—¿Pero qué sucedió después?

—Después lo recogió una barca.

—¿Una barca? ¿Qué barca?

—Usted sabe, era una barca grande, enorme, que venía de Ochakov, con vela.

—¿Es de aquí?

—No.

—¿Y de dónde es?

—De Fuente-Grande... o tal vez de Lustdorf. Una toda azul, azul y la otra mitad pintada de rojo, enorme. Esa, ésa lo recogió y luego se fueron directamente a Lustdorf. ¡Se lo juro por la Santa Cruz!...

—¿Y observaste el nombre de la barca?

—¡Cómo no! "Sonia".

—¿Sonia? ¡Muy bien! ¿No me mientes?

—Se lo juro por la Santa Cruz, que sea desgraciado toda mi vida si no era "Sonia" o "Vera".

—¿"Sonia" o "Vera"?

—"Sonia" o "Vera"... o "Nadia".

—¡Mucho cuidado!...

Después, en lugar de pagar, el bigotudo murmuró algunas palabras al oído del vendedor, que se puso de mal humor. Luego haciendo un ligero saludo de cabeza al chico, el hombre corrió a toda prisa hacia la cuesta, en dirección a la ciudad, sin duda para tomar el tren suburbano.

Era justamente lo que Gavrik esperaba.

XIX

UNA LIBRA Y MEDIA DE PAN DE CENTENO

Había que advertir al marinero sin más tardanza.

Pero Gavrik era un muchacho inteligente y prudente. Antes de regresar, siguió de lejos al bigotudo. Advirtió que el otro había trepado la cuesta y desaparecido en una callejuela.

Sólo entonces el chico corrió a la cabaña.

El marinero dormía. Apenas hizo sonar el candado, se sobresaltó y se sentó en la cama, volviendo sus ojos brillantes y asustados hacia la puerta.

—No tenga miedo, señor, soy yo. ¡Acuéstese!

El marinero volvió a acostarse.

El chico remolineó un rato en el rincón, simulando que revisaba los anzuelos de los sedales, envueltos cuidadosamente en una cesta redonda de mimbre. No sabía cómo abordar el asunto para no alarmar demasiado al enfermo.

Al fin, acercándose a él y luego de vacilar un rato, frotándose un pie contra otro:

—¿Está mejor, señor?

—Mejor.

—¿Me entenderá lo que voy a decirle?

—Entiendo.

—¿No quisiera comer algo?

Agitado hasta por esa pequeña conversación, el enfermo sacudió la cabeza y cerró a medias los ojos.

El chico le dejó descansar.

—Señor, —dijo al rato, dulcemente, con una obstinación cariñosa— ¿fué usted que saltó ayer del *Turguenev*?

El enfermo abrió los ojos y miró al niño de arriba abajo, atenta, ardientemente, pero no respondió.

—Señor, escuche entonces lo que voy a decirle, —empezó a murmurar Gavrik, sentándose sobre la cama. —Pero no debe moverse, quédese tranquilo.

Y el chico, con toda la prudencia posible, le relató el episodio del bigotudo.

El enfermo se sobresaltó de nuevo, se sentó en la cama, teniéndose fuertemente de las tablas. No apartó sus ojos inmóviles y dilatados del chico. Su frente estaba húmeda por completo. Sin embargo, guardaba silencio. Una sola vez rompió el silencio: fué cuando Gavrik le dijo que el bigotudo tenía sobre la mejilla un pedazo de tira emplástica.

En este punto de la narración, pasó por los ojos del enfermo una expresión de malicia ukraniana, salvaje y alegre, y profirió con voz ronca, entre dientes:

—¡Lo habrá arañado un gato!

Luego se agitó y apoyándose en la pared, se paró sobre sus piernas vacilantes.

—Vamos, —murmuraba, arrojándose absurdamente a todos lados— escóndeme en alguna parte... en nombre de Dios...

—Señor, acuéstese. ¡Está enfermo!

—Dame... dame, dame mi chaqueta... ¿Dónde están mis cosas?

Probablemente había olvidado que arrojó sus ropas al mar y buscaba sobre la cama, sin fuerzas, con su mano adelgazada, su barba de varios días, horroroso, semejante a un loco en su camisa blanca y sus calzoncillos.

Parecía tan lastimoso y tan terrible a la vez, que Gavrik estuvo a punto de salir disparando.

Pero sobreponiéndose al miedo, tomó con fuerza de un brazo al marinero y trató de acostarlo nuevamente. El chico lloraba casi:

—Señor, ¡compadézcase de sí mismo, acuéstese!

—Déjame, me voy...

—¿Y adónde va a ir en calzoncillos?

—Dame mis cosas.

—¿Qué está diciendo, señor? ¿Qué cosas? Acuéstese. Usted no tenía ropas encima.

—Déjame. Me voy...

—¡Esto es una verdadera desgracia! ¡Ay señor! Parece un recién nacido. ¡Acuéstese le digo!, —gritó de pronto el chico con voz enfadada, perdiendo la paciencia—. ¡Tengo que tratarle como a un bebé!

El enfermo se acostó dócilmente y Gavrik vió que la fiebre recubrió de nuevo sus ojos, como una película.

El marinero mugía dulcemente, plegando la frente y estirándose.

—En nombre de Cristo... que alguien me esconda... déjenme ir al Comité... ¿No sabe dónde está el Comité de Odesa? No tire, por los mil demonios, van a hacer caer todas las uvas...

Y se puso a divagar.

"Esto va mal", pensó Gavrik. En ese momento, oyó pasos. Alguien se dirigía directamente a la cabaña, a través de la espesura, quebrando con estrépito los matorrales.

El chico se encogió, sin atreverse ni a respirar. Le asaltaron espantosos pensamientos.

Pero oyó de pronto una tos bien conocida. El abuelo entró en la cabaña.

Por el modo de arrojar el canastillo vacío en el umbral, de sonarse y de persignarse larga e irónicamente ante el Taumaturgo, Gavrik comprendió que el abuelo había bebido. Eso le sucedía muy raramente, y siempre después de un acontecimiento extraordinario, triste o alegre.

Esta vez, a juzgar por su actitud ante San Nicolás-el-Taumaturgo, el caso era más bien triste.

—Y, abuelo, ¿compró carne para los cebos?

—¿Carne para los cebos?

El viejo dirigió sus ojos tristes hacia Gavrik y le presentó irónicamente su mano vacía bajo la nariz.

—Aquí está la carne! ¡Cebo! Y dale gracias a nuestro viejo santo miserable, y haz tu oración a ese viejo imbécil, ¡qué ojalá reviente! Pescar grandes gobios, eso puede, pero hacer precios como la gente en el mercado ¡que te agujereen! No, ¡díganme un poco, señores! Por gobios como esos, treinta kopecks el ciento. ¿Se habrá visto cosa igual?

—¡Treinta kopecks! exclamó el chico, sobrecogido.

—Treinta kopecks, ¡que me quede aquí clavado si no digo la verdad! Yo le respondo: "¡Treinta kopecks, por esta mercadería! ¿Usted no teme a Dios, señora Storoyenko?" Y esto es lo que replica: "Entre nosotros, el buen Dios no se ocupa de los precios del mercado. Nosotros tenemos nuestros precios, el buen Dios los suyos. Y si no está de acuerdo, vaya con los judíos, a lo mejor le dan un kopeck más, pero empiece por

devolverme los 80 kopecks que me debe". ¡Jamás se ha visto! ¿No había que escupirle en los ojos? Pues bien, si, figúrense señores, asimismo le escupí en los ojos. ¡Delante de toda la gente del mercado, sin importarme un pito le escupí encima! ¡Lo juro por la Santa Cruz! ¡Le llené los ojos!

Y el abuelo empezó a persignarse rápidamente.

Pero exageraba. En verdad, no la había escupido. Había temblado todo su cuerpo y palidecido. Con ademanes desordenados, había empezado a arrojar los gobios del canastillo al cesto de la señora Storoyenko, hipeando: "¡Tome, y estrangúlese con ellos, ojalá estos gobios la hagan reventar!"

En cuanto a la señora Storoyenko, contó impasible el pescado y tendió al abuelo doce kopecks en moneditas viscosas de bronce, observando brevemente: "Estamos a mano".

El abuelo tomó el dinero y a renglón seguido, sacudido por impotente cólera, se fué al almacén de vodka y compró una botellita azul lacrada de rojo, mediante seis kopecks. Arrancó el lacre, frotando la botella contra una escofina especial, clavada a una acacia frente al almacén. Con temblorosa mano, hizo saltar el taponcito envuelto en papel fino.

De un trago, se bebió todo el vodka y rompió irreflexivamente sobre el empedrado, la frágil botella que hubiera podido devolver en el almacén a cambio de un kopeck.

Y emprendió el camino de regreso después de haber comprado un gallo rojo de caramelo, atado al extremo de un palito —le parecía siempre que Gavrik era todavía un niño muy pequeño— y dos panecillos blanquísimos y muy agrios, para el marinero enfermo.

El resto del dinero lo gastó en la compra de una libra y media de pan de centeno.

Estaba tan agitado en su cólera, que no se detuvo menos de ocho veces, escupiendo furiosamente a derecha e izquierda, con la plena certidumbre de estar escupiendo a los abominables ojos de la señora Storoyenko.

—¡Te lo juro por la Santa Cruz! —decía soplando en el rostro de Gavrik, el olor insípido del vodka y metiéndole en la mano el gallo de caramelo. Puedes preguntárselo a cualquiera del mercado, ¡todo el mercado vió como le escupí, llenándole los ojos! Y tú, pequeño, come el gallo. Es como turrón...

Luego, el viejo se acordó del enfermo y se puso a ofrecerle los panecillos.

—Déjelo tranquilo, abuelo. Acaba de dormirse, debe descansar.

El abuelo colocó suavemente los panecillos en la cabecera de la cama y dijo en voz baja:

—¡Chis! ¡Chis! que duerma. Después, cuando se despierte, comerá. El pan de centeno le hará mal ahora que sus entrañas están todas demolidas. Puede comer los panecillos blancos y nada más.

Después de mirar complacientemente los panecillos y al enfermo, el viejo sacudió la cabeza y observó con ternura:

—Duerme y no recela nada. ¡Ah! ¡marinero, marinero, tus asuntos van mal!

Arrojó su chaqueta al suelo, en un rincón, y se acostó.

Gavrik salió de la casucha, miró a su alrededor y cerró cuidadosamente la puerta. Había resuelto ir sin perder un minuto a Molinos-Cercanos, a casa de su hermano mayor, Terenti.

Esta resolución la había tomado en el instante mismo en que oyera al enfermo pronunciar, divagando, la palabra comité. Una vez oyó a Terenti emplear esa misma palabra.

XX

LA MAÑANA

Al despertarse, Petia se quedó con la boca abierta: se vió en una habitación de ciudad, rodeado de muebles y de empapelados pintados que había olvidado durante el verano.

Un seco rayo de sol se había abierto paso por una hendidura del postigo y atravesaba la habitación. El aire polvoriento estaba cortado de arriba abajo, en diagonal, como por una sierra. Los serrines del aire, vivamente iluminados: pizcas de polvo, de hilo, de lana, instables y sin embargo, inmóviles, levantaban una columna semi- transparente.

Una gran mosca de otoño atravesando esa columna, se encontró de golpe irradiada para extinguirse al instante.

No se oían ni los histéricos cloqueos de la gallina que acababa de poner detrás de la granja, ni la estúpida charla de los pavos, ni el fresco gorjeo del gorrión balanceado al lado de la ventana, sobre la débil rama de una morera arqueada.

Ruidos muy distintos, ruidos de ciudad, se dejaban oír en la calle y en la habitación.

Las sillas zumbaban ligeramente en el comedor. El cuenco en que se enjuagaba un vaso, tintineaba musicalmente. Se oía también la voz "barbuda" —en la idea del niño— del padre, voz varonil y que parecía extraña transportada a la ciudad. El timbre llenaba el corredor. Las puertas crujían alternadas en la entrada y en la escalera de servicio, y Petia reconocía por el sonido cual de las dos había crujido.

Y en tanto, de afuera, a través de una habitación que daba al patio, —¡ah, sí!, ¡la habitación de la tía!— los vendedores ambulantes no cesaban un instante su canto. Artistas en jira, llegaban uno tras otro y cada uno ejecutaba su pequeña aria de ópera.

—¡Carrr-bón, carr-bón!, —cantaba en algún sitio lejano un tenor ruso con voz que parecía llorar su valentía de antaño, su felicidad desaparecida.

—¡Car-bo-on-on!

Cedió lugar a la cómica voz de bajo de un afilador:

—¡Afilo cuchillos, tijeras y naavajas! ¡Afilo cuchillos, tijeras y naaavajas!... ¡Cuchillos, tijeras, naavajas!

Después del afilador, no tardaba en aparecer el soldador; llenaba el patio de varoniles trinos de barítono aterciopelado:

—¡Sueldo y reparo cubos y cacerolas! ¡Cubos y cacerolas!

Luego acudía una vendedora de voz blanca, que lanzaba en el tórrido aire matinal de Odesa, un recitado tartajeante:

—¡Perrras, manzanas, tomates! ¡Perrras, manzanas, tomates!

Un melancólico ropavejero, ejecutaba coplas judías:

—¡Vestidos viejos, galones viejos! ¡Vestidos-jos, galones viejos!

Y al fin, coronando todo este concierto con una deliciosa canzonetta napolitana, entraba en juego un vivaracho organillo y se oía la voz gritona de una cantante callejera.

"Inicia el ruiseñor su dulce canto,
"Vibra una leve brisa en el follaje,
"Inicia el ruiseñor su dulce canto...
"¡Oh! si llevas un jubón modesto
"¿De dónde sacas tan brillante raso?
"Canta, mi ruiseñor, sigue tu canto,
"A ver si calmas mi dolor acerbo".

—¡Carbón, carrbón! —cantó el tenor ruso, apenas partió el organillo.

Y recomenzó más hermoso el concierto.

Al mismo tiempo, la calle restituía a las ventanas el ruido de un coche de punto, el rodar del tren del suburbio, una música militar.

Y poco después, a través de todo ese bochinche, se abrió paso un silbido muy familiar, hubo un crujido, el espiral de un resorte y uno a uno se desgranaron unos sonidos transparentes, elásticos. ¿Y qué es? ¡Pero, vamos, es el reloj! El famoso reloj del comedor, el mismo que al decir de una leyenda familiar, papá había ganado en una lotería, en la época en que él y mamá se comprometieron.

¿Cómo pudo olvidarlo? Pero sí, es él. Contaba el tiempo, sonaba. Pero Petia no había llegado a seguir el repique de las campanas. De cualquier modo, la hora era muy avanzada: las diez, las once tal vez.

Ah, Dios mío, en el campo Petia se levantaba a las siete.

Se puso de pie de un salto, se vistió en un santiamén, se hizo su toilette, —en el cuarto de baño— y entró al comedor, con los ojos entornados bajo el sol que caía sobre el *parquet* en cálidas planchas.

—¡Ah, es una verdadera vergüenza! —exclamó la tía y meneó la cabeza, sonriendo alegremente a su sobrino, tan crecido y bronceado por completo—. ¡Las once! Te hemos dejado dormir. Queríamos saber hasta qué hora se te iban a pegar las sábanas, pequeño veraneante perezoso. En fin, está bien. Después de un viaje, se puede permitir. Siéntate pronto. ¿Quieres té con leche o sin leche? ¿Tomas en vaso o en taza?

¡Ah, pero sí! ¿Cómo lo había olvidado? "Tu taza". Pero sí, tenía una taza propia, una taza de porcelana con "no me olvides" y una inscripción que decía "Felicidades", un regalo que le había hecho Dunia el año pasado.

Y luego, he aquí el *samovar*. Igualmente lo había olvidado. Y los pasteles muy calientes, colgados de las dos asas. Y la azucarera niquelada en forma de pera. Y las pinzas que imitan el cuerpo de una cigüeña.

Permitid, y la bellota de la campanilla al extremo de un cordón bajo la lámpara suspendida... ¡Y la propia lámpara con su bola llena de perdigones sobre la blanca pantalla!

Permitid, ¿pero qué es lo que tiene papá en la mano? ¡Bah! ¡el diario! Petia había olvidado completamente la existencia de los diarios. El "Diario de Odesa", con su pequeña locomotora humeante sobre el horario de trenes, y un barquito también humeante sobre el horario de vapores. (Y la señora de corsé en medio de los avisos) ¡Hola! ¡Hola!, "Los Barbechos", revista ilustrada y "La Buena Palabra", la revista de Petia. ¡Oh, oh! si se habrán acumulado entregas durante el verano!

En resumen, Petia se veía en medio de una multitud de viejas novedades, tan viejas que no sabía ya adonde mirar...

Pavlik se había levantado muy temprano y se sentía completamente familiarizado con el nuevo ambiente. Hacía rato que había tomado su taza de leche y estaba en tren de atar a Filasón a una diligencia hecha con sillas.

De cuando en cuando recorría las habitaciones con aspecto preocupado, llamando a los viajeros al son de su trompeta.

Petia, de súbito, volvió a pensar en los acontecimientos de la víspera.

—¡Oh! ¡tíita! ¡Ayer, después de todo, no tuve tiempo de contarle todo lo que pasó! ¡Ah, si supiera todo lo que nos sucedió! ¡No se lo puede imaginar! Ahora le voy a contar, pero ante todo, es necesario que Pavlik no se meta...

—¡Pero si ya lo sé todo!

Petia palideció ligeramente.

—¿Lo que pasó en la diligencia?

—Ya lo sé, ya lo sé.

—¿Y en el barco?

—Y en el barco.

—¿Y quién saltó directamente al mar?

—¡Lo sé todo!

—¿Pero quién se lo dijo?

—Vasili Petrovich.

—¡Oh! ¡papá!, exclamó Petia desesperado, y pataleó en el *parquet* con ambos pies a la vez—. ¿Quién te pidió que contaras, si yo sé contar mejor que tú? ¡Echaste a perder todo!

Petia estaba próximo a llorar. Había olvidado que ya era grande y que debía comenzar el liceo al día siguiente.

Empezó a lloriquear:

—¡Tiíta. se lo contaré otra vez, va a ver, será mucho más interesante!

Pero la nariz de la tía había enrojecido, sus ojos se llenaron de lágrimas, y dijo dolorosamente, con los dedos apretados contra las sienes:

—Te lo suplico, te lo suplico, no me digas nada. No, de verdad, no podría oírlo otra vez. ¡Gente que se llama cristiana y es tan perversa como para torturarse así unos a otros!

Se dió vuelta, tapándose la nariz con un pañuelito de bolsillo, orlado de encaje.

Petia, asustado, miró a su padre. El padre guardaba una actitud grave, los ojos fijos en la ventana. Y también él, según le pareció al muchachito, tenía lágrimas en los ojos.

Petia no comprendió más que una cosa: había poca esperanza de poder colocar su historia.

Apuró el té y bajó a buscar auditorio al patio.

El conserje escuchó el relato y observó con gran indiferencia:

—Y bueno, sí, es simple. Son cosas que pasan.

No había nadie más a quien contarle. Por desgracia, Nusia Kogan, el hijo del almacenero de la casa, había partido a veranear con su tío; Volodia Dybski se había mudado. Los demás no habían regresado del campo.

Gavrik había dejado dicho a Dunia que pasaría hoy. ¡Ah! ¡Si él estuviera aquí! ¿Y si fuera a buscarlo a la playa?

A Petia le estaba prohibido ir solo a la orilla del mar, pero la tentación era demasiado fuerte.

Se metió las manos en los bolsillos, se paseó un rato bajo las ventanas y siempre aparentando indiferencia, para alejar sospechas, salió a la calle, hizo un paseíto al lado de la casa, dió vuelta la esquina y salió corriendo en dirección al mar.

En medio de la callejuela en que se encontraba el establecimiento de baños calientes de mar, tropezó con un muchachito que caminaba descalzo. Un rostro familiar... ¿Quién será?

Pero vamos, ¡era Gavrik en persona!

XXI

¡PALABRA DE HONOR, LA PURA VERDAD!...

—¡Oh, Gavrik!

—¡Oh, Petka!

Estas dos exclamaciones de asombro y alegría agotaron el primer instante de la entrevista entre los dos compañeros.

No se abrazaron, no se apretaron las manos, no se miraron mutuamente en el blanco de los ojos, como por cierto lo hubieran hecho en su lugar dos niñas.

No intercambiaron preguntas sobre la salud, no expresaron ruidoso alborozo, no se perturbaron.

Se condujeron como hombres, como marinos del Mar Negro: expresaron sus sentimientos por algunas exclamaciones breves y contenidas, y en seguida pasaron a sus cosas como si se hubieran visto ayer.

—¿Adónde vas?

—Al mar. ¿Y tú?

—A Molinos-Cercanos, a casa de mi hermano.

—¿A qué?

—Por necesidad. ¿Vienes?

—¿A Molinos-Cercanos?

—¡Es claro!

—¡A Molinos-Cercanos!...

Petia no había estado nunca en Molinos-Cercanos. Pero sabía que era infinitamente lejos, "en la loma del diablo".

En su imaginación, Molinos-Cercanos era una triste comarca de viudas y huérfanos. La existencia de Molinos-Cercanos se manifestaba siempre después de alguna desgracia.

Por lo común, esta palabra "Molinos-Cercanos", se asociaba a una muerte repentina. Se decía: "Usted sabe... ¡Qué desgracia! ¡El marido de Angélika Ivanovna murió de súbito dejándola sin recursos! ¡Se mudó de la calle Marazlievskaia a Molinos-Cercanos".

De allí, nada de regresar. Si se volvía, era bajo el aspecto de una sombra y no por mucho tiempo, a lo sumo, por una hora.

Se decía: "Ayer vino a vernos Angélika Ivanovna, de Molinos-Cercanos, aquella que se le murió el marido de repente. Se quedó una hora nomás. Es difícil reconocerla. ¡Una sombra!".

Una vez, en los funerales de un maestro de escuela, muerto repentinamente, Petia había oído proclamar al pope palabras extrañas y espantosas: evocó las "ciudades de los justos, donde los mortales encuentran la paz", o algo por el estilo.

No había duda: las "ciudades de los justos" eran los Molinos-Cercanos, donde los familiares del difunto terminan por hallar "la paz".

Petia se representaba vivamente esas melancólicas ciudades con sus largas filas de molinos a viento, entre los cuales se "apaciguaban" las sombras de las viudas, con pañoletas negras y las de los huérfanos con vestiditos remendados.

Desde luego, que ir a Molinos-Cercanos sin permiso era un acto terrible. Era mucho peor que robar dulces del aparador o inclusive que traer a la casa, a escondidas, una rata muerta. Era un verdadero crimen y si bien Petia tenía buenas ganas de acompañar a Gavrik a la comarca encantada de melancólicos molinos y de ver con sus propios ojos las sombras de las viudas, no se decidió de golpe.

Durante unos largos diez minutos lo torturó la conciencia. Vacilaba.

Pero eso no le impidió marchar durante un buen rato junto a Gavrik y contarle a rienda suelta sus aventuras de viaje.

Así fué, que al cabo del terrible duelo entre Petia y su conciencia, cuando la victoria correspondió a Petia y la conciencia fué definitivamente aplastada, los dos pilluelos se encontraban ya demasiado lejos.

Las reglas del buen tono, ordenaban a los niños del Mar Negro, adoptar una actitud indiferente ante cualquier cosa.

Sin embargo, contrariamente a lo esperado, el relato de Petia produjo a Gavrik una formidable impresión. Ni una vez escupió Gavrik por encima del hombro, ni una vez dijo: "¡Mira qué embuste!" Y hasta le pareció a Petia que Gavrik estaba asustado, lo que atribuyó a su talento de narrador.

Estaba completamente carmesí y gritaba muy fuerte representando en forma dialogada el dramático episodio:

—¡Y entonces éste le encaja un buen palo con un clavo en la punta, sobre la trompa! ¡Palabra de honor, la pura verdad! Y el otro vocea por todo el *Turguenev:* "¡Deténganlo, deténganlo!" ¡Escúpeme en los ojos si miento! Y entonces, aquel salta la borda y se arroja al mar: ¡zas! ¡zas!, produciendo salpicaduras altas como un cuarto piso... ¡que me muera si no es cierto! ¡Lo juro por la Santa Cruz!...

Petia agitaba los brazos con tal fuerza y se movía tanto y tan bien, que derribó una canasta de algarrobas delante de un almacén, después de lo cual los dos chicos tuvieron que correr como galgos para escapar a la persecución del almacenero.

—¿Y cómo era ése? —preguntó Gavrik—. ¿Tenía un ancla en la mano, no?

—¡Sí! ¡Seguro! —bramó Petia, excitado y sofocado.

—¿El ancla estaba aquí, en este lugar?

—¡Seguro! Pero... ¿cómo lo sabes?

—¡Si habré visto marineros! —refunfuñó Gavrik, escupiendo talmente como un adulto.

Petia miró con envidia a su amigo y a su vez escupió. Pero este salivazo fué mal enviado, menos elegante. En lugar de volar lejos, cayó suavemente sobre la rodilla de Petia, que tuvo que secarla con la manga.

Petia tomó buena nota de ello: era cuestión de entrenamiento. Durante todo el camino se ejercitó con tanto celo, que al día siguiente, sus labios se resquebrajaron y le ardían cada vez que comía melón.

—Y el otro —dijo Gavrik—, ¿llevaba sandalias Skorojod y lentes?

—Quevedos.

—Quevedos, sea.

—¿Pero cómo lo sabes?

—¿Crees que nunca vi soplones?

Terminada su historia, Petia se pasó la lengua por los labios, y la recomenzó al instante.

Gavrik estaba en un suplicio. Al lado de lo que él sabía, ¡las aventuras de Petia no eran nada de nada! Gavrik tenía que hacer una alusión, dejar entender que ese misterioso mari-

nero se encontraba a esa hora en su casucha y Petia habría perdido de inmediato todo su ánimo.

Pero no había más remedio que callarse y escuchar por segunda vez la charla de Petia. ¡Era insoportable!

Asimismo, ¿no podría hacerle una alusión? ¿Sólo una palabrita? ¡No, no, por nada del mundo! Petia no se contendría de decirlo a los demás. ¿Y si le exigiera su verdadera palabra de honor? No, no, lo diría lo mismo. ¿Pero si le hacía persignarse delante de una iglesia? Quizá entonces, después de ese solemne juramento, no dejaría escapar el secreto...

En una palabra, Gavrik se debatía en la duda.

Le picaba la lengua, si bien por momentos, para contenerse de hablar, el niño se apretaba fuertemente los labios con los dedos.

Pero no había caso. Tenía imperiosa necesidad de revelar su secreto. Y entretanto, Petia continuaba contando calurosamente: volvía a trazar la escena de la diligencia, la aparición inesperada del terrible marinero saliendo del viñedo y asaltando al cochero; dijo cómo había apostrofado al marinero y cómo el otro se había escondido bajo la banqueta...

¡Era el colmo! Gavrik no pudo contenerse más:

—¡Dame tu palabra de honor que no dirás nada!

—Palabra de honor, la pura verdad —respondió rápido y sin vacilar, Petia.

—¡Júralo!

—¡Lo juro por la santa y verdadera cruz! ¿Pero qué es?

—Te voy a decir una cosa.

—¿Y bueno?

—¿Pero no lo dirás a nadie?

—¡Que me quede clavado aquí mismo!

—¡Júralo por tu felicidad!

—¡Que nunca en mi vida conozca la felicidad! —profirió Petia solícito y tragando saliva bajo la emoción de la curiosidad, y agregó rápidamente, para dar más peso a sus palabras:— ¡Que me salten los ojos! ¿Y bueno?

Durante un rato Gavrik caminó silenciosamente, sorbiendo y escupiendo. Luchaba aún contra la tentación, pero la tentación triunfó.

—Petia —dijo Gavrik, con voz ronca—, persígnate delante de la iglesia.

Petia, que ardía en deseos de oír el secreto, buscó una iglesia con los ojos.

Precisamente, los dos muchachitos pasaron frente al cementerio cristiano. "Viejo". Por encima de la pared, al pie de la cual se desgranaban vendedores de coronas y de monumentos, se veían las cúspides de viejas acacias y las alas de mármol de ángeles desconsolados.

Entonces era verdad que Molinos-Cercanos se encontraba en la vecindad de la muerte, ya que para llegar allí se pasaba por un cementerio.

Más allá de las acacias y los ángeles, flotaba en el cielo polvoriento color lila claro, la cúpula azulada de la iglesia del cementerio.

Petia se persignó con toda conciencia, de frente a la cruz orlada de cadenitas, y declaró con tono convencido:

—¡Lo juro por la santa y verdadera cruz, que no lo diré! ¿Y?

—Escucha, Petka...

Gavrik se mordía los labios y se roía la mano. Tenía lágrimas en los ojos.

—Escucha, Petia... come un poco de tierra y jura que no lo vas a decir.

Petia miró atentamente a su alrededor y vió al pie de la pared una tierra bastante limpia, que le pareció adecuada para esa operación. Arrancó con las uñas una pulgarada de tierra, sacó su lengua fresca y rosada, como una tajada de salchichón, y puso la tierra encima. Después volvió hacia su amigo, con aire interrogador, sus desencajados ojos.

—¡Come!— dijo Gavrik, sombríamente.

Petia entornó los ojos y se puso a masticar la tierra con el mayor celo.

Pero en ese momento oyeron por el camino un ligero y singular tintineo.

Dos soldados, del cuerpo de convoyantes, con charreteras negras, sable al aire, conducían a un prisionero cargado de cadenas. Un tercer soldado, revólver en mano y llevando bajo el brazo un cuaderno de servicio con tapas estucadas, marchaba detrás. El prisionero, cubierto con un casquete de género de uniforme y blusa del mismo paño, que dejaba ver por debajo un calzoncillo gris, caminaba con la cabeza gacha.

Las cadenas atadas a sus pies permanecían escondidas, tintineaban sordamente bajo el calzoncillo, pero la larga cadenita de las esposas colgaba por delante, y sonando delicadamente, le golpeaba las rodillas.

A cada rato, el prisionero la levantaba con el ademán de un sacerdote atravesando un charco. Rapado, la cara cerosa, recordaba vagamente a un soldado o un marinero.

Se veía que se sentía muy avergonzado de caminar por la ciudad en pleno día, con ese atavío. Trataba de no mirar a su alrededor.

Los soldados, visiblemente, también tenían vergüenza. No miraban a la gente, tenían los ojos fijos hacia arriba, el porte arrogante, de manera de no cruzarse con las miradas de los transeúntes.

Los dos chicos se detuvieron y con la boca abierta, examinaron las gorras sin visera colocadas oblicuamente sobre la cabeza de los soldados, el cordón azul de los revólveres y las vainas brillantes de los sables, que oscilaban al ritmo de los brazos y en cuyo extremo arrojaba el sol deslumbrantes llamas.

—¡Sigan, no se detengan! —dijo con voz áspera y sin mirar a los dos muchachos, el soldado que llevaba el cuaderno de servicio—. ¡Está prohibido mirar!

Los soldados se llevaron al prisionero.

Petia se limpió la lengua con la manga y dijo:

—¿Y bien?

—¿El qué?

—Dilo ahora.

De pronto, Gavrik arrojó una mirada pícara sobre su amigo y furiosamente llevó su codo remendado debajo de la nariz de Petia:

—¡Toma! ¡Chupa!

Petia no podía creer a sus ojos. Sus manos temblaron.

—Pero comí tierra —profirió, próximo a llorar.

Los ojos de Gavrik brillaron con astucia salvaje. Poniéndose en cuclillas, se puso a dar vueltas como un trompo y gritó con voz en que se notaba una intención hiriente:

¡Juan barrigón
abriste la boca,
tragaste la sopa
con un moscardón!

Petia comprendió que se había dejado chasquear: Gavrik no tenía ningún secreto que revelar, había querido burlarse de él, haciéndole comer tierra. Evidentemente, era vejante, pero no tanto.

En otra oportunidad, le jugaría a Gavrik una de las suyas... ¡Iba a ver!

—¡Está bien, puerco, no te lo llevarás al paraíso! —observó Petia, con dignidad, y los dos amigos continuaron su camino, como si nada.

Sólo por momentos, Gavrik volvía a machacar el sendero con sus talones desnudos, tarareando:

¡Juan barrigón
abriste la boca,
tragaste la sopa
con un moscardón!

XXII

"MOLINOS CERCANOS"

Era alegre y muy interesante caminar.

Petia nunca había supuesto que la ciudad fuera tan grande. Las desconocidas calles se volvían de más en pobres. En algunos sitios, se veían tiendas que exponían sus mercaderías al aire libre, sobre la vereda.

Camas de hierro baratas, colchones rayados, escabeles que se alineaban bajo las acacias al lado de un montón de almohadones rojos, escobas de mijo, cepillos, resortes de muebles. Todo en abundancia: muebles de grandes dimensiones, nuevos y sin duda poco costosos.

Después del cementerio comenzó la fila de depósitos de leña, que exhalaban un olor agradable, cálido y áspero de leña de encina.

Luego fué el desfilé de almacenes de forrajes —avena, heno, salvado—, con balanzas singularmente grandes, munidas de cadenas de hierro. Tenían pesas enormes, como en el circo.

Luego, depósitos de madera para la construcción, donde se secaban las tablas. Se sentía el olor de maderas aserradas, pero como era madera de pino, el olor no era agrio, sino seco, aromático, recordando a la trementina.

A medida que se aproximaban a Molinos-Cercanos, el mundo, a ojos vista, se volvía más rudo, más feo. ¿Dónde habían quedado los hermosos kioscos de "agua mineral artificial", con su molinete niquelado donde se veía una gran colección de almíbares de todos colores? Habían sido reemplazados por tiendas de comestibles con letreros azules, que tenían arenques al extremo de un tenedor, y tabernas, donde a través de las puertas abiertas, se veían los estantes cubiertos de teteras blancas, en forma de huevo, adornadas con florecillas pintadas groseramente, que más parecían legumbres que flores.

En lugar de elegantes coches de punto, rodaban con gran estrépito unos carromatos, por la calle mal adoquinada, cubierta de heno y de salvado.

Esta parte de la ciudad era mucho más rica en hallazgos. Se veía brillar a menudo, en el polvo, una herradura o una tuerca, o una caja de cigarrillos.

A la vista del botín, los dos niños se lanzaban al galope, atropellándose y gritando:

—¡Todo para mí!

O si no:

—¡Dividir en dos!

El hallazgo era dividido escrupulosamente o reservado a uno de ellos, según el primer grito lanzado.

El botín era tan abundante que los dos chicos terminaron por no recoger más nada, a excepción de las cajas de cigarrillos.

Estas cajas servían para jugar a los "cartones": cada una tenía un valor de acuerdo a la imagen que llevara.

Una figura de hombre valía cinco puntos, un animal correspondía a uno, una casa a cincuenta.

Todo chiquelo de Odesa tenía en el bolsillo uno de estos juegos de cajas.

Se jugaba también con los papeles de los bombones, pero sobre todo se contentaban con ellos, las niñas y los muy pequeños, de cinco años.

En cuanto a Gavrik y Petia, hacía tiempo que despreciaban los cartones cuadrados de papel y no jugaban más que a los cartones.

En la playa, casi no se fumaba más que "Cíngara" y "Golondrinas". ¿Por qué los fumadores de esos barrios preferían estos cigarrillos? ¡Misterio! ¡Abominables cigarrillos!

Sobre una de esas cajas, se destacaba el retrato barnizado de una pequeña cíngara de ojos negros: el humeante cigarrillo apretado entre sus labios de coral, y una rosa metida entre sus cabellos negros azulados. La cíngara estaba avaluada en cinco puntos, y todavía... Estaba representada sólo de medio cuerpo.

Las otras cajas no tenían más que tres miserables golondrinas. Valían menos aún: sólo tres puntos.

Algunos originales fumaban "Céfiro" donde no había ninguna clase de imagen, sólo una etiqueta que no se contaba para nada. Y sin embargo, esos cigarrillos se vendían al más alto precio en los almacenes.

¡Había que ser imbécil para comprar esa bagatela! Y los dos muchachos escupían a la vista de una caja de "Céfiro".

Petia y Gavrik ardían de impaciencia: cuando sean grandes, no fumarán más que los "Kerch", excelentes cigarrillos adornados con un panorama: una ciudad marítima y su puerto con toda una flota de *steamers*.

Aun los más eminentes expertos no sabían exactamente en cuánto avaluar un "Kerch", pues no había acuerdo sobre el valor de los barcos. Pero en números redondos el "Kerch" se cotizaba en 500 en la bolsa de la calle.

Los dos muchachos tenían una suerte extraordinaria.

Parecía que todos los fumadores del barrio del cementerio, se habían propuesto especialmente enriquecer a los dos amigos: no fumaban más que "Kerch".

Se acababa por perder el aliento recogiendo las preciosas cajitas. Al principio, les había parecido increíble. Era igual que cuando se camina en sueños y se encuentran rublos cada tres pasos.

Sus bolsillos estaban repletos. Era una fortuna tan grande que ya no les causaba alegría: estaban hartos.

Los dos muchachos jugaron varias partidas a cara o cruz, con sus cuadrados de cartón, al pie de la alta y estrecha muralla de una fábrica, donde sobre los ladrillos negros de hollín, se destacaban impresas unas letras tan gruesas, que no se podían leer a poca distancia.

Pero faltaba animación: eran demasiado ricos para preocuparse si perdían. Y entonces, ¿dónde estaba el placer?

La ciudad se prolongaba indefinidamente, cambiando de aspecto a cada momento.

Al comienzo, era un barrio de cementerios y prisiones. Luego un barrio de comercio al por mayor y de tabernas, seguido de fábricas.

Finalmente, el ferrocarril se apoderó de todo el paisaje: depósitos, puestos para el manejo de las agujas automáticas, semáforos; la barrera rayada del paso a nivel, cerró el camino justamente delante de los dos amigos.

Un guardaagujas, portador de un banderín verde salió de su garita. Silbato. Por detrás de los árboles, se lanzó al cielo

una nubecilla de vapor blanco y ante los ojos encantados de Petia y de Gavrik, pasó rápidamente una verdadera, una gran locomotora que marchaba hacia atrás, empujando un ténder.

¡Qué espectáculo! ¡Sólo por eso valía la pena haber venido sin permiso!

Se agitaban las bielas, golpeaban rápido, rápido; cantaban los rieles; las ruedas amoldadas tenían un atractivo mágico, giraban con vertiginosa velocidad, sumergidas en un vapor denso y no obstante casi transparente.

El alma, maravillada, se sentía transportada por un impulso insensato y seducida por el movimiento inhumano y fatal de la máquina. El cuerpo resistía desesperadamente a la tentación, se petrificaba de terror, abandonado un instante por el espíritu, que se había arrojado bajo las ruedas.

Los dos chicos permanecían parados, apretados los puños, las piernas separadas, pálidos, pequeños, los ojos brillantes, sintiendo pasar el frío por sus cabellos.

¡Oh! ¡Qué espantoso y alegre al mismo tiempo!

Gavrik ya conocía esa sensación, pero Petia la experimentaba por primera vez. Al principio, no notó que en lugar del mecánico, mostraba la cabeza por la ventanita oval un soldado de gorra con borde rojo sin visera, en tanto otro soldado con cartuchera y fusil permanecía en el ténder.

Apenas desaparecida la locomotora, subieron de un brinco al terraplén y apretaron los oídos contra los rieles calientes y blanqueados por el uso, que canturreaban como una orquesta.

Haberse evadido de la casa sin permiso, exponerse a los peores castigos, todo eso, ¿no estaba compensado por la felicidad de pegarse a esos rieles que un minuto antes recorriera una verdadera locomotora?

—¿Por qué ese soldado en lugar del mecánico? —preguntó Petia cuando ambos, después de haberse deleitado con el ruido de los rieles y haber recogido "silex" en el balasto, continuaron su camino.

—Es probable que los ferroviarios continúen en huelga, —respondió Gavrik de mal grado.

—¿Qué quiere decir: "en huelga"?

—En huelga, quiere decir en huelga —respondió Gavrik más sombrío aún—. No van a trabajar. Y entonces, quizá, los soldados conducen los trenes.

—¿Y los soldados no hacen huelga?

—No. Les está prohibido. Si hacen eso, ¡oh! se les envía a compañías disciplinarias. Eso es todo...

—¿Si no, harían huelga?

—Eso no se pregunta.

—¿Y tu hermano Terenti hace huelga?

—Depende...

—¿Y por qué hace huelga?

—Porque sí. ¡Déjame en paz! Harías mejor en mirar a "Mercaderías - Odesa". Y después, más allá, "Molinos-Cercanos".

Por más que Petia alargaba bien el cuello y escudriñaba el horizonte, no veía ninguna clase de molinos, ni a viento ni a agua.

Veía: una bomba, una empalizada amarilla rodeando el patio de la estación "Mercaderías-Odesa", vagones rojos, un tren sanitario con la bandera de la cruz roja, un montón de mercaderías bajo un toldo, centinelas...

—¿Y dónde están los molinos? ¿Dónde están?

—Pero allí, derechito detrás de los talleres! ¡Pasmado...!

Petia se calló para no ser chasqueado una vez más.

A fuerza de dar vuelta la cabeza, le dolía el cuello, frotado por la blusa, pero no pudo descubrir los molinos.

¡Extraño!

En cuanto a Gavrik no parecía causarle ningún asombro su ausencia. Seguía con paso ágil un estrecho sendero al pie de una larga muralla, negra de hollín y agujereada por enormes ventanas, muchas de ellas con los vidrios rotos.

Petia, bastante fatigado, se arrastraba detrás suyo haciendo resbalar sus zapatos sobre el pasto oscurecido por el polvo y el hollín. A veces, crujía bajo sus pies un grano de limadura de hierro.

Gavrik se paró de puntillas y miró por la ventana.

—Mira, Petia, son los talleres del ferrocarril. Aquí trabaja Terenti. ¿Nunca viste esto? Ven a mirar.

Petia se paró en puntas de pie al lado de su amigo y miró por un vidrio roto.

Vió una gran sala mal iluminada y los cuadraditos grises de las ventanas de la otra pared. Colgaban unas anchas correas y en todas partes había máquinas de hierro, grandes, inertes,

con rodajes. Todo el piso estaba cubierto de serrines metálicos. Los rayos del sol, atravesando los polvorientos vidrios, arrojaban láminas de luz, pálidas y cuadradas, sobre el inmenso piso.

Y en todo ese inmenso y singular edificio, no había ni un alma.

Del techo a la base reinaba un silencio absoluto, inhumano. Petia tuvo miedo y preguntó con voz vacilante:

—¿No hay nadie...?

Y Gavrik, impresionado a su vez, pronunció con la punta de los labios:

—¡Seguramente, todavía están en huelga!

—¡Vamos, no ganduleen bajo las ventanas! —gritó de pronto una voz gruesa.

Se estremecieron y se dieron vuelta. A su lado, había un soldado, el capote arrollado en bandolera, y fusil en mano. Estaba tan cerca que Petia sintió claramente el olor espeluznante de la sopa de repollo y del betún del soldado.

Las cartucheras de cuero amarillo claro —pesadas, crujientes, seguramente llenas de cartuchos de balas— aparecían pavorosas y próximas ante los dos niños, y el mismo soldado parecía enorme con sus dos hileras de botones de bronce, subiendo muy alto, derecho hacia el cielo.

"¡Estoy perdido!" pensó Petia, helado de terror, muy próximo a sufrir la vergonzosa malaventura que de ordinario les viene a los niños pequeñitos, cuando están muy asustados.

—¡Raja! —gritó Gavrik con voz aguda, y metiéndose por el costado del soldado, tomó las de Villadiego.

Sin sentir sus piernas, Petia le siguió como una tromba.

Creyó oír detrás suyo el pesado galope de las botas del soldado. Redobló la velocidad y reunió todas sus fuerzas para correr. Las botas se encarnizaban. Petia corría locamente, los ojos remachados a los talones oscuros de Gavrik.

Su corazón latía muy fuerte y rápido. El soldado no les aflojaba. Silbaba el viento en los oídos.

Después de haber recorrido una buena versta, Petia comprendió al fin: las botas del soldado no estaban allí para nada, era su sombrero de paja que se le había caído de la cabeza y le martillaba la espalda.

Los dos niños respiraron penosamente. Un sudor caliente chorreaba de sus sienes, suspendiendo gotitas sobre la barbilla.

Desde que fué evidente que el soldado había desaparecido, los dos amigos pusieron rostro indiferente. Las manos en los bolsillos, continuaron su camino sin apurarse.

Parecían decirse uno al otro: aquí no ha pasado nada, y si algo pasó, son bagatelas, de las que no vale la pena hablar.

Ya hacía rato que caminaban por una calle ancha y sin pavimentar. Sobre las verjas y las casas se veían faroles de ciudad con números, y letreros de tiendas y talleres, y hasta podía verse en una encrucijada, una farmacia con sus tarros de colores y su estandarte con un águila de oro; pero sin embargo, esta calle recordaba más a un burgo que a una ciudad.

—Bueno, ¿y dónde están tus Molinos-Cercanos?

—Y esto, ¿qué es? ¿No estamos en Molinos, acaso?

—¿Pero dónde?

—¿Cómo, pero dónde? ¡Aquí!

—¿Pero dónde, aquí?

—¡Donde estamos caminando!

—¿Pero los Molinos?

—¡Eres un rico tipo! —pronunció Gavrik, condescendiente—. ¿Viste alguna vez una fuente en la Plaza de la Fuente? ¡Pareces una nenita! ¡Preguntas cosas sin saber qué preguntas!

Petia nada respondió. Gavrik tenía perfecta razón. Era muy cierto: Fuente-Pequeña, Fuente-Grande, Fuente-Mediana, no había rastros de fuentes en esos barrios. Se los llamaba así, ¡eso es todo! Este barrio se llama Molinos, porque no hay molinos.

¡Vaya con los Molinos! Pero ¿las sombras de las viudas, los huerfanitos pálidos con trajes remendados? ¿Y el cielo gris y fantasmal, y los sauces llorones? ¿Y la fabulosa y triste comarca de la que no se regresa? No valía la pena formular esas preguntas a Gavrik. Para su gran decepción, Petia no veía ni viudas, ni sauces llorones, ni cielo gris. El cielo era grande, ventoso, de un azul brillante como el azul de las lavanderas.

Brillaban las moreras y las acacias en los patios. Las flores tardías de las calabazas arrojaban claras manchas en los huertos. Por la hierba rizada, se veían marchar los gansos que volvían ora a la izquierda, ora a la derecha, sus estúpidas cabezas, igual que los soldados en la plaza Kulikovo.

Sonaban los martillos y se oía el viento de un fuelle de fragua.

Evidentemente, todo esto era muy interesante, pero en verdad era difícil abandonar la idea del mundo fantástico en que "reposaban" misteriosamente los familiares de personas muertas repentinamente.

Un largo rato aún se libró un combate en el alma de Petia, entre el cuadro fantástico de Molinos imaginarios, en que se "reposa" y el panorama vivo y abigarrado del barrio de los ferroviarios, Molinos-Cercanos, donde vivía Terenti, el hermano mayor de Gavrik.

XXIII

TIO GAVRIK

—¡Bueno... es aquí!

Gavrik empujó el portoncito con el pie y los amigos se deslizaron en un jardincillo seco, plantado con violetas. Al instante, se precipitó sobre los dos chicos un gran perro de cejas amarillas.

—¡Poco a poco, Rudko!, —gritó Gavrik—. ¿No me conoces?

El perro husmeó, reconoció y sonrió con aire engañado. Se había enfadado inútilmente. Empenachada la velluda cola, con la lengua colgante y la respiración entrecortada, corrió hacia el fondo del patio arrastrando una cadena que cencerreaba, atada a un alto alambre tendido.

Una mujer asustada miraba por la puerta de una casita blanqueada con arcilla, como había muchas en ese suburbio.

Vió a los dos niños y dijo secándose las manos en su delantal de percal:

—¡No es nada! ¡Tu hermanucho viene a verte!

A espaldas de la mujer, apareció un hombre grande con tricota rayada de marinero, con las mangas cortadas hasta el hombro, tan grueso como el de un luchador.

La expresión confundida de su rostro picado de viruelas, cubierto de gotitas de sudor, cuadraba mal con su complexión atlética. Mientras que el cuerpo era fuerte y, hasta podría decirse, formidable, su rostro parecía dulce; casi, el de una buena mujer.

El hombre, apretándose el cinto del pantalón, abordó a los dos niños.

—Es Petia, de la calle Cables, en la esquina de la plaza Kulikovo —dijo Gavrik designando negligentemente con la cabeza, a su amigo. —Hijo de un maestro de escuela.

Terenti echó una mirada sobre Petia y consideró a Gavrik, con sus ojillos en que brillaba un destello de alegría.

—Dime, ¿dónde están los zapatos que te regalé para Pascuas? ¿Tienes necesidad de pasearte como un zaparrastroso del jardín Dukov?

Gavrik dejó oír un silbido melancólico y prolongado.

—¡Oh! ¡Si estarán lejos esos zapatos!...

—¡Pedazo de vagabundo!

Terenti meneó la cabeza con aire desolado y se fué detrás de la casa, seguido por los dos pilluelos.

Allí había, para asombro de Petia, todo un taller mecánico sobre una vieja mesa de cocina, instalada a la sombra de una morera. Y hasta un soplete encendido. De su estrecho tubo parecido a un cañoncito, brotaba una llama azulada, violenta y corta.

A juzgar por un bañito de niño, cubierto de cinc, apoyado contra un árbol y un martillito de soldar que Terenti tenía en la mano, se podía deducir que el dueño de casa trabajaba.

—¿Puchereas?, —preguntó Gavrik, escupiendo exactamente como lo hubiera hecho un adulto.

—Sí.

—¿Y los talleres están en huelga?

Terenti pareció no oír la pregunta. Introdujo el martillito en la llama del soplete y se puso a vigilar atentamente.

Y al mismo tiempo, murmuró:

—No es nada, no se preocupen. Siempre sabremos ir tirando como para pagarnos nuestro bocado de pan...

Gavrik se sentó sobre el taburete y enrolló sus pies descalzos que no llegaban al suelo. Apoyó las manos en las rodillas y balanceándose suavemente, entabló una conversación con el mayor.

Frunciendo su nariz pelada y sus cejas descoloridas por el sol y la sal, Gavrik trasmitió los saludos del abuelo, le comunicó los precios del mercado, se indignó contra la señora Storoyenko —"una verdadera pelleja— nos tiene del cuello, no hay forma de respirar" y así de seguida.

Terenti consentía, paseando con prudencia el pico de un martillito calentado al rojo, sobre un pedazo de estaño que fundió como una gota de manteca.

A simple vista, no había nada de particular en que Gavrik hubiera venido a hacerle una visita a su hermano y le hablara de sus asuntos. Pero considerando el aspecto preocupado de Gavrik y la distancia que tuvo que recorrer, se podía adivinar que se trataba de algo importante.

Varias veces Terenti había mirado a su hermano con aire interrogante, pero Gavrik designaba a Petia con los ojos y continuaba conversando como si nada.

En cuanto a Petia, había olvidado todo, cautivado por el maravilloso espectáculo de la soldadura. Hipnotizado, seguía el movimiento de las enormes tijeras que cortaban la espesa hoja de cinc, como si fuera papel.

Una de las ocupaciones preferidas de los chicos de Odesa era formar círculo alrededor del soldador. Pero aquel era un desconocido, un artista en jira, un prestidigitador en escena: después de haber hecho ágilmente su tarea, soldado un perol, arrojaba sobre el hombro sus pedazos de hojalata arrollados en tubo, asía su braserillo y se iba, gritando: "¡Sueldo! ¡Reparo!..."

Aquí era un conocido, el hermano de su amigo, un artista que demostraba su arte en su casa, a un público selecto. En cualquier momento uno podía preguntar: "Oiga ¿qué tiene allí, en esa latita? ¿Será ácido?" sin que lo despidieran con rudeza. Era completamente distinto.

Petia, de asombro, había sacado la lengua, lo que sentaba muy mal a un muchacho tan grande. Sin duda, no se hubiera resuelto nunca a separarse de la mesa, si no hubiera notado de pronto a una chica que se había acercado a la morera, con un niño en brazos. La chica levantó no sin trabajo un bebé gordo, de un año, que mostraba dos dientss bien blancos en su boquita de coral y se lo presentó a Gavrik.

—¡Mira un poco quién está allí, bebé! ¡Es Gavrik, bebé! Dile algo a tío Gavrik: "¡Buenos días, tío Gavrik!"

Muy serio, Gavrik metió la mano bajo su camisa y con gran asombro de Petia, sacó un gallo de caramelo al extremo de un palito.

¡Llevar encima tal golosina durante tres horas y no comerla y no mostrarla! ¡Había que tener una voluntad de hierro para realizar tal hazaña! Gavrik tendió el gallo al bebé.

—¡Toma!

—¡Agarra, Genetchka!, se apresuró la niña, haciendo avanzar al bebé muy cerca del gallo. —Tómalo en tu manecita. Mira qué cosa más rica te trajo tío Gavrik. Toma el gallo en tu manecita. Bueno, bueno, y ahora dile: "¡Gracias, tiíto!" Hay que decir: "¡Gracias, tiíto!".

El bebé tenía sólidamente en su manita regordeta y embadurnada la varilla con el brillante caramelo y lanzaba gruesas burbujas de saliva fijando sobre el tío sus ojitos azules, vacíos de pensamiento.

—Miren como dice: "¡Gracias, tiíto!", —se ajetreó la niña, sin separar su mirada llena de codicia de la golosina. —¿Por qué te lo metes en la boca? Espera. Primero hay que jugar con él. Comerás tu papilla, y luego podrás comer tu gallo... continuó con aspecto razonable y sabio, sin cesar de arrojar miraditas rápidas y curiosas sobre el hermoso muchachito desconocido, calzado con zapatos nuevos abotonados y cubierto con un sombrero de paja.

—Es Petia, de la calle Cables, en la esquina de la plaza Kulikovo —dijo Gavrik—. ¡Anda a jugar con él, Motia!

La chica palideció de emoción.

Apretando el niño contra ella, miró a Petia a hurtadillas y retrocedió. No se detuvo hasta sentirse arrimada a la pierna de su padre.

Terenti le acarició el hombro, enderezó el gorro blanco orlado de encajes, sobre su cabeza rapada y dijo:

—¡Anda, Motia, anda a jugar con el chico! Muéstrale las estampas ruso-japonesas que te compré cuando estabas enferma. Anda, hijita, tu mamá se ocupará de Genetchka.

Motia se frotó contra la pierna del padre y levantó su rostro, carmesí de confusión. Sus ojos estaban llenos de lágrimas; en sus orejas temblaron los minúsculos zarcillos azul turquesa.

Petia sabía que esos zarcillos los llevaban generalmente las lecheras.

—¡No tengas miedo, chiquita, el niño no te va a pegar! ¡No tengas miedo!

Dócilmente, fué Motia a llevar el bebé a la casa y volvió, derechita como una horquilla, las mejillas hundidas, terriblemente seria.

Se detuvo a cuatro pasos de Petia y, aspirando aire a pulmones llenos, dijo con voz delicada, poco natural, farfullando y mirando de costado:

—Nene, ¿quiere que le muestre realmente mis estampas ruso-japonesas?

—Muéstrame, —respondió Petia con la voz enronquecida y negligente, que, según las reglas del buen tono, había que emplear para hablarle a las niñas. Y al mismo tiempo, con bastante habilidad, escupió por encima del hombro.

—¡Venga, nene!

La niña, no sin cierta coquetería, dió la espalda a Petia y zarandeándose un poco, se fué brincando al fondo del patio, detrás de la nevera, donde había instalado sus muñecas.

Petia la siguió al descuido. Al mirar su delgado cuello, donde aparecía un hoyo y un pequeño promontorio de cabellos, se sintió tan conmovido que se le doblaron las piernas.

XXIV

AMOR

A decir verdad, Petia ya había amado en su vida a muchas niñas. Y en primer lugar se había enamorado de la morenita, Verochka, que había conocido el año pasado, en la Nochebuena, en casa de un colega de papá. La amó durante toda una noche. Estuvieron sentados juntos en la mesa y después se arrastraron en la oscuridad bajo el árbol apagado de Navidad, sobre el parquet resbaladizo a causa de las agujas caídas del árbol.

Había sido un flechazo, y Petia se sintió desesperado cuando a las ocho y media quisieron llevarse a la niña. Se había puesto a lloriquear, viendo desaparecer bajo el gabán, las trenzas y las cintas de Verochka.

Se juró amarla hasta la muerte y le ofreció, a manera de recuerdo, la pequeña mandolina de cartón que obtuviera del árbol de Navidad y cuatro cruces: tres doradas y una plateada.

Pero dos días después no quedó de ese amor más que el amargo arrepentimiento de la mandolina perdida en forma tan irresponsable.

Luego, sí, evidentemente, allá en el campo, se había enamorado de Zoia, la que llevaba medias rosadas de hada. Hasta se habían besado junto a la cuba de agua, bajo el albaricoquero. Pero ese amor había sido un error: justo al día siguiente, Zoia había hecho trampa en el juego de croquet, de una manera tan imprudente, que hubo que aplicarle un buen mazazo en los pies, después de lo cual, desde luego, no había que pensar siquiera en el amor.

Había existido también la momentánea pasión por la hermosa niña que vió en el barco, en primera clase, aquella que durante toda la travesía había disputado con su padre, lord Glenarvan.

¿Pero era cosa seria? ¿Quién no ha experimentado atractivos pasajeros?

Pero Motia, ¡era otra cosa! No sólo era una niña, no sólo se balanceaban en sus orejas zarcillos azules, no sólo palidecía y enrojecía y movía sus magros omóplatos con infinito encanto, sino que por encima de todo, era la hermana de su camarada. No su hermana en verdad, sino su sobrina. Pero de acuerdo a la edad de Gavrik, era igual que una hermana. ¡La hermana de un camarada! ¿Puede hallarse en una niña, algo más atractivo y conmovedor que esta cualidad de hermana de nuestro camarada? ¿No había en ello el germen de un amor inevitable?

Petia se sintió vencido. Cuando llegaron al nivel de la nevera, estaba irremediablemente enamorado.

Para no dejárselo adivinar a Motia, el muchachito adoptó al instante la máscara de la indiferencia y del orgullo.

Cortésmente, Motia se puso a mostrarle sus muñecas acostadas con mucho cuidado en sus camitas, y un pequeño hornillo con cacerolas verdaderas pero en miniatura, que le había tallado el padre con restos de cinc, lo que gustó mucho a Petia; pero, no obstante, escupió desdeñosamente entre dientes y preguntó con una risita ofensiva:

—Motia, ¿por qué tienes la cabeza rapada?

—Tuve fiebre tifoidea, —dijo Motia, con voz vuelta endeble por la ofensa y suspiró con un ruidito de pájaro, en la garganta—. ¿Quieres ver las estampas?

Petia, condescendiente, aceptó.

Se sentaron en el suelo bien juntitos y se pusieron a examinar litografías patrióticas en colores, en su mayoría, batallas navales.

Los delgados rayos de los proyectores surcaban un cielo índigo viscoso. Se desplomaban los mástiles enguirnaldados con pabellones japoneses. Los blancos copos de las explosiones brotaban de las aceradas olas. Los obuses brillaban en el aire, como estrellas.

Apuntando su proa al cielo, zozobraba un crucero japonés, abrasado por las llamas amarillas y rojas de un incendio. Hombrecillos amarillos caían en el agua hirviente.

—¡Pobrecitos japoneses! —murmuró la niña, maravillada, arrastrándose de rodillas ante la estampa.

—¡No pobres japoneses, sucios japoneses hay que decir!, —corrigió severamente Petia, que era un entendido en política.

Sobre otra estampa, un bravo cosaco de galones rojos, su gorro guarnecido de piel negra inclinado sobre la oreja, acababa de cortar la nariz a un japonés que había asomado la cabeza detrás de una montaña.

Un espeso chorro de sangre borbotaba del japonés. Su nariz respingada, color naranja, horadada por dos agujeros negros, yacía separada sobre la montaña, lo que hacía reír a carcajadas a los niños.

—¡No te metas a atacar!, —gritó Petia, retorciéndose de risa y machacando con los pies la tierra seca y cálida, mosqueada de estrellitas de yeso por los volátiles.

—¡No te metas a atacar!, —repitió Motia, solícita y mirando por encima del hombro al hermoso niño. Y arrugó su naricita delgada y esbelta, morena como la de Gavrik.

La tercera estampa representaba el mismo cosaco y la misma montaña. Se veían las polainas del japonés, escapando a todo lo que daba. La leyenda decía:

El cosaco se ha mezclado
¡Oh-la-la!
El japonés se ha desenhebrado,
¡Oh-la-la!

—¡No te metas a atacar, no te metas a atacar!, —exultaba Motia, apretándose contra Petia con toda confianza. —¡Es verdad, también, no hay que meterse a atacar!

Petia, incómodo, se puso todo colorado y se calló, tratando de no mirar el magro brazo de la niña, con las dos cicatrices rosa claro de la vacuna, que brillaban en el antebrazo.

¡Demasiado tarde! ¡Estaba enamorado sin vuelta!

Cuando vió que además de estampas ruso-japonesas, Motia poseía excelentes nueces para jugar al "rey-príncipe", papeles de bombones y hasta cuadrados de cartón, el amor de Petia se elevó a su apogeo.

¡Ah! ¡qué día feliz, admirable, único! ¡Petia no lo olvidaría nunca!

Quiso saber cómo se mantenían los zarcillos en las orejas y la niña le mostró los dos pequeños agujeritos hechos recientemente. Petia hasta se atrevió a tocar el lóbulo de la oreja

de Motia, suave y un poco hinchado, como la pulpa de una tangerina.

Luego jugaron con los cuadrados de cartón; Petia ganó todo, pero ante el rostro desgraciado de la niña, tuvo lástima de ella, y no sólo le restituyó los cuadrados perdidos, sino que, generosamente, le ofreció todos los suyos. ¡Ya veía ella con quién se las había!

Luego, recogieron ramitas secas y astillas y prendieron el hornillo.

Pero hacía mucho humo y nada de fuego. Lo abandonaron para jugar al escondite.

Para esconderse, se metían en lugares tan alejados, tan oscuros, que se terminaba por tener miedo de estar allí solo.

¡Pero qué alegría al oír aproximarse los tímidos pasos y cubrirse la boca y la nariz con las dos manos, en la emboscada, para no dar el alerta!

El corazón late con fuerza, los oídos zumban furiosamente.

Y luego, de repente, se ve avanzar despacito, despacito, detrás de una saliente, la mitad de un rostro oval, pálido de emoción, con los labios fuertemente apretados. Naricita pelada, ojos redondos, barbilla puntiaguda, gorro orlado de encaje...

Las miradas se cruzan. Ambos se sienten asustados, próximos a desfallecer. Y al punto, un clamor furioso de triunfo:

—¡Petia! ¡Escondite!

Y ambos corren a todo lo que dan hasta el blanco.

—¡Escondite! ¡Escondite!

Una vez la niña se escondió tan lejos, que Petia puso una buena media hora antes de pensar en escalar el cercado para revisar el prado.

Motia estaba acurrucada, temblando de miedo, en un hoyo donde crecían campanillas. La fina barbilla apoyada sobre las arañadas rodillas, miraba al cielo, en que flotaba una nube vespertina.

Alrededor, crepitaban los grillos y pastaban las vacas. Sentía una ansiedad extraordinaria.

Petia miró al hoyo. Los dos niños se miraron largo a los ojos indeciblemente turbados, presas de una emoción que en nada semejaba a un juego.

"¡Escondite, Motia!" quiso gritar Petia, pero no pudo pronunciar palabra. No, evidentemente, ya no se trataba de un juego, sino de una cosa muy diferente.

Motia salió con precaución del hoyo, y ambos regresaron al patio, confusos, pero como si no hubiera pasado nada extraordinario, empujándose por el hombro, aunque sin tomarse de la mano.

La sombra de una nube se deslizó fríamente sobre las siemprevivas del prado.

Pero apenas escalaron el cercado, Petia, se recobró.

—¡Escondite!, gritó desgañitándose el astuto muchachito, y se lanzó sobre el blanco para adelantarse a la niña, cogida en falta.

Todo eso era tan poco común y tan delicioso, que Petia ni siquiera prestó atención a Gavrik, que le abordó en un momento en que el juego estaba en su apogeo.

—Petia, ¿cómo se llamaba el marinero? —preguntó Gavrik, preocupado.

—¿Qué marinero?

—Ese que saltó del *Turguenev*...

—Yo no sé.

—¡Pero no, tú me dijiste que ese "perro" bigotudo le había nombrado!

—¡Ah! ¡sí!... ¡Está bien! Yukov, Rodión Yukov. ¡Déjanos jugar!

Gavrik se fué, con aspecto preocupado, y Petia le olvidó al instante, absorbido por su nueva pasión.

Poco después, la mamá de Motia vino a llamarlos para cenar.

—Motia, invita a tu caballero a comer *kulech*, seguro que el señor tiene mucha hambre.

Motia se sonrojó y palideció intensamente. Se paró muy derechita y dijo con voz ahogada:

—Niño, ¿quiere comer kulech?

Petia recién sintió el hambre. ¡No había almorzado!

Nunca había comido un *kulech* tan sabroso, tan espeso, con patatas endurecidas, que desprendían un saborcillo a humo y con cubitos de tocino.

Después de esa maravillosa cena al aire libre, bajo la morera, Petia y Gavrik emprendieron el camino de regreso.

Terenti les acompañó. Entró un minuto a la casa, y volvió de chaqueta corta y gorra de alpaca con un botoncito. En la mano llevaba un delgado bastón de hierro que había pertenecido a un paraguas; idéntico a los que llevan por lo común, los obreros de Odesa en días de fiesta.

—Terecha, no vayas, se hace tarde —le dijo su mujer con tono suplicante, acompañando al marido hasta el portoncillo.

Le miró con aspecto tan angustiado que Petia no se sintió a gusto.

—Quédate en casa. Uno nunca sabe...

—Tengo que hacer.

—¡Cómo quieras! —dijo, resignada.

Terenti guiñó alegremente un ojo:

—¡Todo irá bien!

—No pases delante de la estación de mercaderías.

—¡Ni qué decirlo!

—¡Hasta luego!

—¡Adiós!

Terenti y los dos chicuelos emprendieron el camino hacia la ciudad.

No era el mismo camino. Terenti pasaba por terrenos vacíos, callejuelas, huertas; un camino mucho más corto y menos frecuentado.

De pronto se volvieron a encontrar en la plaza de Henos, que Petia bien conocía. Terenti le dijo a Gavrik:

—Hoy, a más tardar, daré una vuelta por casa.

Inclinó un poco la cabeza y se perdió entre la multitud.

Se había puesto el sol. Acá y allá, en las tiendas, se encendían las lámparas.

Petia se sintió espantado: ¿qué le esperaría en su casa? ¡Adiós felicidad! Iba a sonar la hora del castigo. Petia trataba de no pensar en ello, pero era imposible.

¡Dios de los Dioses! ¿Qué se hizo de los zapatos nuevos? ¿Y las medias? ¿De dónde venían esos grandes agujeros redondos de las rodillas? De mañana, no había nada de eso. ¿Y las manos, qué decir de las manos? Manos de zapatero. Huellas de alquitrán en las mejillas. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

No, verdaderamente, en la casa iba a ser horrible.

¡Y si le dieran con el látigo! Pero no, no le pegarían. Iban a gemir, suspirar, decir palabras amargas, desgarradoras, y ¡ay de mí! justificadas.

Y para colmo, papá lo iba a asir por los hombros y se pondría a sacudirlo con todas sus fuerzas, gritando:

—"Bribón, ¿por dónde has vagabundeado? ¡Este niño es mi muerte!" Lo que es diez veces peor que la más terrible tunda.

Estas reflexiones y otras no menos aflictivas, habían sumergido a Petia en una profunda tristeza, agravada por el intenso arrepentimiento de los cuadrados de cartón regalados tan estúpidamente, en un impulso de pasión, a la primera niña que se cruzó en su camino.

XXV

"¡ME ROBARON!"

Parecía que ninguna fuerza podría evitar a Petia una explicación borrascosa. Pero no en vano tenía en la punta de su cabeza dos salientes en lugar de una, como tienen los otros niños, lo que, como se sabe, constituye una especie de amuleto. La suerte envió a Petia una tabla de salvación bien imprevista.

¡No! ¡Aquello no se lo esperaba!

A poca distancia de la plaza de Henos, en la calle Vieja del Puerto-Franco, Petia vió a Pavlik que corría a tropezones. El niño estaba solo.

Sobre su rostro embadurnado, chorreaban las lágrimas como de una esponja. Su pequeñísima lengua vibraba en el cuadrado de su boquita bien abierta. Corrían de su nariz, tiernos hilillos de moco.

Gritaba una sola vocal "a", pero como no cesaba de correr, en lugar de una "a-a-a-a-a" continua, se oían sonidos saltarines y brincadores: "¡a!¡a!¡a!¡a!¡a!"

—¡Pavlik!!!

El niño vió a Petia, corrió hacia él, y se colgó con las dos manecitas de su saco:

—¡Petia! ¡Petia! —gritó en un temblor, la voz ahogada por la emoción—. ¡Petia!

—¿Qué estás haciendo aquí, picaro sinvergüenza! —preguntó Petia, severo.

El niño, en lugar de responder, se puso a hipear, incapaz de pronunciar palabra.

—Te estoy preguntando: ¿qué haces aquí? Y bien, bribón, ¿por dónde anduviste vagabundeando? ¡Este niño es mi muerte! Vamos... ¡te voy a dar un buen golpe en el hocico para que aprendas a comportarte!

Petia asió a Pavlik por los hombros y se puso a zarandearlo hasta que el niño sollozó a través de los hipos:

—Me ro... hi... ¡Me robaron!

Y de nuevo se deshizo en lágrimas.

¿Qué había sucedido, en realidad?

Petia no fué el único en tener la feliz idea de dar un paseo con toda independencia, al día siguiente de su llegada. Hacía rato que Pavlik acariciaba el mismo sueño.

No tenía intención de ir tan lejos como Petia, No. Sólo quería dar un paseo por el terreno de las basuras, llegar, quizá, hasta la esquina, para echar un vistazo a los soldados, presentando armas.

Por desgracia, justo en ese instante había llegado al patio *Vanka-Rututu*, alias Guiñol.

Pavlik asistió, con los demás pequeños, a toda la representación, que les pareció demasiado corta. Se corrió el rumor de que en el patio vecino, el espectáculo sería más largo.

Los niños siguieron a Guiñol hasta el otro patio. Pero el espectáculo fué todavía más breve. Terminó con un gesto de *Vanka-Rututu*— una muñeca cubierta con un gorro y adornada con una nariz larga como vaina de pimentón y un cuello de paralítico— que descalabró al gendarme de un estacazo. Todo el mundo sabía lo que debía seguir: un horrible monstruo —mitad pájaro amarillo, mitad cocodrilo— debía asir entre los dientes la cabeza de *Vanka-Rututú* y llevársela al infierno.

Esta parte del espectáculo fué omitida. Tal vez el público de las ventanas, hubiera lanzado pocas monedas de bronce. El asunto mejoraría, sin duda, en el patio siguiente.

Hipnotizado, mirando ávidamente el misterioso cesto trenzado donde guardaban los muñecos, los niños pasaban de un patio al otro, siguiendo a la abigarrada mujer que arrastraba sobre el hombro su organillo y al hombre que caminaba, la cabeza al descubierto, con la mampara bajo el brazo.

Pavlik, devorado por la curiosidad, trotaba sobre sus sólidas piernecitas, con la multitud de chiquillos. La lengua afuera, abriendo ampliamente los ojos chocolate claro de grandes pupilas negras, el niño se olvidó de todo: de la tía, de papá, y del propio Filasón, a quien ni se había molestado en meter en la cuadra y ofrecerle avena y heno.

El muchachito había perdido toda noción de tiempo; no se recobró sino al ver que era de noche y que seguía al organillo por una calle desconocida. Hacía rato que los demás niños habían quedado en el camino. Pavlik se quedó solo. La mujer picada de viruelas y el hombre de la mampara caminaban ligero: sin duda se apresuraban a regresar. Pavlik los seguía dificultosamente. La ciudad se volvía cada vez menos conocida, más sospechosa. A Pavlik le pareció que hombre y mujer intercambiaron en voz baja palabras siniestras.

Al doblar la esquina, ambos se dieron vuelta de pronto y Pavlik vió con inquietud que la mujer tenía un cigarrillo en la boca. ¡Eso era horroroso! Le hizo estremecer un pensamiento: todo el mundo sabía que a los organilleros les gustaba atraer a los niñitos, robarlos y torcerles los pies y las manos, para venderlos a los acróbatas de las ferias.

¡Oh! ¡Cómo pudo olvidarlo! Lo sabía todo el mundo, como se sabía que no debían comerse los bombones de los hermanos Krajmalnikov y que los heladeros hacían los helados con la leche que se había utilizado en los baños de los hospitales.

¡Sin duda! Sólo las cíngaras y otras ladronas de niños fuman cigarrillos. Iban a agarrarlo, amordazarlo, llevárselo a algún sitio en el arrabal de Romanovka, para torcerle las manos y los pies y hacer de él un pequeño acróbata.

Pavlik, llorando a lágrima viva, había emprendido la fuga y corrió hasta el instante de su inopinado encuentro con Petia.

Petia, después de pasarle al menor una buena reprimenda, se lo llevó solemnemente a la casa, donde el pánico había llegado al colmo. Dunia, toda restallante con su falda de cretona, corría de un patio a otro. La tía se frotaba las sienes con su lápiz para la jaqueca. El padre se ensartaba su sobretodo de verano para ir a hacer la declaración a la comisaría.

A la vista de Pavlik sano y salvo, la tía se arrojó sobre él, sin saber si llorar o reír.

Se deshizo en lágrimas y carcajadas al mismo tiempo. Luego, bajo el efecto de la emoción, suministró al fugitivo una buena tunda e inmediatamente cubrió de besos su carucha llorosa, después de lo cual le dió todavía una buena tunda de sopapos.

Le llegó el turno a Petia. La tía, amenazadora, se volvió hacia él:

—¿Y tú, amiguito?

—¿Y tú, por dónde vagabundeaste, bandido? —gritó el padre asiendo al muchachito de los hombros.

—Anduve buscando a Pavlik —respondió modestamente Petit. —¡Corrí por toda la ciudad tratando de encontrarle! ¡Pueden darme las gracias! ¡Si no es por mí, hace rato que se lo hubieran robado!

Y con respecto a eso, Petia improvisó una bella historia: había dado caza al organillero, que huía por los patios de dos salidas. Había terminado agarrando al hombre de la solapa y llamando a los agentes de policía. El organillero tuvo miedo, soltó a Pavlik y ¡se escapó a toda velocidad!

—¡Si no, lo hubiera llevado a la comisaría! ¡Ah! ¡Lo juro!

Contrariamente a lo que se esperaba, la narración tuvo poco éxito. El padre se frunció, como diciendo: "No te avergüenzas de esa charlatanería... ¡Me hartas!" Pero no había nada que hacer: fué Petia efectivamente quien encontró a Pavlik, perdido. Fué así que Petia salió del apuro en un paso difícil y escapó de una escena terrible.

No por nada tenía su amuleto, las dos salientes en la cúspide de la cabeza.

Entre tanto, Gavrik había vuelto a su casucha. El abuelo y el marinero eran presa de una gran emoción. Un ratito antes, una comisión que se decía municipal, había venido a verificar los permisos de pesca. Los papeles estaban en regla.

—¿Y quién es este hombre?, había preguntado un señor de cartera, al ver al marinero acostado. El abuelo titubeó.

—¿Es un enfermo? Si está enfermo, ¿por qué no lo llevas al hospital?

—No —dijo el abuelo, afectando alegre despreocupación— no está enfermo, sólo está borracho.

—¡Ah! ¿está borracho? ¿Es tu hijo?

—No.

—¿Un extranjero?

—Ya le digo, Su Señoría: ¡un borracho!

—Ya oigo que está ebrio, pero, ¿cómo vino a tu casa?

—¿Cómo, de dónde vino?, farfulló el abuelo, fingiendo ser un viejo chocho. —Un borracho. ¿Qué sabe uno? Estaba allí en el suelo, en los matorrales, ¡eso es todo!

El hombre examinó atentamente al marinero.

—¿Estaba en el suelo, en los motorrales, sólo en calzoncillos?

—¡Estaba así!

—Oye, ¡sopla un poco!, gritó el hombre inclinándose muy cerca, sobre el marinero.

Yukov simuló no oír nada, se volvió hacia la pared y se cubrió la cabeza con la almohada.

—Un borracho y sin embargo, no se siente aguardiente, observó el hombre y fijándose severamente en el abuelo: —¡Mucho cuidado!, agregó.

Y luego, la comisión se retiró.

A Gavrik no le gustó nada esa historia.

Al pasar por el restaurante, vió en una mesita al inspector de policía, ese malvado inspector a quien los pescadores no llamaban más que "busca-pulga".

Bebía su cerveza, colocando el jarro sobre el grueso redondel de cartón que llevaba las palabras: "Cerveza de Sanzenbacher". Pero bebía menos de lo que consultaba su reloj de plata.

El marinero se sentía mucho mejor. La crisis, visiblemente, había pasado. La fiebre había desaparecido.

Sentado sobre la camilla, pasó las manos por sus mejillas cubiertas de un pelo rizado y dijo:

—Cierto y seguro que debo rajar de inmediato.

—¿Y adónde vas a ir sin pantalón?, observó el abuelo, desolado. —Hasta que no sea de noche, debes quedarte en casa. ¡Ese es el asunto! Gavrik: ¿quieres comer?

—Cené en casa de Terenti.

El abuelo enarcó las cejas. ¡Así que era eso! El nieto ya había tenido tiempo de ir a casa de Terenti. ¡Qué muchacho desenvuelto!

—¿Y qué tal por allá?

—¡Quería venir hoy a vernos!

El viejo movió los labios y levantó más alto aún la ceja, asombrado de ver que su nieto se había vuelto tan grande y tan osado: comprendía mucho mejor que un adulto. Y sobre todo, era astuto ¡Ah!, sí, muy astuto!

Aunque no tenía más que nueve años y medio, Gavrik se desenvolvía mejor que muchos grandes. No era extraño: desde

su más tierna infancia había vivido entre pescadores. Y los pescadores de Odesa difieren muy poco de los marineros, de los choferes, de los obreros de los docks, de los cargadores del puerto, que forman la parte más pobre y más independiente de la población de la ciudad.

Toda esa gente había bebido hasta las heces la copa amarga, y experimentado en carne propia lo que "cuesta el kilo de desgracia", tanto grandes como chicos. Pero quizá los niños eran más desgraciados que los grandes.

Era el año 1905, año de la primera revolución rusa.

Todos los indigentes, los desheredados, los sin-derecho, se sublevaron contra el zarismo. Los pescadores no ocuparon el último lugar en el combate. Comenzaba una lucha feroz. A vida o muerte. Esta lucha enseñaba astucia, prudencia, espíritu adiestrado, audacia.

Todas estas cualidades se habían formado y desarrollado imperceptiblemente en el pequeño pescador.

El hermano de Gavrik, Terenti, había empezado por ser también pescador. Pero más tarde se casó y consiguió trabajo en los talleres del ferrocarril. Por múltiples indicios, Gavrik adivinó que su hermano mayor pertenecía a lo que se llamaba en aquel tiempo, de un modo vago pero significativo: *el movimiento.*

Muchas veces, en casa de Terenti, en Molinos-Cercanos, Gavrik había oído pronunciar la palabra "comité", "fracción", "ligazón", etc., sin comprender su sentido y sin embargo, Gavrik sentía que esas palabras estaban relacionadas con otras como "huelga", "policía secreta", "volante".

Gavrik conocía en particular los volantes, una hojas de papel ordinario, cubiertas de pequeños caracteres grises impresos. Una vez, a pedido de Terenti, Gavrik se había encargado de arrojarlos secretamente en las barcas de los pescadores, en la playa, en medio de la noche.

Terenti le había dicho:

—Si te ven, tíralos al agua y huye. Si te prenden, dirás que los encontraste en el pasto.

Pero todo salió bien. Era por eso que Gavrik se había decidido a hablarle del marinero a su hermano Terenti. Sabía que Terenti arreglaría todo. Pero comprendió que su hermano

tenía que consultar a alguien y quizá hasta dirigirse a ese famoso "comité".

Por el momento, entonces, había que esperar. Pero esperar ahora era peligroso.

Varias veces el marinero había entreabierto la puerta y mirado prudentemente hacia afuera. Caía la tarde, pero no estaba sin embargo, bastante oscuro como para que pudiera salir así desvestido, sin ser notado, tanto más cuanto que había mucha gente todavía en la playa y se oían del lado del mar, las canciones de los aficionados a los paseos en bote.

El marinero volvió a sentarse sobre la camilla y sin más reparos, ante el viejo y Gavrik, dijo bien alto:

—Los bestias... Los puercos... ¡Oh! ¡que caigan en mis manos por una vez!... ¡No sé qué les haría!... ¡Aunque me cueste la cabeza, les voy a dar!

Y golpeaba suavemente sobre la camilla, con su puño de hierro.

XXVI

LA PERSECUCION

Ya estaba bastante oscuro, cuando de súbito se abrió la puerta de la cabaña. Entró un hombre de alta talla y ocultó por un instante las estrellas. El marinero pegó un salto.

—No es nada, señor, quédese en su lugar. Es nuestro Terenti —dijo Gavrik.

El marinero se sentó, tratando de escudriñar al hombre, en la oscuridad.

—Buenas noches, pronunció la voz de Terenti. —¿Quién está allí? No veo ni jota. ¿Por qué no encienden la lámpara? ¿Acaso no tienen petróleo?

—Todavía queda un poquito, pronunció penosamente el abuelo y encendió la lamparita.

—Salud, abuelo, ¿qué tal? Fuí a dar un paseo por la ciudad y me dije: voy a hacerles una visita. ¡Ah! pero veo que hay alguien más en la casa. ¡Buenas!

Rápida pero muy atentamente, Terenti examinó al marinero a la débil claridad de la lucecilla.

—Es nuestro náufrago, —explicó con una sonrisa plena de bonhomía.

—Algo oí decir...

El marinero miró a Terenti con una sombría duda en los ojos y se calló.

—¿Rodión Yukov?. preguntó Terenti, casi alegre.

El marinero se estremeció, dominándose en seguida. Apoyó más duramente aún los puños sobre la camilla y los ojos encogidos, pronunció con una sonrisa de desafío:

—Admitamos, Yukov. Pero, ¿quién es usted para que yo deba responderle? Es muy probable que no deba responder sino ante el Comité.

La sonrisa había desaparecido del rostro granulado de Terenti. Gavrik nunca había visto a su hermano tan serio.

—Haz de cuenta que soy el Comité, observó Terenti luego de un instante de reflexión y se sentó en la camilla al lado del marinero.

—¿Y cómo me lo prueba?, dijo obstinadamente el marinero, rechazando el fraternal tuteo y retrocediendo.

—Es a usted a quien corresponde primero dar pruebas, respondió Terenti.

—Yo creo, sin embargo, que mi asunto es bastante claro.

Colérico, el marinero designó con los ojos, sus piernas en calzoncillos.

—¡No es suficiente!

Terenti fué hasta la puerta entornada, y dijo a media voz:

—¡Ilia Borisovich, entre un instante!

Al punto, se oyeron unos pasos en los matorrales y entró un hombre de pequeña estatura, endeble, que llevaba unos quevedos con un cordón negro pasado por detrás de la oreja. Bajo su vieja chaqueta desabotonada, se veía una camisa de satineta negra, apretada con un cinturón. Una gorra de técnico cubría su cabeza melenuda.

Al marinero le pareció que ya había visto antes en algún lado a ese "estudiante".

—¿Y bien?, preguntó Terenti.

—Vi a este camarada la mañana del 15 de junio en el muelle Platonov, en la guardia de honor junto al cuerpo del marinero Vakulinchuk ferozmente asesinado por los oficiales, —pronunció de un solo soplo el joven. —¿Era usted, camarada?

—¡Es claro!

—¡Ya ve! ¡Entonces no estaba equivocado!

Terenti sacó silenciosamente de abajo de la chaqueta un paquete que puso sobre las rodillas del marinero.

—Un pantalón, un cinturón, una chaqueta; desgraciadamente no pude procurarme botines. En tanto, caminará así; se los comprará después, pero ahora, sin perder un minuto, vístase, podemos darnos vuelta, dijo el joven todo tan rápido y sin la menor pausa. Agregó: ¡Tengo la impresión de que la casa está vigilada!

Terenti guiñó un ojo.

—Gavrik, anda a mirar un poco.

El muchachito comprendió, se deslizó fuera de la casilla, en la oscuridad. Se detuvo, paró la oreja. Le había parecido que las cañas secas de las patatas crujían en el huerto.

Se encorvó, dió unos pasitos y de pronto, habituado a la oscuridad distinguió nítidamente, dos figuras inmóviles en medio del huerto.

Sintió que le faltaba la respiración. Sus oídos le zumbaban, ya no oyó el mar. Mordiéndose el labio, Gavrik se metió a paso de lobo detrás de la casilla, para ver si había alguien en el camino.

Allí había otros dos hombres, destacándose la túnica blanca de uno de ellos.

Gavrik se arrastró hacia el terreno y vió a varios agentes de policía. Los reconoció de inmediato por sus túnicas blancas. La casa estaba rodeada.

El muchachito quiso retroceder corriendo, cuando sintió que una mano ancha y cálida lo asía fuertemente del cuello, por detrás. Hizo un esfuerzo por zafarse, pero en seguida le hicieron una zancadilla y cayó con el rostro contra la hierba.

Le habían asido dos fuertes manos. Se zafó, y para gran terror suyo, se encontró cara a cara con el bigotudo, que se inclinaba sobre él: vió su boca abierta que hedía a carne, su barbilla de soldado, dura como una tabla de abeto.

—Señor, señor, —se puso a llorar con una vocecita que hacía aguda adrede.

—¡Cállate, cochino! —dijo el bigotudo, con voz silbante.

—¡Déjeme!

—¡Prueba gritar, nomás, canalla! —susurró el bigotudo asiendo con sus dedos de hierro la oreja del niño.

Gavrik se encogió y aulló con voz salvaje, vuelto de frente hacia la cabaña:

—¡Rajen!

—¡Te callas o te mato!

El bigotudo tiró tan fuerte de la oreja, que crujió. Gavrik creyó que su cabeza iba a estallar. Un dolor terrible, indecible, le quemó el cerebro como si le saltaran la tapa de los sesos. Pero Gavrik sintió también montar en él, un acceso de odio y de furor:

—¡Rajen!, gritó una vez más, desgañitándose, y retorcido de dolor

El bigotudo se abalanzó sobre Gavrik y continuó torciéndole violentamente la oreja con una mano y amordazándolo con la otra. Pero el muchachito se arrolló en el suelo, mordiendo la odiosa mano velluda, húmeda de sudor, y llorando a lágrima viva, gritó fuera de sí:

—¡Rajen! ¡Rajen! ¡Rajen de una vez!

El bigotudo rechazó violentamente al muchachito y se precipitó sobre la cabaña. Se oyó el estridente sonido de un silbato de policía.

Gavrik volvió a ponerse de pie y comprendió de inmediato que su grito había sido oído: tres siluetas —dos grandes y una pequeña— saltaron fuera de la casa y atravesaban el huerto a tropezones.

Dos camisas blancas les obstruyeron el paso. Los fugitivos quisieron retroceder, pero se vieron cercados.

—¡Alto! —gritó en la oscuridad una voz desconocida.

—¡Ilia Borisovich, tire!, —oyó el muchachito el grito terrible de Terenti.

Al mismo tiempo, brillaron unas llamas y crepitaron uno tras otro tres tiros de revólver, semejantes a chasquidos de látigo. Por los gritos y el pataleo, Gavrik comprendió que en la oscuridad se estaba desarrollando una refriega.

¿Los detendrían? El terror le impedía reflexionar. Gavrik se adelantó corriendo, como si pudiera ayudar a los fugitivos.

Pero antes aun de haber dado diez pasos, vió separarse de la refriega a las mismas tres figuras —dos grandes y una pequeña— que se lanzaron hacia la escarpadura y se perdieron en la oscuridad.

—¡Deténganlos! ¡Deténganlos!

Se elevó un haz de fuego rojo. Se oyó la ensordecedora detonación de un Smith-Weson de policía. Arriba, en la cresta de la ribera, los silbatos de los agentes lanzaban estridentes gritos. Parecía que toda la playa estaba cercada.

Desesperado, el muchachito prestó oído a la persecución. No comprendía por qué Terenti había elegido esa dirección. Había que ser insensato para trepar allá arriba: ahí había una emboscada y ciertamente iban a cogerlos. Mejor hubiera sido deslizarse a lo largo del mar.

Gavrik corrió unos pasos más y le pareció ver tres pequeñas formas humanas escalando la abrupta ribera, casi a pico. ¡La muerte segura!

—¡Oh! ¡Terenti! ¿Adónde van! —mumuraba el muchachito con desesperación, mordiéndose las manos para no llorar. Las lágrimas le hacían cosquillas en la nariz y le hervían en la garganta.

Pero de pronto el niño se enderezó: se había olvidado de eso... ¡Y sin embargo era tan simple! Es que, en efecto... Pero en ese momento el bigotudo se precipitó sobre Gavrik, le tomó del brazo, y desgarrándole la camisa, lo arrastró para atrás. Empujó al muchachito dentro de la cabaña. Allí había dos agentes de policía montando guardia en la puerta. Gavrik se lastimó al chocar con la mandíbula contra el marco de la puerta y cayó en el rincón, sobre su abuelo sentado en el suelo.

—¡Si los dejan huir les arranco la cabeza!, —gritó el bigotudo a los agentes de policía y salió precipitadamente.

Gavrik se sentó al lado del abuelo, exactamente como él, cruzando las piernas. Permanecieron sentados sin decir nada, escuchando los silbatos y los gritos que se extinguían poco a poco en la lejanía.

Por último, ya no se oyó ningún ruido.

Entonces, Gavrik sintió su oreja que había olvidado y que le dolía horriblemente. Tenía miedo de tocarse.

—¡Ah, el animal! ¡me arrancó toda la oreja!, —dijo Gavrik, conteniendo las lágrimas con todas sus fuerzas y tratando de parecer indiferente.

El abuelo lo miró a hurtadillas. Los ojos del viejo permanecieron inmóviles, espantosos en su fijeza. Sus labios mascullaban suavemente. Permaneció un rato en silencio. Finalmente meneó la cabeza y dijo con tono de reproche:

—¿Se ha visto jamás, señores, cosa igual, que arranquen las orejas a los niños? ¿Son cosas de hacer?

Suspiró penosamente y volvió a mover los labios. De pronto se inclinó sobre Gavrik, preocupado, consideró la puerta con miedo, para ver si no los escuchaban, y murmuró:

—¿No se sabe nada? ¿Se fueron o se quedaron?

—Subieron la costa, —dijo rápido el muchachito en voz baja—. Terenti los lleva a la catacumba. Si no los matan en el camino, es seguro que escaparán.

El abuelo se volvió hacia el Taumaturgo, cerró los ojos y se persignó con ademán lento y amplio, apoyando con fuerza sus deudos reunidos, en la frente, el vientre y los hombros. Una lágrima muy pequeña, apenas perceptible, se deslizó por su mejilla y se perdió entre una arruga.

XXVII

EL ABUELO

Existen catacumbas en muchas ciudades. Hay catacumbas en Roma, en Nápoles, en Constantinopla, en Alejandría, en París. Y las hay en Odesa.

Hace unos cincuenta años, las catacumbas de Odesa servían de canteras donde se aserraba la piedra calcárea para las construcciones. Aun hoy se extienden como un laberinto, bajo toda la ciudad y presentan varias salidas más allá de los arrabales.

Los habitantes de Odesa no ignoraban la existencia de las catacumbas, pero muy pocos eran los que descendían a ellas y que sobre todo, conocían su distribución. Las catacumbas eran, en cierto modo, el misterio de la ciudad, su leyenda.

Pero Terenti había sido pescador. Conocía a fondo el litoral de Odesa y había estudiado cuidadosamente todas las salidas de las catacumbas que daban al mar.

Una de esas salidas se encontraba a cien pasos detrás de la cabaña, en medio de la escarpada cuesta. Era una estrecha grieta en un acantilado completamente cubierto de rosales silvestres y otros matorrales. Del acantilado, filtraba un arroyuelo y descendía agitando las plantas trepadoras y los zarzales.

Habiendo rechazado el primer asalto de los agentes de policía y de los "perros", Terenti condujo a sus camaradas directamente a la grieta que conocía.

Los perseguidores no tenían la menor idea sobre esa salida. Creían que los fugitivos querían escaparse pasando por las casas de campo. Esto convenía a los planes de la policía. Todas las casas de campo estaban cercadas. Inevitablemente, los fugitivos debían caer en la ratonera.

Así, luego del primer disparo de revólver, los agentes recibieron la orden de no disparar más.

No obstante, después de esperar abajo un buen cuarto de hora, el comisario de policía del barrio, que dirigía personalmente la batida, envió a un inspector a preguntar si habían prendido a los criminales.

El inspector siguió un camino indirecto, menos empinado, para subir la cuesta y volvió al cabo de un cuarto de hora diciendo que los fugitivos no habían aparecido allá arriba. No estaban ni arriba ni abajo. ¿Dónde estaban? Era completamente increíble, que se hubiesen quedado en medio de la cuesta, en los matorrales, esperando que les echaran la soga al cuello.

Sin embargo, el comisario ordenó a sus hombres que treparan la cuesta y registraran matorral por matorral. Soltando terribles juramentos, resbalando sobre la hierba y la arcilla con sus botas de charol, trepó a su vez, no queriendo confiar más en "esos idiotas".

Registraron en la oscuridad, toda la cuesta de arriba abajo, sin encontrar nada. ¡Un verdadero prodigio! La tierra no pudo tragarse a los fugitivos, ¡a pesar de todo!

—¡Su Excelencia!, —gritó de pronto una voz asustada— ¡moléstese por aquí!

—¿Qué pasa?

—¡Su Excelencia, es una catacumba!

El comisario asió las espinosas ramas con sus manos enguantadas de blanco. De inmediato, fué levantado por sólidas manos e izado sobre una pequeña plataforma.

El bigotudo encendía una a una sus cerillas. A su luz, podía verse una estrecha grieta negra en el acantilado todo cubierto de matorrales.

¡Se perdió la partida! ¡Haber dejado escapar semejante presa! El comisario temblaba de furia, machacaba el suelo con sus elegantes botas de charol y arrojaba su puño enguantado de blanco, a derecha e izquierda, no importa dónde, sobre los hocicos, las mandíbulas, los bigotes. Fuera de sí, aulló con voz enronquecida a fuerza de gritar:

—¿Y qué están haciendo ahí, triples brutos! ¡Adelante! ¡Registren todas las catacumbas! ¡Les voy a arrancar la cabeza! les voy a poner el hocico en mermelada! ¡maldición de Dios! ¡Qué esos bribones sean prendidos hoy mismo! ¡Largo de aquí!

Pero comprendía perfectamente que era trabajo perdido. Para registrar todas las catacumbas, se necesitaban lo menos quince días. Por otra parte, sus búsquedas serían inútiles: había pasado más de media hora y por cierto, los fugitivos ya se encontrarían en el otro extremo de la ciudad.

Algunos policías, penetraron de mal grado en el hoyo del acantilado y encendiendo cerillas a cada instante, se pusieron a patalear a poca distancia de la entrada, examinando las húmedas murallas del corredor subterráneo que se perdían en una oscuridad de cueva.

El comisario escupió violentamente y volvió a descender la escarpada ribera, con un tintineo desordenado de espuelas. El furor le ahogaba. Tiró con violencia del cuello demasiado almidonado de su túnica de piqué y rompió los corchetes.

Marchando a grandes pasos a través de los matorrales que crujían bajo sus pies, llegó a la cabaña y abrió furiosamente la puerta. Los agentes se cuadraron.

El comisario entró y permaneció un instante inmóvil, con los pies separados, agitando convulsivamente los dedos detrás de la espalda. A su vez, el bigotudo se deslizó por la puerta.

—Su Excelencia, permítame decirle, —murmuró misteriosamente, designando al abuelo, con sus ojos redondos—. ¡He aquí al propietario de la casa de las reuniones secretas y éste, es su muchacho!

Sin mirar al bigotudo, el comisario extendió la mano hacia su lado, le tomó a tientas su hocico húmedo de sudor con sus cinco dedos separados y lo rechazó con furiosa repugnancia.

—¡Idiota, a ti nadie te pregunta nada! ¡Yo sé lo que tengo que hacer!

Gavrik se sintió aterrorizado. Comprendió que alguna cosa atroz iba a suceder en ese mismo instante. Pálido y pequeño, con su oreja hinchada y roja, miraba sin pestañear al esbelto oficial de fuertes hombros que llevaba pantalón azul de montar y un tahalí negro terciado.

Luego de un minuto de inmovilidad que al muchachito le pareció largo como una hora, el comisario se sentó sobre la camilla y permaneció de perfil. Sin separar los ojos del abuelo, alargó su bota de charol, sacó de su angosto bolsillo una ciga-

rrera de plata con un mechero naranja y encendió un cigarrillo rubio.

—"Manufactura Asmolov", —pensó Gavrik.

El comisario dejó escapar el humo por la nariz. "Pues bien, vamos a ver", pareció decir, y de pronto, empezó a desgañitarse gritando:

—¡Bribón, párate cuandó estás en presencia de un oficial!

El abuelo se puso de pie con desordenados movimientos. Abarquillando sus pies descalzos y negros y ajustándose la camisa sobre su endeble cuerpo, el viejo fijó unos ojos de soldado, de pensamiento vacío, sobre el comisario.

Gavrik vió temblar el cuello alargado del abuelo y tenderse como dos cuerdas, bajo su barbilla, su piel seca marcada por una vieja cicatriz.

—¿Conque escondes en tu casa a criminales políticos?, pronunció el comisario con voz glacial.

—No, Su Excelencia, —murmuró el abuelo.

—Dime, ¿quiénes eran esos hombres, que se encontraban recién en tu casa?

—¡Yo no sé, Su Excelencia!

El oficial se levantó lentamente. Apretados los labios, con ademán breve y preciso, golpeó al viejo contra la oreja, con tal violencia, que el otro rodó de costado y chocó contra la pared con todo el cuerpo.

—¿Vas a decir quiénes eran?

—¡Yo no sé, Su Excelencia!, —respondió firmemente el viejo, moviendo los pómulos.

Nuevo molinete del puño enguantado de blanco. Dos débiles hilillos de sangre, corrieron de las narices del abuelo. El viejo entornó los párpados, hundió la cabeza entre los hombros, y comenzó a sollozar.

—¿Por qué me pega, Su Excelencia?, —dijo el abuelo en voz baja pero amenazante, secándose la sangre que corría de su nariz y mostrándole al comisario su mano ensangrentada.

—¡Silencio! —bramó el oficial, pálido de cólera.

Un gran lunar aterciopelado hacía una mancha negra sobre su rostro de yeso. Observó con disgusto su guante estropeado.

—¿Vas a decir quién era?

—Yo no sé...

El viejo había tenido tiempo de cubrirse la cara y de volverse hacia la pared. El golpe le dió en la cabeza. El pantalón vaciló debajo de las rodillas. El abuelo comenzó a resbalar lentamente hacia el suelo.

—¡Señor, no le pegue, es un viejo!, —gritó Gavrik con lágrimas de desesperación, lanzándose sobre el comisario.

Pero ya el otro salía de la cabaña gritando:

—¡Detengan a ese bribón! ¡Llévenlo!

Los agentes de policía se precipitaron sobre el viejo, y le agarraron retorciéndole los brazos a la espalda. Le arrastraron fuera de la cabaña, como a un saco de paja. Gavrik se sentó en el suelo, y mordiéndose los puños, lloró con lágrimas de odio y de furia.

Permaneció un rato sin moverse, prestando oído a los gritos y los ruidos de la noche. Con la otra oreja, ya no oía.

Por un momento, el chico se tapó el oído sano. Entonces, le invadió por todos lados un silencio profundo, opaco. Era horroroso, como si en ese silencio acechara un peligro disimulado.

Descubrió el oído, como si tuviera prisa por poner en libertad los sonidos cautivos. Pero un oído, no podía abarcar toda su diversidad.

Oyó los suspiros raros y vigorosos del mar y nada más; o, después, la música cristalina de los grillos, pero entonces cesó el ruido del mar. Unas veces, aun, una cálida brisa recorría las hierbas silvestres, llenando la noche con un zumbido que no dejaba sitio ni a los grillos ni al mar. Y en fin, por momentos, no oía más que el chirrido de la lamparita que había agotado su provisión de petróleo.

De pronto, el muchachito tuvo la nítida sensación de su soledad. Apresuradamente apagó el fuego, y se lanzó en busca de su abuelo.

La espléndida noche de agosto dominaba la inmensidad. El cielo, negro y centelleante, acribillaba de estrellas al chico que corría. El canto de los grillos subía, chorreaba hasta la Vía Láctea.

Pero, ¿qué le importaba al chico fatigado y humillado esa belleza indiferente que no tenía el poder de hacerlo feliz?

Gavrik corría con todas sus fuerzas.

Alcanzó al abuelo en la ciudad, en la calle Vieja-del-Puente-Franco, cerquita de la comisaría.

Dos agentes de la Seguridad, sentado uno, y el otro de pie, conducían al abuelo. El viejo yacía a los pies de los agentes, a lo ancho del coche, pues se había deslizado de la banqueta. Su cabeza rebotaba sin fuerza y chocaba contra el estribo. Sobre su rostro manchado de polvo y de sangre, corría la luz de los reverberos.

Gavrik se lanzó sobre el coche, pero éste ya se detenía ante la puerta de la comisaría. Los agentes arrastraron al viejo, tambaleante, por la puerta cochera.

—¡Abuelo!, gritó el niño.

El agente lo golpeó ligeramente sobre el cuello, con la vaina de su sable. La puerta volvió a cerrarse. Gavrik se quedó solo.

XXVIII

LA TIA OBSTINADA

Para Petia había sonado la hora del triunfo y del regocijo.

Aún no había pasado una hora, cuando ya había dado la vuelta a la casa para mostrarle a todo el mundo, su gorra flamante de colegial y para relatar, todo excitado, cómo le fué en el examen.

En verdad, no había gran cosa que relatar. Estrictamente hablando, no había sido un examen, sino un interrogatorio fácil, que no había durado más de quince minutos. Comenzó a las 10 y media y a las 11 y cinco el dependiente de la tienda de al lado del colegio, entregaba al niño, con amable sonrisa, su viejo sombrero de paja envuelto en papel.

Habiéndose puesto su gorra ante el espejo de la tienda, Petia no se la quitó hasta la noche.

—¡Ah! qué bien me fué en el examen!, —dijo con voz excitada, caminando a prisa por la calle.

Se miraba en todos los cristales para verse una vez más con su gorra.

—Amigo mío, —le decía su tía riéndose muy fuerte—, cálmate, no fué un examen, sino un simple interrogatorio.

—¡Vamos, tía! ¿Cómo puede decir eso?, gritó desgañitándose Petia, rojo de cólera, pataleando y próximo a llorar. ¡Usted no estuvo y habla! ¡Fué un verdadero examen, lo más verdadero posible! ¡Usted estaba en la sala de recibo y no tiene derecho a decir eso! ¡Yo le digo que era un examen!

—Evidentemente, yo soy una tonta, ¡y tú una inteligencia! ¡Era un interrogatorio!

—¡Pero no! ¡Un examen!

—Yo digo "afeitada" y él dice "cortada".

La tía hacía alusión a una vieja anécdota ukraniana, que habla de un campesino testarudo, que se encarnizaba discu-

tiendo con su mujer: el secretario de la alcadía, ¿tenía la barba cortada o afeitada? El terco gritaba contra toda evidencia: "Cortada", hasta que su mujer, furiosa, lo arrojó al río. Próximo a desaparecer, todavía continuaba haciendo con los dedos que emergían, el ademán de cortar la barba.

Pero a Petia, le gustó poco la alusión, y se encarnizaba diciendo con voz bañada en lágrimas:

—¡A pesar de todo era un examen, un examen!

La tía tenía buen corazón. No quiso despojar a su sobrino de la parte más querida de su triunfo. "Examen"— ¡qué palabra impresionante! ¡Que el niño se alegre! ¿A qué echarle a perder esta jornada memorable?

Y la tía se resignó a hacerle un pequeño esguince a la verdad.

—Tal vez, —declaró con fina sonrisa—, me haya equivocado. ¡Me parece que era realmente un examen!

El rostro de Petia resplandeció:

—¡Oh, sí, y qué examen!

Pero en su fuero interno, se sintió carcomido por la duda. En verdad, todo había transcurrido demasiado rápido y demasiado fácilmente para ser un "examen".

Es cierto que los niños fueron colocados de dos en dos y conducidos "a clase". Es cierto que allí había una larga mesa cubierta por un paño azul. Es cierto que los severos profesores que rodeaban la mesa, llevaban uniformes, anteojos, botones dorados, condecoraciones, pecheras almidonadas, que parecían duras como concha, y puños zumbadores. Entre ellos, se destacaba la sotana y la larga cabellera femenina de un pope.

Petia sintió que sus pies, estaban completamente sudorosos. Un sudor helado perlaba también sus sienes... Todo transcurrió siguiendo la tradición establecida desde siglos atrás.

Pero el examen... No, ahora bien comprendía Petia que aquello no había sido más que un interrogatorio.

Después que los niños se instalaron en sus bancos, uno de los profesores metió la nariz sobre una gran hoja de papel extendido y dijo, separando nítidamente, redondeando, cada palabra:

—Pues bien, vamos a comenzar. Alexandrov, Boris; Alexandrov, Nikolai; Batchey, Piotr. ¡Hagan el favor de pasar!

Al oir pronunciar su apellido y su nombre de pila, tan extraños y ardientes en esa clase sonora y desierta, Petia tuvo la impresión de un puñetazo descargado en la boca del estómago. No pensó que llegaría tan pronto el instante terrible.

El muchachito se encontró cogido de sorpresa. Su rostro se empurpuró, y desfalleciendo, caminó por el resbaladizo *parquet*.

Tres chicuelos se encontraron a disposición de tres profesores.

Petia cayó en manos del pope.

—¡Vamos a ver! —declaró el pope, viejo enorme, replegando la ancha manga de la sotana.

Y se hincó en su delgado pecho, el puñal de la cruz que llevaba con una cadenita de plata. La cadenita se componía de eslabones planos, con huecos, como en los granos de café.

—Acércate, adolescente. ¿Cómo te llamas?

—Petia.

—Hay que decir Piotr, mi querido amigo, Piotr. ¡Petia se quedó en casa! ¿Y tu apellido?

—Batchey.

—¿El hijo de Vasili Petrovich? ¿Del profesor de la escuela profesional para jefes de cuadrilla?

—Sí.

El pope volvió a echarse sobre el respaldo de la silla y adoptó la pose soñadora de un fumador.

Entornó los párpados, fijándose en Petia y pronunció con una sonrisita que el chico no comprendió:

—¡Lo conozco, cómo no! ¡Un señor liberal! Vamos a ver... —se volvió a echar más atrás aún.

La pequeña silla se balanceaba sobre sus dos patas traseras.

—¿Qué oraciones conoces? ¿Sabes el Credo?

—Sí, lo sé.

—¡Pues bien, dilo!

Petia aspiró a pulmones llenos y se puso a recitar arrasando con los signos de puntuación y tratando de desgranar toda la oración sin tomar aliento:

—Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en nuestro Señor Jesucristo...

Al llegar a esa palabra, al cabo de su hálito, Petia se detuvo. Inmediatamente después, para que no se fueran a creer

que se había olvidado, el muchachito absorbió, con un ruido de saliva, una nueva provisión de aire, pero el pope hizo un gesto asustado:

—¡Basta, basta! ¡No sigas!

Petia se encontró a disposición del matemático.

—¿Hasta cuánto sabes contar?

—Hasta lo que quiera, —dijo Petia, envalentonado con su triunfo en el examen de catecismo.

—¡Muy bien! Cuenta hasta un millón.

¡Qué hundimiento! Petia se sintió caer al agua y hasta, involuntariamente, sus labios hicieron el ruido de alguien que se ahoga. Desesperado, echó una mirada a su alrededor para encontrar ayuda. Pero todo el mundo estaba ocupado, y el matemático miraba de reojo a través de sus lentes, cuyos vidrios reflejaban en relieve y muy nítidamente dos grandes ventanas con el verdor del jardín de la escuela, las cúpulas azules de la Iglesia de San Panteleimón y hasta la torre de la comisaría del barrio. Allí se veían dos bolas negras, lo que quería decir que había estallado un incendio en el segundo distrito.

—Cuente hasta un millón...

¡Petia estaba perdido!

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... —comenzó el muchachito. Separaba con cuidado cada palabra, replegando sus dedos a escondidas y sonriendo a la vez, con aspecto disimulado y triste. Ocho, nueve, diez, once...

El matemático miraba impasible por la ventana. Cuando el muchachito, desolado, pronunció "setenta y nueve", dijo:

—¡Basta! ¿Sabes la tabla de multiplicar?

—Uno por uno, uno; uno por dos, dos; uno por tres, tres; —comenzó Petia hablando rápido y fuerte por miedo a ser cortado, pero el profesor meneó la cabeza:

—¡Basta!

—¡Además, sé la suma, la resta, la multiplicación y la división!

—¡Basta! ¡No sigas!

¡Vaya unos modales! ¡No le dejan abrir la boca! ¡Es verdaderamente ultrajante!

Petia pasó al profesor siguiente, que llevaba una condecoración, que se veía a través de su barba de pelo seco.

—¡Lee hasta aquí!

Petia miró con respeto el libro de encuadernación estucada y la gran uña amarilla que designaba un título en gruesos caracteres: "El león y el perrito".

—"El león y el perrito", —comenzó Petia, demasiado vivamente. Tartamudeaba un poco porque estaba emocionado. —"El león y el perrito". "En una casa de fieras había un león. Era muy sanguinario. Los guardianes le tenían miedo".

"El león devoraba una enorme cantidad de carne. El dueño de la casa de fieras ya no sabía qué hacer"...

—¡Basta!

Petia sintió necesidad de llorar. Ni siquiera había llegado al perrito y ya "¡basta!..."

—¿Sabes alguna poesía de memoria?

¡Oh! Petia esperaba ese momento con el estremecimiento de un triunfo secreto. ¡Era allí, que al fin iba a mostrarse en todo su esplendor!

—Sé "La vela", poesía de Miguel Lermontov.

—Pues bien, ¡recita!

—¿Hay que recitar expresivamente?

—Recita expresivamente.

—Un instante.

Petia separó un pie, condición necesaria para la lectura expresiva y echó orgullosamente la cabeza hacia atrás:

—"La vela", poesía de Miguel Lermontov, —anunció con cierto énfasis en la voz:

"Una vela solitaria y blanca
En el horizonte vaporoso y azul...
¿Qué busca en un país lejano?
¿Qué deja en el país natal?"

Después de haber bosquejado rápidamente con las dos manos un signo de asombro y de interrogación, continuó, apresurado por decir la mayor cantidad posible de palabras, antes de que lo interrumpiesen:

"La oleada se desencadena y el viento sopla,
Rechina el mástil y bajo sus golpes cede,
No es la felicidad que busca,
Tampoco huye de la felicidad!"

Petia se apresuró a acentuar con el ademán la palabra "felicidad", pero el profesor agitó la mano:

—¡Basta!

—¡Pero termino en seguida, no quedan más que unas líneas! —gimió Petia.

"Más clara que el azur, la oleada la lleva..."

—¡Basta! ¡Basta! ¡Puedes irte a tu casa!

—¿No quiere que le recite alguna otra cosa? Sé "El canto de Oleg", poesía de Alejandro Pushkin.

—¡No! ¡Nada más! Puedes decirle a tus padres que te hemos admitido. ¡Eso es todo!

Petia se quedó con la boca abierta. Permaneció dos buenos minutos en medio de la clase, sin saber qué hacer.

Le parecía completamente increíble que ese terrible y misterioso acontecimiento, para el que se había preparado temblando durante todo el verano, ya se hubiese realizado.

Por último, saludó torpemente, crujió con los talones, tropezó, y se lanzó fuera de la clase. Pero un segundo después, volvió a entrar corriendo como loco, para preguntar con voz entrecortada:

—¿Y puedo comprarme una gorra de colegial?

—¡Sí, sí, puedes! ¡Anda!

Petia entró como un ventarrón en la sala de recibo, donde, sobre una silla dorada, bajo el busto de yeso de Lomonosov, estaba su tía con sombrero de verano con velo, y guantes largos.

Gritó tan fuerte, que por cierto los cocheros de los coches de punto, le oyeron desde la calle:

—¡Tía! ¡Venga pronto! ¡Dicen que hay que comprarme una gorra de colegial!

XXIX

EN LA COMISARIA

¡Ah! ¡Qué placer se experimenta al comprar una gorra! Se comienza por probarla largamente. Luego, se hace la compra; se pone uno a elegir la insignia, esa cosita plateada y muy elegante. Esta se compone de dos pequeñas ramitas cruzadas, puntiagudas, abrazando un "5.L.O.", lo que significa "5º Liceo de Odesa".

Eligieron la insignia más grande y menos cara: 15 kopecks.

El dependiente, con una punta, hizo dos agujeritos en el borde duro de la gorra de castor azul, e insertó la insignia doblando en el interior las patitas de latón.

En la casa, la gorra, provista de la insignia, suscitó general entusiasmo. Cada uno quería palparla. Pero Petia no lo permitía. ¡Admiren cuanto quieran, pero no la toquen!

Papá, Dunia, Pavlik, todos preguntaban: "¿Cuánto cuesta?", como si eso fuera lo más importante.

Petia respondía siempre con viveza:

—La gorra un rublo cuarenta y cinco, y la insignia quince kopecks. Pero, ¿qué importa? ¡Si supieran cómo me fué en el examen!

Pavlik miró la gorra de reojo y sorbió, próximo a llorar.

Petia bajó corriendo, para mostrarle su gorra a Nusia Kogan, el hijo del almacenero.

Pero Nusia Kogan estaba aún en camino, por los suburbios. ¡Era en verdad, vejante!

El padre de Nusia, el viejo Kogan, el almacenero apodado "Boris-ratón", mostró un vivo interés por la gorra nueva.

Habiéndose calzado las gafas, la examinó largamente por todos lados, hizo chasquear la lengua y terminó por preguntar:

—¿Cuánto cuesta?

Después de haber visitado a todos los conocidos de la casa, se fué a la plazoleta, a mostrar su gorra a los soldados. También

ellos preguntaron cuánto costó. ¡Ya no había más nadie a quien pudiera mostrársela y recién había transcurrido mediodía!

Petia estaba en el colmo de la desesperación.

De repente, percibió a Gavrik, que rozaba la pared de la Maternidad. Petia se lanzó a grandes gritos sobre su amigo, agitando su gorra.

Pero, Dios de Dios, ¿qué le había sucedido a Gavrik? Sus ojos estaban rodeados de negro, y arrojaban un brillo empañado y perverso, en su magro y embadurnado rostro. Tenía la camisa desgarrada. Una de sus orejas, de un rojo barroso, toda hinchada, saltaba a la vista, y daba miedo por su aspecto terrible, inverosímil.

—¡Si supieras cómo me fué en el examen! —quiso gritar Petia, pero las palabras se detuvieron en su garganta.

Murmuró:

—¡Oh! ¿Con quién te peleaste? ¿Quién te encajó esa tunda?

Gavrik tuvo un rictus sombrío y bajó los ojos.

—A ver, muéstrame eso —dijo en lugar de responder, y tendió la mano hacia la gorra. ¿Cuánto cuesta?

Poner su gorra en manos extrañas era doloroso para Petia; sin embargo, la angustia en el alma, permitió a Gavrik tocar su reciente adquisición.

—¡Ojo con estropearla!

—¡Pierde cuidado!

Los dos muchachos se sentaron bajo un zarzal, al lado de la fosa de la basura, y se pusieron a examinar la gorra por todos los costados.

Gavrik no tardó en descubrir gran número de secretos y de posibilidades que se le habían escapado a Petia.

Primeramente, constató que el delgado aro de acero que tenía el fondo de la gorra, podía levantarse. Ese aro de acero estaba envuelto en papel cubierto de manchas de herrumbre. Haciendo abstracción de la gorra, representaba un valor por sí mismo.

Sería fácil hacer un montón de tiritas de acero que podían servir, por ejemplo, para ponerlas bajo los rieles al paso del ferrocarril del suburbio, para ver qué sucedería.

Segundo, allí había un forro de satineta negro, con una inscripción de oro en mayúsculas: "Guralnik Hnos.". A condición de desgarrarlo un poco, se podrían guardar en ese forro diversas cositas ¡que nadie iría a buscar en ese sitio!

En tercer lugar, la visera de charol negro de la parte anterior, podía volverse más brillosa aún: bastaba con frotarla vigorosamente con las vainas verdes de un árbol que los chicuelos llamaban "árbol de barniz".

En cuanto a la insignia, se trataba de doblarla de inmediato, siguiendo las exigencias de la moda, y hasta cortarle ligeramente las ramitas.

Los dos amigos pusieron manos a la obra con celo, y así trabajaron hasta que la gorra les hubo entregado todos los goces que encerraba.

Esto distrajo un poco a Gavrik.

Pero cuando la gorra hubo perdido definitivamente toda forma verosímil y cuando se hartaron, Gavrik volvió a ponerse triste.

—Escucha, Petia, tráeme una rebanada de pan y dos terrones de azúcar —dijo de repente, con afectada rudeza—. Tengo que llevárselos al abuelo.

—¿Y adónde?

—A la comisaría.

Petia consideró a su amigo con ojos muy abiertos y que no comprendían nada.

Gavrik sonrió sombríamente y escupió en el suelo.

—¿Por qué me miras? ¿No comprendes? ¿Eres una nenita? Ayer encerraron a nuestro abuelo en la comisaría. Tengo que llevarle su paquete.

Petia continuó sin entender nada.

Había oído decir que en la comisaría encerraban a los borrachos, a los rompedores de vidrios, a los ladrones, a los vagabundos. Pero, ¿al abuelo de Gavrik?... Eso estaba más allá de su entendimiento.

Petia conocía muy bien al viejo; había ido muchas veces a la playa, a visitar a Gavrik.

¡Cuántas veces el abuelo lo había llevado a alta mar, a la pesca de gobios! ¡Cuántas veces lo había agasajado con su té particular, fragante, con un poco de gusto a humo! Jamás dejaba de excusarse: "Para azúcar, ¡eso no, no tengo!" ¡Cuántas veces había ajustado el flotador al sedal de Petia y le había mostrado cómo debía atarlo!

¡Y qué cómicos proverbios ukranianos tenía para todas las ocasiones de la vida! ¡Qué de historias de la época de la campaña de Turquía, qué montón de anécdotas de soldados conocía! A menudo, sentado a la turca, las piernas cruzadas, componía la red con una aguja de madera, y contaba, contaba indefinidamente. A uno le daban cólicos de tanto reír. Contaba la historia del soldado que había puesto un hacha en la olla, y del bombardero que entró directamente al paraíso, y del ordenanza que a empellones había engañado al oficial ebrio...

Petia nunca había visto a otro dueño de casa tan amable y tan hospitalario. Contaba de buena gana, pero tenía también placer, alegría, en escuchar a los demás.

Cuando le tocaba a Petia comenzar una narración, acalorarse, agitar los brazos, decir las cosas más inverosímiles e imposibles, el abuelo le escuchaba, sentado tranquilamente, aprobando muy serio con la cabeza:

—¿Y por qué no? ¡Son cosas que muy bien pueden suceder!

¡Y a un hombre como ése, le habían llevado a la comisaría! ¡Increíble!

—Pero, ¿por qué, por qué?

—¡Justamente por eso!

Gavrik suspiró, con aire de importancia, como una persona mayor; permaneció un instante en silencio, y de pronto, apoyando el hombro en su amigo, dejó caer misteriosamente:

—Escucha...

Y le contó a Petia lo que había pasado durante la noche.

Desde luego, no le dijo todo. No largó palabra ni del marinero, ni de Terenti. Según él, tres hombres perseguidos por la policía, habían acudido a su cabaña en medio de la noche. El resto de la historia correspondía exactamente a lo que había pasado.

—¡Y entonces ese puerco bigotudo se puso a torcerme las orejas!

—¡Lo que soy yo, le hubiera encajado un buen golpe! ¡Un buen golpe! —gritó Petia, excitadísimo, los ojos brillantes—. ¡Le hubiera mostrado!

—¡Cierra el pico !—respondió sombríamente Gavrik y agarrando la gorra de Petia por la visera, la hundió con tal fuerza en la cabeza de su amigo, que sus orejas se separaron.

Y continuó su narración. Petia le escuchaba, aterrorizado.

—¿Y quiénes eran? —preguntó Petia, terminada la historia—. ¿Ladrones?

—¿Por qué? Ya te digo: hombres comunes, gente del Comité.

Petia no comprendía.

—¿Qué es eso?

—¡Oh! ¡Antes de hablar contigo, es necesario haber almorzado! Ya te dije: gente del Comité. Son del Comité.

Gavrik se inclinó sobre Petia y le murmuró en la boca, exhalando olor a cebolla:

—¡Los tipos que hacen huelga! Los del Partido. ¿Me entiendes?

—¿Pero por qué le pegaron al abuelo y le llevaron al cuerpo de guardia?

Gavrik sonrió desdeñosamente.

—¡Otra vez la misma historia! Porque los había escondido, ¡bellaco! A mí también me hubieran llevado, pero no tienen derecho: yo soy muy chico. ¿Sabes por cuánto tiempo meten en gayola a los que esconden gente? ¡Oh! ¡Oh! Pero, escucha...

Gavrik bajó la voz más aún, y dijo lo más suavemente posible, mirando a su alrededor:

—Pero mira, no estará más de una semana. Los otros van a desbaratar muy pronto todas las comisarías de Odesa. Arrojarán a todos los soplones al Mar Negro. ¡Que reviente si te miento! ¡Te lo juro por la Santa Cruz!

Gavrik escupió una vez más bajo sus pies, y dijo con voz distinta, una voz de hombre de negocios:

—Bueno, ¿me vas a traer eso?

Petia corrió a la casa y dos minutos después, volvió con seis terrones de azúcar en el bolsillo y la mitad de un pan blanco escondido en su seno.

—¡Alcanza! —dijo Gavrik después de haber contado los pedazos de azúcar y sopesado el pan al extremo de su brazo extendido—. ¿Vienes conmigo a la comisaría?

El puesto policial no estaba lejos, pero, desde luego, le estaba estrictamente prohibido ir allí. ¡Pero vamos! Petia sintió de pronto un deseo irresistible de acompañar a Gavrik.

¡Caso doloroso de conciencia!

Cuando, finalmente, la conciencia lo asaltó, era demasiado tarde: estaban en la puerta de la comisaría.

En presencia de Gavrik, todas las nociones y todas las cosas, salían de su ambiente común y revelaban cualidades hasta entonces ignoradas. Molinos-Cercanos, cesaba de ser la ciudad melancólica de viudas y huérfanos, para convertirse en un suburbio obrero, con gallos violetas sobre las verjas; el agente de policía se volvía una bestia; en el fondo de la gorra, aparecía un aro de acero.

Y ahora, ¡esa comisaría!

¿Qué había sido hasta entonces en la cabeza de Petia? Un gran edificio público en la esquina de la calle Richelieu y Nueva de los Pescados, frente a la iglesia de San Panteleimón. ¡Cuántas veces Petia había pasado en ómnibus delante de esa casa...!

Lo que había observado, sobre todo, era un alto patio cuadrado, con un pequeñísimo bombero en la cima. Día y noche, inspeccionando la ciudad desde arriba, un buen hombre con piel de carnero, caminaba por un balconcito alrededor de un mástil atravesado por una barra. Ese mástil siempre había recordado a Petia a una balanza o un trapecio. Tenía además unas bolitas negras, siniestras, cuyo número designaba el distrito donde había estallado el incendio. Y la ciudad era tan grande, que siempre, sin falta, había fuego en alguna parte.

Al pie de la torre se encontraba el depósito de extinguidores de Odesa. Allí se veían varias puertas enormes de hierro forjado.

Ahí, se oía estallar a veces, el grito desgarrador de las trompetas: uno a uno, salían los tiros de cuatro caballos tordos, con sus crines y colas blancas flotando al viento.

La comitiva roja de los bomberos, siniestra y semejante, sin embargo, a un juguete, volaba sobre el empedrado, bajo el acompañamiento del rebato. Dejaba detrás de sí las lenguas anaranjadas de la llama desprendida de las antorchas. El fuego se reflejaba en los cascos de latón. El espectro de la tragedia se elevaba sobre la ciudad indiferente. Aparte de eso, la comisaría nunca había parecido digna de interés a los ojos de Petia.

Pero con Gavrik... como bajo el golpe de una varita mágica, la comisaría se transformó en una estrecha callejuela, sobre la que daban las ventanas enrejadas de un depósito.

La comisaría era, simplemente, una prisión.

—Espérame aquí —dijo Gavrik.

Atravesó el húmedo pavimento y sin dejarse notar por el agente, se deslizó por la reja de la comisaría. Visiblemente, también allí, Gavrik era familiar.

Petia permaneció solo, en medio de un pequeño grupo estacionado. Eran familiares de los detenidos. Desde la calle, intercambiaban conversaciones con los presos.

Petia nunca hubiera pensado que en la comisaría pudiera estar encerrada tanta gente: no había menos de cien.

Unos permanecían de pie junto al alféizar, con la mano en las rejas de las ventanas abiertas; otros, miraban por detrás de las espaldas de los primeros, agitando los brazos; otros más, saltaban en el aire, tratando de mirar a la calle por encima de las cabezas y los hombros.

Para asombro de Petia, allí no había ni ladrones, ni borrachos, ni vagabundos. Muy al contrario: hombres simples, comunes, completamente correctos, cantidad de esos que uno puede ver todos los días en la estación, en la calle Lanyerón, en el Parque Alexander, en el ómnibus... Hasta había algunos estudiantes. En particular, sobresalía uno de los prisioneros por su negra capa velluda del Cáucaso, echada sobre una túnica blanca de botones dorados. Con las dos manos apoyadas sobre sus magras mejillas, gritaba a alguien de la muchedumbre, con ensordecedora voz en cuello:

—Por favor, diga en la Asociación que esta noche, los camaradas Lorkipanidzé, Krasikov y Burevoi han sido llevados de sus celdas con sus cosas. Repito: ¡Lorkipanidzé, Krasikov y Burevoi! ¡Esta noche! Organicen una protesta pública. ¡Saludos a los camaradas!

Un hombre de chaqueta y blusa rusa de cuello desabrochado, que por ciertos rasgos recordaba a Terenti, gritaba por la otra ventana:

—¡Dígale a Serioya que vaya a cobrar mi paga a la oficina!

Se oían voces que se cortaban unas a otras.

—¡Desconfíen de Afanasiev! ¿Me oyes? ¡Desconfíen de Afanasiev!

—Kolka está preso en la comisaría del Bulevar.

—¡En casa de Pavel Ivanich, en la caja de madera, detrás del armario!

—¡A más tardar, el miércoles!

A su vez, los familiares gritaban, elevando encima de la cabeza, las esportillas y los niños.

Una mujer tenía en brazos una niña que llevaba zarcillos idénticos a los de Motia.

Gritaba:

—¡No te hagas mala sangre por nosotros! ¡Los amigos no nos abandonan! ¡Tenemos bastante que comer! ¡Puedes ver que nuestra Verotchka se porta formidablemente bien!

A veces, se acercaba un policía al gentío, con las dos manos puestas en la vaina del sable.

—Señores, se los digo con toda cortesía: prohibido pararse ante las ventanas y conversar con los detenidos.

Pero al instante, brotaban de las ventanas, ensordecedores silbatos, juramentos increíbles. Y sobre el agente, volaban cortezas de sandía, restos de maíz, cohombros.

—¡Flic!

—¡Bestia!

—¡Anda a hacerle la guerra a los japoneses!

Y el agente, con su sable bajo el brazo, regresaba sin prisa a la reja, como si nada extraordinario hubiera pasado.

No, decididamente, en este mundo las cosas no iban viento en popa: las apariencias engañan.

Gavrik regresó sombrío, colérico.

—Y bueno, ¿viste a tu abuelo?

Gavrik no respondió. Los dos amigos emprendieron el camino de regreso. Gavrik se detuvo en la estación.

—¡Le dan una paliza todos los días! —pronunció sordamente, secándose las mejillas con su manga desgarrada—. ¡Hasta pronto!

Y Gavrik se puso en marcha.

—¿Adónde vas?

—A Molinos-Cercanos.

Atravesando la plaza Kulikovo, regresó Petia lentamente. El viento arrojaba nubes de polvo seco, que entristecían el alma.

El chico se sentía tan apenado que ni le produjo alegría, el cartucho vacío que encontró en el camino.

XXX

EN PREPARATORIO

Había comenzado el otoño.

Petia iba al liceo. El muchachón bronceado, de largas piernas con medias de hilo escocés, se había convertido, una vez endosado el uniforme, en un pequeño escolar de preparatorio, que tenía la cabeza rapada, y a quien en el lenguaje del liceo habían bautizado "el mono".

El pantalón largo de paño y la chaqueta de uniforme, comprados mediante treinta y seis rublos en la tienda de confecciones Landesman, estaban mal ajustados y eran incómodos. El grueso cuello frotaba dolorosamente la tierna piel de Petia, habituado al amplio escote de la blusa marinera.

Hasta el cinturón, verdadero cinturón de colegial con hebilla de esmalte, lo que Petia codiciara más ardientemente después de la gorra, no justificó sus ansias. Se subía siempre bajo los brazos, la hebilla se iba de costado, el extremo libre de la correa, colgaba.

Este cinturón no daba a su dueño el aspecto varonil, con que tanto había contado el muchachito; provocaba constantemente humillantes cuidados, objeto de las burlas de los grandes.

Pero, ¡qué de alegrías imprevistas con la compra de cuadernos, de manuales, de útiles escolares!

¡Qué diferencia entre la librería clásica, de aspecto imponente y tranquilo y las de las otras tiendas frívolas, inconsistentes, de la calle Richelieu o de las Grandes Galerías! Esta librería, quizá hasta fuera más imponente que la farmacia, o por lo menos, tenía aspecto más sabio.

Por sí mismo, su angosto y modesto rótulo

"Educación"

inspiraba un profundo sentimiento de respeto.

Petia se dirigió hacia allí, con su papá, una sombría tarde de otoño.

La librería es el reino de ensueño de las encuadernaciones de reflejos verdosos, como en la universidad; estaba iluminada con picos de gas y adornada con cabezas coloreadas de representantes de las cuatro razas: roja, amarilla, negra y blanca.

Las tres primeras cabezas correspondían exactamente al nombre de su raza. El indio, era en verdad rojo; el chino, recordaba el color del limón; el negro, era más negro que el alquitrán. No se había atenuado más que al representante de la raza blanca, dominante: el ario no era blanco, sino de un rosa suave, con una barbita rubia estampada.

Hipnotizado, Petia examinaba los globos azules, atravesados por meridianos de cobre, los mapas negros del cielo estrellado, los cuadros de anatomía, espantosos y violentamente sugestivos.

Toda la sabiduría del universo, concentrada en ese negocio, parecía penetrar por los poros del cliente. Después de esa visita, cuando volvió a su casa en el ómnibus, Petia se sentía muy instruído. Y sin embargo, en la librería no habían permanecido más de diez minutos y no habían comprado más que cinco libros, de los cuales, el más grueso, costaba cuarenta y dos kopecks.

Le habían comprado también una verdadera cartera de becerro, con el pelo dado vuelta hacia afuera, y un canastillo para las meriendas.

Eligieron en seguida, una buena alcancía adornada con una calcomanía sobre su tapita barnizada. Esta tablita rechinaba cada vez que se le hacía deslizar por las ranuras, igual que un huevo de Pascua de madera, de los que se veían en la localidad. Petia llenó todos los compartimientos de la alcancía con los objetos que le estaban destinados, y lo hizo con mucho gusto y cuidado, vigilando sobre todo, que ningún compartimiento quedara vacío.

Allí puso plumas de toda clase; una azul, de tres agujeros, una "pluma de cuervo", una "redonda", una "calavera", una "Pushkin" con la cabeza rizada del ilustre poeta, y muchas otras.

Luego, la goma, con un elefante impreso, un difumino, dos lápices de escribir y otro de dibujo, un pequeño cortaplumas nacarado, un costoso portaplumas: ¡veinte kopecks!, estampillas de todos colores, chinches, alfileres, pequeñas estampas.

¡Y todos esos instrumentos de aplicación, menudos y elegantes, eran absolutamente nuevos, barnizados, hacían buen efecto!

Petia pasó toda una velada forrando cuidadosamente manuales y cuadernos con un papel azul especial que pegó con las estampillas.

En los ángulos, pegó pequeñas imágenes dentelladas. Los ramilletes y los ángeles barnizados, apretaban con fuerza las cintitas de seda.

Petia escribió con toda prolijidad en los cuadernos:

Cuaderno
de Piotr Batchey
Alumno de Preparatorio del 5º liceo de Odesa.

Petia había esperado impacientemente la mañana. Todavía el patio estaba casi negro y la lámpara ardía aún, cuando el muchachito corrió al liceo, armado de punta en blanco como para la guerra.

¡Cuidado con la ciencia! Ella no podía resistir su asalto. Con infinita paciencia, en el liceo y en la casa, se encarnizó durante tres semanas en organizar su material científico. A cada instante, despegaba y volvía a pegar las estampitas, cambiaba el forro de sus textos, cambiaba las plumas en la alcancía, para alcanzar la cumbre de la belleza y la perfección.

Cuando su tía le decía:

—¡Harías mejor en aprender tus lecciones!

Petia gemía:

—¡Oh, tía! ¡Siempre dice tonterías! ¡Cómo puedo aprender mis lecciones si mis útiles no están en condiciones!

En resumen, todo iba bien.

Una sola cosa ensombrecía la alegría de Petia: no había sido interrogado ni una vez; no tenía ni una nota en su agenda. Casi todos los alumnos tenían notas, menos Petia.

Todos los sábados, traía melancólicamente su agenda vacía, lujosamente forrada con papel rosado, adornado con estrellas doradas y plateadas con imágenes, y marcadores multicolores. Pero, una vez, un sábado, Petia entró como una tromba en el comedor, radiante, emocionado, carmesí de felicidad. Agitaba su hermosa agenda:

—¡Tía! ¡Pavlik! ¡Dunia! ¡Rápido, vengan aquí! ¡Miren, al fin tengo mis notas! ¡Ah! ¡Qué lástima que papá no esté aquí!

Y arrojando solemnemente la agenda sobre la mesa, se apartó esperando con aire de modestia arrogante.

—¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver! —gritó la tía, que acudió con un modelo de bordado en la mano—. ¡Muéstrame esas notas!

Tomó la agenda y la recorrió rápidamente con los ojos.

—Catecismo 2, lengua rusa 2, cálculo 2, atención 3, aplicación 3, —dijo la tía asombrada y meneando la cabeza como con reproche—. ¡No comprendo por qué estás tan contento! ¡Nada más que dos!

Petia pataleó de despecho:

—¡Ya sabía que iba a pasar esto! —gritó con lágrimas en la voz—. ¡Usted no comprende, tía! ¡Lo importante es que tenga notas! ¡Comprende: notas! ¡Y usted, usted no quiere comprender...! Siempre lo mismo...

Petia se apoderó de su famosa agenda y saltó al patio de cuatro en cuatro, para mostrar las notas a sus compañeros.

De este modo, tuvo fin el primer y alegre período de las clases de Petia. Luego comenzó la severa vida de todos los días, período fastidioso en que se estaba obligado a "meter leña".

Gavrik había desaparecido, y Petia, absorbido por entero por su vida de colegial, casi le había olvidado.

También Gavrik había olvidado por un tiempo la existencia de Petia. Ahora habitaba en Molinos-Cercanos, en casa de Terenti.

El abuelo seguía siempre preso, a veces lo tenían en el cuerpo de guardia del barrio Alexander, otras en la policía secreta, o lo conducían en coche de punto, en mitad de la noche. Pero sin duda, el viejo sabía callar, porque aún no habían tocado a Terenti.

Gavrik no sabía dónde estaba el marinero. Se abstenía de preguntar a Terenti, pero, por ciertos indicios, podía creerse que el marinero estaba seguro, en los alrededores.

¡En Molinos-Cercanos, había guaridas y escondrijos donde un hombre podía esconderse, perderse, desaparecer! ¡Y había, en Molinos-Cercanos, de esos hombres que se soterraban, esperando!

Gavrik no se ocupaba de meter la nariz en cosas ajenas. El mismo, tenía un montón de asuntos entre manos.

Terenti y su familia atravesaban momentos difíciles. El ferrocarril estaba casi todo el tiempo en huelga. Terenti iba tirando, rebuscándose como podía. Pero el trabajo era escaso y los asuntos urgentes, de los que no hablaba sino por alusiones, a su familia, le llevaban mucho tiempo.

Podía decirse que Terenti ya no se pertenecía a sí mismo. A veces venían a buscarlo en plena noche, y entonces, sin decir palabra, se vestía y partía, algunas veces por veinticuatro horas.

En la casa había siempre extraños, agasajados con *kulech* y té. Las huellas del barro otoñal, no desaparecían jamás de la antesala; una columna de humo de *majorka* flotaba en la casa.

A Gavrik le molestaba vivir a expensas de su hermano, que tenía la carga de una familia; estaba obligado a proveerse de su subsistencia por sí mismo. ¡Ya no era un bebé! Y luego, se trataba de llevarle paquetes al abuelo preso. Desde luego, sin el abuelo ni había que pensar en la pesca. Por otra parte, estallaba una tempestad cada dos días.

Gavrik se fué a la playa, arrastró la barca a casa de unos vecinos y cerró la cabaña con candado.

Pasaba los días vagando por la ciudad, calzado con unos viejos tamangos de Terenti, buscando su subsistencia. Lo más simple hubiera sido pedir limosna. Pero Gavrik hubiera aceptado antes reventar que tender la mano a los transeúntes. Ante esa sola idea, hervía toda su sangre de pescador.

¡No! Estaba habituado a ganarse su pan. Ofrecía sus servicios a las cocineras para llevarles las esportillas del mercado a la puerta de sus casas, mediante dos kopecks; ayudaba a los cargadores en la estación Mercaderías-Odesa; hacía mandaditos a los cocheros de los coches de punto, que, bajo pena de multa, no podían dejar su coche: les iba a buscar un cuartillo de vodka al despacho del Estado.

Pero cuando faltaba trabajo y Gavrik tenía hambre, iba a la iglesia del cementerio y esperaba a un muerto para recoger un puñado de *kolevo,* manjar funerario compuesto de arroz cocido espolvoreado con azúcar y mezclado con cuadraditos violetas de fruta abrillantada.

Era costumbre en Odesa, distribuir *kolevo* en los entierros. Los mendigos de los cementerios la aprovechaban ampliamente. Así, algunos se llenaban el buche. Pero no eran los mendigos los únicos en comer *kolevo;* todos los que asistían al entierro hacían lo mismo y Gavrik no juzgaba humillante aprovechar esa costumbre tan cómoda. Además, los cuadraditos de fruta abrillantada podían ser ofrecidos a los niños de Terenti como golosinas, sin lo cual, se le hacía violento a Gavrik ir a dormir a su casa.

A veces, Terenti le mandaba llevar un paquete a una dirección que había que aprender forzosamente de memoria, pues estaba estrictamente prohibido anotarla en un papel. A Gavrik le gustaban esos encargos, ligados evidentemente a los asuntos que absorbían a Terenti todo su tiempo.

El paquete —casi siempre eran papeles— lo enterraba Gavrik en las profundidades de su bolsillo, aplanando la saliente. Sabía que en caso de "accidente", debía decir que lo había recogido en la calle.

Después de haber encontrado el destinatario, era absolutamente necesario decir en primer término: "buenos días, señor; Sofía Ivanovna le manda saludos". El hombre debía responder: "¿Y cómo está Sofía Ivanovna?" ¡Sólo entonces, y no antes, podía entregar el paquete al hombre! Comúnmente, éste, al recibir el paquete, le daba diez kopecks al chico "para el ómnibus".

¡Oh! ¡Qué encargos terribles y alegres!

Y, por último, Gavrik ganaba dinero jugando a las "orejas". Este juego, acababa de acaparar la moda. Los niños, y hasta los adultos, se apasionaban por ese pasatiempo. "Orejas", se llamaba a los botones de uniformes de las diversas dependencias públicas, que tenían un arito en el interior.

Los jugadores amontonaban las "orejas" y por orden de lista, lanzaban un botón especial llamado "acuñación", tratando de hacer dar vuelta los botones del montón sobre su cara anterior, que tenía un águila. Toda oreja así daba vuelta, era considerada ganada.

Este juego no era ni más difícil ni más interesante que los otros, pero tenía un encanto particular y diabólico: las orejas valían dinero. Siempre se podían comprar y vender. Eran cotizadas en la bolsa de la calle.

Gavrik era un jugador prestigioso. Tenía golpe de mano duro, vigoroso y la mirada justa. Rápidamente, adquirió la fama de un campeón. Tenía una bolsa siempre llena de excelentes orejas de las variedades más caras. Cuando sus asuntos iban muy mal, vendía una parte de su reserva.

Pero su bolsita no estaba nunca vacía. Al día siguiente mismo, Gavrik ganaba más orejas aún de las que vendiera la víspera.

Así, lo que para los demás era una distracción, se había convertido para Gavrik en una especie de profesión lucrativa. Era menester, en verdad, salir de apuros.

XXXI

UN CAJON SOBRE UNA CUREÑA

Se anunciaban graves acontecimientos. Parecía que avanzaban con terrible lentitud, y no obstante, venían con la velocidad de un expreso.

Gavrik, habitante de Molinos-Cercanos, conocía muy bien ese sentimiento de espera a la llegada de un tren lanzado en tromba.

Ese tren, está todavía lejos, no se lo ve ni se lo oye, pero un largo tintineo en la estación ''Mercaderías-Odesa'', anuncia su proximidad. La vía está ''libre''. El semáforo está abierto. Los rieles brillan, inmóviles. Alrededor, silencio absoluto. Pero todo el mundo sabe que el tren llega y que ninguna fuerza podrá detenerlo.

La barrera desciende lentamente ante el paso a nivel. Los chicos se apresuran a trepar la empalizada de la estación. Bandas de pájaros alertas dejan los árboles y vuelven sobre el estanque. Desde allá arriba, por cierto, ya ven el tren.

De lejos, llega el sonido apenas perceptible de la trompeta del guardaagujas, y he aquí, que sin ser notado, un débil ruido se mezcla al silencio. En verdad, no es exactamente un ruido. Es el presentimiento de un ruido, una delicada trepidación de los rieles que se llenan de un rumor imperceptible. Pero no deja de ser trepidación, sonido, ruido.

Se oyen claramente los lentos suspiros del vapor, cada uno de ellos más perceptible que el precedente.

Y aun así, cuesta creer que en un minuto, pasará el expreso como un bólido. Pero he aquí, que de pronto se descubre delante de uno, la locomotora envuelta en una nube de vapor. Se diría que permanece inmóvil, al fin de la verde alameda.

Sí, se ha detenido, es cierto. Pero entonces, ¿por qué crece, monstruosamente, a cada instante? Ya no hay tiempo de contestar esa pregunta.

Lanzando bolas de vapor por los dos costados, pasa el expreso violentamente, en vertiginoso torbellino de ruedas, ventanas, plataformas, resortes, tambores, topes...

Errando todo el día por la ciudad, Gavrik no podía permanecer sordo a la proximidad de los acontecimientos. Aún se encontraban en camino —mitad de la ruta, quizás, entre Odesa y San Petersburgo— pero ya se mezclaba al silencio de la espera el ruido, que se adivina más que se oye, del inevitable movimiento.

Balanceándose sobre sus muletas nuevas, caminaban por las calles los heridos barbudos, con sus negros gorros velludos de Manchuria y capotes echados sobre los hombros, y adornados con la cruz de San Jorge.

Los obreros que llegaban de Rusia Central, difundían el rumor de que había estallado una huelga general. Ante la muchedumbre que se atropellaba frente a las comisarías, era cuestión de usar la violencia. Entre la gente que circulaba en torno a la Universidad y a la escuela superior de mujeres, se hablaba de libertad. Se hablaba de insurrección armada entre los gentíos estacionados alrededor de la fábrica Ghene.

Una vez, a fines de setiembre, atracó en la rada un gran steamer blanco: traía el cuerpo del General Kondratenko, muerto en Port-Arthur.

El enorme cajón, que pesaba una tonelada y que contenía un ataúd de plomo, había viajado casi un año por tierras y mares extranjeros, antes de llegar al país natal.

Allí, en el puerto, se le instaló sobre una cureña y se le condujo a la estación, a través de las largas avenidas de Odesa.

Gavrik vió una sombría y solemne procesión iluminada por el pálido sol de setiembre: sotanas funerarias de sacerdotes, caballería, agentes de policía con guantes blancos, cintas negras suspendidas de los reverberos.

Los sepultureros, con tricornios negros de cordones plateados, llevaban al extremo de sus palos unos faroles donde vacilaban las pálidas chispas de los cirios, apenas visibles a la luz del día.

Las orquestas militares tocaban sin interrupción, pero muy lentamente, mezclándose al coro del arzobispado.

Se elevaban al cielo las voces infantiles, intolerablemente agudas, casi chillonas, pero sin embargo dolorosamente armoniosas, vibrando bajo la bóveda de las acacias marchitas. Un pálido rayo de sol, atravesaba el humo violeta del incienso. La cureña con el enorme cajón negro levantado muy alto y cubierto de coronas y cintas, avanzaba lentamente, por el centro de la calle Pushkin, bordeada de tropas.

Cuando la procesión alcanzó la plaza de la estación, apareció sobre la verja un estudiante. Blandió su gorra de universitario sobre su cabeza peluda y gritó:

—¡Camaradas!

En medio de esa enorme y muda multitud, su voz parecía muy débil, apenas perceptible. Pero la palabra que había lanzado: "¡camaradas!", era tan increíble, insólita, osada, que la oyó todo el mundo y todas las cabezas, tantas como eran, se volvieron hacia la pequeña silueta, suspendida de la reja maciza de la plaza.

—¡Camaradas! ¡No olviden Port-Arthur, no olviden Tsushima! ¡No olviden la jornada sangrienta del 9 de Enero! ¡El zar y sus esbirros han reducido a Rusia a una vergüenza inaudita, a una ruina y a una miseria inaudita! ¡Pero el gran pueblo ruso vive y vivirá! ¡Abajo el absolutismo!

Ya los policías arrancaban al estudiante de la reja. Pero él, agarrándose a la balaustrada con los pies, agitando su gorra, gritaba rápido, fuera de sí, queriendo terminar su discurso a cualquier precio:

—¡Abajo el absolutismo! ¡Viva la libertad! ¡Viva la Re...!

Gavrik vió que lo arrastraban teniéndolo de los brazos.

Un repique fúnebre flotó por la ciudad. Las herraduras resonaban sobre el empedrado.

El ataúd que contenía los despojos del general Kondratenko fué colocado en un vagón mortuorio, enganchado al tren de San Petersburgo. Por última vez, tronaron los músicos.

—¡Presenten arrrmas!

El tren arrancó.

Detrás de la clara fila de las bayonetas impecablemente alineadas, pasó lentamente el vagón mortuorio, que llevaba el cajón negro marcado con una cruz. Pasó por "Mercaderías-Odesa", a través de los suburbios negros de inmóviles muchedumbres, por las estaciones y paradas silenciosas, atravesando toda Rusia, hacia el norte, hacia San Petersburgo. Con ese

triste convoy, recorría toda Rusia el espectro de la guerra perdida.

Durante varios días, Petia tuvo la impresión de que en su casa había un muerto. Se caminaba en silencio. Se hablaba poco. La tía tenía siempre un pañuelo de mano estrujado, sobre el tocador. Inmediatamente después de la cena, el padre, en silencio, recubría la lámpara con una pantalla verde y permanecía hasta tarde de la noche corrigiendo ejercicios. A cada momento, se le caían los quevedos y él los frotaba con el forro de su levita.

Petia permanecía quieto. Esbozaba en el cuaderno reservado especialmente para el dibujo, no las esferas o los conos que debía hacer como deberes, sino la batalla de Turentchen y el crucero Retvisan, con la angosta proa envuelta en chorros de agua y en las explosiones que hacían al estallar, los torpedos japoneses. Sólo el infatigable Pavlik ataba siempre a Filasón a una silla dada vuelta y soplando a pulmones llenos en una trompetita de hojalata pintada, conducía por el corredor "el entierro de Kondratenko".

Una vez, al acostarse, Petia oyó en el comedor las voces de papá y la tía:

—Imposible, imposible vivir, —decía la tía gangueando como si tuviese romadizo. Pero Petia sabía muy bien que se sentía perfectamente.

Paró la oreja.

—Uno se ahoga literalmente, —continuó con voz mojada en lágrimas—. ¿Es posible qus usted no lo sienta, Vasili Petrovich? Yo, en lugar de ellos, tendría vergüenza de mostrarme ante la gente, pero ellos, —¡Dios mío!— parecen decir que todo está en regla. En el bulevar Francés, vi —¡y no podía creer a mis ojos!— una yunta espléndida, gris-tordillos soberbios, un landó, y en el pescante, un soldado-cochero de guantes blancos. Ruido, algazara, brillantez... Dos damas, con cofias blancas de la cruz roja, capas de terciopelo forradas con cebellina, con brillantes grandes como avellanas en los dedos, impertinentes, las cejas arregladas, los ojos brillantes de belladona... Y con ellas, dos elegantes edecanes, con sables pulidos como espejos, cigarrillos entre sus blancos dientes. Se ríen, se divierten... ¿Y sabe quiénes eran? La señora Kaulbars y su hija, con sus amantes, que iban a pasear a Arcadia, mientras Rusia zozobra

en sangre y lágrimas. ¿Qué me dice?... No; piense un momento: ¡diamantes grandes como avellanas! ¿De dónde sacaron esas piedras preciosas? Esa gente ha robado, saqueado, se ha llenado los bolsillos... ¡Oh! ¡Cómo detesto a toda esa banda de canallas, permítame la expresión! ¡Las tres cuartas partes del país se muere de hambre! Distritos enteros sucumben en la penuria... ¡No puedo verlo más!... ¡No puedo más!...

Petia oyó jadeantes sollozos.

—¡Se lo suplico, Tatiana Ivanovna!... ¿Qué podemos hacer?... ¿Qué hacer?...

—¡Ah! ¿Lo sé acaso? Protestar, exigir, gritar, salir a la calle...

—Se lo suplico... Yo comprendo... pero, dígame, ¿qué podemos hacer nosotros?

—¿Qué podemos? —gritó la tía con voz aguda y clara—. ¡Todo! ¡Todo podemos! ¡Siempre que lo querramos y no tengamos miedo! ¡Podemos decirle en la cara al bribón que es un bribón, al ladrón, que es un ladrón, al cobarde, que es un cobarde! ¡Pero nos encerramos, nos callamos! ¡Dios mío! ¡Es terrible pensar hasta donde ha llegado la desdichada Rusia! ¡Generales incapaces, ministros incapaces, zar incapaz!

—¡Por Dios, Tatiana Ivanovna! ¡Nuestros niños podrían oírnos!

—¡Y será mejor que me oigan! ¡Que sepan en qué país viven! ¡Nos darán las gracias después! ¡Que sepan que tenemos un zar imbécil y borracho, y que además, ha sido golpeado con cañas de bambú! ¡Aborto! Y los hombres más generosos del país, los más honestos, los más instruídos, los más inteligentes, se pudren en las cárceles, en los trabajos forzados.

El padre, prudentemente, fué al cuarto de los niños a ver si los dos chicos no se habían despertado. Petia cerró los ojos y se puso a respirar profunda y regularmente, simulando que dormía. El padre se inclinó sobre él, le besó en la mejilla con labios temblorosos, y salió de puntillas cerrando la puerta con cuidado. Aún por un largo rato se dejaron oír las dos voces en el comedor. Petia no dormía. Rayos de luz nocturna

surcaban el techo. Se oía el chasquido de las herraduras. Los vidrios temblaban suavemente.

Y al muchachito le parecía que permanentemente, bajo sus ventanas, iba y venía el brillante landó de la señora Kaulbars, que había robado del Tesoro (al Tesoro le veía bajo el aspecto de una caja de hierro, montada sobre ruedas) una cantidad enorme de monedas y de diamantes.

XXXII

NIEBLA

Aquella noche se abrieron a los ojos de Petia muchas cosas que no sospechaba.

Antes, tenía nociones conocidas universalmente, imprescriptibles, a tal punto, que no había necesidad de pensarlas.

Por ejemplo, Rusia. Era perfectamente claro e indiscutible que Rusia era el mejor país, el más fuerte, y el más bello del mundo. Si no fuese así, ¿por qué iban a vivir en Rusia?

Luego, papá. Papá era el hombre más inteligente, el mejor, el más valiente e instruído del mundo.

Luego, el zar. Del zar, ¡ni qué hablar! El zar, era el zar. El más sabio, el más poderoso, el más rico. Pues si no, ¿por qué Rusia pertenecía precisamente al zar y no a algún otro emperador o rey, por ejemplo, al Rey de Francia?

Y en fin, desde luego, Dios, del que era verdaderamente imposible decir nada: eso iba de por sí.

Pues bien: ¿qué se revelaba? Rusia era el más desdichado de los países. A parte de papá, había aún otros hombres, lo mejor de lo mejor, que se pudrían en el trabajo forzado; el zar era un imbécil y un borracho y le habían pegado con cañas de bambú. En cuanto a los ministros, eran unas nulidades; los generales, igualmente nulidades. Y no fué Rusia que derrotó al Japón, lo que hasta entonces estaba fuera de duda; muy por el contrario, Japón venció a Rusia.

Y luego, sobre todo, papá y tía habían hablado de ello. Además, el propio Petia, en parte, lo había adivinado.

Encerraban en la prisión a gente decente, gente que no se emborrachaba, y hasta a un viejo tan bueno como el abuelo de Gavrik a quien habían golpeado duramente. El marinero se había arrojado al agua. Los soldados habían detenido la diligencia. En el puerto habían apostado centinelas. El

dique se había incendiado. Desde un acorazado, tiraron sobre la ciudad.

¡No! Era bien evidente que la vida no era tan alegre, agradable, indolente, como pudiera parecer hace poco.

Petia tenía buenas ganas de preguntarle a su tía, ¿quién y cómo había golpeado al zar con cañas de bambú? Y luego, sobre todo, ¿por qué con cañas de bambú? Pero comprendía ahora que había cosas de las que era mejor no hablar. Por otra parte, la tía continuaba siendo la misma tía simpática, burlona, práctica, que no divulgaba los sentimientos que sólo una vez, aquella noche, había expresado con tanta franqueza.

Ya estaban en octubre.

Las acacias se habían deshojado casi por completo. Rugía la tempestad en el espacio.

Uno se levantaba y se acostaba a la luz de la lámpara.

Durante semanas enteras, la niebla cubrió la ciudad. Hombres y árboles parecían dibujados en ella como sobre un vidrio despulido.

Las lámparas, apagadas a las nueve de la mañana, volvían a encenderse a las cinco. Lloviznaba. De vez en cuando cesaba la lluvia. El viento arrastraba la niebla. Entonces, un crepúsculo púrpura ardía largamente en un cielo puro como cristal, detrás de la estación, detrás del mercado, detrás de las claraboyas de los cercados, detrás de las ramas desnudas de los árboles invadidos por nidos de cuervos, grandes y negros como gorros forrados, de Manchuria.

Las manos se helaban si se salía sin guantes; la tierra se endurecía. Un terrible silencio, el vacío, la transparencia, flotaban sobre los techos. La ciudad estaba aislada de la plaza Kulikovo por este diáfano tabique de silencio. La ciudad retrocedía infinitamente con todos sus rumores alarmantes, sus misterios; la espera de los acontecimientos aparecía con claridad casi brutal y al mismo tiempo infinitamente lejos, como si se la examinara a través de un anteojo invertido.

Pero el tiempo se descomponía; oscurecía el cielo, una opaca niebla venía desde el mar. A dos pasos, no se veía ni pizca. Era la terrible tarde ciega que comenzaba, seguida de la noche.

Un viento duro soplaba del mar. Del puerto, llegaba la voz oscura y espeluznante de la sirena. Preludiaba con notas bajas y luego, ascendiendo con rapidez vertiginosa, se elevaba

como una gama cromática hasta un alarido a la vez estridente y suave, infinitamente melancólico. Parecía que un instrumento homicida partía con ese aullido y se perdía en la oscuridad de la tormenta.

En esas tardes, Petia tenía miedo de acercarse a la ventana, de mirar a la calle por las persianas entornadas.

Todo el enorme y salvaje espacio de la plaza Kulikovo se sumergía en las tinieblas. La nebulosa oscuridad soldaba estrechamente la plaza a la ciudad. Se generalizaban los misterios. Parecía que se esparcían insensiblemente de un reverbero a otro, ahogados por la niebla.

Se veían deslizar las sombras de raros transeúntes. A veces, se oía en la oscuridad el silbato de la policía, largo y débil. Un cuerpo de guardia reforzado, permanecía a la entrada del Estado Mayor. Pasaba la patrulla marcando el paso brutalmente.

En todos los rincones, quizá hubiera alguien escondido. A cada instante, algo imprevisto y horrible podía producirse.

Y en efecto, sucedió una vez.

Alrededor de las diez de la noche, Dunia, que había ido a comprar petróleo al almacén, entró corriendo al comedor y sin quitarse la cofia, anunció que hacía cinco minutos un centinela se había saltado la tapa de los sesos en el terreno abandonado, al pie del muro del Estado Mayor. Dió detalles horribles: el soldado se había quitado una bota, puesto el caño del fusil en la boca y oprimido el gatillo con el dedo de su pie desnudo. Toda la nuca había sido destrozada. Dunia permanecía petrificada, pálida, los labios completamente grises; y y a cada momento, ataba y desataba el nudo de su cálida pañoleta a franjas.

—Y además, se dice que ni siquiera dejó una esquela, —dijo por último—. ¡Seguro que no sabía escribir!

La tía se apretó los dos puños contra las sienes, con toda su fuerza.

—¡Ah! ¡qué esquela! —exclamó con lágrimas de cólera, y posó la cabeza sobre el mantel, junto al platillo lleno de té, donde se reflejaba, en sus menores detalles, pero minúscula y oscilante, la lámpara cubierta con una pantalla blanca—. ¡Qué esquela! ¡Es bien claro!...

Por la ventana de la cocina, que daba sobre el terreno, Petia vió agitarse los faroles de la ambulancia y errar unas sombras.

Transido de miedo y de frío, el chico permaneció sentado sobre el helado alféizar de la ventana, en la cocina vacía, con el rostro pegado al vidrio chorreante por la lluvia. No podía separar los ojos de la oscuridad, donde aún creía sentir la presencia de la muerte.

Petia estuvo mucho tiempo sin poder dormirse: a cada instante, se representaba con terror el cadáver del soldado descalzo, en uniforme completo de centinela, la nuca destrozada, el rostro azul y enigmáticamente inmóvil.

A la mañana siguiente, a pesar de todo su miedo, no pudo vencer la tentación de ver ese lugar horrible.

Una fuerza misteriosa lo arrastró hacia el terreno. Cuando iba para el liceo, hizo un rodeo y con prudencia, en puntas de pie, como en la iglesia, marchó sobre el pasto podrido, húmedo por la lluvia y la niebla, hacia el sitio donde había estacionado un grupito de curiosos.

Junto a la pared del Estado Mayor, Petia vió un hoyo cavado en la tierra húmeda, un hoyo del tamaño de una cabeza humana. Estaba lleno de agua de lluvia, teñida de rosa por la sangre que se había infiltrado en la tierra. Sin duda, allí había chocado la cabeza del soldado.

Eso era lo único que recordaba el drama nocturno.

Petia se levantó el cuello del gabán y transido por la humedad, permaneció un rato junto al agujero. De pronto, percibió a sus pies un pequeño redondel. Lo recogió y se estremeció de alegría. Era una moneda de cinco kopecks, negra y manchada, con una especie de sarpullido en lugar del águila de dos cabezas. Ese hallazgo, era puro azar. ¡Sin relación alguna con el acontecimiento de la noche!

La moneda probablemente había quedado allí desde el verano; quizá la habían perdido los obreros jugando a cara o cruz, o algún mendigo que había pasado la noche bajo un matorral. Pero no por eso, la moneda dejaba de tener a los ojos de Petia una importancia casi mágica, sin hablar de la riqueza enorme que eso representaba: ¡cinco kopecks!

El padre jamás le daba dinero a Petia. Pensaba que el dinero podía desviar fácilmente al niño. El hallazgo de esa

moneda de cinco kopecks, maravillaba a Petia. Todo ese día, iluminado por el hallazgo, no fué para él sino una larga fiesta.

En la clase, la moneda pasó de mano en mano. Entre los camaradas de Petia, había gente experta en esta clase de asuntos. Juraban persignándose, la cabeza vuelta hacia la Catedral de San Panteleimón, que era seguramente una moneda "incambiable", hermana menor del fabuloso rublo "incambiable". Ella debía aportarle a Petia, incalculables riquezas.

Un alumno le ofreció a cambio de ese talismán, su merienda con el suplemento de un cestillo y un pequeño cortaplumas. Desde luego, Petia rehusó con una risa grosera. ¡Ni aunque fuera idiota! Petia, exultando de alegría, corrió del liceo a su casa. Había que mostrarle a todos sus amigos el hallazgo.

¡Cuál no fué su alegría al ver a Gavrik en el patio! Gavrik, arrodillado, estaba rodeado de niños en cuclillas. Les estaba enseñando el juego de moda: las "orejas".

Aun antes de haber cambiado los saludos de rigor con su amigo, a quien no veía desde tanto tiempo, la pasión del juego se apoderó de Petia. Jugaron una partida, para probar, con las "orejas" de Gavrik. Eso no hizo más que excitar a Petia.

—Gavrik, préstame diez para empezar, —dijo Petia, tendiendo una mano temblorosa de impaciencia—. Apenas gane, te las devuelvo. ¡Te lo juro por la santa cruz!

—¡Déjate de embromar! ¡No podrás comprar!, —respondió Gavrik sombríamente, volcando las "orejas" en una bolsita de franela gris, que anudó cuidadosamente con una cuerdita—. Las "orejas" no son cuadrados de cartón. Esto vale plata... ¡Puedo vendértelas si quieres!

Petia no se sintió ofendido y no se picó. Bien comprendía que por muy amigo que se sea, cada juego tiene sus reglas. Desde el momento que las "orejas" valen plata, hay que pagarlas con plata, ¡y la amistad no tiene nada que ver! Tal es la ley de hierro de la calle.

Pero, ¿cómo hacer?

Tenía ganas locas de jugar. Una tempestad agitó el alma del chico. No titubeó más que un instante. Puso la mano en el bolsillo y tendió a Gavrik la famosa moneda de cinco kopecks.

Gavrik la examinó cuidadosamente y meneó la cabeza:

—Nadie querrá aceptarla.
—¡Pero sí! ¡La aceptarán!
—¡No aceptarán!
—¡Imbécil!
—¡Serás tú!... ¡Anda a cambiarla al almacén!
—¡Anda tú mismo!
—¡Yo no tengo por qué ir! ¡La moneda es tuya!
—¡Y las "orejas" son tuyas!
—¡Si no quieres, mejor!
—¡Mejor!

Gavrik dejó caer con toda tranquilidad la bolsita en su bolsillo y escupió entre dientes, indiferente, de costado. Petia corrió al almacén y pidió que le cambiaran su moneda. Mientras "Boris-ratón" llevaba a sus ojos enfermos la moneda sospechosa, el chico pasó por toda una gama de sentimientos humillantes, entre los que prevalecía la cobardía impaciente del ladrón que busca vender el producto de su hurto.

Petia no se hubiera asombrado, si en ese minuto, hubiesen entrado al almacén unos gendarmes, sable en mano, y se lo hubiesen llevado en coche de punto a la comisaría, como cómplice de un crimen secreto y vergonzoso.

Por último, "Boris-ratón" arrojó la moneda sobre el mostrador y puso impasiblemente sobre el platillo de la balanza cinco monedas de un kopeck. Petia se apresuró a volver al patio, donde Gavrik vendía orejas a otros niños. Petia le compró, a cambio de todo su capital, varios botones de diversos valores.

Comenzaron a jugar. Petia se olvidó del mundo.

En el patio estaba completamente oscuro, cuando Petia perdió la última "oreja". Era tanto más desolador, cuanto que al principio le había sonreído la suerte: las orejas ganadas habían llenado sus bolsillos.

Pero ahora, ¡ay! ¡sin dinero y sin orejas!

Petia casi lloraba. Estaba desesperado. Gavrik tuvo piedad de su amigo. Le prestó dos orejas comunes para tentar suerte aún. Pero Petia era demasiado apasionado y demasiado impaciente: en cinco minutos, perdió todo. Es que era verdaderamente difícil luchar contra Gavrik.

El pequeño pescador recogió su fabulosa ganancia y se fué, diciendo que volvería al día siguiente.

XXXIII

OREJAS

¡Las había! ¡Las había!...

Las "diez", es decir, botones de estudiantes, combados, con unas águilas pegadas; las "cinco", de oficiales, doradas, con águilas cinceladas; botones oscuros de la escuela de comercio con el caduceo de Mercurio enroscado de serpientes y un malicioso sombrerito alado; botones claros de la marina con anclas cruzadas; botones del personal de correos y telégrafos con rayos y trompetas verdosas; botones de artilleros adornados con cañones; botones de jueces con pilas de códigos; botones de lacayos, grandes como monedas de cincuenta kopecks, orlados con leones heráldicos; grandes "tres", destinados a levitas de funcionarios; finísimos "limones" de escribiente, de bordes acerados, cortantes, que producen un sonido de mosquito; grandes botones ordinarios, plateados por dentro, de los gabanes de colegial, rojos en el centro, por el roce.

Mágicos tesoros: toda la heráldica del imperio ruso, se había concentrado por un minuto en manos de Petia.

Las palmas del chico, sentían aún las múltiples formas de las "orejas" y su peso de plomo. Y sin embargo, estaba completamente arruinado, desbancado, más pobre que una rata. ¡Era esta la famosa moneda incambiable!

El muchacho no pensaba más que en las orejas, sólo en las orejas. Se presentaban siempre ante sus ojos, como la visión de una riqueza vista en sueños. En la mesa, miraba distraído su plato de sopa, donde las aceitosas cápsulas reflejaban por lo menos, trescientas minúsculas pantallas de la lámpara: lo lo que veía, eran trescientas orejas brillantes, con sus águilas de oro.

Examinó con disgusto los botones de la levita de su padre, forrados con género y sin el menor valor.

Acababa de comprobar al fin, que pertenecía a una familia de pobres: en toda la casa, no había un botón como la gente.

La tía no dejó de observar el aspecto extraño de su sobrino:

—¿Qué te pasa hoy?, —preguntó fijando su mirada penetrante en el rostro exaltado del sobrino—. ¿No te habrán pegado los chicos del patio?

Petia respondió de malhumor, meneando la cabeza.

—¿O acaso has obtenido malas notas? ¡Dilo con franqueza en vez de callarte y sufrir el martirio en silencio!

—¡Pero no, tía! ¡No entiendo por qué me lo pregunta!

—¿No estarás enfermo?

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Bajo el fuego de ese interrogatorio, Petia se puso a lloriquear.

—Bueno. Haz como quieras. Si no lo quieres decir, tanto peor. Sufre solo.

Y en efecto, Petia sufría devanándose los sesos: ¿dónde conseguir dinero para jugar al otro día? Durmió mal, torturado por el deseo de volver a ganar lo perdido. De mañana, se decidió a usar una ingeniosa estratagema.

Por un rato, dió vueltas alrededor de su padre, cariñosamente, pasando la cabeza bajo su codo, besando su cuello rojo y poroso que tenía la frescura del tocado matinal. El padre pasó la mano por los cabellos punzantes del pequeño colegial y apretó la cabeza de su hijo contra su levita de odiosos botones.

—Pues bien: ¿qué quieres Petia, mi pequeño?

El niño sólo aguardaba esa pregunta, ese tierno temblor en la voz paternal: ahora, el padre no le negaría nada.

—¡Papá! —dijo el muchachito frotándose contra el padre y ajustando su cinturón con fingida timidez—. Papá, dame cinco kopecks.

—¿Para qué? —preguntó el padre, que ni en los momentos de las más tiernas efusiones renunciaba a los principios de una severa educación.

—Los necesito sin falta.

—¡Pero dime para qué los necesitas!

—¡No, dámelos!

—¡No, dímelo! Debo saber en qué quieres gastar esa suma. Si se trata de un objeto serio, útil, te daré el dinero con gusto, pero si se trata de algo malo, no te daré nada. Y ahora dime: ¿para qué necesitas dinero?

¿Cómo podía decirle Petia a su padre que necesitaba dinero para un juego de azar? Evidentemente, era imposible.

Petia adoptó el aspecto cándido de un niño obediente que quisiera regalarse.

—Para comprarme una tableta de chocolate —dijo suavemente.

—¿Una tableta de chocolate? ¡Muy bien! Sería difícil objetar nada a ese deseo.

Petia resplandecía.

Pero su padre se fué silenciosamente hasta su escritorio, lo abrió y tendió al chico estupefacto una tableta de chocolate, con una estampa móvil encima del sobre, sellado como un pliegue postal con estampilla de cinco.

Con lágrimas en los ojos, Petia tomó la tableta, murmurando:

—¡Gracias, papaíto!

Con el corazón destrozado, se fué al liceo.

De cualquier modo, era mejor que nada. Podría intentar cambiar la tableta por dos orejas.

Pero ese día Petia no tuvo ocasión de jugar.

Apenas pasó la plaza Kukikovo y tomó la calle Nueva de los Pescados, donde se encontraba el liceo, se detuvo: era evidente que un acontecimiento importante, solemne y feliz, acababa de producirse.

A pesar de la hora matinal, las calles estaban llenas de gente. Las personas tenían aspecto muy excitado y atareado, aunque nadie iba a sus tareas. Se agrupaban cerca de las rejas, se estacionaban en las encrucijadas, alrededor de los kioscos. Por todas partes se desplegaban los diarios, que inmediatamente se hacían más grises aún bajo la fina lluvia.

Encima de todas las puertas cocheras, flotaba la bandera nacional: blanco, azul, rojo. De acuerdo a eso, Petia tenía la costumbre de juzgar la fortuna de los propietarios. Había banderas pequeñas, desteñidas, sobre astas cortas, atadas mal o bien a la reja. Había otras nuevas, flamantes, enormes, orladas

con un cordón tricolor, con suntuosos pompones de tres colores pendiendo hasta la vereda.

El viento movía con dificultad esas pesadas banderas que esparcían un fuerte olor a cretona recién teñida.

Petia encontró el liceo cerrado. Vió correr a su encuentro, a unos colegiales contentísimos. El conserje, que llevaba delantal blanco encima de su gabán invernal con cuello de piel de carnero, tendía un delgado alambre entre los árboles, a lo largo de la fachada. ¡Entonces esa noche habría iluminación! Por lo común, eso tenía lugar los días de fiesta oficial. Por ejemplo, el día de la fiesta patronímica de Su Majestad el Emperador.

Esas tres palabras mágicas: iluminación, fiestas oficiales, fiesta patronímica del Emperador, eran para Petia como las tres facetas de un arambel de cristal. Los arambeles de las arañas de iglesia, eran muy apreciados por los chicuelos de Odesa. Alcanzaba con pegar el ojo a ese pequeño prisma y al instante, el mundo se irisaba con el arco iris patriótico de un "Día del zar".

¿Pero sería un día del zar? No. El día del zar anunciado siempre con anticipación en el almanaque. Hoy, el número del almanaque de papá era negro, no anunciaba ni iluminaciones, ni fiesta oficial, ni día del zar.

¿Y qué había pasado? ¿Habría nacido otro heredero del zar, como el año anterior? ¡Pero no! ¡Cada año un niño, no era posible! ¡Era otra cosa, por cierto! ¿Pero qué entonces?

—¡Oiga!, —preguntó Petia al conserje —¿qué sucede hoy?

—La libertad, respondió el conserje de un modo poco serio, según le pareció al muchacho.

—¡No!, le pregunto sin bromas.

—¿Qué bromas? ¡Le digo que la libertad!

—¿Cómo es eso, la libertad?

—¡Pero vamos! Eso quiere decir que hoy puede irse a su casa porque no habrá clase. Se han suspendido.

Petia hizo una mueca.

—Escúcheme, conserje, se lo pregunto en serio —dijo con tono severo haciendo lo máximo para sostener su dignidad de colegial del quinto liceo de Odesa.

—Y yo le respondo en serio: ¡vuelva a casa de sus padres que lo esperan impacientes y no estorbe a la gente que trabaja!

Petia se alzó de hombros desdeñosamente y se apartó con la actitud de un corretiendas, de ese conserje, que se había tomado la mala costumbre de hablar a los colegiales como lo haría un celador.

El agente de policía a quien Petia se dirigió luego, como a un representante del poder, miró de hito en hito, despectivamente, al muchachito trigüeño y se alisó lentamente su bigote rojo.

Luego, de pronto, remedó exactamente un rostro de judío y respondió:

—¡La lipertad!

Cada vez más vejado, Petia retornó lentamente a su casa.

Había cada vez más gente por las calles. Se veían pasar gorras de estudiantes, los pequeños manguitos de astrakán de las estudiantes, los fieltros de anchos bordes de los "librepensadores". Varias veces más, oyó Petia esa palabra "libertad" que no comprendía muy bien.

Al fin, en la esquina de la calle Cables, atrajo su atención un grupo que rodeaba una hoja de papel pegada a la pared de tablas de un depósito de leña:

Petia se metió para adelante y leyó:

Manifiesto Imperial

"Por la gracia de Dios, Nos, Nicolás II, Emperador y Autócrata de todas las Rusias,

"Zar de Polonia, Gran Duque de Finlandia, etc., etc.,

"El desorden y los disturbios que han estallado en capitales y en numerosas localidades de nuestro Imperio, llenan nuestro corazón de un grande y penoso dolor. La felicidad del Emperador de Rusia está indisolublemente unida a la de su pueblo, y las inquietudes del pueblo, son sus inquietudes. Los disturbios que han comenzado, arriesgan acarrear una profunda desorganización de la nación y amenazan la integridad y la unidad de nuestro Poder.

"El gran voto que comporta Nuestra misión de zar, Nos manda buscar por todas las fuerzas de Nuestra razón y de Nuestro poder, que cesen rápidamente estos disturbios eminentemente peligrosos para el Estado..."

No sin dificultad, leyó Petia el cartel hasta esa frase. Tropezaba en las palabras difíciles y nebulosas: "Voto que comporta", "Nos manda", "indisolublemente ligado", "estos dis-

turbios eminentemente peligrosos'' y en las muy numerosas mayúsculas que salían de línea, con menosprecio de todas las reglas de ortografía, en los lugares más inesperados, como troncos quemados en un bosque ardiendo.

Petia sólo comprendió una cosa: era visible que el zar pasaba un mal rato y pedía que cada uno le ayudara en la medida de sus fuerzas.

A decir verdad, en el fondo de su alma el chico sentía un poco de piedad por el pobre zar, sobre todo cuando pensaba que ya una vez le habían pegado con cañas de bambú en la cabeza.

Pero, ¿por qué todo se alegraba en torno suyo? ¿Por qué se engalanaban? Era incomprensible. ¿El cartel no tendría algo alegre al final?

Pero Petia no había tenido bastante aplicación para leer hasta el fin el triste mensaje del zar.

Sin embargo, había observado que todos los que se acercaban al cartel, empezaban por buscar ahí, en el medio, un pasaje que gustaba en particular a todo el mundo. Este pasaje lo leía cada uno en voz alta y exclamaba triunfalmente, volviéndose hacia el vecino:

—¡Oh! ¡Oh! En efecto, esto está negro sobre blanco: inviolabilidad de la persona, libertad de conciencia, de palabra, de reunión y derecho sindical.

Y algunos, sin preocuparse, como si no se encontraran en plena calle, gritaban ''¡hurra!'' e intercambiaban besos, como se hacía por lo común en Pascua. Fué también entonces, que Petia asistió a un espectáculo que lo trastornó.

Cerca del gentío se detuvo de pronto una comitiva; un señor de sombrero hongo flamante pero desfondado, bajó de un brinco; apretando contra la nariz sus quevedos desviados, leyó rápidamente el famoso pasaje del cartel, besó tres veces en su barba roja, al deslumbrado conductor del coche de punto y se dejó caer de nuevo en el vehículo, mientras gritaba desgañitándose: ''¡Te doy cincuenta kopecks de propina! ¡Fustiga, canalla!'' Y desapareció, tan rápido como había venido.

En resumen, era un día extraordinario en todos sus aspectos.

Las nubes se habían aclarado; ya no llovía. Un sol de nácar atravesaba la bruma.

Petia vió en el patio a Nusia Kogan que se paseaba muy importante con su uniforme negro de colegial con presillas a guisa de botones y con una gorra sin insignia. Gracias a la libertad de religión que acaba de ser proclamada, soñaba con poder ingresar al liceo y llevar una linda insignia sobre su gorra.

Petia jugó con él un rato a la rayuela, deteniéndose a cada salto y contándole mil historias pavorosas acerca del liceo.

Le decía, amenazante:

—Y después, te hace pasar al pizarrón y entonces se pone a interrogarte y si tú no sabes nada te dice así: ''Puede tomar asiento'' y con eso te encaja un buen cero, para que sepas lo que es bueno.

A lo que el sensato Nusia respondía quedamente, embargado de contento:

—¿Por qué? ¿Y si yo aprendo bien mis lecciones?

Y se alzaba de hombros.

—Igual, insistía Petia despiadadamente, saltando a la pata coja y tratando de hacer salir la piedrita con un golpe de la punta de su zapato, del casillero llamado ''cielo'' (escrito con ''s''). ¡Igual! ¡Te encaja un cero lo mismo!

Luego, Petia le regaló a Nusia un pedacito de chocolate y a su vez Nusia corrió al almacén y trajo un puñado de pasas de uva.

Llamaron a Petia a almorzar. Petia invitó a Nusia. El padre ya había llegado.

—¡Ah!, —exclamó alegremente al ver a Nusia—. ¡Debemos creer que muy pronto tendremos el placer de verle ir al liceo, joven! Mi enhorabuena...

Nusia hizo crujir sus talones, con aspecto cortés e importante.

—¿Por qué? —respondió con tímida dignidad, los ojos bajos, las mejillas púrpura de placer.

La tía resplandecía. Papá resplandecía. Pavlik hacía un ruido terrible en el corredor, jugando a la ''libertad'': no se sabía por qué, cubría con una carpeta unas sillas dadas vuelta y alineadas y pasaba boca abajo por ese túnel, soplando despiadadamente en su trompeta, sin la cual, para terror de todo el mundo, no había ningún juego posible.

Pero esta vez nadie pensó en detenerlo y él pudo moverse cuanto quiso.

A cada instante, subía Dunia del patio, trayendo toda emocionada las últimas noticias de la ciudad. ¡Habían visto en la estación a una multitud con una bandera roja! "¡No hay forma de pasar!" En la calle Richelieu aclamaban a un soldado raso, lanzándole al aire a la moda rusa: "¡Y él, el pobre, vuela, salta!" De todas partes, la multitud se dirige hacia los cuerpos de guardia donde, se decía, los prisioneros iban a ser puestos en libertad. "Una mujer corre con su niñita en brazos, y las lágrimas se deslizan de sus ojos y caen..." Y además decía Dunia que habían apostado ante el Estado Mayor un pelotón de aspirantes a oficiales: nadie podía hablar con los soldados del Estado Mayor y hasta echaban a los que se acercaban a las ventanas. Asi mismo, un civil había logrado llegar hasta la ventana; izándose sobre una piedra, gritó: "¡Viva la libertad!" Y los soldados le respondieron por las ventanas: "¡Viva la libertad!".

Todas esas novedades eran acogidas con alegría, con preguntas precipitadas:

—¿Y la policía?

—¿Y él?

—¿Y ella?

—¿Y qué hacen?

—¿Y en la calle de los Griegos?

Por momentos abrían la puerta-ventana del balcón y sin preocuparse del frío, salían a ver qué pasaba en la calle. Podía distinguirse al extremo de la plaza Kulikovo la oscura masa de la multitud con una bandera roja.

Amigos que hacía tiempo no venían, visitaron esa noche a los Batchey: colegas de papá, estudiantes que conocían a tía. En la antesala, la percha estaba sepultada bajo los sobretodos, las mantillas, sombreros de fieltro de anchas alas y sombreros de astrakán en forma de pastelitos.

En la cocina, Petia vió cortar salchichón, exquisito jamón, pan especial.

Al dormirse, después de esa fatigosa pero alegre jornada, Petia oía un zumbido de voces extrañas, risas, tintineo de cucharas.

Un brillante rayo de luz penetraba desde el comedor al cuarto de los niños y con él, el humo azul de los cigarrillos que aportaban al aire fresco y tibio cierta cosa extraordinariamente varonil, que hasta entonces no había en la casa, ya que papá no fumaba.

Detrás de la ventana, estaba mucho más claro que de costumbre; a la pálida luz de los reverberos, se mezclaban las líneas multicolores y casi gelatinosas de la iluminación.

Petia sabía que en lugar de banderas, hoy habían enarbolado por toda la ciudad, entre los árboles, pequeños faroles de vidrio de seis caras, muy calientes, y ennegrecidos por la candela encendida en su interior.

Las dobles filas de llamas idénticas se perdían en el fondo de las rectas y largas calles de Odesa. Ellas os atraían cada vez más lejos, hacia la misteriosa lejanía de la ciudad desfigurada, de calle en calle; parecían prometeros muy cerca, en la encrucijada, un espectáculo admirable de mil colores y de una belleza, de un brillo inaudito...

Pero en la encrucijada, siempre la misma calle larga, las mismas filas de pequeños faroles uniformes aunque multicolores, tan fatigados de arder, como el hombre de pasearse bajo las luces de la iluminación.

Giraban en la niebla islotes de luz roja, verde, violeta, amarilla, azul, caían sobre los transeúntes, resbalaban por las fachadas, engañaban a la gente con la promesa de mostrarles, pasando la esquina, algo mucho más hermoso y nuevo.

Toda esa fatigosa diversidad llamada siempre: "día patronímico del Emperador", "fiesta oficial", "día del zar", se designaba ahora con una palabra no menos multicolor: "Constitución".

La palabra "Constitución", se hacía oír en el comedor, a cada momento, entre el rodar de voces bajas, extrañas, y el tintineo argentino de las cucharillas de té.

Petia se durmió entre el ruido que hacían los invitados, que no se fueron hasta una hora muy avanzada, después de las once de la noche, seguramente.

XXXIV

LA CUEVA

Apenas se expandió por Molinos-Cercanos el rumor de que iban a poner en libertad a los presos, Gavrik corrió al cuerpo de guardia.

Terenti, que hacía ocho días que no dormía en la casa, y que se había presentado de madrugada, sin que se supiera de dónde venía, acompañó a Gavrik hasta la esquina. Estaba sombrío, y vacilante de fatiga.

—Escucha, Gavrik; debes ir, desde luego, a buscar al viejo, pero sobre todo, ¡no lo traigas aquí! Con esta libertad, maldita sea tres veces, el cuerpo de guardia estará seguramente lleno de soplones. Si te traes un soplón a la cola, toda nuestra casa arderá, los compañeros estarán perdidos. ¿Me entiendes?

Gavrik meneó la cabeza:

—¡Comprendo!

Viviendo en Molinos-Cercanos, había aprendido a entender muchas cosas y sus conocimientos se habían ampliado singularmente. Ya no era un secreto para él que el comité de huelga se reunía en casa de Terenti.

¡Cuántas veces Gavrik tuvo que pasarse casi toda la noche sobre un banco al lado del portoncito, silbando suavemente cada vez que cerca de la casa aparecía algún desconocido!

¡Cuántas veces, al despuntar el día, había visto llegar al marinero y desaparecer rápidamente! Por otra parte, era casi imposible reconocerle. Llevaba un gabán de paño muy elegante, una gorra de técnico adornada con una insignia, (dos martillos cruzados) y sobre todo, un presumido bigotito y una perilla que le volvían tan poco parecido a sí mismo, que al chico le costaba creer que era en efecto, el hombre que él y su abuelo habían recogido en el mar.

Pero alcanzaba con mirar atentamente sus ojos oscuros y burlones, su sonrisa caprichosa, el ancla tatuada en la mano, para disipar toda duda.

De acuerdo a la ley no escrita pero rígida de Molinos-Cercanos —no parecer asombrado nunca, no reconocer nunca a nadie, y tener la boca cosida— Gavrik, al encontrar al marinero, fingía verlo por primera vez. El marinero se comportaba de igual modo con respecto a Gavrik.

Pero una vez, cuando se iba, Yukov dirigió al chico un cabeceo familiar, guiñó un ojo, le golpeó el hombro como lo hubiera hecho a una persona mayor, y tarareó:

—"¡No llores, Manón, muy pronto nos veremos!"

Y bajando la cabeza, entró en la oscura salita.

Y sin embargo, Gavrik adivinaba que de todos los visitantes de Terenti, de todos los delegados de la fábrica "Ghene", de la fábrica de harinas Weinstein, de los docks, de la fábrica Brodski y muchas otras, el huésped más terrible, más peligroso, era el marinero.

Pertenecía en efecto, a esa valiente y misteriosa "organización de combate", de la que tanta cuestión se hacía de un tiempo a esta parte en Molinos-Cercanos, y en toda la ciudad.

—...Entiendo, —dijo Gavrik—. Pero entonces, con este frío, ¿adónde voy a llevar al viejo si no es a Molinos-Cercanos?

Terenti se puso a reflexionar.

—Escucha un momento, —terminó por decir—. Empieza por llevarlo a la playa, a vuestra cabaña. Si acaso los sigue un "perro", es preciso que vea adónde van. Esperen en la casucha, y luego, cuando esté oscuro, irán tranquilamente a la dirección que te voy a dar y que no debes olvidar: calle Pequeña Arnautskaia, 15. Buscarás al portero y le preguntarás por Iosif Karlovich. Le dirás esto, y no te vayas a olvidar: "Buenas noches, Iosif Karlovich, me envía Sofía Petrovna a preguntarle si ha recibido carta de Nikolaev". Y él te responderá: "Ya hace dos meses que no recibo carta". ¿Comprendes?

—¡Ya lo creo!

—¿Puedes repetirlo?

—¡Puedo!

—¡Vamos a ver!

Gavrik plegó la frente con aplicación, arrugó la nariz y pronunció con aspecto concentrado, como en un examen:

—Entonces es así: calle Pequeña Arnautskaia, 15, preguntar al portero por Iosif Karlovich y decir: "Buenas noches Iosif Karlovich, me envía Sofía Petrovna a preguntarle si ha recibido carta de Nikolaev". Y el otro me tiene que decir: "Ya hace dos meses que no recibo carta"...

—Está bien. Entonces puedes decirle sin rodeos, que te envía Terenti y que le ruego, que entre tanto, aloje al viejo en su casa y le dé de comer. Luego veremos. Yo pasaré por su casa... ¿Has comprendido?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, ¡felicidad!

Terenti volvió a su casa, mientras que Gavrik corrió en dirección al cuerpo de guardia.

Corría tan rápido como le era posible, abriéndose paso entre la multitud, de más en más densa a medida que se acercaba a la estación.

A partir de la plaza de Henos, se cruzó con varios presos puestos en libertad. Iban a pie o en coche de punto, con baúles y esportillas como si vinieran de la estación. Agitaban sus sombreros. Les acompañaban familiares, conocidos, camaradas.

La muchedumbre que deambulaba por la calle, los aclamaba:

—¡Viva la libertad! ¡Viva la libertad!

Al lado de la comisaría del barrio Alexandrovski, completamente rodeada por destacamentos reforzados de policía a pie y a caballo, la multitud era tan numerosa que ni el propio Gavrik logró pasar. Podía cruzarse con el viejo sin verlo.

A la sola idea de que el abuelo arriesgaba, si eso se producía, llevarse a un "perro" detrás suyo a Molinos-Cercanos, el chico se sintió empapado en sudor.

Golpeándole el corazón, se arrojó por la callejuela para rodear la multitud y llegar a toda costa hasta el cuerpo de guardia e interceptar al abuelo. De pronto, lo vió a dos pasos de distancia.

Pero, ¡Dios del alma, qué habían hecho del abuelo! A primera vista, Gavrik no lo reconoció.

Un viejo decrépito, con el cepillo plateado de su barba, de ojos azul claro llorosos y una boca desdentada y hundida,

caminaba al encuentro del chico, rozando las casas, vacilando sobre sus piernas dobladas y blandas. Frotaba pesadamente el casquijo con sus destrozados tamangos, y se detenía cada tres pasos. Si no fuera por la esportilla que se balanceaba en el extremo de la mano temblorosa del viejo, por cierto que Gavrik no hubiera conocido a su abuelo.

Pero esa esportilla de mimbre trenzado que tanto conocía el chico, y que estaba recubierta con un pedazo de tela sucia, le saltó a los ojos, apretando su corazón con un dolor intolerable.

—¡Abuelo!, —gritó, asustado—. Abuelo, ¿es usted?

El abuelo ni siquiera se estremeció ante el súbito grito. Se detuvo lentamente y volvió hacia Gavrik su rostro, donde los labios se movían con indiferencia sin expresar ni alegría ni emoción, nada, sino una calma dócil y llena de expectativa.

Podía creerse que no veía a su nieto, pues sus ojos llorosos permanecían fijos.

—Abuelo, ¿adónde va?, —preguntó Gavrik bien fuerte, como si hablara a un sordo.

El viejo masculló largamente antes de pronunciar en voz baja, pero consciente:

—A Molinos-Cercanos.

—No se puede ir allá, —dijo Gavrik en voz baja, y arrojando miradas inquietas a su alrededor—. Así dijo Terenti; que por nada del mundo había que ir a Molinos-Cercanos.

El viejo, también miró a su alrededor, pero lo hizo muy lenta, indiferente, maquinalmente.

—Por el momento volvamos a casa, abuelo. ¡Después veremos!

Dócil, el abuelo empezó a moverse para cambiar de dirección, y sin decir nada, se puso a caminar en sentido contrario arrastrando los tamangos y adelantando los pies penosamente.

Gavrik ofreció su hombro al viejo, que se apoyó en él con fuerza. Caminaron muy despacio hacia el mar, a través de la ciudad excitada. Se hubiera dicho que era un ciego conducido por su guía: el chico caminaba un poco adelantado y el abuelo ligeramente detrás.

Con frecuencia, el viejo se detenía y recobraba fuerzas. Necesitaron dos horas para ir del cuerpo de guardia hasta la

orilla del mar. Solo, Gavrik recorría ese camino en quince minutos.

El candado torcido y enmohecido, yacía entre los oscuros matorrales, cerca de la cabaña. La puerta pendía oblicuamente sobre el único gozne de abajo. Chirriaba, balanceada por el viento. Los chubascos del otoño habían quitado de las ennegrecidas tablas, los últimos trazos de la tiza con que en otro tiempo la abuela había blanqueado la casucha. Todo el techo estaba erizado de cardos: sin duda, los cazadores de pájaros habían utilizado la casucha para hacer sus emboscadas.

En el interior de la cabaña, todo estaba sin ton ni son. La pequeña manta y la almohada, húmedas, manchadas de tierra, estaban tiradas en un rincón.

Sin embargo, el baulillo estaba intacto, en su sitio. Sin apresurarse, el viejo entró y se sentó al borde de la cama. Puso la cesta sobre sus rodillas y fijó la vista indiferente en el rincón, sin prestar la menor atención al desbarajuste que había sufrido la morada.

Parecía que hubiera venido por dos minutos, para retomar aliento y volver a partir.

Un viento violento y frío, saturado de gotitas de agua, soplaba por la ventana rota. Hervía la tempestad a lo largo de la desierta ribera. Las manchas blancas de las gaviotas y de la espuma, volaban al viento, sobre los sonoros acantilados. El choque de las olas, resonaba en las cavernas del litoral.

—¿Y por qué está sentado, abuelo? ¡Acuéstese!

El abuelo, dócilmente, se extendió. Gavrik le puso la almohada bajo la cabeza y lo envolvió con la manta. El viejo se encogió. Tenía fiebre.

—No se preocupe, abuelo. Escúcheme. A la caída de la tarde, nos iremos de aquí a cierto lugar. Pero por el momento, quédese acostado.

El abuelo callaba, expresando todo su ser, la más completa indiferencia y docilidad. De pronto, volvió hacia Gavrik sus ojos hinchados y revueltos, movió largamente sus labios hundidos y terminó por decir:

—¿El mar no arrastrará la barca?

Gavrik se apresuró a calmarlo anunciándole que la barca estaba segura, en casa de unos vecinos. El viejo meneó la cabeza con aire de aprobación y se calló.

Al cabo de una hora, se dió vuelta suspirando y gimió con voz ahogada.

—Abuelo, ¿se siente mal?

—Me han quebrado... —profirió con sonrisa confusa, mostrando sus encías rosadas, sin dientes—. Casi casi me han reventado cada vez...

Gavrik se dió vuelta.

El viejo ya no pronunció palabra hasta la noche. Cuando oscureció, el chico dijo:

—¡Vamos, abuelo!

El viejo se levantó, asió su esportilla y se fueron costeando las casas de campo, de ventanas enclavadas; la casa de tiro y el restaurante, estaban cerrados. Se encaminaron hacia la calle Pequeña Arnautskaia, número 15.

Después de preguntar al portero, Gavrik encontró, sin dificultad, en un sub-suelo sombrío, la morada de Iosif Karlovich y golpeó a la puerta, cubierta con un pedazo de fieltro desgarrado.

—¿Quién es? —preguntó una voz que le pareció familiar.

—¿Aquí vive Iosif Karlovich?

—¿Y usted, qué desea?

—Abra señor, vengo de parte de Sofía Petrovna.

La puerta se abrió de inmediato y con gran asombro, el chico vió en el umbral, con una pequeña lámpara a pétroleo en la mano, al dueño del tiro. El otro miró al chico de hito en hito, impasible, pero de un modo algo altanero, y dijo sin moverse:

—Yo soy Iosif Karlovich. ¿Y?... ¿Qué hay?

—Buenas noches, Iosif Karlovich —pronunció el chico como quien recita una lección—. Me envía Sofía Petrovna a preguntarle si recibió carta de Nikolaev.

Después de haber examinado al chico de pie a cabeza, lo que no le llevó menos de dos minutos, y eso que Gavrik era de muy pequeña estatura, el dueño del tiro declaró más altanero aún:

—Hace más de dos meses que no recibo carta.

Después de un rato meneó la cabeza muy desolado y agregó:

—Ya lo vé, es una damisela nada puntual. ¡Qué esperanza!

Y de súbito, su rostro adquirió la expresión infinitamente amable de un magnate polaco que recibe en su dominio a un nuncio del Papa. Lo que no correspondía para nada con sus pies descalzos y su traje: no llevaba camisa bajo la chaqueta.

—¡Vamos, entre joven! ¿Creo que de cuando en cuando usted venía a visitar mi establecimiento? ¡Qué encuentro agradable! Y este viejo, si no me equivoco, ¿es su abuelo? ¡Vamos, entren!

Abuelo y nieto se encontraron en un chiribitil tan miserable, que ellos, con todo que sabían lo que era la miseria, se quedaron con la boca abierta.

¡Oh! ¡no! ¡Gavrik se había hecho una idea muy distinta de la vida del dueño del tiro, de ese hombre tan poderoso, tan rico, que —¡pensadlo bien!— era poseedor de cuatro montecristos!

Asombrado, el chico paseó sus miradas sobre las desnudas paredes, verdosas por la humedad. Esperaba ver en ellas un estante de fusiles y pistolas. En su lugar, no vió más que un clavo del que estaban colgados unos tiradores completamente grasientos, que además, más bien parecían riendas que tiradores.

—Señor... ¿Pero dónde están sus fusiles?, —exclamó Gavrik horrorizado.

Iosif Karlovich fingió no oír. Con amplio ademán, ofreció una silla y, retirándose a un rincón, preguntó sordamente:

—¿Tiene algo que decirme?

En nombre de su hermano, Gavrik rogó a Iosif Karlovich, que albergara a su abuelo por un tiempo.

—Dígale a su hermano, que así se hará, que puede estar tranquilo —respondió con viveza Iosif Karlovich—. Tengo ciertas relaciones en la ciudad. Creo que en último caso podría encontrarle un puesto de sereno.

Gavrik dejó a su abuelo en casa de Iosif Karlovich y se fué, prometiendo volver a recoger noticias suyas. En el umbral, lo alcanzó el dueño de casa.

—Dígale a Terenti, murmuró, de parte de Sofía Ivanovna, que tiene un importante lote de nueces, pero no muy grandes, por desgracia. Son más bien avellanas. El entenderá. Avellanas. El transporte debe organizarlo él. ¿Me entendió?

—Entendido, —respondió Gavrik, a quien esos encargos ya le eran familiares—. Avellanas, y que él se encargue de llevarlas.

—Exacto.

Iosif Karlovich, metió la mano en el forro de su indecente chaqueta, buscó un momento y tendió a Gavrik, una moneda de diez kopecks.

—Se lo ruego, acepte esto para comprarse bombones. Desgraciadamente, no puedo ofrecerle otra cosa. Le juro por mi honor, que sería para mí una gran alegría, poder ofrecerle un montecristo, pero...

Iosif Karlovich, separó las manos con aire desolado, y un tic nervioso recorrió su rostro, sacudido por la pasión.

—Pero, ¡ay de mí!, a causa de mi maldito carácter, no tengo ni uno.

Gavrik, con porte serio y simple, aceptó la moneda de diez kopecks, agradeció, y salió a la calle irradiada por la inquieta claridad de la iluminación.

XXXV

DEBER DE HONOR

A la mañana siguiente, Petia sacó del desván dos pares de zapatos de verano, y cuando iba para el liceo, se los vendió a un ropavejero por cuatro kopecks.

Cuando Gavrik llegó ese día, los dos amigos, de inmediato, pusieron las "orejas" en posición. Más rápido aún que la primera vez, Petia perdió todo lo que había comprado a Gavrik.

Era lógico. Las fuerzas eran demasiado desiguales.

Casi todas las "orejas" del barrio estaban amontonadas en las bolsas de Gavrik, y él podía arriesgar audazmente, mientras que Petia, se veía obligado a economizar cada "dos" y a hacer ínfimas apuestas, lo que, como es sabido, conduce a una rápida pérdida.

Al día siguiente, sin poder dominarse más, Petia echó mano a dieciséis kopecks, el cambio que Dunia dejó sobre el aparador.

Esta vez, decidió conducirse más sabiamente, con mayor prudencia. Ante todo, para tener éxito, necesitaba una verdadera "acuñación".

La acuñación de Petia —un gran botón de librea, de aspecto muy elegante, con dos leones heráldicos y una corona de conde— no valía nada a pesar de toda su hermosura: era demasiado liviana. Había que hacerla más pesada. Petia se fué a la estación, se deslizó por las vías del garage y en un alejado callejón sin salida, detrás del depósito, temblando de miedo, se apoderó de plomo de un vagón de marcaderías.

De vuelta en su casa, introdujo el plomo en el hueco de la acuñación y la colocó sobre el riel, frente a la plaza Kulikovo. Después que pasó un tren de los suburbios, recogió una acuñación admirablemente aplastada, caliente, pesada. No la cambiaría ni por las mejores acuñaciones de Gavrik.

Gavrik no tardó en llegar y comenzó el juego. Se batieron un rato y con encarnizamiento.

¡Pero tener una buena acuñación no era todo! ¡Había que ser un artista! Finalmente, Petia perdió todo lo que tenía, y quedó como deudor de su adversario.

Gavrik prometió venir a cobrar su crédito al día siguiente.

Para Petia comenzó una verdadera pesadilla.

—Sobre el aparador había dieciséis kopecks de cambio, —dijo tranquilamente el padre esa noche, después de la cena—. ¿No los habrás agarrado, por casualidad?

La sangre afluyó al corazón de Petia y refluyó al instante.

—No, —respondió tan indiferente como pudo.

—¡Vamos, mírame a los ojos!

El padre tomó al muchacho por la barbilla y volvió su rostro, de modo que lo mirara de frente.

—¡Palabra de honor, de persona honrada!, —dijo Petia haciendo todos los esfuerzos para mirar a su padre directamente a los ojos—. ¡Lo juro por la santa cruz!

Helado de horror, el chico se persignó vuelto hacia el ícono.

Esperaba ver abrirse el cielorraso, caer un rayo.

¡El buen Dios no debía dejar de castigar de inmediato a un perjuro tan imprudente!

No obstante, todo permaneció en silencio.

—¡Muy singular!, —observó el padre fríamente—. Entonces, tenemos un ladrón en la casa. Desde luego, ni yo ni tu tía tenemos ninguna necesidad de tomar dinero secretamente del aparador... Pavlik juega todo el día ante la vista de personas mayores y tampoco él pudo haber hecho esto. Tú has dado tu palabra de honor... Me resta suponer que fué Dunia, que ya hace cinco años que trabaja aquí...

Dunia se disponía a limpiar la lámpara de la antesala.

Se apresuró a meter el vidrio de la lámpara y el trapo sobre el soporte del espejo y se apareció en el escalón de la puerta. Su cuello, y sus brazos desnudos hasta el codo, estaban rojos. Su ancho y dulce rostro se había teñido de púrpura y estaba toda convulsionada de dolor.

—¡Que no sea feliz nunca en mi vida, —gritó— si esa moneda del mercado, no la perdió el señorito jugando a las "orejas" con Gavrik!

El padre miró a Petia.

El chico comprendió que de inmediato, en el espacio de un segundo, debía pronunciar una palabra noble, orgullosa, justa, terrible, para disipar de un golpe toda sospecha.

Un minuto antes, quizá hubiera confesado, pero ahora, que era cuestión de "orejas", ¡nunca en la vida!

—¡Usted no tiene derecho de hablar así! —clamó Petia con voz completamente enronquecida y coloreó su rostro el brillante rubor de una falsa indignación—. ¡Está mintiendo!

Pero eso le pareció todavía muy poco.

—¡Usted... usted misma es con seguridad... una ladrona! —gritó Petia, pataleando.

El padre meneó la cabeza con aire de reproche y de grave tristeza: no llegaba a comprender qué estaba pasando en el alma de su hijo.

Mientras Dunia se agitaba absurdamente en la cocina recogiendo sus cosas y reclamando sus sueldos, Petia se escapó al cuarto de los niños e hizo crujir la puerta con tal violencia, que la estampita esmaltada del ángel guardián osciló sobre la cabecera de la cama.

Rehusó categóricamente pedirle perdón a Dunia. Se acostó y simuló un desvanecimiento. Lo dejaron tranquilo.

Esa noche, el padre no vino a besarlo en la frente. Petia oyó a su tía pedirle a Dunia que no se fuera. Finalmente, la otra aceptó, sollozando.

Petia se despertó en medio de la noche, horrorizado por lo que había hecho. Estaba dispuesto a correr a la cocina y a besarle los pies a Dunia, pidiéndole perdón. Pero una preocupación mayor aún, se apoderó del chico, ante la idea de que al otro día vendría Gavrik a reclamar su dinero.

Por la mañana, aprovechando el momento en que el padre conducía a Pavlik al cuarto de baño, Petia sacó del armario una vieja levita de uniforme.

La tradición oral de la familia decía que esa levita la había encargado el padre al día siguiente de salir del colegio superior; papá se la había puesto una sola vez, a pedido de los pedantes familiares de mamá, que exigían que el casamiento de papá y mamá se hiciera según las reglas establecidas. Después de eso, la levita de uniforme, colgaba olvidada por todos, en el armario.

Tenía gran cantidad de botones, pero desgraciadamente la mayoría eran demasiado pequeños y no podían servir para el juego.

Había cuatro grandes, pero eran de los "tres" de poco valor, gruesos, blancos, casi fuera de uso.

Cosidos al fino paño de la levita por un sastre de Odesa que trabajaba a conciencia, resistían a las tijeras. Impaciente, Petia los arrancó a dentelladas, con jirones de tela.

¿Será necesario decir que también esta vez, Petia fué desgraciado en el juego?

Su deuda aumentó en forma extraordinaria.

Petia se había enredado definitivamente. Gavrik miraba a su amigo con sombría compasión que no anunciaba nada bueno.

—Pues bien, Petia, ¿qué vamos a hacer?, —preguntó severamente.

No había lugar a equivocarse sobre el significado de estas palabras. Querían decir, más o menos: "¿Cómo es eso, hermano? ¿Me pediste "orejas" prestadas y no me las devuelves? ¡Es muy triste! ¡Me veré obligado a romperte la facha! Somos amigos, sin duda, pero no hay caso. ¡Es la costumbre! Debes comprenderlo. ¡Las "orejas" no son cuadrados de cartón, cuestan dinero! ¡No debes guardarme rencor!"

Petia no guardaba rencor a su amigo. Comprendía que Gavrik tenía absoluta razón. Se limitó a suspirar y a pedir todavía un pequeño plazo. Gavrik aceptó.

Toda la noche fué para Petia una tortura. Reflexionaba con tal intensidad, que sus mejillas ardían; iluminadas por la lámpara brillaban como rubíes.

El chico pasó revista a miles de procedimientos para hacer fortuna rápidamente, pero todos eran o demasiado fantásticos o demasiado criminales. Al fin, tuvo una idea asombrosamente simple y sin embargo, ingeniosa. ¡Su difunto abuelo, el papá de mamá, había sido un oficial, un capitán! ¿Cómo pudo olvidarlo?

Sin perder un minuto, Petia arrancó una hoja de su cuaderno de cuentas y se puso a escribir una carta a Ekaterinoslav, a su abuela materna.

Colmando a su abuela de nombres afectuosos y anunciándole sus brillantes éxitos en la escuela —lo que, en verdad, era una gran exageración— Petia le rogaba que le enviase a título de recuerdo —lo antes posible— el uniforme de capitán de su querido abuelo.

El astuto chiquillo bien sabía cuál era el cebo que podía morder la buena anciana, que honraba piadosamente la memoria del abuelo, héroe de la campaña de Turquía, y amaba con locura a Petia, su nieto mayor.

Petia le anunció también, que a ejemplo de su heroico abuelo, él estaba firmemente resuelto a convertirse en un héroe, que elegiría la carrera militar y que tenía necesidad del uniforme, para alimentar constantemente su espíritu guerrero.

Petia esperaba encontrar en el uniforme de capitán una gran cantidad de orejas, quizá una veintena, si no treinta.

¡Hemosos "cinco" de oficial, con águilas cinceladas!

Sería suficiente para liquidar sus deudas y quizá, para recuperar lo perdido.

De acuerdo al cálculo de Petia, el fardo debía llegar al cabo de ocho días sin falta.

Petia puso a su amigo al corriente y Gavrik aprobó sin reservas. Los dos chicuelos, parados en puntas de pie, echaron la carta en una gran caja amarilla, donde había dibujado un documento oficial con cinco estampillas y dos trompetas cruzadas.

No había más que esperar tranquilamente.

A la expectativa de esa enorme fortuna, Gavrik le abrió a Petia un nuevo crédito ilimitado y, despreocupado, Petia se puso a despilfarrar por adelantado, la herencia de su abuelo.

XXXVI

LA CARTERA PESADA

Transcurrieron ocho días, quince días, pero el fardo de la abuela no llegaba.

A pesar de la "libertad" proclamada por el zar, los disturbios iban agravándose. El correo trabajaba mal. El padre ya no recibía el diario liberal de Moscú, el *Ruskie Vedomosti*. De noche, permanecía silencioso, contrariado, sin saber ya qué pasaba en el mundo y qué pensar de los acontecimientos.

En la clase preparatoria tenían licencia por tiempo indeterminado. Petia se pasaba todo el día sin tener nada que hacer. Durante ese tiempo, se había acrecentado de tal modo su deuda con Gavrik, que no podía pensar en ello sin temor.

Un día vino Gavrik a decirle con siniestra sonrisa:

—Sabes, ahora vas a poder esperar mucho tiempo tus "orejas". La "general" empieza dentro de unos días.

Un mes antes, Petia quizá no hubiera entendido qué quiso decir Gavrik. Pero ahora lo sabía: la "general" era la huelga general.

No había lugar a dudas sobre la exactitud de las informaciones de Gavrik. Petia había observado hacía tiempo, que en Molinos-Cercanos, sabían con mucha anticipación las novedades de la ciudad. Aquella nueva, era el cuchillo clavado en el corazón de Petia.

—Pero, con todo, ¡tal vez lleguen antes!

—No lo creo.

Petia palideció.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer con tu deuda?, —insistió Gavrik.

Temblando de impaciencia, pues quería volver al juego lo antes posible, se apresuró a dar su palabra de honor y a jurar por la santa y verdadera cruz que mañana, de todos modos, estarían en paz.

—¡Ten cuidado! De otro modo, ya sabes... —dijo Gavrik separando igual que los marineros, sus piernas envueltas en un ancho pantalón de género violeta, color de ropa que usan los niños de los hospicios.

Esa misma noche, Petia, con grandes precauciones, robó el dinero de la famosa alcancía de Pavlik. Encerrándose en el cuarto de baño, retiró de la caja todos los ahorros, con la ayuda de un cuchillo: cuarenta y tres kopecks, en monedas de plata y de bronce.

Después de ejecutar con una maestría asombrosa esa complicada operación, el chico arrojó dentro de la despojada alcancía unos trozos sonoros: clavitos, pedazos de plomo, botones de carey, restos de hierro.

Esto era absolutamente necesario, pues Pavlik, económico y ordenado, verificaba regularmente dos veces al día, de mañana y de noche, la integridad de su caja: se llevaba la alcancía de hojalata al oído, y sacando la lengua, hacía sonar los kopecks deleitándose con el sonido y el peso de sus tesoros. ¡Es de figurarse su clamor, si hubiera comprobado el robo! Pero todo transcurrió sin accidentes.

Antes de acostarse, Pavlik hizo tintinear la alcancía repleta de trozos, y encontró su caja en perfecto orden.

Se sabe que los bienes mal adquiridos no se aprovechan nunca. En tres días, Petia perdió todo el dinero de Pavlik.

Se había desvanecido la esperanza de recibir a breve plazo, el uniforme del abuelo. Gavrik insistió nuevamente en cobrar su deuda.

Petia esperaba todos los días a Gavrik sentado en el alféizar de la ventana.

Pensaba con horror en el día terrible en que todo sería descubierto: las "orejas", y las sandalias, y la levita de uniforme, y la alcancía de Pavlik. ¡Oh!, tarde o temprano eso debía ocurrir. Y entonces, ¡sería terrible!

Pero Petia trataba de no pensar en ello; estaba torturado por el sueño eterno y estéril de los jugadores desbancados: el sueño de volver a ganar el dinero perdido.

Era peligroso circular por las calles, pero eso no le inpedía a Gavrik llegar, meterse en medio del patio, e introducirse dos dedos en la boca. Se oía un magnífico silbido. Apresuradamente, Petia hacía una señal con la cabeza desde la

ventana y descendía de cuatro en cuatro por la escalera de servicio.

—¿Recibiste las "orejas"?, —preguntaba Gavrik.

—¡Palabra de honor, que las tendré mañana sin falta! ¡Te lo juro por la santa cruz! ¡Por última vez!

Un buen día, Gavrik anunció que no quería esperar más. Eso quería decir, que Petia, deudor insolvente, se convertía en lo sucesivo en esclavo de Gavrik, hasta el día en que estuviesen completamente a mano.

Tal era la ley de la calle, cruel, pero perfectamente justa.

Gavrik golpeó ligeramente a Petia en el hombro, a la manera de un caballero andante que arregla a su escudero.

—Ahora, irás conmigo a todos lados, —dijo bonachón, y agregó severamente—. Trae tu cartera.

—¿Por qué... la cartera?

—¡Pedazo de inútil! ¿si no, dónde vamos a meter las "orejas"?

Los ojos de Gavrik chispearon de alegre malicia.

A decir verdad, Petia estaba muy tentado por esa feliz esclavitud: hacía mucho tiempo que hubiera querido vagar con Gavrik a través de la ciudad. En razón de los graves acontecimientos, a Petia le estaba absolutamente prohibido sobrepasar la puerta cochera, pero ahora su conciencia ya no tenía nada que ver. Petia no contaba en absoluto, tal era la voluntad de Gavrik, a quien debía obediencia ciega. Si hubiera querido no salir, sería imposible: tal era la regla.

Petia corrió a traer su cartera.

—Ponla a la espalda, —ordenó Gavrik.

Dócilmente, Petia ejecutó la orden. Gavrik inspeccionó por todos los costados al pequeño colegial, que llevaba un largo gabán que le caía sobre los talones y una cartera vacía a la espalda. Gavrik estaba visiblemente satisfecho.

—¿Tienes tu tarjeta de colegial?

—Sí.

—¡A ver!

Petia presentó su tarjeta. Gavrik abrió el carnet y leyó, deletreando las primeras palabras: "Cuidadoso de su honor, el colegial debe velar por el honor de su escuela..."

—Esto está bien, —observó, devolviendo la tarjeta—. ¡Guárdala! ¡Puede servir para alguna ocasión!

Luego, Gavrik hizo girar a Petia, de modo que quedara de espaldas y cargó la cartera con pesadas bolsas de "orejas".

—Ahora, podremos pasar libremente por todos lados, —dijo Gavrik, cerrando nuevamente la cartera y dando un papirotazo a su tapa de cuero de vaca.

Petia no entendió bien el significado de esas palabras, pero, fiel a la ley general de la calle —preguntar poco y saber mucho— guardó silencio. Los dos amigos, prudentemente, salieron del patio.

Así comenzaron sus peregrinaciones por la ciudad, presa de los disturbios.

Cada día era más peligroso circular por las calles. Sin embargo, Gavrik no cesaba su misteriosa y cautivante vida de jugador ambulante. Muy al contrario. A medida que la situación se hacía más alarmante, más terrible, Gavrik se encarnizaba en meterse por los sitios más oscuros, más peligrosos. Por momentos, a Petia le parecía que entre Gavrik y los desórdenes existía quien sabe que conexión inexplicable.

Los dos chiquelos callejeaban de la mañana a la noche por los sombríos patios, donde Gavrik tenía toda clase de negocios de compra, venta y cambio de "orejas". En algunos patios, cobraba una deuda. En otros, jugaba. En otros todavía, se ponía a arreglar cuentas misteriosas con adultos, quienes, para gran asombro de Petia, tenían tanta inclinación por el juego de las "orejas" como los niños.

Cargando sobre la espalda su pesada cartera, Petia seguía dócilmente a Gavrik. Una vez más, gracias a Gavrik, veía transfigurarse mágicamente la ciudad, que le revelaba sus patios de doble salida, sus cuevas, las hendiduras practicadas en los cercados, sus matorrales, sus depósitos de leña, sus galerías con vidrieras, en resumen, todos sus misterios.

Petia veía la terrible y pintoresca miseria de los chiribitiles de Odesa, que jamás hubiera sospechado.

Refugiándose bajo las puertas cocheras cuando tiraban, haciendo rodeos para evitar los ómnibus volcados en medio de la calle, los dos chicos recorrían la ciudad visitando los arrabales más alejados.

Gracias al uniforme de colegial de Petia, penetraban sin dificultad en los barrios cercados por las tropas y la policía.

Gavrik le había enseñado a Petia la mejor manera de abordar al jefe de la barrera y de salmodiar con voz quejumbrosa:

—Señor oficial... ¿me permite cruzar? Mi compañero y yo vivimos en esa casa gris de enfrente. Mamá debe estar muy inquieta...

Ese muchachito con gabán de colegial, y cartera a la espalda, tenía un aspecto tan cándido y correcto, que el oficial, que no tenía el derecho de dejar entrar a nadie a los barrios sospechosos, hacía una excepción con los dos intimidados niños.

—Vayan, ¡pero sean prudentes! ¡Pasen rozando las paredes! ¡Y que no los vuelva a ver! ¡Largo de aquí!

Así los dos amigos tenían la posibilidad de introducirse en las partes de la ciudad inaccesibles para los demás.

Visitaron repetidas veces la calle Pequeña Arnautskaia y entraron en una vieja casa griega con patio interior. Allí había una fuente en forma de pirámide con esponjosas piedras de mar, y una cigüeña de hierro pintada de verde, en la cúspide. Antiguamente, del pico del pájaro, brotaba agua.

Gavrik dejaba a Petia en el patio, descendía corriendo al subsuelo y volvía con un montón de bolsitas de "orejas" muy pesadas. Se apresuraba a llenar la cartera de Petia y los dos chicos se iban a la carrera de ese patio apacible, rodeado de viejos pórticos inclinados.

Fué en ese mismo patio, que Petia percibió un día al abuelo de Gavrik. El viejo se encaminaba despacito, sobre sus dobladas piernas, hacia el foso de basuras, atravesando el patio.

—¡Oh! ¿es usted, abuelo?, —exclamó Petia—. ¿Qué está haciendo aquí? ¡Yo lo creía en la comisaría!

Pero el abuelo miró al niño sin reconocerlo.

Pasó su cubo de una mano a otra y refunfuñó sordamente:

—Ahora, vivo aquí... soy... soy sereno... Si...

Y recomenzó suavemente su marcha.

Los dos chicos visitaban el puerto, el barrio Chumka, el jardín Dukovski, el arrabal Peresyp, la fábrica Ghene. Iban a todas partes menos a Molinos-Cercanos.

Gavrik regresaba solo a Molinos-Cercanos, después de su jornada de trabajo. ¡Si la tía y el padre hubieran podido sospechar qué clase de lugares visitaba Petia!

XXXVII

LA BOMBA

Pero un día, esa deliciosa y punzante vida de vagancia, tuvo fin.

Ese día memorable, Gavrik llegó más temprano que de costumbre y al instante, los dos amigos se fueron al centro.

Gavrik tenía el rostro ceroso, singularmente ceñudo, inmóvil; el frío abigarraba sus labios apretados con fuerza. Caminaba ligero, balanceándose, las manos metidas profundamente en los bolsillos de su pantalón largo de gruesa tela: pequeño, encorvado, resuelto. Sólo sus ojos, transparentes como los de su abuelo, fijos, se animaban por momentos con un destello de picardía. A Petia le costaba caminar al paso de su amigo. Los dos chicos corrían casi, siguiendo una calle desierta y les parecía estar soñando.

En el aire gris flotaba la espera intensa de quien sabe qué acontecimiento. Los pasos hacían un ruido sonoro sobre las piedras de la vereda. A veces, el talón aplastaba el hielo vidrioso que recubría un charco vacío.

De súbito, en algún sitio, a lo lejos, en el centro, se dejó oír un estrépito sordo. Parecería que una pirámide de cajas vacías, transportadas en un camión, se hubiera desatado de pronto, desplomándose sobre el empedrado. Gavrik se detuvo, y prestó oído al débil ruido del eco.

—¿Qué es eso?, —preguntó Petia a media voz—. ¿Serán cajas?

—Una bomba, —declaró Gavrik, seco, categórico.

Después de pasar por dos encrucijadas, los chicos vieron dar vuelta la esquina a una mujer, con una esportilla de la que caían pedazos de carbón de leña y membrillos.

—¡Oh! ¡Jesús! ¡Oh! ¡Santa Virgen!, —repetía la mujer con aspecto insensato, tratando de reajustarse la cofia que

se había deshecho—. ¡Oh! ¡Dios de los Dioses! ¿Qué es lo que pasa? Despedazado...

—¿Dónde es eso!

—En la calle Policía... Yo caminaba así, y él, él caminaba acá... De repente, ¡zás! En pedacitos... ¡Dios mío, ten piedad de nosotros! Los caballos muertos, el coche en pedazos...

—¿Y quién era?

—El comisario... de la comisaría Alexander... Yo estaba así... y él, allá abajo... y el otro, el terrorista, enfrente, y tenía en la mano un paquetito común, envuelto en un diario...

—¿Lo detuvieron?

—¿Al terrorista? ¡Ni pensar! Nos escapamos, cada cual corrió por su lado, y él desapareció... El terrorista... se dice que es un marinero disfrazado...

La mujer prosiguió su camino. A pesar de su severa circunspección, Gavrik asió a Petia del brazo y pataleó.

—¡Es el mismo que le dió los puñetazos en la facha al abuelo! —murmuró vivamente, con ardiente voz—. No tiene por qué permitirse pegar, ¿no es verdad?

—¡Es verdad!, —dijo Petia, que sintió helársele la sangre.

Ese día, los dos chicos hicieron dos visitas a la calle Pequeña Arnautskaia, al patio con la fuente coronada por una cigüeña.

La primera vez, después de tomar su "mercadería", como decía Gavrik, se dirigieron por la Avenida Alexander, cercada por la tropa. Les dejaron pasar sin mayor dificultad.

Al cabo de unas casas, Gavrik empujó a Petia bajo una puerta-cochera.

Los dos amigos atravesaron el gran patio desierto, pasaron junto a unos caballos cosacos, atados, aplastaron los cargadores y cartuchos vacíos, hundidos en el suelo por las botas de los soldados, en la tierra endurecida por el frío.

Descendieron a un subsuelo y caminaron largamente en la húmeda oscuridad, a lo largo de las leñeras, para llegar al fin a otro patio. De allí, por una estrecha hendidura entre dos paredes altas y oscuras de ladrillos, se podían deslizar a un tercer patio.

Aquí, era evidente que Gavrik conocía todas las salidas.

La hendidura era tan angosta, que Petia, al meterse detrás de Gavrik, tropezaba constantemente su cartera contra la pared. Al fin, entraron en un tercer patio, estrecho, alto y oscuro como una cisterna.

A juzgar por el tiempo empleado en llegar hasta allí, y por los rodeos y zig-zags que habían hecho, la casa de ese patio debía dar sobre alguna otra calle.

Todo el patio estaba cubierto con trozos de vidrio y de yeso. Las ventanas de la casa que rodeaba el patio, tenían los postigos cuidadosamente cerrados. El inmueble parecía deshabitado.

Alrededor, reinaba un silencio sonoro.

Pero atravesando el silencio, del otro lado de la casa, en la calle desconocida, se adivinaba, más que se oía, el ruido alarmante de un movimiento.

Y por otro lado, de arriba, se diría que del cielo, se oían sonar de cuando en cuando, disparos retumbantes que llenaban de estruendo el patio-cisterna. Petia apoyó su cartera contra la pared y temblando, entornó los párpados.

Gavrik, sin apresurarse, se metió dos dedos en la boca y silbó.

Se abrieron los postigos de un piso superior, y se dejó oír una voz:

—¡Un momento!

Al cabo de un minuto, que a Petia le pareció una hora, saltó al patio, por la puerta de servicio, un hombre de cara roja, empapado en sudor, sin gabán, con la chaqueta manchada de tiza.

Petia lo vió y dió un grito de asombro: era Terenti.

—¡Dame, dame, dame!, —refunfuñó Terenti—, secándose con la manga el rostro mojado.

Sin prestar atención a Petia, se lanzó sobre su cartera.

—¡Dame pronto! ¡Gracias, esto cae de perillas! ¡Ya no teníamos nada!

Impacientemente, desató las correas, se metió las bolsitas en los bolsillos y volvió a entrar corriendo, después de gritar:

—Le dirás a Iosif Karlovich que siga enviando de inmediato. ¡Traigan todo lo que haya! ¡De otro modo, no podremos mantenernos!

—Está bien, —respondió Gavrik—. ¡Las traeremos!

En ese instante, una bala golpeó el techo y un poco de polvo rosado de un ladrillo, cayó sobre los chicos.

Se apresuraron a regresar por el mismo camino, a la calle Pequeña Arnautskaia para "embarcar" un nuevo lote de "fardos". Esta vez, la cartera estaba tan pesada, que a Petia le costaba llevarla.

Al fin, Petia se dió cuenta de cual era la clase de "orejas" que llenaban su cartera. En otro momento, hubiera soltado todo y hubiera huído a su casa. Pero aquel día, fascinado por la pasión del peligro desafiado, mucho más poderosa aun que la pasión del juego, no hubiera aceptado por nada del mundo abandonar a su camarada. Además, ¿podía acaso renunciar a compartir la gloria con Gavrik? Ante la sola idea de que eso le privaría del derecho de relatar más tarde sus hazañas, estaba dispuesto a afrontar todos los peligros.

Gavrik y Petia emprendieron el camino de regreso. ¡Cómo había cambiado la ciudad! Estaba en plena ebullición.

Alternativamente, la calle se llenaba de gente que corría en todo sentido, o se vaciaba en un segundo, barrida por la escoba de hierro de una salva.

Los chicos estaban sólo a unos pasos de la barrera, cuando Gavrik asió a Petia de la mano y lo empujó rápidamente bajo una puerta cochera.

—¡Alto!

—¿Qué pasa?

Sin soltar la mano de Petia, Gavrik arrojó prudentemente una mirada fuera de la puerta cochera y se volvió a echar al instante hacia atrás, la espalda apretada contra la pared, donde colgaba el cuadro negro con el nombre de los locatarios.

—Escucha, Petka... no podemos seguir... Acabo de ver allí a ese "perro" sinvergüenza, que me torció las orejas... ¡Mira!...

En puntas de pie, Petia se deslizó hacia adelante y miró. Delante de la barrera, a lo largo de las derribadas verjas de hierro de la plaza, y de los fusiles puestos en pabellón se paseaba un señor con gabán de paño y sombrero de astrakán en forma de pastel. Cuando se dió vuelta, Petia vió un rostro lampiño y grosero, de nariz carnosa.

Había algo en ese rostro extraño, que conocía perfectamente Por cierto que Petia lo había visto antes, ¿pero dónde? Algo

oscurecía sus recuerdos. Quizá ese tinte azul que coloreaba el labio superior... Pero, de pronto, se acordó. Era, evidentemente, el bigotudo del *Turguenev,* pero estaba afeitado, ya no llevaba bigote. Su cara se había grabado en la memoria de Petia para toda su vida. Lo hubiera reconocido, aun afeitado, entre miles.

—¡El bigotudo!, —murmuró Petia metiéndose junto a Gavrik, apretando la cartera contra la pared—. ¡Es aquel que corría detrás del marinero! Pero ahora ya no tiene bigote. ¿Te acuerdas? Te reías cuando te hablé de él.

—¡Lo ves! ¡Se afeitó para que no lo reconozcan!... ¡El sinvergüenza!... Me conoce como la palma de su mano, —dijo Gavrik con despecho—. ¡No podremos pasar!

—Pero, ¿y quién te dice? ¡tal vez pasemos!

—¡No hagas chistes!

Gavrik miró.

—Se está paseando...

Gavrik cerró su pequeño puño y se puso a morderse furiosamente los nudillos.

—¡Y ellos, mientras tanto, están esperando!... ¡Oh! ¡Qué bestia!

En medio del silencio completo y profundo, que se había establecido por un minuto, se dejaron oír unos tiros alejados. El ruido corría en algún lado, sobre los techos de la ciudad.

—Escucha, Petia, dijo de pronto Gavrik, ¿comprendes lo que pasa? Ellos están allí, esperando. Y esperan por nada, sin paquetes... Los van a masacrar a tiros de fusil, ¡eso es lo más probable! Y yo, ¡no puedo ir porque ese sinvergüenza me va a agarrar... sin vuelta de hoja!

En los ojos de Gavrik hervían lágrimas de cólera. Aspiró el aire fuertemente por la nariz, se sonó en el suelo y miró a Petia directo a los ojos, con expresión de disgusto.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—¡Entiendo!, —pronunció con la punta de los labios—, palideciendo bajo esa mirada disgustada, amistosa, insistente y suplicante.

—¡Puedes ir tú solo! ¡No aflojes!

Petia, embargado por la emoción, no pudo pronunciar palabra: Tragó saliva y aprobó con la cabeza. Mirando a su alrededor con miedo, y sacando la cabeza de vez en cuando por

la puerta cochera, Gavrik se puso a llenar de bolsitas los bolsillos de Petia.

—¿Me entiendes? ¡Les darás todo, todo el lote! ¡Lo que hay en la cartera y en tus bolsillos. Y si te meten la mano al cuello, te callas, respondes que has encontrado eso en la calle y que no sabes nada. ¿Comprendido?

—¡Comprendido!

—Después de entregarles esto, regresas rápido para aquí; yo te esperaré bajo la puerta cochera. ¿Comprendido?

—¡Comprendido!

Con sus bolsillos repletos que le incomodaban, Petia se acercó a la barrera con el pensamiento paralizado por el temor y la emoción.

—¿Por qué estás clavado ahí? ¿Estás ciego? —gritó el bigotudo, arrojándose sobre el chico.

—¡Señor, señor!, —lloriqueó Petia con la voz delicada que ponía Gavrik—. ¡Se lo ruego, déjeme pasar! Vivimos ahí nomás en la avenida Alexander, en esa gran casa gris... ¡Mamá estará muy inquieta! Seguramente cree que me han matado.

Lágrimas bien naturales habían brotado de sus ojos. Corrían por sus suaves mejillas, todas embadurnadas. El bigotudo miró con fastidio al pequeño colegial y lo tomó de un brazo.

Condujo al chiquilín hasta el borde del empedrado, y lo empujó ligeramente con la rodilla.

—¡Lárgate!

Sin sentir más sus pies, Petia corrió a la casa que ya conocía.

XXXVIII

EL ESTADO MAYOR DEL GRUPO DE COMBATE

El chico se deslizó por la puerta cochera y comenzó a meterse en el patio.

Una hora antes, al pasar por ese mismo sitio con Gavrik, Petia no experimentaba mayores inquietudes. Se sentía bajo la protección firme de su hábil y experimentado amigo. Desembarazado de la necesidad de pensar, no era más que un acompañante dócil, privado de voluntad. Otro, más fuerte que él, pensaba y obraba en su lugar.

Pero, he aquí que está completamente solo. No puede contar más que consigo mismo.

Y al punto, en ausencia de Gavrik, el mundo se hizo amenazador, enorme, lleno de riesgos ocultos.

El peligro se escondía en los arcos de piedra de la galería interior, entre las siniestras cajas y los viejos muebles demolidos. Permanecía inmóvil, en medio del patio, detrás de la morera, con la corteza arrancada por los dientes de los caballos. Miraba al chico por el agujero negro de la fosa de basura.

Todos los objetos adquirían proporciones desmesuradas. Enormes caballos cosacos se apretaban rechazando a Petia con su grupas danzantes, doradas y aterciopeladas. Sus monstruosas colas, golpeaban, silbando, la cartera.

Los cosacos, de penacho, pantalón azul con franja roja, saltaban sobre un pie; el otro, estaba enganchado en el estribo.

—¡A la derecha, de a tres!, —gritó la voz del sub-oficial.

El sable arrancado de la vaina, se suspendió en el aire, como un brillante arco, sobre las gorras de los cosacos del Don, aplanadas e inclinadas sobre la oreja.

Petia descendió al subsuelo.

Caminó un rato a tientas en la oscuridad sofocante y fría, aspirando el aire polvoriento de las trasteras. El chico se sen-

tía horrorizado cada vez que sus pestañas eran rozadas por una tela de araña, que le parecía el ala de un murciélago.

Al fin, se encontró en el segundo patio. Aquí, no había ni un alma.

Fué entonces allí, en ese vacío inconcebible, que Petia tuvo la sensación absoluta de su soledad. Estuvo a punto de echarse atrás, pero millares de kilómetros y millares de terrores lo separaban de la calle donde esperaba Gavrik.

En el espacio comprendido entre la segunda y la tercera casa, el silencio era tan absoluto, que se sentían deseos de gritar hasta desgañitarse sin cuidarse de la garganta, gritar desesperada, apasionada, frenéticamente, para escapar a ese silencio.

Un silencio como ese, no se presenta más que en el intervalo entre dos disparos.

Ahora, había que meterse los dedos en la boca y silbar. Pero de súbito, Petia se dió cuenta que no sabía silbar. Había aprendido a escupir entre dientes, pero no a silbar. No había pensado en ello. Lo había olvidado.

El chico insertó torpemente los dedos entre sus labios y sopló, pero no salió ningún silbido. Desesperado, sopló una vez más, con todas sus fuerzas. No salió más que saliva y una especie de soplido.

Petia reunió todas sus energías y con los ojos entornados, gritó:

—¡Eh!

Su voz resonó sin fuerza. Pero la sonoridad del eco, colmó de inmediato la cisterna vacía del patio.

Sin embargo, no respondió nadie. El silencio se hizo aún más terrible.

Arriba, algo crujió con un ruido ensordecedor y el pedazo de un caño se precipitó al suelo, arrastrando fragmentos de ladrillos, pedazos de madera, cascotes.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!, —gritó el chico, con todas sus fuerzas.

Se entreabrió un postigo en lo alto, y apareció un rostro desconocido.

—¿Qué estás gritando? ¿Trajiste? ¡Ven corriendo para aquí! ¡Rápido!

Y el rostro desapareció.

Titubeando, Petia echó una mirada en torno suyo. Pero estaba completamente solo: ni un alma a quien pedir consejo. Arriba, algo crujió de nuevo; un gran pedazo de cascote cayó y vino a deshacerse en pedacitos a los pies de Petia.

Encogiéndose, el chico se lanzó sobre la puerta de servicio. Enredándose en su gabán demasiado largo, empezó a trepar la sonora escalera de hierro.

—¡Dame, dame, dame!, —gritó de arriba una voz enfadada.

La pesada cartera le martillaba dolorosamente la espalda. Los bolsillos llenos hasta reventar, dificultaban su marcha. Sintió calor. Su gorra estaba empapada. Le corría el sudor por las cejas y los ojos. Su cara ardía.

Y en tanto, la voz irritada y suplicante, continuaba gritando desde arriba:

—¡Dame! ¡Pero dame de una vez! ¡Por los mil demonios!

Apenas Petia, completamente sofocado, con la lengua afuera, llegó al descansillo del tercer piso, fué asido de los hombros por un hombre de gabán con cuello de piel de carnero, de buena calidad pero sucio, sin sombrero, con los cabellos húmedos pegados a la frente.

Su elegante bigote, su perilla bien recortada, contrastaban con su amplio rostro simple, inflamado, y de nariz aplastada, salpicada por el yeso.

Estaba muy apurado. Asió a Petia de los hombros, con sus vigorosas manos.

El chico creyó que lo iban a sacudir por los hombros, como hacía papá en sus instantes de cólera. De miedo, hizo el mismo ademán de acurrucarse, pero el hombre le miró a los ojos con ternura.

—¿Los tienes? —preguntó en un murmullo; precipitado y sin aguardar respuesta, arrastró al pequeño a la cocina vacía de un departamento en el fondo del cual —Petia lo intuyó de inmediato— pasaba algo enorme y terrible, algo que por lo común no se hace en un departamento.

El hombre echó una mirada furtiva sobre Petia e inmediatamente, sin decir palabra, metió las manos en sus bolsillos llenos. Rápidamente, empezó a retirar las pesadas bolsitas. Petia permanecía frente a él con los brazos extendidos.

Había, por cierto, en ese desconocido de bigotito y perilla, algo familiar. Ciertamente, Petia ya lo había visto antes. Pero, ¿dónde y cuándo?

El chico hacía un violento esfuerzo de memoria, sin llegar a acordarse. Algo le incomodaba, le desorientaba. ¿El bigote, quizá, o la barba?

El hombre había sacado rápidamente de los bolsillos del chico las cuatro bolsitas.

—¿No hay más? —preguntó.

—Sí, hay todavía en la cartera.

—¡Qué vivaracho!, —gritó el hombre—. ¡Ah, gracias! ¡Y es un colegial!

Para expresar su regocijo, asió la gorra de Petia por la visera y la hundió profundamente hasta las orejas del muchacho.

Petia vió cerquita de su nariz, una mano rechoncha completamente cubierta de hollín, con olor a pólvora y una pequeña ancla azul tatuada.

—¡El marinero!, —gritó Petia.

Pero en el mismo instante, algo se desplomó en el fondo del departamento. Hubo un violento acceso de aire. De arriba de un estante, cayó una cazuela. Con un ágil movimiento de felino, el marinero se arrojó por el corredor no sin haber gritado:

—¡Quédate ahí!

Un instante después, a su lado, en algún sitio, resonaron seis disparos entrecortados. Petia se apresuró a desembarazarse de su cartera y a abrirla con dedos temblorosos.

En ese momento entró Terenti, vacilando, en la cocina; salía del corredor. No llevaba chaqueta, sino solamente una camisa con una manga arrancada. Con esa manga se había vendado la cabeza. Por su sien, debajo de la curación, corría la sangre. En su mano derecha empuñaba un revólver.

Al ver a Petia, quiso decir algo, pero hizo un además con la mano y comenzó a beber, con la cabeza dada vuelta bajo la canilla.

—¿Trajiste?, —preguntó, sofocado, tragándose el agua que se precipitaba con estrépito sobre su rostro pálido—. ¿Y Gavrik? ¿Vivo?

—¡Sí!

Visiblemente Terenti no tenía tiempo de hacer preguntas. Sin secarse la cara mojada, empezó a retirar las bolsitas de la cartera.

—De todos modos, no nos podremos mantener, —murmuró sosteniéndose penosamente en pie—. Rajaremos por los techos... están instalando un cañón... Y tú muchacho, lárgate, si no te arriesgas a atrapar un tiro... ¡Raja rápido! Gracias, pórtate bien.

Terenti se sentó sobre un taburete y volvió a pararse de inmediato, limpiando el revólver contra su rodilla. Se lanzó por el pasillo, donde a cada momento se oía el rugir de los tiros y el tintineo de vidrios rotos.

Petia tomó su cartera aligerada y corrió a la puerta. Sin embargo, la curiosidad lo retuvo un minuto más: echó una mirada al fondo del pasillo. Por la puerta, ampliamente abierta, vió una habitación obstruída por muebles deshechos.

En medio del cuarto empapelado con papel fino de dibujos oscuros, Petia observó un hoyo abierto, donde el enrejado de la pared había quedado al desnudo.

Varios hombres pegados al alféizar de las ventanas, desguarnecidas de marcos, disparaban precipitadamente con revólver.

Petia vió la cabeza vendada de Terenti y el cuello de piel de carnero del marinero. Vió también agitarse una capa peluda y negra y una gorra de estudiante.

Y todo eso flotaba y desaparecía en los copos azules del humo.

El marinero tenía una rodilla sobre el alféizar, donde había colocado un pequeño soporte de acero; a cada momento, retiraba de la ventana su mano sacudida por las detonaciones. Gritaba furiosamente.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Entre todo ese movimiento, ese desorden, ese jaleo, ese humo, sólo un hombre permanecía completamente en calma; tenía el rostro amarillo, indiferente, ceroso, y un agujerito negro encima de sus ojos cerrados.

Estaba acostado incómodamente, en medio de la pieza, con el rostro vuelto hacia el techo, entre los cartuchos y cargadores vacíos.

Sus quevedos rotos, cuyo cordón negro permanecía suspendido de la oreja blanca y rígida, yacían a su lado sobre el parquet empolvado de yeso. E igualmente sobre el piso, permanecía, como si se la hubiese colocado allí ex profeso, una viejísima gorra de técnico, con la visera resquebrajada.

Petia miró al hombre, y de pronto comprendió que era un cadáver.

Corrió fuera de la casa. Ya no recordaba cómo salió, cómo llegó a la puerta cochera donde esperaba Gavrik.

—Y bien, ¿los llevaste?

—¡Sí!

Con la garganta ahogada por la emoción, Petia hizo el relato de todo lo que había visto en el terrible departamento.

—De todos modos, no podrán mantenerse... Rajarán por los techos... —murmuró Petia respirando penosamente—. Están por colocar un cañón frente a la casa...

Gavrik palideció e hizo la señal de la cruz. Era la primera vez que Petia veía a su amigo tan asustado.

Muy cerca, casi al lado, tronó un cañonazo. El eco de hierro golpeó los techos.

—¡Todo está perdido!, —gritó Gavrik desesperado—. ¡Raja!

Los dos chicos saltaron a la calle y corrieron a través de la ciudad, que cambiaba de aspecto por tercera vez en la misma mañana.

Ahora los cosacos dominaban la situación. No se escuchaba más que el son chorreante de los cascos de sus caballos.

Escuadrones de cosacos del Don con sus penachos colgando sobre la frente, habían permanecido disimulados por los patios; salían precipitadamente por las puertas cocheras y daban latigazos a la gente, con todas sus fuerzas.

Ningún refugio posible: todas las entradas y todas las puertas cocheras estaban herméticamente cerradas y protegidas por la tropa y la policía... Cada callejuela era una ratonera.

Los que quedaban de las manifestaciones disueltas, corrían en todo sentido, al azar, sin ninguna esperanza de salvación. Los cosacos alcanzaban a las gentes y las acuchillaban una a una.

En la calle Pequeña Arnautskaia, los chicos vieron pasar corriendo, en medio de la calle, a un hombre de piernas torcidas, sin gabán ni sombrero. Tenía bajo el brazo, una bandera con asta. Era el dueño del tiro. Corría rengo y zigzagueante, echándose tan pronto a un lado como a otro.

En otras circunstancias, esa carrera fantástica hubiera divertido a los chiquillos, pero esta vez, sólo les inspiró un sentimiento de terror.

Cada diez pasos, Iosif Karlovich volvía la cabeza, pálido, asolado, con ojos dementes. Dos cosacos lo perseguían al trote.

Los cascos sonaban sobre el empedrado de granito, arrojando chispas que parecían pálidas a la luz del sol.

Iosif Karlovich se encontró entre los dos caballos. Los dejó pasar, acechó y arrojándose a un costado, se agarró a una puerta de entrada.

La puerta estaba cerrada. Tiraba desesperadamente, la golpeaba con el pie, empujaba con el hombro. La puerta no cedía. Los cosacos volvieron grupas. Subieron a la vereda.

Iosif Karlovich se encorvó, inclinó la cabeza y apretó con las dos manos la bandera sobre su pecho. Brilló un sable. Vaciló la espalda. La chaqueta estalló en diagonal. El dueño del tiro tuvo un sobresalto y se dió vuelta.

Por un instante, se vió su rostro convulsionado por el dolor, con sus patillas cortadas oblicuamente.

—¡Bribones! ¡Sátrapas! ¡Verdugos! —gritó apasionadamente en la calle—. ¡Abajo el absolutismo!

En el mismo instante, brillaron con brutalidad dos sables simultáneos. Iosif Karlovich cayó, apretando siempre la bandera contra su pecho descubierto, velludo, donde apareció un tatuaje azul.

Uno de los cosacos se inclinó sobre el cuerpo.

Un minuto después, los dos jinetes se alejaron al galope, arrastrando al extremo de una cuerda, el cadáver de un hombre que dejaba sobre el pavimento mortecinamente gris, una larga huella de un rojo brillante.

Acudió una muchedumbre que salía de una callejuela. Ella separó a los dos amigos.

XXXIX

POGROM

Ese día, Petia perdió toda noción de tiempo.

Cuando por último llegó a su casa, le pareció que caía la noche, cuando en realidad eran recién las dos de la tarde.

Todo estaba en calma; en el barrio de la Plaza Kulikovo y del Estado Mayor, todo era tranquilidad. Los sucesos de la ciudad llegaban hasta allí, como rumores, como un eco de tiros lejanos.

El cielo, bajo y casi negro, respiraba el frío vigoroso de una nieve próxima. En esta estación, la noche comienza desde la mañana. Ya se habían visto revolotear minúsculos cristales de nieve, en el aire turbio teñido de azul. Pero la tierra endurecida, permanecía aún completamente negra, sin una sola cana.

Petia entró por la escalera de servicio, abandonó en la cocina su cartera vacía y se deslizó cuidadosamente en su cuarto. La hora era tan poco avanzada, que nadie se había inquietado por él.

Petia vió las habitaciones silenciosas, apacibles, oyó el sordo murmullo de la máquina de coser lanzada a toda marcha, husmeó el olor de la hirviente sopa de remolacha y de pronto, sintió el deseo de arrojarse al cuello de su papá, de apretar la mejilla contra su levita, de llorar y decirle todo.

Pero no fué más que un relámpago en el alma trastornada del chico. Otro sentimiento, contenido y silencioso, se apoderó de él: el de la responsabilidad y del misterio. Por primera vez en su vida, el muchachito había comprendido simple y seriamente, con todo su corazón, que en la vida hay cosas que no deben decirse aun a los seres más próximos y más queridos; y que hay que guardarlas para uno, cueste lo que cueste.

El padre se balanceaba en su mecedora, las manos detrás de la cabeza, la nariz aliviada de sus quevedos. Petia

dió unos pasos, se sentó en una silla al lado de su padre, con las manos expuestas sobre sus rodillas.

—¿Qué tal, picarón? ¿Te aburres, no tienes nada que hacer? ¡Un poco de paciencia! Pronto se arreglará todo... Volverán a empezar las clases... Irás al liceo... Obtendrás malas notas... Te sentirás mejor.

Y sonrió con su bondadosa sonrisa de miope.

Crujió una puerta en la cocina. Se precipitaron unos pasos en el corredor. Dunia, desfallecida, vino a apoyarse contra la puerta. Tenía las manos apretadas violentamente contra el pecho:

—¡Oh, señor!...

No pudo decir más nada.

Estaba jadeante. Un mechón de cabellos con una horquilla al extremo, se había escapado de su cofia desatada, y colgaba sobre su pálido rostro.

De un tiempo a esta parte, en la casa ya se habían habituado a esos efectos teatrales. Casi todos los días, Dunia anunciaba alguna noticia recogida en la calle. Esta vez sus ojos enloquecidos, su respiración sofocada, todo su aspecto de demencia, decían que había pasado algo extraordinario, horrendo.

Trajo consigo un silencio tan siniestro, que el reloj pareció decuplicar su tic-tac y los vidrios de las ventanas, se colorearon de gris. Se detuvo bruscamente el crepitar de la máquina de coser y acudió la tía, con los dedos apretados contra las sienes surcadas de venas azules.

—¿Qué?... ¿Qué hay?

Dunia callaba, moviendo sus labios en silencio.

—Están matando a todos los judíos de la calle Cables, profirió al fin con voz que apenas se oía. Un pogrom...

—¡No es posible! —exclamó la tía y se sentó en una silla con la mano sobre el corazón.

—Que me muera... Están desbaratando todos los negocios judíos. Arrojaron una cómoda a la calle, desde un primer piso... ¡Dentro de diez minutos estarán aquí!

El padre se levantó de un salto, pálido, con la mandíbula temblorosa, tratando de colocarse sus quevedos sobre la nariz, con mano que no le obedecía.

—¡Pero qué va a pasar, Dios mío!

Elevó los ojos hasta el ícono y se persignó dos veces. Dunia creyó que era una señal. Recobró el ánimo, trepó sobre una silla y comenzó a levantar el ícono con ademanes convulsos.

—¿Pero qué está haciendo, Dunia?

Sin responder, ella corría, reuniendo los íconos. Febrilmente los instaló en las ventanas, de frente a la calle, apoyándolos sobre pilas de libros, latas de té, sobre cuanto le caía en mano.

El padre la observaba con mirada distraída.

—No comprendo... ¿qué quiere?

—¡Oh! ¡Señor! ¿Y cómo hacer?, —murmuró, asustada—. ¿Y cómo? Rompen todo en las casas de los judíos. No tocan a los rusos... Cuando hay íconos en las ventanas, no entran...

El rostro del padre se convulsionó.

—¡Se lo prohibo!, —gritó con voz aguda y entrecortada, y se puso a golpear la mesa con el puño—. ¡No se atreva a hacer eso!... ¡Se lo prohibo! ¿Me entiende? ¡Termine de una vez!... ¡Los íconos no son para eso!... ¡Es... es.... un sacrilegio! ¡Inmediatamente!...

Sus puños almidonados se habían salido de las mangas. Su cara había palidecido, su frente combada se cubrió de rosadas manchas.

Petia jamás había visto a su padre en ese estado: temblaba, estaba pavoroso. El padre corrió y tomó un ícono de la ventana.

Pero Dunia lo tenía desesperadamente y no lo soltaba.

—Señor... ¿qué está haciendo?, —gritó—. ¡Nos van a matar a todos! ¡Tatiana Ivanovna! ¡Mi querida señorita! ¡Nos van a matar a todos! ¡Es gente que no tiene miedo a nada!

—¡Silencio!, —bramó el padre. Y las venas de su frente se tendieron violentamente—. ¡Silencio! ¡El dueño soy yo! No permitiré en mi casa... ¡Que entren! ¡Que maten a todos!... ¡Esos brutos!... ¡Usted no tiene derecho!... Usted no tiene...

La tía hizo crujir los dedos.

—¡Vasili Petrovich... se lo suplico, cálmese!...

El padre había apoyado la cabeza contra la pared, y se cubría el rostro con las dos manos.

—¡Ya vienen! —clamó Dunia.

Se hizo un silencio.

En la calle se oyeron los sonidos debilitados de un canto armonioso. Parecería que fuera una procesión en algún lugar muy lejano, o un entierro que pasaba.

Petia echó un vistazo por la ventana. En la calle no había ni un alma. Un cielo bajo y negro dominaba la plaza Kulikovo, desierta.

El viento había arrojado sobre las arrugas de la tierra desnuda, unos largos hilos de nieve ligera como plumón.

El canto se acentuaba. Petia se dió cuenta que la nube bajà y oscura en el horizonte de la plaza Kulikovo, a la derecha de la estación, no era una nube sino una multitud que se acercaba lentamente.

En la casa hubo un ruido de postigos.

En la cocina se oyeron voces contenidas, un murmullo, ruido de pasos, un roce de faldas. En el corredor apareció una mujer de edad, llevando de la mano a una niña llorosa, de cabellos rojo vivo.

La mujer estaba vestida como quien va de visita, llevaba falda de muaré negro, mantilla y mitones de hilo escocés. Tenía un sombrero alto con plumas, un poco inclinado. Por detrás de su hombro. aparecieron el rostro redondo y pálido de Nusia y el sombrero hongo de "Boris-ratón".

Era la señora Kogan con toda su familia.

Sin atreverse a traspasar la puerta, hizo largas reverencias en el umbral de la habitación, recogiendo su falda con una mano y apretando la otra contra su corazón. Un sonrisa afectada, cortés y enloquecida, jugaba en su pequeño rostro móvil y arrugado.

—¡Señor Batchey!, —exclamó con estridente voz de pájaro, extendiendo hacia el padre las manos temblorosas en sus mitones—. ¡Señor Batchey! ¡Tatiana Ivanovna! ¡Siempre hemos sido buenos vecinos!... ¿Es culpa de los hombres no tener el mismo Dios?...

Cayó de rodillas.

—¡Salvad a mis niños! —gritó sollozando frenéticamente—. ¡Que saqueen todo, pero que perdonen a los niños!

—¡Mamá, te prohibo que te humilles!, —gritó Nusia furioso, metiendo las manos en los bolsillos y se dió vuelta mostrando un cuello afeitado, teñido de azul.

—Naum, ¿te quieres callar de una vez?, —profirió "Boris-ratón", con voz silbante—. ¿O quieres que te encaje un bofetón? ¡Tu madre sabe lo que hace! Sabe que el señor Batchey es un hombre culto. No querrá dejarnos matar.

—¡Se lo suplico, señora Kogan! ¿Qué está haciendo?, —balbuceó la tía, precipitándose para hacer levantar a la judía—. ¿No tiene vergüenza? ¡Pero es claro, desde luego! ¡Ah, Dios mío! ¡Pero entren!... Señor Kogan... Nusia... Dora... ¡qué desgracia!

Mientras que la señora Kogan sollozaba y multiplicaba sus agradecimientos que hacían enrojecer al padre y a la tía, mientras escondía a los niños y al marido en todos los reductos de la casa, el canto se amplificaba, se aproximaba.

Atravesando la plaza Kulikovo, una pequeña muchedumbre se encaminaba hacia la casa, una muchedumbre que recordaba, en efecto, a una procesión.

En primer término, venían dos viejos canosos, con gabán de invierno, la cabeza descubierta: llevaban el retrato del emperador con una toalla de puntas bordadas. Petia reconoció en seguida la cinta azul en banda y el rostro del zar, parecido a una bellota. Detrás del retrato, venían oscilando los gonfalones llevados bien altos en el aire frío y levemente azul, que parecía enjabonado.

De inmediato, apareció una masa de hombres y mujeres bien abrigados, caminando pausadamente, calzados con zapatos de caucho, borceguíes, botas. Un vapor blanco salía de sus bocas muy abiertas. Cantaban:

—¡Salvad, Señor, a vuestros servidores y bendecid vuestros bienes!...

Tenían un aspecto tan pacífico y tan piadoso, que, por un momento, una vacilante sonrisa iluminó el rostro del padre.

—¡Pero miren, —dijo— es gente que camina tranquilamente, pacíficamente, que no hace mal a nadie y ustedes creen...!

Mas, el cortejo acababa de detenerse junto a la casa de enfrente. Una mujer grande, bigotuda, con dos pañoletas cruzadas sobre el pecho y que tenía las mejillas barrosas, salió con violencia de la multitud. Sus ojos salientes y negros como la uva "isabela", se fijaban con furia en las ventanas. Separó amplia-

mente, igual que los hombres, sus gruesas piernas cubiertas con abrigadas medias de lana y amenazó con el puño a la casa.

—¡Ah, puercos judíos!, —bramó con voz estridente de vendedora del mercado—. ¡Se han enterrado! ¡No es nada, ya los agarraremos! ¡Vamos, cristianos, muestren los íconos!

Con estas palabras, se levantó la falda por delante y atravesó la calle resueltamente, recogiendo una gran piedra de un montón destinado a reparar el pavimento.

A continuación, salieron del gentío una veintena de desvergonzados, melenudos, de brazos largos, con cintas tricolores prendidas a sus gabanes y sus *poddiovkas* plegadas en el talle. Sin apresurarse, cruzaron la calle uno a uno y cada cual, al pasar delante del montón recogía un adoquín.

Cuando pasó el último de esos hombres, el montón había desaparecido. Sólo se veía la tierra lisa.

Se estableció un silencio de muerte. El reloj ya no hacía tic-tac; descargaba cañonazos, y los vidrios cubrían las ventanas. El silencio se prolongó de tal modo, que el padre tuvo tiempo de proferir:

—Yo no comprendo... ¿y qué hace la policía? ¿Y los soldados del Estado Mayor? ¿Por qué no los mandan para aquí?

—¡Ah, la policía!... —gritó la tía, presa de una cólera histérica.

Su frase permaneció en el aire.

El silencio se hizo más terrible aún. "Boris-ratón", sentado en el borde de la silla en medio de la sala, con su sombrero hongo inclinado sobre la frente, fijaba sus grandes ojos abiertos e inmóviles en el ángulo de la habitación.

Nusia iba y venía por el corredor con las manos en los bolsillos. Se detuvo, escuchando. Una sonrisa desdeñosa, forzada, hacía gesticular sus labios carnosos.

El silencio duró todavía un instante, intolerable, y se desplomó. Abajo, en algún sitio, un primer adoquín golpeó contra un vidrio. Y al momento, se hubiera dicho que una tempestad se precipitaba sobre la casa. Los vidrios caían sobre la vereda. El palastro de la insignia arrancada, hacía un ruido

de carraca. Se oía el estrépito de las puertas y las gavetas que se forzaban. Se veían rodar por la calle cajas de bombones, toneles, latas de conservas. Una muchedumbre fuera de sí, rodeaba la casa, haciendo un cencerreo ensordecedor. El retrato con marco de oro y dominado por una corona, oscilaba oblicuamente para acá y para allá. Igual que si un oficial con sus charreteras y su cinta azul en banda, rodeado de gonfalones, se elevara permanentemente de puntillas, para mirar por encima de las cabezas.

—¡Señor Batchey! ¿Usted ve lo que está pasando?, —murmuró Kogan, retorciéndose suavemente las manos—. ¡Doscientos rublos en mercaderías!

—¡Papá, cállese! ¡Le prohibo que se humille!, —gritó Nusia—. ¡El dinero no tiene nada que ver!

El pogrom continuaba.

—¡Señor! ¡Visitan los departamentos! ¡Buscan a los judíos!

La señora Kogan dió un grito y forcejeaba en el corredor, como una gallina a la vista de un cuchillo.

—¡Dora! ¡Naum! ¡Hijos míos...!

—¡Señor, suben la escalera!...

En las escaleras, se oía el ruido retumbante y brutal de voces y botas; la caja de la entrada, lo decuplicaba.

El padre, con dedos temblorosos, los ademanes rápidos, se abotonó y se lanzó a la puerta desgarrando con las dos manos el cuello almidonado que lo ahogaba. La tía no había tenido tiempo de decir palabra, cuando él ya estaba en la escalera.

—¡En nombre de Dios, Vasili Petrovich!

—¡Señor, no vaya! ¡Lo van a matar!

—Papá —gritó Petia, y se lanzó detrás de su padre.

En levita negra, muy derecho, ligero, el rostro pálido, el padre descendía la escalera con un zumbido de puños.

A su encuentro, separando ampliamente las piernas, venía subiendo con pesadez la mujer de las gruesas medias de lana. Su mano en mitones de hilo, tenía sólidamente una pesada

piedra. Sus ojos ya no estaban negros, sino de un azul pálido, velados por una película empañada, como el ojo de un toro muerto. Detrás subían los desvergonzados, nadando en sudor, con sus gorras de género azul, como las que llevaban los almaceneros.

—¡Señores! —gritó intempestivamente el padre, con voz de tiple sobreaguda, el cuello púrpura por completo—. ¿Quién les concedió el derecho de violar el domicilio de los demás? ¡Es un pillaje! ¡Yo no lo permito!

—¿Y quién eres tú? ¿El propietario?

La mujer pasó su piedra de la mano derecha a la izquierda, y sin mirar al padre, le descargó violentamente el puño sobre la oreja.

El padre vaciló, pero no lo dejaron caer: una mano roja, acribillada de pecas, lo asió por el revés sedoso de la levita y lo empujó para adelante. El viejo género crujió, desgarrándose.

—¡No le peguen, es nuestro papá!, —gritó Petia fuera de sí y deshecho en lágrimas—. ¡No tienen derecho a hacer eso! ¡Imbéciles!

Alguien agarró al señor Batchey por la manga, con un movimiento breve, violento y colérico. La manga se desprendió. El puño redondo rodó con su botón, por la escalera. Petia vió un arañazo que marcaba la nariz de su padre, vió sus ojos miopes llenos de lágrimas, sus quevedos caídos, sus cabellos de seminarista, separados en dos, deshechos.

Un dolor insoportable atravesó el corazón del chico. Estaba presto a dejarse matar con tal que no osaran tocar más a su padre.

—¡Oh! ¡Salvajes! ¡Animales! ¡Brutos!, —gemía el padre entre dientes, retrocediendo ante los masacradores.

De arriba acudieron la tía y Dunia, íconos en mano.

—¿Qué están haciendo, señores? ¿No temen a Dios?..., —repetía la tía, con lágrimas en los ojos.

Dunia levantaba tan alto como podía al ícono del salvador con su ramita de azahares de cera bajo el cristal y gritó furiosamente:

—¿No están todos locos, acaso? ¡Mire que masacrar a cristianos ortodoxos! ¡Comiencen por abrir los ganchos! ¡Váyanse por donde vinieron! ¡Aquí no hay judíos, no hay! ¡Vamos, lárguense!

En la calle se oyeron los silbatos de la policía, que como siempre, llegaba media hora después del pogrom. La mujer de guantes blancos colocó su piedra sobre los peldaños de la escalera, se secó cuidadosamente los ojos con el borde de su falda y meneó la cabeza.

—Bué, por aquí ya alcanza. ¡Todo a la vez, no! Oyen a la poli que no para de chiflar... Vamos a la calle Fuente-Pequeña; en la esquina de Botánica, hay un judío.

Y levantando sus pesadas faldas, resoplando, comenzó a descender la escalera.

XL

UNIFORME DE OFICIAL

Durante varios días, la acera de enfrente de la casa, permaneció obstruída de piedras, de restos de vidrios y de cajas, bolitas aplastadas de trigo, arroz, trapos viejos y toda clase de cachivaches.

En el prado, entre los matorrales, se hallaba de pronto un álbum fotográfico, un anaquel de bambú, una lámpara o una plancha.

Los transeúntes hacían un rodeo para evitar esos restos, como si el sólo hecho de tocarlos, pudiera relacionarlos al pogrom y estigmatizarlos para toda su vida.

Hasta los niños, que horrorizados y curiosos, iban al comercio saqueado, mantenían las manos metidas ostensiblemente en los bolsillos, para no dejarse tentar por algún turrón con almendras tirado en el suelo, o por una caja aplastada, de cigarrillos "Kerch".

El padre recorría todo el día su habitación a zancadas, de pronto rejuvenecido, severo, con ademanes más rápidos que de ordinario, las sienes sensiblemente emblanquecidas, la barbilla prominente, lo que le daba un aspecto de preocupación. Su levita había sido reparada con tanta habilidad, que casi no se notaban las señales del estrago.

La vida retomaba su carril.

Ya no tiraban en las calles. En la ciudad se había establecido un pesado silencio. Por primera vez después de la huelga, pasó un ómnibus delante de la casa, vehículo molesto y absurdo, especie de coche urbano con enormes ruedas traseras, en tanto que las de adelante eran pequeñísimas.

Silbó la locomotora en la estación.

Trajeron los diarios y revistas: *"Noticias rusas"*, *"Los barbechos"*, *"La buena palabra"*.

Una vez, Petia, mirando por la ventana, vió delante de la puerta cochera el furgón amarillo del correo.

Al corazón del chico afluyó un cálido efluvio y se sintió desfallecer.

El cartero abrió la portezuela del furgón y retiró un paquete.

—¡Es de parte de abuelita! —gritó Petia golpeando con su dos manos el alféizar de la ventana.

¡Y él, que no se había acordado más! A la vista del furgón amarillo, se acordó de las "orejas" y de la levita estropeada, y de las sandalias vendidas, y de la alcancía de Pavlik, en fin, de todos sus crímenes, que podrían ser descubiertos en cualquier momento.

Campanillazo. Petia se arrojó a la antesala.

—¡No toquen eso, gritó sofocado, es para mí! ¡Es para mí!

Y en efecto, ante el asombro general, leyeron sobre la tela, escrito en gruesos caracteres violeta: "Al señor Piotr Batchey en persona".

A riesgo de romperse las uñas, el chico arrancó la tela cosida con hilo grueso. No tenía paciencia. Petia se apoderó del cuchillo de la cocina y despanzurró la caja, liviana como un violín. Sacó un objeto envuelto solícitamente en un número viejísimo de *"El inválido ruso"*.

Era una levita de oficial.

—¡El uniforme del abuelo!, —anunció Petia solemnemente—. ¡Aquí está!

Era lo único que había en el paquete.

—Yo... no comprendo... —murmuró la tía.

—Singular idea enviar a un niño una especie de reliquia de guerra —observó secamente el padre, encogiéndose de hombros—. ¡Bastante poco... pedagógico!

—¡Pero no! ¡Cállense, no comprenden! ¡Qué bien hizo mi abuela! —gritó el chico, maravillado. Corrió a su habitación con el paquete tan largamente esperado.

Por debajo de un papel de seda finísimo, brillaron los botones dorados envueltos cuidadosamente. Petia los revisó con rapidez.

¡Qué decepción! ¡No tenían águilas!

Eran botones completamente lisos, que en nada se distinguían de los botones comunes de soldado, de los más baratos. Petia contó dieciséis, ni más ni menos, pero toda esa colección no podía ser cambiada por más de tres "cinco".

¿Qué significaba eso? Petia no aprendió sino más tarde, muchos años después, que en la época de Alejandro II los botones de uniforme de oficial no tenían águilas. ¿Quién pudo preverlo? El pobre muchacho se sintió anonadado. Permaneció sentado sobre el alféizar de la ventana, dejando suspendido sobre las rodillas, el inútil uniforme.

Cristales de nieve revolotearon detrás del vidrio, ante el barómetro. El chico los siguió con mirada indiferente, sin experimentar la alegría que le proporcionaba de ordinario el ver la primera caída de nieve.

Por sus ojos desfilaron una a una las imágenes de los acontecimientos en que había sido, no ha mucho, actor y testigo.

Todo eso le pareció lejano, vago, inverosímil como un sueño. ¿No había pasado en otra ciudad, en otro país tal vez?

Pero no obstante, bien sabía Petia que no era un sueño. Había sucedido allá, muy cerca, detrás de la plaza Kulikovo, del otro lado del vaho lechoso de esa nieve que flotaba entre cielo y tierra.

¿Y Gavrik, donde estaba? ¿Qué suerte habían corrido Terenti y el marinero? ¿Habían logrado huir por los tejados?

Esas preguntas permanecían sin respuesta.

Y en tanto, continuó cayendo la nieve. Recubrió la tierra negra de la plaza Kulikovo con una espesa capa, con el mantel limpio y alegre del invierno, que al fin comenzaba.

XLI

ARBOL DE NAVIDAD

Era la víspera de Navidad.

Pavlik se despertó antes del alba. Para él, la víspera de Navidad, era doble fiesta: ese día coincidía con su cumpleaños.

¡Es de imaginarse con qué impaciencia aguardaba ese día alegre y singular, en que, de pronto, iba a tener cuatro años!

¡El día anterior, tenía tres y ahora, cuatro! ¿En qué momento se efectuaba ese cambio? Sin duda, durante la noche.

Ya hacía tiempo que Pavlik había resuelto acechar el misterioso instante en que los niños ganan un año. Se despertó en medio de la noche, abrió bien grandes los ojos, pero no observó nada de particular. Todo permanecía igual: la cómoda, la pequeña lámpara, la palma seca detrás del ícono.

¿Qué edad tenía ahora: tres años o cuatro?

El niño se puso a examinar atentamente sus manos, bosquejó una patadita bajo la manta. No, las manos y los pies eran los mismos que la noche anterior, al acostarse. Pero, ¿no se le habrá agrandado ligeramente la cabeza? Pavlik se palpó con cuidado la cabeza, las mejillas, la nariz, las orejas... Le pareció que nada había cambiado.

¡Muy extraño!

Ya que, por la mañana, finalmente, tendría cuatro años. De eso no había duda. Pero, ¿qué edad tenía en el instante presente? No era de creer que tuviera todavía tres y tampoco parecía cuatro.

Sería bueno despertar a papá. Seguramente, sólo él lo sabía. Pero, abandonar la cálida manta y caminar descalzo sobre el suelo... ¡Oh, no! Valía más fingir que dormía y acechar, con los ojos cerrados, la transformación.

Pavlik cerró dulcemente los ojos y se durmió al instante. Cuando se despertó, vió de inmediato que la lamparilla hacía

tiempo que se había extinguido y que una sombría claridad teñida de azul, principio de una mañana de invierno, se filtraba por las hendiduras de los postigos.

No había la menor duda: tenía cuatro años.

Aún dormía todo el mundo como tronco; no se oía todavía en la cocina el jaleo de Dunia. Pavlik, el jovencito de cuatro años, saltó ágilmente de su pequeña cama y se vistió "solito": se ensartó al revés su chaleco de botones forrados y puso sus pies desnudos en los zapatos.

Prudentemente, abriendo a dos manos las pesadas y chirriantes puertas, se fué a la sala. Hizo un largo viaje por la casa desierta. En la oscuridad, llenando toda la habitación de un fuerte olor a resina, se elevaba una cosa enorme, una silueta vaga, dejando caer sobre el parquet oscuras patas adornadas con guirnaldas de papel.

Pavlik sabía que era el árbol de Navidad. Mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, dió la vuelta despacio alrededor del árbol frondoso y aterciopelado, sobre el que centelleaban vagamente hilos plateados.

Cada paso del niño despertaba en el árbol un suave zumbido de papel, un estremecimiento de cartonería y de castañuelas, un delicado tintineo de bolas de vidrio.

Habiéndose acostumbrado a la oscuridad, Pavlik vió en el rincón una mesita cargada de regalos y olvidó por un instante el árbol de Navidad. Los regalos eran soberbios, mucho más hermosos de lo que se esperaba. Un arco con flechas dentro de un carcaj aterciopelado, un espléndido libro con imágenes en colores "El corral de la madre Tatiana", una lotería verdadera de "personas mayores" y un caballo más grande aún, más elegante todavía y sobre todo mucho más nuevo que Filasón. Había además cajas de bombones de la casa George Bormann, tabletas de chocolate con imágenes móviles y una pequeña torta dentro de una caja redonda.

Pavlik no se esperaba tantos tesoros. Una mesa llena de juguetes y de golosinas, ¡y sólo para él!

Pero era demasiado poco todavía para el niño. Con toda suavidad, transportó a la sala sus juguetes viejos, sin exceptuar a Filasón, hecho pedazos, y los añadió a los nuevos. Ahora tenía tantos juguetes como en una tienda; pero todavía no era suficiente.

Pavlik trajo su famosa alcancía y la instaló en medio de la mesa, sobre el tambor, como símbolo de su fortuna.

Después de haber erigido esa torre triunfal con sus juguetes y haberla admirado hasta hartarse, el niño volvió junto al árbol de Navidad.

Se sintió tentado por un gran turrón cubierto con azúcar cande rosado, suspendido bien abajo, de un hilo amarillo. La belleza de ese turrón en forma de estrella, con un agujerito en el medio, era una tentación irresistible.

Pensando que no era una cosa muy grave que hubiera un turrón menos en el árbol, Pavlik lo desató y se lo llevó a la boca. ¡Qué decepción! El turrón no era tan rico como parecía: duro, hecho con harina de centeno, poco azucarado, desprendiendo un fuerte olor a melaza, hasta era repugnante. ¡Y sin embargo, mirándolo, parecía que los ángeles que cantan en el cielo con cuadernos de música en la mano, no comen otra cosa!

Repugnado, Pavlik volvió a su lugar la golosina probada. ¡Simple error, sin duda! La vendedora se habría equivocado al poner en la bolsa ese turrón fallado.

Pavlik observó entonces, otro turrón más lindo aún y bañado con cande azul. Colgaba muy alto. Había que traer una silla. Sin sacarlo de la rama, el niño mordió y escupió al punto; también ese estaba feo.

Pavlik decidió probar todos los turrones, todos los que colgaban del árbol. Y puso manos a la obra.

Con la lengua afuera, suspirando y sorbiendo, el niño colocaba la pesada silla junto al árbol, se subía, mordía los turrones, comprobaba su mala calidad, descendía y arrastraba la silla más allá.

Pronto todos los turrones fueron probados, a excepción de dos colgados muy arriba, cerca del cielorraso, donde era imposible alcanzarlos. Pavlik permaneció un rato pensativo, con la cabeza echada hacia atrás. Los turrones lo seducían; el niño estaba seguro que esos turrones no iban a chasquearlo. Iba a colocar una silla sobre la mesa para alcanzar el objeto de su codicia.

Pero oyó el fru fru fresco de un vestido de fiesta y la tía, radiante, echó un vistazo a la sala.

—¡Ah! ¡aquí está el héroe de la fiesta, levantado antes que nadie! ¿Qué haces aquí?

—Me paseo cherca del árbol de Navidad —respondió Pavlik modestamente, fijando en la tía sus ojos cándidos y confiados, de niño bien educado.

—¡Mi querido pajarito! ¡Cherca! ¡No se dice cherca, sino cerca del árbol! ¡Te felicito, te felicito por tus cuatro años!

Y el niño se sintió en los brazos cálidos, perfumados y tiernos de su tía.

En tanto, Dunia, roja de confusión acudió de la cocina, llevando en el extremo de su brazo extendido, una frágil taza azul, donde estaba escrito en letras de oro: "¡Felicidades!"

Así comenzó ese alegre día, que debía tener un desenlace imprevisto y singular.

De tarde, llegaron los invitados de Pavlik, varones y niñas tan pequeños, que Petia se hubiera considerado rebajado jugando con ellos, o hablándoles.

Sintiendo en el fondo de su alma una angustia, un peso aplastante, Petia permaneció sentado en la oscura habitación, sobre el alféizar de la ventana. Examinaba el vidrio adornado con arabescos, donde centelleaba la nuez de oro de un reverbero.

Un siniestro presentimiento embargaba su alma.

De la sala chorreaba la cálida y crepitante claridad del árbol de Navidad, brillante de bujías y de hilos dorados. Petia escuchaba los firmes acordes del piano. Su padre, separando los faldones de la levita y colocando al aire sus puños almidonados, martillaba una polka de seminario. Los niños golpeaban en desorden el parquet, alrededor del árbol, con sus menudos pies.

—¡Paciencia, paciencia! —dijo la tía pasando junto a Petia—. ¡No seas envidioso! ¡Tú también tendrás tu fiesta!

—¡Oh, tía! ¡Usted no comprende nada de nada! —respondió lastimeramente el chico—. ¡Váyase!

Por último, llegó el instante, aguardado con impaciencia, de la distribución de nueces y turrones. Los niños rodearon el árbol, y parados de puntillas, tendieron las manos para recibir los turrones, brillantes como cruces militares. El árbol osciló. Las guirnaldas susurraron.

Pero una vocecita sonora y asustada gritó:

—¡Oh, miren! ¡Alguien mordió mi turrón!

—¡Y el mío también!

—¡Hay dos que fueron mordidos!

—¡Eh! —comentó alguien, desengañado—. ¡No son nuevos, ya los han comido una vez!

La tía enrojeció hasta la raíz de los cabellos, en medio de esos turrones mordidos que le tendían por todos los costados.

Por último, sus ojos se fijaron en Pavlik:

—¿Has sido tú, mala criatura?

—Si tía, fuí yo, sólo quise probarlos, —dijo Pavlik, fijando cándidamente en la tía irritada sus grandes ojos abiertos, ambarinos por las luces del árbol. Y agregó suspirando: —¡Creía que eran ricos para comer, pero veo que sólo eran para los invitados!

—¿Quieres callarte, pillo?, —gritó la tía juntando las manos. Corrió al aparador, donde, por suerte, había aún muchas golosinas. Los niños quedaron satisfechos y el escándalo quedó ahogado. Poco después, los padres comenzaron a llevarse a los invitados, que ya tenían arena en los ojos. Terminó la fiesta. Pavlik se dió a la tarea de ordenar sus tesoros.

En ese momento, apareció Dunia, llamando a Petia con la mano.

—Señorito Petia, ese pícaro de Gavrik aguarda en la escalera de servicio, murmuró, mirando inquieta a su alrededor.

Petia corrió a la cocina.

Gavrik estaba sentado sobre el alto alféizar de la ventana de la escalera de servicio, el hombro apoyado sobre los vidrios helados, donde centelleaban las chispas azules de la luna. Sus ojos pequeños y pícaros, brillaban bajo la capucha. El chico respiraba penosamente.

Petia pensó primero que venía a reclamarle su deuda. Se aprestaba a contarle su gran desgracia, la historia de los botones del abuelo, y a darle su palabra de honor, que a más tardar en dos días, reembolsaría todo.

Pero Gavrik sacó de su chaqueta forrada de algodón cuatro bolsitas que Petia bien conocía y se las pasó furtivamente a su amigo.

—Guarda esto en algún sitio y no me deberás nada —declaró firmemente a media voz—. ¡Es todo lo que queda de Iosif Karlovich, que Dios tenga en la gloria!

Con estas palabras, Gavrik se persignó piadosamente.

—¡Esconde esto y guárdalo para cuando se necesiten!

—Está bien —dijo Petia en voz baja.

Gavrik permaneció un rato silencioso. Al fin, con ademán brusco se limpió la nariz con su puño y descendió de la ventana.

—Bueno, Petia... Adiós entonces...

—¿Y los demás, pudieron escaparse?

—Se fueron... Por los techos... Los buscan por todas partes.

Gavrik se preguntó si no se le habría ido la lengua, pero terminó por inclinarse con aspecto confiado cerca del oído de Petia, para murmurar:

—¡Oh! ¡Si habrán metido gente en gayola! Pero a ellos, no podrán agarrarlos. Están en las catacumbas, esperando... Todos los suyos están allá abajo. Recomenzarán en la primavera. Y sabes... el casero echa a la mujer de Terenti, con los dos niños, Genetchka y Motia. Ya ves como van las cosas...

Gavrik se frotó las cejas con preocupación.

—No sé donde meterlos. Probablemente, tengamos que mudarnos todos de Molinos-Cercanos a la casucha del abuelo. Y abuelo, sabes, ya no tiene fuerzas. Es probable que se muera pronto. Ven a vernos lo mismo un día de estos, Petia. Pero no en seguida. Y sobre todo, esconde bien las bolsas. ¡No es nada! "¡No llores, Manón, pronto estarás conmigo!" ¡Dame tu cuchara!

Gavrik tendió a Petia su mano aplanada como una tablita y se fué martillando la escalera, con sus tamangos destalonados.

Petia entró en su habitación y escondió las bolsas en la cartera, debajo de los libros.

De pronto, se abrió la puerta con gran estrépito. Era el padre, que entraba con su levita mutilada en la mano.

—¿Qué significa esto?, —preguntó en voz tan baja, que Petia se sintió desfallecer.

—Juro por la santa cruz... —murmuró Petia, sin fuerza para persignarse.

—¿Qué significa esto? —bramó el padre, completamente rojo y trémulo.

En el mismo instante, haciendo eco a la voz irritada del padre, se oyeron en la sala los gritos desgarradores de Pavlik...

El niño acudió, vacilando sobre sus piernecitas, y abrazó al padre por las rodillas. Con la boquita abierta, se le veía claramente la garganta, que bramaba. Su minúscula campanilla se estremecía. Lloraba a lágrima viva. En su suave mano, saltaba la alcancía abierta, llena de sonora chatarra.

—¡P...pó...p...pó! —balbuceó, hipando—. ¡Petka me me ha... me ha...ro...ro...bado!

—Palabra de honor... —comenzó Petia, pero ya el padre lo tenía sólidamente por los hombros.

—¡Bribón, granuja!, —gritó—, ¡Lo sé todo! ¡Juegas a juegos de azar! ¡Mentiroso!

Y se puso a sacudir a Petia con violencia. Su mandíbula temblaba y también, al extremo de un cordón negro, sus quevedos, que habían resbalado de su nariz porosa y chorreante de sudor.

—En seguida... inmediatamente, dame esas...esas... como las llaman ustedes...

—Orejas —balbuceó Petia, con una sonrisa forzada, intentando convertir el asunto en chanza.

Ante esa palabra, el furor del padre se redobló.

—¿Orejas? Muy bien... ¿dónde están? ¡Dámelas en seguida! ¿Dónde está esa mugre de la calle? ¿Dónde están esos microbios? ¡Al fuego! ¡Al hornillo! ¡Qué no las vea más!

Recorrió la pieza con la mirada y se arrojó sobre la cartera.

Sacudido por los sollozos, Petia corrió detrás suyo, a lo largo del corredor, hasta la cocina, donde su padre se encaminaba a grandes pasos nerviosos y rápidos, llevando las bolsitas con tanta repugnancia, como si fueran gatitos muertos.

—¡Papá! ¡Papá!, —gritó Petia, agarrándolo por los codos—. ¡Papá!

El padre rechazó a Petia, desplazó ruidosamente una cazuela y tiznándose con furia los puños, arrojó las bolsitas en el hornillo encendido.

El niño se quedó petrificado de horror.

—¡Rajen! —gritó fuera de sí.

En el hornillo, petardearon unos disparos. Estalló una pequeña explosión.

Una llama multicolor brotó por el orificio del hornillo. Los fideos salieron de la cazuela y fueron a pegarse al techo. El hornillo se resquebrajó. Un humo picante se mostró por las hendiduras y llenó toda la cocina.

Una vez inundado el hornillo de agua y retiradas las cenizas, descubrieron allí cartuchos de revólver.

Pero Petia ya no veía nada. Había perdido el conocimiento. Lo metieron en cama. Su cuerpo ardía. Midieron la temperatura: tenía 39°,7.

XLII

LA PLAZA KULIKOVO

Apenas curado de la escarlatina, apareció una fluxión pulmonar.

Petia estuvo enfermo todo el invierno. No dejó el lecho, hasta mediar cuaresma.

Se aproximaba la primavera, la ante-primavera. Ya no era invierno, aunque se estaba muy lejos de la estación de las flores.

La frágil nieve meridional de la que Petia no pudo gozar ese año, hacía mucho que había desaparecido. Era un tiempo gris y seco, del mes de marzo, tal cual se goza en Odesa.

Vacilando sobre sus piernas debilitadas, Petia erraba por las habitaciones, vueltas pequeñas y bajísimas desde que dejó el lecho. Se paraba en puntas de pie frente al espejo de la antesala oscura, y examinaba con sentimiento de dolorosa piedad, su rostro pálido y demacrado, sus ojos vidriosos que guardaban una expresión de susto y de asombro.

El niño permanecía solo en la casa, durante toda la primera parte del día. El padre daba lecciones a domicilio, la tía se paseaba con Pavlik.

El ruido que producían los cuartos vacíos, daba un ligero vértigo. El ruido duro del balancín, asustaba por su persistencia obstinada, despiadada. Petia se acercaba a las ventanas. Estaban cubiertas todavía, como en invierno, con una faja de algodón amarillento sembrado de papelitos, entre los dos marcos.

El niño veía la indigencia del empedrado gris y seco, la tierra dura de la plaza Kulikovo, el cielo plomizo con orificios azules apenas perceptibles, difusos. Por la ventana de la cocina, se percibían las ramas desnudas de las lilas sobre el prado. Petia sabía que arrancando con los dientes esa delgada piel amarga, se veía una linda madera verde pistacho.

El bajo profundo de la campana de cuaresma, echaba al aire un estremecimiento espaciado y fúnebre.

Y sin embargo, en ese mundo empobrecido, se encontraban ya las poderosas fuerzas de la primavera, que aguardaban su hora. Se las sentía en todas las cosas, sobre todo en los bulbos del jacinto.

La primavera de adentro, estaba escondida aún en la oscura trastera. Allí, entre toda clase de cachivaches envueltos en olor a ratas, la tía había colocado a lo largo de las paredes, pequeñas macetas. Petia sabía que la germinación de los bulbos de Holanda exigía oscuridad. El misterio del crecimiento se llevaba a cabo en las tinieblas del pequeño cuarto.

Una pálida pero fuerte flecha atravesaba la envoltura sedosa y agotada del bulbo. El niño sabía que un poco antes de Pascua, se verían aparecer sobre el pequeño tallo grueso, las flores de jacinto, tupidas y rizadas rosa-pálido, blancas o violetas.

Pero el corazón infantil de Petia languidecía en ese mundo vacío y gris del equinoccio de primavera.

El día aumentaba y el niño ya no sabía cómo llenar las horas que se alargaban desmesuradamente, en el intervalo del almuerzo a la noche. ¡Oh! ¡Qué largas y penosas horas de equinoccio! Más largas aún, que las desiertas calles que conducían a Molinos-Cercanos.

Al fin, autorizaron a Petia a pasearse por los alrededores de la casa. Iba y venía lentamente por la vereda seca, entornando los ojos bajo los rayos del sol, que declinaba detrás de la estación.

Un año antes, esa estación le parecía el fin de la ciudad. Más allá, comenzaba la geografía. Pero ahora Petia sabía que después de la estación, continuaba la ciudad, extendiéndose las largas y polvorientas calles de los suburbios. La veía con claridad alejándose hacia el oeste.

Allá, en perspectiva, colmando la inmensidad abierta, espaciando las ásperas casas de ladrillo, pendía el disco monstruoso de un sol rojo, antediluviano, privado de rayos y asimismo deslumbrante por su luz violenta y triste.

Quince días antes de Pascua, unos camiones trajeron madera a la plaza Kulikovo. Se vieron llegar carpinteros, cavadores, jefes de cuadrilla. Se extendieron cintas métricas en

todas direcciones. Los empresarios con metros plegables amarillos, que asomaban desde sus bolsillos, amojonaban el terreno, delimitaban los lotes. Iban a construir las barracas de la feria de Pascua.

Para Petia, no existía placer más grande que vagar por la plaza Kulikovo, entre las cajas llenas de gruesos clavos, hachas, sierras, los montones de virutas entre las vigas, preguntándose qué irían a construir. Cada línea nueva de vigas puestas en tierra, cada nueva atarjea taladrada, cada terreno medido con la cinta y jalonado con pequeñas estacas, hostigaba su imaginación.

Su fantasía dibujaba barracas de mágica belleza, conteniendo misterios maravillosos, en tanto que el buen sentido le decía que todo sucedería exactamente como el año anterior. No sería ni mejor ni peor. Pero la imaginación no podía acomodarse, reclamaba algo nuevo, algo jamás visto. Petia abordaba a los obreros, a los empresarios, giraba a su alrededor, quería a toda costa arrancarles informes.

—Diga, señor, ¿no sabe qué van a hacer?

—Ya se sabe. ¡Una barraca!

—¿Y qué barraca?

—Ya se sabe. Una barraca de madera.

El chiquelo reía con afectación, tratando de ganarse los buenos oficios del hombre.

—¡Ya sé, que será de madera! ¡Qué bromista! Pero ¿qué habrá adentro? ¿Un circo?

—Un circo.

—¿Cómo un circo? El circo es redondo y esta barraca no es redonda.

—Entonces, ¡no habrá circo!

—¿Un panóptico, tal vez?

—¡Sí, eso mismo!

—¿Tan pequeño?

—Entonces, será otra cosa...

—No, seriamente, ¿qué va a ser?

—¡Excusados!

Rojo de confusión, después de esa palabra inconveniente, Petia empezó a reírse con más fuerza aún, presto a soportar todas las humillaciones con tal de enterarse por lo menos de algo.

—¡Ja-ja-ja! No, en serio, ¿qué van a hacer?

—¡Anda, muchacho, anda! No es esta la compañía que te hace falta. Vas a llegar tarde a la escuela...

—Pero no, si todavía no voy al liceo. Tuve la escarlatina. Y después, una fluxión pulmonar.

—Bueno, anda a meterte a la cama, en lugar de estorbar a la gente. ¡Déjame en paz!

Petia se fué con una forzada sonrisa, la cabeza alborotada por el insoluble problema.

En el fondo, sabía perfectamente que mientras la tela no fuese tendida sobre las barracas, y los carteles no estuviesen pegados, no se sabría nada. Era tan imposible de adivinar, como el color de las flores del jacinto, que se abrirían en el extremo de sus pálidos tallos, el primer día de Pascua.

El sábado de la Pasión, llevaron a las barracas unas cajas, cofres misteriosos con inscripción: "Frágil". No había un chico de Odesa que supiera lo que había en esos cofres.

Sólo podían hacerse suposiciones: ¿figuras de cera? ¿Mesas mágicas de prestidigitadores? ¿Pesadas serpientes de cuerpo achatado, ojos tiernos, y doble aguijón?

Se sabía que uno de los cofres encerraba una ondina con busto de mujer y cola escamosa en lugar de piernas. Pero, ¿cómo vivía sin agua? ¿O quizá dentro del cofre hubiera un baño? ¿O tal vez la ondina estuviera embalada con algas húmedas? ¡Hipótesis!

Petia estaba sobre ascuas esperando la inauguración de la feria. Le parecía que aún no había nada pronto; ¡la feria no se iba a abrir jamás!

¡Temores vanos! Todo estuvo pronto el primer día de fiesta: los carteles en su lugar, los mástiles destinados a las banderas, pintados de blanco, la plaza abundantemente regada con agua colocada en grandes toneles verdes que circularon todo el día entre las barracas. Pasaban ennegreciendo la tierra seca, con sus rastros brillantes de agua.

En una palabra, la fiesta de Pascua sobrevino y se desparramó el mismo día previsto en el calendario.

Las campanas hacían oír su fatigante repique; un sol fresco volaba entre las desgreñadas nubes. Vestida con un traje de encaje blanco, la tía cortaba lonjas de jamón, repleg

gando la piel que lo cubría, gruesa, redonda como un estuche de revólver.

Sobre los pasteles de pascua, se elevaban corderillos de azúcar. Un Jesucristo rosado volaba como una danzarina sobre un alambre, blandiendo una oriflama de papel. Alrededor de una fuente de porcelana verde, se alineaban los huevos pintados de todos colores, brillantes, frotados con manteca y que reflejaban en relieve las ventanas cuidadosamente lavadas.

Los encrespados jacintos, encerrados en macetas envueltas en papel rosa estampado, destilaban su perfume afectado y mortuorio, tan denso, que parecía que era ese perfume el que algodonaba, en un vapor violeta, los rayos de sol, sobre la mesa pascual.

Ese primer día de Pascua, fué para Petia infinitamente largo y aburrido. En efecto, todos los espectáculos y fiestas estaban prohibidos. Aquel día la policía lo consagraba al buen Dios, pero, al día siguiente, a mediodía, la gente empezaba a divertirse, con el permiso de las autoridades.

Exactamente a mediodía, se oyó el silbato del inspector de servicio, y la bandera tricolor se desplegó en la cima del gran mástil blanco colocado en el centro de la plaza Kulikovo.

Y de inmediato comenzó una algazara ensordecedora. Los tambores turcos de los músicos del regimiento, se pusieron a tronar, seguidos por los organillos de los tío vivos. Se oyeron los gritos tartajeantes, gritos de mono, de los saltimbanquis y prestidigitadores que con voz estridente llamaban al público desde lo alto de los tablados blancos de las barracas. Se vieron girar los adornos de azabache; los cochecitos y los caballos de madera tomaron ímpetu.

Los frágiles esquifes de los columpios, golpeaban el cielo infinitamente azul. En todas partes, carraqueaba un ruido de campanas y de gongs de bronce, que se golpeaban sin descanso.

Pasó un vendedor ambulante llevando sobre la cabeza una brillante garrafa llena de agua helada coloreada, donde flotaban unas tajadas de limón, un pedazo de hielo y el sol polvoriento y plateado.

Un soldado picado de viruelas, repatriado de Port-Arthur, con un gorro negro y velludo, se quitó ágilmente sus botas y trepaba la cucaña, rodeado de una multitud de papanatas, para

apoderarse de la navaja y la brocha de afeitar atadas en la punta.

Durante siete días, desde mediodía hasta la puesta de sol, el tío vivo vertiginoso de la plaza Kulikovo no cesó de llenar la casa de los Batchey con la algazara de los suburbios jaraneros.

Petia pasaba todo el día en la feria. Creía que allí terminaría por encontrar a Gavrik. Muchas veces, cuando percibía entre la multitud un pantalón violeta y una gorra de marinero de botones con ancla— así vestía Gavrik en Pascua del año pasado— Petia se arrojaba, atropellando a la gente, pero se engañaba cada vez.

En esa fiesta popular había algo que recordaba a Molinos-Cercanos. Muchos hombres llevaban en la mano, bastones de hierro como el de Terenti, y muchas niñas tenían zarcillos azul turquesa como los de Motia.

Pero la espera de Petia fué chasqueada. Llegó el último día de feria. Los músicos ejecutaron por última vez la marcha "Me consumo lejos de mi patria". Y el pabellón fué bajado. Se oyeron los silbatos de la policía. La plaza se vació. Todo había terminado... hasta la Pascua del año próximo.

El sol en el ocaso ardió larga y tristemente detrás de las barracas enguirnaldadas, pero de pronto silenciosas, detrás de las ruedas de hierro de las carretillas, detrás de los mástiles despojados de sus banderas.

A raros intervalos, en medio del silencio melancólico de la concluída fiesta, resonaba el rugido de un león, o la befa de una hiena.

A la mañana, llegaron los camiones y dos días después no quedaba rastro de la feria. La plaza Kulikovo volvió a tomar su aspecto de plaza pública, negra, áspera, donde resonaban todo el día las voces cantantes de los sub-oficiales ordenando los ejercicios a sus soldados.

—¡En fila, a la derecha! ¡Un, dos!

—¡En fila, a la izquierda! ¡Izquierd! ¡Un, dos!

—¡Un, dos!

Los días se hacían cada vez más largos, cada vez más difíciles de llenar. Por último, en una ocasión, Petia decidió ir a la playa, a visitar a Gavrik.

XLIII

LA VELA

El abuelo se moría.

Y Gavrik, y Motia, y la mamá de Motia, y Petia, que pasaba casi todo el día a la orilla del mar, todos sabían que el abuelo iba a morir pronto.

Y el propio abuelo lo sabía.

De la mañana a la noche, permanecía acostado en su hundida cama de hierro, que habían sacado de la cabaña para instalarla al aire libre, bajo el tibio sol de abril.

Cuando Petia fué a saludarlo por primera vez, se sintió turbado por la pureza y transparencia de su rostro, que parecía irradiar sobre la almohada roja, una delicada claridad azul.

Encuadrado en una barba demasiado larga y blanca, ese rostro tranquilo y sereno, sorprendió a Petia por su belleza y gravedad.

Pero lo más asombroso, lo más terrible, era que esa cara ya no tenía edad; parecía estar al margen del tiempo.

—Buenos días, abuelo —había dicho Petia.

El viejo volvió sus ojos de párpados pálidos y violáceos y miró de hito en hito, largamente, al pequeño colegial. Pareció que no lo reconocía.

—Soy yo, Petia, de la calle Cables, en la esquina de la plaza Kulikovo.

El abuelo tenía los ojos fijos en el horizonte.

—Abuelo, el año pasado usted le preparó plomadas para su sedal —recordó Gavrik—. ¿No lo reconoce?

—Plomadas... Sí. Lo hice. Un plomo...

Y miró a Petia con ternura, moviendo sus labios.

—¡Pero claro! Has crecido. Anda, mi pequeño, anda, anda a jugar a la playa con los guijarros. ¡Anda a jugar! Pero ten cuidado de no caerte al agua.

Sin duda, le parecía que Petia era un bebé como el biznieto Genetchka, que se arrastraba entre las flores amarillas del amargón. De vez en cuando, el viejo levantaba la cabeza para admirar su menaje.

Desde que la familia de Terenti se estableció allí, todo el aspecto de la cabaña había cambiado. Podía creerse que había traído con ella un pedazo de Molinos-Cercanos. Antes de Pascua, la mujer de Terenti había frotado con arcilla el suelo apisonado del interior de la casucha y había blanqueado sus muros.

Rejuvenecida, la casucha hacía brillar al sol, alegremente, sus vidrios bien lavados, orlados de azul.

En torno suyo, verdeaban los azulejos muy próximos a abrirse y allí había instalado Motia sus muñecas, que representaban a ricas señoras que venían a veranear.

Abigarradas ropas se secaban en las cuerdas. Motia, con los cabellos cortados a lo varón, regaba el huerto, apretando a dos manos, contra su vientre, una gran regadera. El perro Rudko, corría con su áspera sonrisa, entre dos postes unidos por un alambre. Al costado del huerto, humeaba una cocina con un tarro sin fondo, a guisa de chimenea. Era riquísimo el *kulech* tocado por el humo.

La mamá de Motia llevaba una falda plegada; estaba inclinada sobre una cuba de lejía. A su alrededor, flotaban en el aire pompas de jabón.

A veces, al abuelo le parecía que el tiempo había dado marcha atrás y que él, el abuelo, tenía de nuevo cuarenta años; que su difunta esposa acababa de blanquear la casa; que era su hijo Terenti quien caminaba a cuatro patas en medio de los amargones; y que sobre el techo, había un mástil envuelto en una vela nueva recién comprada.

Y le parecía también al abuelo que en ese mismo instante se iba a colocar el mástil al hombro, a tomar los remos bajo el brazo, el timón de madera pintado de rojo e internarse en el mar.

Pero la memoria recuperaba sus derechos. El viejo pensó de pronto en los asuntos de la casa.

Se levantó penosamente sobre los codos y llamó a Gavrik.

—¿Qué quiere, abuelo?

El viejo movió por un rato los labios, reunió fuerzas.

—¿El mar no se llevó la barca? —preguntó al fin y sus cejas se levantaron dolorosamente en acentos circunflejos.

—No, no, abuelo. Acuéstese...

—Hay que alquitranarla...

—Voy a alquitranarla, abuelo. No tema, quédese acostado.

El abuelo volvió a acostarse dócilmente, pero un minuto más tarde, llamó a Motia.

—¿Qué estás haciendo, chiquita?

—Riego las patatas.

—Haces bien. ¡Riégalas! No hay que ahorrar agua... Y las malas hierbas, ¿las arrancas?

—Sí, abuelo.

—Mira, ¡si no ahogarían todo el huerto! Bueno, anda, mi chiquita, descansa; ¡anda a jugar con tus muñecas!

Y de nuevo, el abuelo volvía a caer pesadamente de espaldas.

Pero Rudko se ponía a ladrar y el viejo volvió para su lado sus ojos enfadados, de tupidas cejas. ¡Le pareció que gritaba bien fuerte, en dueño de casa!

"¡Vamos, Rudko, silencio! ¡Ahí hay un gobio! ¡A tu lugar! ¡Quieto!".

Pero se oyó apenas:

—Quieto, quieto, quieto...

El abuelo pasaba la mayor parte de su tiempo mirando fijo a lo lejos. Allá abajo, entre dos colinas al borde del agua, aparecía el triángulo azul del mar, con una multitud de velas y pescadores.

Mirando el mar, el viejo razonaba solo, pausadamente:

—Vaya, así es... Al viento le gusta la vela. Con vela, es harina de otro costal. Con vela, uno va donde quiere. Si uno quiere, se va por el lado de Dofinovka, o de Lustdorf. Con vela, hasta se puede dar un paseo por Ochakov, por Jerson, y hasta por Eupataria. Pero sin vela, sólo con remos, es poco serio, ¡no hay por dónde agarrarlo! Por más que se reme, en cuatro horas no se llega a Fuente-Pequeña. ¡Y cuatro horas más para volver! No, cuando se es pescador, hay que tener una vela. Sin vela, no vale la pena hacerse a la mar. Al fin y al cabo, no se hace más que pasar vergüenza. Una barca sin vela, es como quien dice, un hombre sin alma. ¡Así es!...

El abuelo pensaba permanentemente en la vela.

Una noche, Terenti vino por un minuto a ver a su familia. Trajo golosinas para los niños, tres rublos a su mujer para el mercado, y había dicho, que dentro de unos días, traería una vela nueva.

Desde ese día, el abuelo ya no se aburría más.

El sueño de la vela nueva, llenaba sus pensamientos. Veía ésa vela nueva con tanta claridad, como si estuviese tendida delante de sus ojos, un poco gris, redondeada por la fresca brisa.

Agotado por la idea fija de la vela, el abuelo perdió la noción de las cosas. Ya no comprendía quién era ni qué le pasaba; sólo permanecían las sensaciones.

La conciencia que lo separaba de todo lo que no era él, se borraba lentamente. Se confundía con el mundo que lo rodeaba, se volvía a su vez, perfume, ruido del mar, flor...

Revoloteando en zig zag pasaba una mariposa clara de alas veteadas de amarillo limón. Al abuelo le parecía que él era esa mariposa y que era él que volaba.

Una ola se desparramaba por los guijarros, y el abuelo se confundía con su fresco zumbido.

La brisa aportaba una gota de agua que dejaba un sabor salado en los labios, y el abuelo se volvía viento y sal.

Un niño estaba sentado en el suelo, en medio de los amargones, y el abuelo era ese niño, y también esas flores brillantes, amarillas como los polluelos, que el bebé buscaba alcanzar.

Era vela, sol, mar... Era todo.

Pero no vivió lo bastante para ver la vela.

Una mañana, Petia ya no encontró al viejo junto a la casucha. En lugar de su cama, habían instalado un caballete, y un viejo de gran estatura con una crucecita de Kiev sobre su cuello negro, cepillaba una tabla.

Una larga viruta sinuosa salía penosamente del cepillo.

A su lado estaba Motia, con un vestido nuevo pero feo, un vestido de percal que no había sido colado nunca. Estaba calzada con zapatos ajustados.

—Nuestro abuelo murió hoy, —dijo, abordando al chico—. ¿Quiere verlo?

Con su mano fría, la niña tomó a Petia de la mano y lo llevó a la choza tratando de no hacer crujir sus botines.

El abuelo yacía sobre su cama de hierro; sus ojos cerrados sobresalían. Tenía un pañuelo anudado en la barbilla. Un pequeño cirio amarillo salía de sus gruesas manos, llevadas bien arriba sobre el pecho, sobre el ícono de San Nicolás. A través del vidrio limpio, caía un rayo de sol tan brillante, que no se veía la llama del cirio. Encima del pequeño hueco hecho por la llama, no se veía más que el gancho negro de la mecha; sólo el temblor del aire hacía suponer que el cirio ardía.

Enterraron al abuelo dos días después.

La víspera del entierro, de noche, llegó Terenti, que no sabía que el abuelo había dejado de existir. Llevaba al hombro un rollo enorme y pesado: la vela prometida.

Terenti la arrojó a un rincón y permaneció un instante inmóvil, ante el abuelo acostado en su ataúd de abeto blanco. Sin persignarse, besó al abuelo en sus labios duros y helados y salió en silencio.

Gavrik acompañó a su hermano a lo largo de la ribera, hasta Fuente-Pequeña. Después de haberle dado algunas órdenes referentes al entierro, al que, desde luego, Terenti no podía asistir, el mayor apretó la mano del pequeño y desapareció.

...Cuatro pescadores de bigote rubio, llevaron al abuelo al hombro, en su liviano ataúd descubierto.

Adelante, junto al sepulturero, de haraposo uniforme, que llevaba sobre el hombro una cruz groseramente tallada, caminaba Gavrik, limpio, bien lavado, bien peinado. Llevaba envuelta en una toalla, una enorme marmita de barro con *kolevo*.

La mamá de Motia, con Genetchka en brazos, Motia, Petia y algunos vecinos, pescadores con ropa dominguera, ocho personas en total, seguían al ataúd. Pero a medida que se acercaban al cementerio, se alargaba la comitiva.

La noticia de los funerales del viejo pescador, apaleado por la policía, había corrido misteriosamente por todo el litoral, de Lanyerón a Lustdorf.

Sobre la playa, desembocaban callejuelas con familias enteras de pescadores, la gente de Fuente-Pequeña y de Fuente-

Mediana, la de Vatuj, de Arcadia, de la Costa de Oro, y todos se juntaban a la procesión.

Una multitud de trescientas personas, por lo menos, caminaba en silencio, detrás del miserable ataúd del abuelo.

Era el último día de abril. Se anunciaba lluvia. Los gorriones se bañaban, con las alas desplegadas, en el blando polvo de las calles. Un cielo embetunado dominaba los jardines y la tierna verdura que pendía sin fuerza esperando la lluvia, se destacaba vivamente sobre ese fondo.

En los corrales, los gallos daban somnolientos quiquiriquís. Ni un rayo de sol atravesaba las nubes opacas y sofocantes.

Muy cerca del cementerio, fueron alcanzados por obreros y ferroviarios de Chumki, de Sajalinchik, de Mercaderías-Odesa, de Moldavanka, de Molinos-Cercanos y de Molinos-Lejanos.

El policía del cementerio, miró con alarmado asombro a la enorme muchedumbre que entró por la puerta grande.

El cementerio era igual que una ciudad; tenía su calle principal, su plaza de la Catedral, su barrio céntrico, sus avenidas, sus suburbios. La misma muerte parecía impotente frente al poder de la riqueza. Hasta después de su muerte, el hombre continuaba siendo rico o pobre.

La multitud recorrió en silencio la gran calle de la sombría ciudad de los muertos, dejó atrás las bóvedas de mármol, de granito o de labradorita, especie de pequeñas villas lujosas, donde se veían detrás de las verjas, entre la verdura negra de cipreses y de mirtos, a orgullosos ángeles de piedra, con las alas bajas.

Aquí, cada lote de terreno pagado a precio fabuloso, era poseído hereditariamente por las dinastías de los ricachos.

La multitud atravesó el centro y dobló por una calle menos opulenta, donde no había ni hoteles particulares ni mausoleos. Detrás de las verjas de hierro, había losas de mármol rodeadas de lilas y de acacias amarillas. Las lluvias habían borrado el dorado de las inscripciones grabadas y pequeños caracoles de cementerio, cubrían las placas de mármol, teñidas de gris por el tiempo.

En seguida comenzaron las verjas de madera y las pequeñas colinas cubiertas de césped y finalmente, los tristes batallones de tumbas de soldados, completamente desnudas, con cruces todas iguales, como fusiles después de la orden: "¡Presenten armas!".

Pero todavía era un barrio demasiado rico para el abuelo. Lo inhumaron en un pequeño prado sembrado de cáscaras violetas de huevos de Pascua, muy cerca del muro detrás del cual se veían ya los kepis de la policía montada. La multitud rodeó estrechamente la tumba, donde descendió lento, llevado por tiras de género, el esquife liviano del indigente ataúd.

Petia veía por todas partes cabezas bajas y grandes manos negras que estrujaban las gorras.

Triste silencio, cielo bajo y pesado. Y Petia experimentaba este sentimiento: que un sonido cortante estallaría, realizando un terrible trastorno en la naturaleza; un huracán, un ciclón, un terremoto...

Pero alrededor, todo cuajó en una calma abrumadora.

Motia se sentía, como Petia, aplastada por el silencio; tenía una mano colocada sobre el cinturón del niño y la otra agarrada a la falda de su madre. Miraba fijamente elevarse sobre la tumba un pequeño montículo de tierra amarilla.

Por último, se produjo entre la multitud un movimiento suave y casi imperceptible. Uno a uno, sin apresurarse, sin atropellar, la gente se acercaba a la tumba fresca, se persignaba, saludaba bajito y daba la mano primero a la mamá de Motia y en seguida a Gavrik.

En cuanto a Gavrik, había pasado la sopera a Petia. Con los movimientos precisos de una buena dueña de casa, la frente arrugada, servía arroz con una cuchara nueva de madera, dando un poco a cada uno para que alcanzara para todos. Colocaba la porción en el hueco de las manos o en los sombreros que le presentaban. Con un cuidado respetuoso, tratando de no dejar caer ni un grano, las personas tragaban el arroz y se separaban para ceder su puesto al siguiente.

Era todo lo que la familia del abuelo podía ofrecer a sus amigos y conocidos, que compartían su duelo.

A algunos de los pescadores que venían a comer su *kolevo,* Gavrik les decía, inclinando la cabeza:

—Terenti le manda saludos; le ruega que no se olvide: mañana a mediodía, reunión del 1º de mayo en las barcas, frente a Arcadia.

—¡Iremos!

En la sopera vacía, ya no quedaban más que cuatro cuadraditos violetas de fruta abrillantada.

Gavrik saludó con dignidad a aquellos que no tuvieron su parte: "¡Ustedes disculpen!" —y repartió los cuatro pedacitos de golosina entre Genetchka, Motia y Petia, sin olvidar de reservarse uno para sí mismo.

Al darle el cuadradito a Petia, dijo;

—Con todo, no está mal. Son pasas de ciruelas de Krajmalnikov Hnos. ¡Come, por el reposo de su alma!... ¿Vienes mañana con nosotros al mitin del 1º de mayo?

—¡Iré! —respondió Petia, y saludó bajito ante la tumba, como hacían los demás.

La multitud, sin apresurarse, se dispersó. El cementerio quedó vacío. En algún sitio, a lo lejos, detrás de la pared, una voz solitaria entonó una canción, recogida al instante en coro:

Adiós camarada, tú has recorrido
Un largo camino de honor y de gloria.

De inmediato, un silbato policial arrojó su nota aguda. La canción se detuvo. Petia oyó el ruido de una gran multitud que corría del otro lado de la pared. Y todo quedó en calma.

Algunas gotas de lluvia humedecieron la tumba. Pero no era más que una ficción, y la lluvia cesó antes de haber comenzado seriamente. El aire se hizo más sofocante, más sombrío todavía.

Motia, la mamá, Gavrik y Petia, se persignaron por última vez y regresaron a su casa. Petia dejó a sus amigos en las inmediaciones de la plaza Kulikovo.

—¡No te olvides! —dijo Gavrik, con aire de entendido.

—¡Imagínate!

Petia meneó la cabeza gravemente y se acercó a Motia con disimulo. Rojo de humillación ante la idea de pedir informes a una niña, le dijo rápido al oído:

—Dime, Motia, ¿por qué se celebra el 1º de mayo?

Motia puso una cara severa y hasta un poco triste:

—¡Porque es la Pascua de los obreros!

XLIV

LA FIESTA DEL PRIMERO DE MAYO

Durante toda la noche, había caído una tibia lluvia. La lluvia había comenzado en abril; terminaba en mayo. A las ocho de la mañana, el viento trajo las últimas gotas.

Humeaba el mar, envuelto en un vaho, y se confundía con la parte aún oscura del cielo. No hay horizonte. Los establecimientos de baños de mar, parecían nadar en el aire lechoso. Sólo los reflejos sinuosos y lucientes de los pilotes, se balanceaban sobre las glaucas olas.

Gavrik y Petia, remaban, sumergiendo con deleite los remos en el agua, que se adivinaba tibia.

Al principio, se habían esmerado, tratando cada uno de arrastrar al otro. Pero a Petia le era difícil rivalizar con Gavrik. El pequeño pescador, triunfaba sin dificultad sobre el pequeño colegial, y la barca remolineaba.

—¡Vamos, muchachos, basta de bromas! —les gritaba de vez en cuando Terenti, instalado en popa—. ¡Van a hacer zozobrar la barca!

Los dos chicos renunciaron a su competencia, pero en seguida se les ocurrió otro juego: quién haría menos salpicaduras.

Hasta entonces, las salpicaduras habían sido bastante raras. Pero desde que intervino la emulación, los remos las hacían brotar como si fuera expresamente.

Los dos amigos intercambiaban golpes con el hombro y los codos.

—¡Anda, atorrante! —gritó Petia, ahogándose de risa.

—¡Atorrante eres tú! —refunfuñó Gavrik, con los labios apretados y, de pronto, inadvertidamente, dejó escapar de abajo del remo, una columna de agua tan alta, que Terenti tuvo el tiempo exacto de escaparse al fondo de la barca.

Los dos muchachos reventaban de risa. Petia soltaba burbujas de saliva.

—¿Por qué tienes que salpicarnos, demonio?

—Tú tienes la culpa. ¡Cuando se trabaja, no se conversa!

Terenti tenía buenas ganas de enojarse, pero él mismo se sentía ganado por una irresistible alegría de muchacho. Puso un rostro feroz, y asiendo los dos bordes con las manos, comenzó a hacer chalupar la barca.

Los dos chicos se cayeron uno sobre otro, chocaron las cabezas, gritaron desgañitándose y comenzaron a golpear violentamente el agua con los remos, haciendo llover sobre Terenti, espumosas gavillas.

Terenti no demoró en pagarles con la misma moneda: se agachó hábilmente, volvió su figura toda encogida y a grandes codazos, hizo saltar el agua sobre los dos chicos. Al cabo de un instante, los tres estaban empapados de pie a cabeza. Riendo a carcajadas, resoplando, sin poder más, se dejaron caer sobre las banquetas.

La brisa arrastraba la niebla. El sol, brotando del agua, golpeó los ojos, como si de pronto se hubiese colocado un espejo bajo la barca.

El litoral se perfilaba vagamente como una calcomanía.

La brillante mañana de mayo, hacía tornasolar sus colores azules, violetas y verdes.

—Bueno, ¡nos hemos divertido bastante! —dijo con severidad, Terenti, secándose, con la manga, la húmeda frente atravesada por una cicatriz blanca y aterciopelada—. ¡Avancemos!

Los dos chicos, muy serios, se pusieron a remar enérgicamente.

Petia resoplaba por la nariz, con la lengua afuera. A decir verdad, ya se sentía un poco fatigado, pero por nada del mundo lo hubiera confesado en presencia de Gavrik.

Y además, una pregunta le inquietaba: ¿Ya era la fiesta del 1º de mayo, o no? No quería hacer preguntas para no parecer un tonto, como en otro tiempo, allá en Molinos-Cercanos.

Motia había dicho que el mitin del 1º de mayo, era la Pascua obrera, pero hacía lo menos una hora y media que costeaban la orilla, y no se veía nunca ni un pastel de Pascua, ni jamones, ni huevos coloreados.

Quizá estuviera dentro de las reglas, ya que, al fin, no se trataba de Pascua simplemente, sino de la Pascua obrera.

Por último, sin poder contenerse más:

—Oiga, —le dijo a Terenti— ¿ya es el mitin del 1º de mayo, o todavía no?

—¡Todavía no!

—¿Y cuándo será? ¿Pronto?

Dicho esto, Petia se compuso una sonrisa artificialmente alegre y lisonjera.

Su larga experiencia de las conversaciones con los grandes, le había enseñado que le responderían: "Va a empezar cuando va a empezar". —"¿Pero, cuándo comenzará?" —"Va a ser, cuando va a ser".

Ante el asombro de Petia, Terenti le respondió como si hablara a una persona mayor:

—Primero pasaremos por Fuente-Pequeña para recoger a un amigo, y luego, comenzará el mitin.

En efecto, en Fuente-Pequeña saltó a la barca un desconocido, vestido elegantemente, con un bastón en la mano y una esportilla trenzada al hombro. Al vuelo, se sentó junto a Terenti, echó una mirada inquieta a la ribera y dijo:

—¡Ea, vamos! ¡En marcha!

Era el marinero.

Pero, ¡qué elegante estaba!

Los dos amigos lo miraron con la boca abierta, maravillados y aplastados por su inesperado esplendor. Jamás hubieran supuesto que un hombre pudiera estar tan hermoso.

No sólo llevaba un pantalón amarillo pálido, calcetines verdes y zapatos de género de un blanco deslumbrante; no sólo le sobresalía del bolsillo de su chaqueta azul un pañuelo rojo de seda, en tanto que una herradura de zafiro centelleaba en su corbata "ojo de pavo real"; no sólo una camisa almidonada se elevaba en curva sobre su pecho y sus mejillas estaban introducidas en un cuello postizo lustrado, con las puntas replegadas como se ve en las tarjetas de visita; y en fin, no sólo su sombrero de alas duras y cintas rayadas estaba inclinado elegantemente sobre su nuca; eso no era todo.

Llevaba en el abdomen una cadenilla adornada con dijes y en sus manos, de dedos elegantemente separados, llevaba guantes grises. ¡Eso era el colmo!

Hasta ese momento, los dos chicos habían tenido vacilaciones: ¿Quiénes eran los más elegantes, los secretarios del Estado Mayor o los vendedores de *kvas*? Pero ahora no había lugar a dudas: ¡por sí solo, el bigote rizado del marinero valía mucho más que todos los vendedores de *kvas* y todos los secretarios del mundo!

Los chicuelos ya no remaban; desencajaban los ojos sobre el chisgarabís.

—¡Oh, Petia! —gritó Gavrik—. ¡Mira, tiene guantes!

El marinero escupió entre dientes tan lejos como jamás lo hubieran hecho los chicos ni aún en sueños, y dijo, clavando en Gavrik una mirada severa:

—¿Qué necesidad hay de que cualquiera me relojee el ancla? La puse en un estuche. ¡Ea, vamos, hermanuchos, a moverse un poco!

El marinero se enderezó, alisó su bigote, miró con aire de vencedor a Terenti, que reventaba de risa, y arrojó a plena voz:

—¡Ea, los del bote! ¡A mis órdenes! ¡Tirarse al agua! ¡Uno, dos, uno, dos! —moduló, remedando al cuartel-maestre—. ¡Recular a estribor, avance a babor!

Los dos amigos hicieron fuerza con los remos. La barca puso proa hacia la inmensidad, a pleno mar, abrazado por las llamas plateadas del sol.

Allá, a medio kilómetro de la ribera, se balanceaban las barcas de pescadores.

Un sentimiento ferviente de miedo y de júbilo se apoderó de Petia. Era el sentimiento que había experimentado por primera vez, con Gavrik, en otoño, en los barrios cercados.

Pero, entonces, los dos muchachos estaban solos. Ahora estaban en compañía de hombres poderosos y misteriosos que fingían no conocer a Petia.

A pesar de ello, el chico comprendía, perfectamente que el marinero no se había olvidado, que sabía todo. Por otra parte, acaso no le había guiñado un ojo a Petia, como quien dice: ¡Está bien, hermano, está bien!

El propio Petia simuló que veía al marinero por primera vez.

Y todo eso era alegre, aunque un poco terrible. Además, todos los de la barca se sentían animados, excitados, arrastrados por un humor exageradamente alegre.

La barca no tardó en penetrar en medio de toda una flota de otros barcos de pescadores que iban y venían frente a Arcadia, de acuerdo a lo convenido: barcas abigarradas que envolvieron al viejo esquife pelado, del abuelo.

Todos los pescadores que la víspera habían acompañado el ataúd del viejo, los de Fuente-Pequeña y Fuente-Mediana, y de Valtuj, y de Arcadia, y de la Costa de Oro, estaban allí reunidos. Había algunos que habían venido de más lejos, de Lustdorf y de Dofinovka. Y hasta había allí, un pescador de Ochakov.

Era gente que se conocía bien entre ella; amigos, vecinos.

Aprovechando la ocasión, los pescadores echaban un parrafito, dejando colgar sus brazos y sus copetes.

En medio de todo ese batifondo, uno se encontraba como en pleno mercado.

Cada nueva barca, era acogida con gritos, salpicaduras, golpes de remo.

Cuando la barca del abuelo entró en el círculo chocando con las otras, brotaron gritos de todos los costados:

—¡Salud, Terenti!

—¡Despacio, no dés vuelta nuestros viejos zuecos con tu acorazado!

—¡Eh, descamisados, dejen pasar al jefe político!

—¡Terenti! ¡Mi viejo camarada! ¿Dónde pescaste a ese señorito? Es increíble: ¡chaleco de piqué, pechera, habla francés!

Terenti inflaba sus gruesas mejillas y con un gesto a la vez tímido e importante, saludaba a todos los costados, blandiendo su pequeña gorra de botón.

—¡Todos contra uno! —gritó con voz aguda—. ¡Al menos no peguen todos juntos, hagan cola!... ¡Salud, Petia, salud, Stepán! ¡Salud, padre Vasili! ¡Eh, Motia! ¿Qué tal, viejo? ¡Y yo que creía que los gobios de Fuente-Pequeña te habían

tragado hace tiempo! Y ahora, ¿cuánto sacan por una libra de jibia? ¡Sacha! ¡Vira a la izquierda!

Afrontando así a sus viejos amigos y compañeros que lo atacaban por todos lados, Terenti entornaba los párpados y sonreía, con la boca hasta las orejas.

Miraba con deleite a su alrededor, nombrando en voz alta las barcas que le rodeaban.

—¡"Sonia", y otra "Sonia", y de nuevo una "Sonia", y la "Sonia" de Lustdorf, y tres "Sonias" de Lanyerón! ¡Vaya, sí! Ocho "Sonias", ¡nada más! "Nadia", "Vera", "Luba", "Chura", "Motia"... ¡Oh, mi madre! ¡Qué lío! ¡Hay que volver riendas! —gritaba con terror fingido, cubriéndose la cara con la gorra.

Además de esas barcas, había algo así como cuatro "Olias", una media docena de "Natachas", no menos de doce "Santa Trinidad", y finalmente una gran barca de Ochakov, con un nombre bastante singular, pero vivaracho: "¡Ah, Pushkin, qué gallardo!"

Cuando el silencio y el orden fueron establecidos, Terenti le dió un codazo al marinero.

—¡Vamos, Rodia!

Sin apresurarse, el marinero se descubrió, se puso el sombrero sobre los ojos y se arregló el bigote con un minúsculo peine. Luego se levantó, y para guardar el equilibrio, separó las piernas. Entonces, pronunció en alta y clara voz, de manera de ser oído por todos:

—¡Salud, camaradas pescadores de Odesa! ¡Les deseo un buen 1º de mayo!

Su rostro tomó una expresión resuelta, sus pómulos salientes y su nariz abollada, se pusieron tiesos.

—Hace un momento, oí que alguien quería saber quién era yo, un señorito interesante de guantes caros, camisa almidonada, "afranchutado". A eso puedo responderles que soy miembro del partido social-demócrata obrero de Rusia, fracción bolchevique; que he sido delegado por el comité unificadò de Odesa; que soy un trabajador como ustedes, un marinero como todos los que están aquí. Y en lo que se refiere al almidón, al chaleco de piqué y al pantalón blanco, a esa pregunta también puedo responder gustoso con otra pregunta.

Ustedes, pescadores de Odesa, lo saben... A ver, explíquenme, ¿por qué el pez que se llama dorada, tiene escamas con bellas rayas azules como un vestido de muaré? ¿No lo saben? ¡Bueno, ahí va! Es para que no se distinga dicha dorada en nuestro Mar Negro, que es azul, y para que no sea atrapada inmediatamente por vuestras redes de pescadores. ¿Está claro?

Se oyeron risas en las barcas. El marinero guiñó un ojo, hizo un movimiento brusco de cabeza y continuó:

—Pues bien, también yo soy un pez que se viste con una piel que no permite distinguir.

Se redoblaron las risas en las barcas.

—¡Buen pez!

—¡Un delfín de tamaño!

—¿No tienes miedo, acaso, que te coja el anzuelo?

El marinero esperó el fin de la alegre animación y observó:

—Prueben pescarme. ¡Soy resbaladizo!

Prosiguió:

—Yo miro a mi alrededor, camaradas, y pienso en nuestro mar y en nuestra tierra. Un hermoso sol nos ilumina. Y en este mar, hay peces. ¡Y hay trigo, lo hay, en los campos! Y frutos de toda clase llenan los jardines: manzanas, albaricoques, cerezas, peras. La viña retoña. Caballos, toros, vacas, carneros, todo eso, se pasea por la estepa. La tierra esconde oro, plata, hierro y toda clase de metales. ¡Hay de todo lo que quieras! Hay bastante para todos, se diría. Parecería que todos los hombres pueden estar contentos y felices. Y bien, ya lo ven, ¡no! En todas partes hay ricos que no trabajan jamás y marchan con todo, y en todas partes, ¡hay pobres, miserables, que penan día y noche como condenados, y no sacan nada de ello! Y entonces, ¿qué quiere decir? Yo puedo responderles. ¡Es muy simple! ¿Qué hace el pescador? Pesca. Una vez que pescó, va al mercado. Y en el mercado, ¿cuánto le dan por cien gobios? ¡Treinta o cuarenta kopecks!

El marinero se detuvo y miró a su alrededor.

—¡Treinta kopecks no sería nada! —dijo un viejo que se parecía al abuelo, y que permanecía acostado en la proa de una barca groseramente construída, la "Delfín"—. El otro día, llevé cuatrocientos gobios y resulta que ella no quiere

pagarme más que veinticinco el ciento, ¡a pesar de todo lo que le dije! ¡E inmediatamente después, ella los vuelve a vender a ochenta!

Todo el mundo se había animado. El marinero había puesto el dedo en la llaga. Cada uno quería contar sus cuitas. Unos se quejaban de estar reducidos a la indigencia, porque no tenían vela; otros decían que el mercado los tenía con la soga al cuello.

Mientras los grandes gritaban, los niños no perdían el tiempo. Algunos pescadores habían traído a sus chicos. En las barcas, se veían niñas bien arregladas con vestiditos nuevos de cretona y chiquillos descalzos, con la frente arrugada bajo el sol que mosqueaba sus mejillas, color albaricoque. Llevaban camisas de satineta y gorritas de pescadores, de botones adornados con anclas. Desde luego, todos eran amigos, compañeros, de Gavrik.

Los niños no eran menos barullentos que los grandes.

Intercambiaban burlas y pronto se hizo una verdadera batalla naval. Gavrik recibió un pescado reventado en pleno rostro y Petia dejó caer al agua su gorra, que por poco desaparece.

Eso produjo un terrible zafarrancho, una verdadera tempestad de salpicaduras, a tal punto, que Terenti se vió obligado a intervenir:

—¡Vamos, ustedes, quédense quietos o les arranco las orejas!

En medio de toda esta algazara, continuó el marinero:

—Y esto hace que los burgueses roben a los pescadores las tres cuartas partes de su trabajo. Y nosotros, ¿qué hacemos? Apenas levantamos cabeza, nos encajan un sablazo en el cráneo. Nos golpean, camaradas. Por el momento, nos golpean mucho. Habíamos izado la bandera roja en el *"Potemkin"*, pero no la hemos conservado. Nos hemos sublevado, y ha sucedido algo igual. Han hecho correr nuestra sangre obrera por toda Rusia, ¡es terrible pensarlo! Y los hay, los hay, hermanos nuestros, muertos en los patíbulos, en las salas de torturas del zar, en las prisiones de la policía. ¡No hay necesidad de decirles esto, ustedes lo saben! Recién ayer, según creo, dieron sepultura a un buen viejo, que dulcemente, sin decir nada, ha dado su vida por la felicidad de sus nietos y biznietos. Su noble corazón de obrero ha dejado de latir. Su alma querida, que todos amábamos, ha partido. ¿Y dónde estará ahora esa alma? Ha partido y no la veremos nunca más... Quizá en este momento vuela encima nuestro como una gaviota y se regocija de ver que no abandonamos nuestra causa y que queremos combatir por nuestra libertad hasta el día que hayamos hecho caer, de nuestras espaldas, de una vez por todas, a los malditos tiranos...

El marinero calló, y se enjugó la frente con su pañuelo rojo, que el viento agitaba como una banderita.

Sobre las barcas reinaba un silencio profundo, absoluto. Pero ya se oían los silbatos de la policía sobre la playa. El marinero miró para ese lado y guiñó un ojo.

—¡Parece que nuestros amigos se hacen mala sangre! ¡No importa! ¡Vayan, silben! ¡Quizá ganen algo con esos silbidos, carroñas!

Replegó rabiosamente el brazo, y fijó el codo hacia la ribera esmaltada de elegantes sombrillas y panamás.

—¡Tomá, chúpate ésta!

Y al punto, el hermoso Fedia, revolcado en la proa de su espléndida barca "Nadia y Vera", extrajo de su acordeón la marcha: "Me consumo lejos de mi patria".

De pronto, en todas las barcas, se vieron huevos coloreados, vino, botellas.

El marinero sacó de su esportilla unas provisiones, que dividió en partes iguales.

Petia recibió un excelente pedazo de pescado seco, dos pequeños pasteles y un huevo coloreado.

¡Así que era cierto que el 1º de mayo era la elegre Pascua de los obreros!

Los agentes de policía, corrían por la playa, lanzando silbatos de alarma. Las barcas comenzaron a dispersarse en todo sentido.

Las cabezas enyesadas de las nubes se elevaban detrás del horizonte. Fedia se volvió de cara al cielo, dejó caer los

brazos sobre la borda, y entonó con voz fuerte de tenor, la bien conocida canción de los marineros:

En el inmenso azul no hay fronteras.
La ola se encrespa lejana.
¡Partimos a la inmensidad, mi camarada!
¡Oh! ¡Qué lejos de tierra uno se va!

Centelleaban los remos. La canción se iba sobre las aguas.

Camarada, —dijo el fogonero —
No puedo más, relévame...

Ya se oía apenas.
El marinero ordenó a los chicos:
—¡Remar en pareja! ¡Uno, dos, uno!
Y golpeándole la espalda a Terenti, gritó:

Mar Negro,
Blanquísimo barco,
Esperanza no tengo,
Mi querido no está...

—¡Ea, atorrantes! ¿Qué esperan?
Terenti y los dos chicos, respondieron alegremente:

No llores, Manón
Muy pronto nos veremos,
Yo volveré, Manón
¡Y entonces nos casaremos!

Una blanca gaviota, llevada por sus alas desplegadas e inmóviles, se deslizó sin ruido rozando la barca. Parecía que había asido al vuelo la alegre canción, para llevarla en su pico de coral como un inquieto pescado de plata.

Los niños siguieron con la mirada, largamente, al pájaro, pensando que tal vez, fuera el alma inmaculada del abuelo que había venido a todo vuelo, para ver a su barca y a sus nietos.

El mitin había terminado. Pero esperaron un rato, antes de abordar: pasaron unas buenas dos horas paseando en el mar, a la espera de un momento favorable. Desembarcaron a Terenti cerca de la Costa de Oro y condujeron al marinero hasta Lanyerón.

Antes de saltar a tierra, el marinero miró un rato por todos los costados. Al fin hizo un gesto: "¡Está bien! ¡Quién no se arriesga...!". Tomó bajo el brazo su elegante bastón de pomo de nácar, representando una cabeza de caballo y saltó a tierra.

—¡Gracias, muchachos! —gritó—. ¡Hasta pronto!

Y desapareció entre la multitud de paseantes.

Petia volvió a su casa a la hora de almorzar, con ampollas en las manos y un rostro rojo, que se había bronceado en un sólo día.

XLV

VIENTO A FAVOR

Transcurrieron ocho días.

Petia no fué ni una vez a la playa. Estaba absorbido por los preparativos de la partida para el campo. Acompañaba ya a su padre, ya a su tía, que hacían las compras.

Toda la ciudad había adquirido su aspecto veraniego.

En Odesa, mayo es semejante al mes de junio. Un calor de veinticinco grados aplastaba la ciudad. Lonas rayadas con festones rojos, cubrían los balcones y las vidrieras de las tiendas. Las acacias, que comenzaban a florecer, arrojaban una cruda sombra sobre la tela.

Se veía correr a los perros con la lengua afuera, en busca de agua. El mar ardiente se descubría de pronto, en el intervalo de las casas. Cambistas y floristas permanecían sentados ante mesitas verdes, al abrigo de sombrillas de género.

Los talones se hundían en el asfalto reblandecido. Por todas partes, hacían hervir alquitrán en infernales marmitas.

¡Qué placer visitar todos los días las tiendas y hacer compras alegremente para el verano: aros, sandalias, redes para cazar mariposas, cañas de pescar, pelotas, cohetes para los fuegos artificiales, y luego, cargados de livianos paquetes de formas singulares, trepar al imperial del ómnibus, para regresar a casa!

El cuerpo de Petia aún languidecía en la tórrida ciudad, pero su imaginación ya lo había transportado al barco, azotado por el viento azul de los viajes.

Una mañana, muy temprano, oyó un silbido que bien conocía.

Corrió a la ventana, y en medio del patio, vió a Gavrik.

Un minuto después, Petia había bajado la escalera. Gavrik parecía preocupado. Su cara había tomado un tinte

gris; sus labios apretados y sus ojos demasiado brillantès, anunciaban una desgracia.

El corazón de Petia desfalleció.

—Y bien, —dijo, bajando involuntariamente la voz— ¿qué pasa?

Gavrik se dió vuelta, con el ceño fruncido.

—¡Nada! ¿Quieres ir en barca con nosotros?

—¿Cuándo?

—En seguida. Yo, Motia y tú. ¡A vela!

—¿Te burlas?

—¡Nada de bromas!

—¿A vela?

—Podrás escupirme en los ojos si miento.

—¿Vamos a pasear?

—¡A pasear, claro! ¿Vas?

—¡Si tú lo dices!

—Entonces, ¡rápido!

¡En barco! ¡A vela!

Petia no perdió tiempo en buscar su gorra. Diez minutos después, los dos amigos estaban en la playa.

La barca, con su mástil colocado y la vela plegada, se balanceaba sobre las suaves olas.

Motia, con los pies desnudos, se movía en el fondo de la barca; metía en la caja destinada a la muñeca, un barrilito de encina lleno de agua dulce y pan de centeno.

—¡Vamos, Petia! —dijo Gavrik, empujando la popa con el hombro.

Los chicos hicieron un esfuerzo y habiendo puesto la barca a flote, sin mucho trabajo, saltaron a bordo.

—¡Adelante!

Gavrik desató e izó hábilmente la flamante vela cuadrada. Una suave brisa la llenaba lentamente y empujaba la barca de costado.

Arrodillado a popa, Gavrik puso en su lugar, penosamente, el pesado timón, y lo ajustó.

Sensible al timón, la barca enderezó su ruta.

Petia apenas tuvo tiempo de ponerse en cuclillas y agacharse.

La verga, desplazada por el viento, pasó exactamente encima de su cabeza, de izquierda a derecha, descubriendo el mar

brillante, y escondiendo a la arcillosa ribera, donde la mamá de Motia, a quien daba la hierba hasta las rodillas, permanecía de pie, con la mano en visera.

Gavrik se apoyó sobre el timón y lo empujó con la espalda. El agua chapaleó, sonora, a lo largo de la borda.

Saltando y golpeando las olas con su fondo plano, la barca se echó en alta mar y tomó una dirección paralela a la costa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Petia.

—¡Ya lo verás!

—¿Es lejos?

—¡Lo sabrás después!...

Los ojos de Gavrik habían vuelto a tomar su brillo travieso e intenso.

Petia volvió la mirada hacia Motia. Sentada a proa, dejando colgar encima de la borda sus piernas desnudas, la niña miraba fijo hacia adelante. Sus pequeñas mejillas se hundían severamente. El viento agitaba sus cabellos demasiado cortos aún para estar reunidos en trenzas. Durante un rato, todo el mundo guardó silencio.

De repente, Gavrik hurgó en su bolsillo y retiró un reloj muy grande, de acero niquelado. Lo aplicó al oído, escuchó su tic tac y lo abrió no sin trabajo con su uña marmórea, acribillada de manchitas blancas, que, como se sabe, traen suerte.

Si Gavrik hubiera sacado de su bolsillo una víbora viva o un puñado de diamantes, Petia no se hubiera asombrado más.

¡Un reloj! ¡Era casi lo mismo que tener una bicicleta, una carabina montecristo; no, era mejor todavía!

Petia sintió que le faltaba la respiración. No creía a sus ojos. Estaba trastornado.

Pero Gavrik se había puesto a contar los números con el índice:

—Una hora, dos, tres, cuatro, cinco... nueve y un poquito. ¡Va bien la cosa! ¡Llegaremos a tiempo! —refunfuñó.

—¡Déjame ver! —gritó Petia, petrificado.

—¡Fuera de ahí! ¡No vas a poder comprar otro igual!

—¿Es tuyo?

—¡No!

Y tirando a Petia de la manga, Gavrik murmuró, misteriosamente:

—Es de la organización. Del Comité. ¿Entiendes?

—¡Claro! —murmuró Petia, que no había entendido nada.

—Ahora escucha, —continuó Gavrik, arrojando unas miradas de reojo sobre Motia—. Metieron en gayola a nuestro marinero. ¿Comprendes? Está en la prisión. Hoy hace seis días. Fué después del 1º de mayo, en Lanyerón; le echaron la soga al cuello. Pero resulta que tiene un pasaporte falso. Por el momento, pasa. Pero cuando los "perros" sepan quién es, entonces, reza una plegaria y fabrica una cruz negra: ¡lo colgarán en seguida! Y pueden reconocerlo en cualquier momento. Basta que le afeiten el bigote o que encuentren un judas para confrontar y denunciarlo. Y entonces, ¿comprendes lo que eso significa?

—¡No puede ser! —exclamó Petia, asustado.

—¡Yo sé lo que te digo! Pero ahora, escucha. Mientras él está en gayola, se está preparando todo para que tome las de Villadiego. El comité está trabajando. Hoy, a las diez y media en punto, rajará de la prisión directamente a Fuente-Grande, y luego, con nuestra barca a vela, regresará a Rumania. Y ahora, ¿comprendes a dónde vamos? A Fuente-Grande. La cuestión es conducir hasta allí nuestra barca. Y el reloj, me lo trajo Terenti, del comité, para que no nos atrasemos.

Gavrik sacó una vez más el reloj y se puso a examinarlo atentamente.

—Falta un poco para las diez. Llegaremos justo a la hora.

—Pero, ¿cómo va a rajar? —murmuró Petia—. ¡Estará vigilado por carceleros y centinelas!...

—¡Bah! ¡Les importa un pito! A las diez y media, él hace su paseo. Los hacen salir al patio de la prisión. Está todo pronto para atravesar los huertos. Terenti le espera con un coche de punto en el camino de Fuente-Pequeña. Y entonces, van a rajar directamente hasta la barca. ¿Comprendes?

—Comprendo. Pero, ¿cómo va a pasar la muralla de la prisión? ¡Es altísima! ¡Así de alta! ¡Como un primer piso! Mientras trepa, van a disparar sobre él.

Gavrik hizo una mueca como para echar a un insecto inoportuno.

—¡Pero no! ¡Escucha! No tiene necesidad de trepar por la pared. ¡Terenti la va a hacer saltar!

—¿Cómo? ¿Hacerla saltar?

—¡Pedazo de imbécil! Te estoy diciendo que la van a hacer saltar. Harán un hoyo. Durante la noche, un compañero del Comité le echó tanamita y esta mañana a las diez y media exactamente, cuando nuestro marinero comience su paseo, Terenti prenderá fuego a la mecha y esperará cerca del coche. La tanamita hará ¡pam! ¡pam!

Petia miró severamente a Gavrik:

—¿Qué es lo que va a hacer ¡pam! ¡pam!?

—La tanamita.

—¿Cómo?

—La tanamita, —repitió Gavrik, con voz poco segura— esa máquina que hace saltar. ¿Y qué hay con eso?

—No es tanamita, sino dinamita, —corrigió sentenciosamente, Petia.

—¡Bueno, dinamita! Lo importante es que haga un agujero en la pared.

Fué sólo, entonces, que Petia comprendió todo el alcance de las palabras de Gavrik y se le puso "carne de gallina".

Fijando sobre su amigo sus ojos oscuros, muy abiertos, dijo:

—¡Dame tu palabra de honor que es verdad!

—¡Palabra de honor, justa y verdadera!

—¡Persígnate!

—Lo juro por la santa y verdadera cruz, frente a la iglesia.

Gavrik se persignó vivamente, muy serio, vuelto hacia las cúpulas del monasterio de Fuente-Grande.

Por otra parte, Petia sentía que era muy cierto. Fué en realidad por cumplimiento que había obligado a su amigo a persignarse.

Gavrik amainó la vela. La barca chocó contra el puentecillo de abordaje.

—¿No tendrás un pañuelo?, —preguntó Gavrik a Petia.

—Tengo uno.

—¡A ver!

Petia sacó un pañuelo que por cierto hubiera hecho caer desfallecida a su tía.

Pero Gavrik se mostró plenamente satisfecho. Aprobó con la cabeza.

—¡Está bien! ¡Guárdalo!

Y consultó el reloj. Eran las "diez y un poquito más".

—Yo me quedo en la barca, —dijo Gavrik—, mientras que Motka y tú, irán allá arriba y se quedarán en la callejuela. Ustedes lo recibirán. Apenas aparezca el coche, agiten el pañuelo para que yo ice la vela. ¿Comprendes, Petka?

—Comprendo. ¿Y si el centinela le encaja un tiro de fusil?

—Le fallará —dijo Gavrik con mucha seguridad, y sonrió severamente—. El centinela es un muchacho de Dofinovka, un conocido. Corre rápido, Petia. Apenas los veas, agita el pañuelo. ¿Te saldrá bien?

—¡Ni qué pensar!

Petia y Motia saltaron de la barca y escalaron la cuesta.

Aquí, como en todo el litoral, de Lustdorf a Lanyerón, los niños conocían todos los senderos. Abriéndose paso entre los arbustos de lilas en flor, el muchachito y la niña subieron la abrupta colina y se detuvieron en la calle, entre dos villas.

Desde allí, se veía tanto el camino como el mar.

Ahí abajo, a lo lejos, se balanceaba la diminuta barca, junto al pequeñísimo pontón. Apenas se podía distinguir a Gavrik.

—Motia, escúchame —dijo Petia después de echar un vistazo a su alrededor—. Yo subiré a la morera; de ahí se ve más lejos. Y tú, mientras tanto, caminarás por la calle, y estarás bien atenta. ¡Vamos a ver quien los distingue primero!

En verdad, no era necesario trepar a la morera, pues de la calle se veía también perfectamente. Pero Petia se sentía convertido en jefe. Quería obrar, mandar.

Tomando ímpetu, el chiquillo empezó a trepar; se desgarró el pantalón en la rodilla, pero eso no lo turbó, al contrario: se mostró aún más severo y altivo.

Se sentó a horcajadas sobre la rama y frunció el ceño.

—Y bueno! ¿Qué estás haciendo ahí parada? ¡Camina!

—¡Ya voy!

La niña miró a Petia de abajo a arriba con ojos asustados y decididos; se arregló la falda y muy seria, sentó plaza en la calle, dirigiéndose al camino.

—¡Alto! ¡Espera!

Motia se detuvo.

—¡Escúchame! Apenas los veas me avisas gritando. Y yo, apenas los vea, me pongo a gritar para advertirte. ¿Quieres?

—¡Bueno! —dijo la niña con voz aguda.

—¡Está bien, anda!

Motia se dió vuelta y se fué bajo la espesa sombra de las acacias, de un verde lechoso, próximas a abrirse. Iba dejando sobre el polvo, la huella de sus pequeños talones desnudos.

Llegó a la esquina, hizo un alto y volvió sobre sus pasos.

—Todavía no vienen. ¿Y ahí?

—Aquí tampoco. ¡Anda de nuevo!

La niña volvió a la esquina y vino a decir que no los veía llegar.

—Yo tampoco. ¡Anda de nuevo!

Al comienzo, este juego gustó mucho a los dos niños.

Para Petia era muy agradable permanecer acostado en la cima del árbol, con los ojos fijos atentamente en el fin de la calle, a la espera de un coche lanzado al galope.

Se representaba perfectamente al caballo bañado en sudor, al cochero haciendo silbar el látigo sobre su cabeza. ¡El coche llega a toda marcha! Terenti y el marinero, revólver en mano, descienden de un salto. Los carceleros corren en su persecución. Terenti y el marinero se defienden a tiros de revólver. Los carceleros caen uno a uno, agujereados por las balas. Petia agita el pañuelo con todas sus fuerzas, grita, salta igualmente del árbol y galopa hacia la barca, sobrepasando a todos para ayudar a colocar la vela. En cuanto a Motka, se dió cuenta que llegaban, cuando ya era demasiado tarde. ¡No hay nada que hacerle; no es más que una niña!

Pero el tiempo transcurría y no se veía a nadie. Eso se estaba volviendo aburrido. Petia se hartó de mirar el camino deslumbrante de blancura. Pasó una carroza conducida por un cochero inglés, vestido como Eugenio Oneguin; un carro cargado de helados, rodó con un ruido atronador. A su vista, se sentía, en particular, calor y sed.

Hacía rato que el chico había tenido tiempo de revisar en sus menores detalles la casa vecina: las alfombras de césped de un verde brillante, el casquijo de las alamedas, los alerces, la estatua acribillada por las manchas violetas de la sombra, el jarrón donde caían las hojas largas y puntiagudas del acíbar, y un pintor que dibujaba el paisaje.

El bigote levantado, la perilla en punta, el pintor, que llevaba una boina de terciopelo, estaba sentado al abrigo de una sombrilla, sobre una silla de tijera, y echado hacia atrás, golpeaba con un largo pincel la tela puesta sobre un caballete.

Después de cada pincelada, echaba una mirada complaciente sobre su obra. Nueva pincelada, nuevo vistazo.

El pulgar separado de su mano derecha, estaba pasado por el orificio de la paleta, tablita oval mucho más linda aún que el propio cuadro, y donde se mezclaban en desorden insensato y maravilloso, todos los colores, todos los matices del mar, del cielo, de la arcilla, de las lilas, del césped, de las nubes, de la barca...

...Ya hacía un rato que había llegado el polvoriento coche de punto y dos hombres caminaban lentamente por la calle. Motia corría adelante, gritando:

—¡Aquí llegaron, ya están! ¡Pañuelo, pañuelo!

Petia casi se cae del árbol. Sacó violentamente el pañuelo de su bolsillo y se puso a agitarlo frenéticamente sobre su cabeza.

La barca acentuó su balanceo. Petia vió que Gavrik saltaba y agitaba los brazos.

Terenti y el marinero pasaron debajo de la morera donde estaba acostado Petia. De sus rostros carmesíes, chorreaba el sudor. El chico oía su respiración comprimida.

El marinero estaba descubierto. Cojeaba visiblemente. Su elegante pantalón beige, ese mismo que llevaba el día que Petia lo había visto por última vez, en el mitin del 1º de mayo, estaba desgarrado y manchado de polvo y de ladrillo.

Su camisa, sucia, desgarrada por la mitad, dejaba al desnudo su pecho saliente, que brillaba de sudor.

Sus puños apretados estaban como envueltos en venas azules, violentamente tendidas. Su bigotito temblaba. Los pómulos sobresalían en relieve sobre su rostro invadido por la barba. Sus ojos arrojaban un brillo seco. Su garganta palpitaba.

—¡Buenos días, señor!, —gritó Petia.

Terenti y el marinero miraron al chico e intercambiaron una sonrisa. A Petia le pareció que el marinero le guiñaba un ojo.

Pero ellos ya descendían al galope, dejando detrás una nube de polvo.

—¡Yo los vi primero! ¡Toma! —dijo Motia.

Petia descendió del árbol, fingiendo no haber oído.

Ambos permanecieron parados uno junto al otro, mirando para abajo,la barca, que se echaba a la vela.

Vieron la diminuta silueta del marinero, saltar al barco. La vela se hinchó. El viento empezó a llevársela lejos de la ribera, igual que un pétalo.

Sobre el puentecillo vacío, no quedaban más que Terenti y Gavrik. Al cabo de un instante, también Terenti desapareció.

Gavrik se quedó solo. Hizo una seña a Petia y a Motia y se puso a escalar rápidamente la ribera.

Brincando y estrellándose sobre las oleadas, la barca se internaba en el mar, agitado por una ola de un azul violento.

—Se fué solo —dijo Petia.

—No es nada. Le hemos dado pan. Una hogaza entera. Y ocho pescados secos.

Gavrik no tardó en reunirse con Petia y Motia.

—A Dios gracias, lo hemos expedido —dijo persignándose—. ¡Esto sí que es asunto feo!

—¿Y la barca? —preguntó Petia.

—La barca está perdida —declaró Gavrik, sombríamente, rascándose la nuca.

—Pero, ¿qué van a hacer sin barca?

—No te preocupes. Ya nos arreglaremos.

Los niños ya no tenían necesidad de apurarse.

Escalaron la verja y se pararon suavemente a espaldas del pintor.

El paisaje estaba casi terminado. Con el aliento en suspenso, seguían, maravillados, el nacimiento milagroso, sobre

un cuadrito de género, de todo un mundo, muy distinto y sin embargo semejante, al mundo verdadero.

—Hay mar, pero no hay barca —murmuró Motia, que como al azar, había posado su mano sobre el hombro de Petia. Y tuvo una risita.

Pero el pintor había cogido una gota de blanco al extremo de su pincel y en el centro mismo del cuadro, sobre el azul brillante del mar que terminaba de pintar, plantó una pequeña coma saliente.

—¡Aquí está! —suspiró Motia, maravillada.

El mar pintado ya no podía distinguirse del otro. Todo era igual. Hasta la vela.

Y los niños, codeándose suavemente, miraron largamente, ya el cuadro, ya el mar verdadero, abierto, ya la inmensidad, donde la bruma azul borraba poco a poco, la pequeña vela de la barca del abuelo, ligera y aérea como una gaviota.

...Más clara que el azur, viaja en la ola
Mientras en ella resplandece el sol
Rebelde, ama la tempestad
¡Como si la tempestad reposo fuera!

F I N

VOCABULARIO DE PALABRAS RUSAS EMPLEADAS EN EL TEXTO

Kurgan: túmulo.
Knut: látigo.
Majorka: tabaco ordinario.
Tckaus y chachla: clases de uva.
Kvas: bebida fermentada.
Barin: señor.
Vodka: aguardiente de cereales.
Kulech: plato típico de la región.
Poddiovkas: abrigo de piel de oveja.

INDICE

		Pág.
I.	Los adioses	7
II.	El mar	13
III.	En la estepa	21
IV.	El abrevadero	27
V.	El fugitivo	33
VI.	El "Turguenev"	39
VII.	La foto	45
VIII.	Hombre al agua	55
IX.	La noche, en Odesa	63
X.	En casa	69
XI.	Gavrik	73
XII.	"¡Y esto se llama caballo!"	81
XIII.	La señora Storoyenko	87
XIV.	"Subalternos"	93
XV.	Una barca en el mar	99
XVI.	"¡Pieza de la torrecilla, fuego!"	107
XVII.	El dueño del tiro	113
XVIII.	Preguntas y respuestas	121
XIX.	Una libra y media de pan de centeno	127
XX.	La mañana	133
XXI.	¡Palabra de honor, la pura verdad!...	139
XXII.	"Molinos Cercanos"	147
XXIII.	Tío Gavrik	155
XXIV.	Amor	161
XXV.	"¡Me robaron!"	169
XXVI.	La persecución	177
XXVII.	El abuelo	183

		Pág.
XXVIII.	La tía obstinada	189
XXIX.	En la comisaría	195
XXX.	En preparatorio	203
XXXI.	Un cajón sobre una cureña	211
XXXII.	Niebla	217
XXXIII.	Orejas	223
XXXIV.	La cueva	233
XXXV.	Deber de honor	241
XXXVI.	La cartera pesada	247
XXXVII.	La bomba	253
XXXVIII.	El Estado Mayor del grupo de combate	259
XXXIX.	Pogrom	267
XL.	Uniforme de oficial	277
XLI.	Arbol de Navidad	281
XLII.	La Plaza Kulikovo	289
XLIII.	La vela	295
XLIV.	La fiesta del Primero de Mayo	303
XLV.	Viento a favor	315
	Vocabulario de palabras rusas	327

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR EL
28 DE AGOSTO DE 1945
EN LOS TALLERES DE LA
IMPRENTA LETRAS S. A.
CALLE COLONIA 1681, PARA
EDICIONES PUEBLOS UNIDOS LTDA.
CALLE COLONIA 1567 - C. CORREO 589
Montevideo - Uruguay

LA CAIDA DE PARIS

por **Ilia Erenburg**

(Premio Stalin de Literatura 1942)

Realista y dramática descripción del París que ocuparon los alemanes en 1940, publicada ahora completa y en un solo volumen. Esta obra, la mejor del gran escritor soviético, no sólo constituye un veraz documento sobre uno de los momentos más trascendentales en la vida del pueblo francés y del mundo, sino que tiene un valor permanente por sus extraordinarios elementos literarios y novelísticos.

ASI SE FORJO EL ACERO

por **Nicolás Ostrovski**

Revolucionario desde niño; combatiente en las guerrillas de Kotovski, en la caballería roja de Budieni, en las luchas por el engrandecimiento del país soviético, Ostrovski, ya ciego y paralítico, produce esta magnífica novela, que ha sido traducida a todos los idiomas y cuyo argumento ha servido de tema para una de las grandes realizaciones del cine soviético.

TOLON

por **Jean Richard Bloch**

"Crónica francesa en tres épocas" subtitula Bloch a esta nueva muestra de su fino talento literario, en la que empleando un dialogado movidísimo nos describe los acontecimientos que precedieron y rodearon el hundimiento de la flota francesa en aquel puerto del Mediterráneo. A través de "Tolón", vivimos magníficas jornadas de la lucha del pueblo francés contra los invasores germanos.

☆

EDICIONES PUEBLOS UNIDOS Ltda.

COLONIA 1567 — CASILLA CORREO 589

MONTEVIDEO URUGUAY

$ 2.50 moneda uruguaya